# LOS NOMBRES QUE FALTAN

A.G. Davolio



*Para ellas tres...*

# LOS NOMBRES QUE FALTAN

A.G. Davolio

ISBN de esta edición digital: en trámite.

# PARTE I

# LOS DÍAS INCIERTOS

ISBN de esta edición digital: en trámite.

# I

## Los hombres que faltan

*Mendoza, diciembre de 1816*

El muchacho robó el pan antes de robar el caballo.

Ese fue su primer error.

El segundo fue elegir el caballo de Marcos Albarracín.

Eusebia lo vio desde el otro lado del patio, mientras escurría una camisa dentro de un fuentón de agua gris. No gritó. Tampoco llamó a los soldados que dormitaban bajo la galería. Se limitó a observar cómo aquel desconocido flaco, oscuro de sol y vestido con una camisa que alguna vez había sido blanca, escondía media hogaza bajo el poncho y continuaba caminando hacia los corrales con esa falsa tranquilidad que solamente tienen los ladrones jóvenes.

—Ese va a terminar mal

—murmuró.

La mujer que cocinaba a su lado levantó la vista.

—¿Quién?

—Todavía no sé.

El muchacho había llegado esa mañana con una tropa de mulas desde el norte. Nadie sabía su nombre. Nadie había preguntado. En Mendoza empezaba a ocurrir eso: todos los días llegaban hombres, animales, carretas, barriles, herraduras, pólvora, mantas y rumores. Parecía que la ciudad entera estaba siendo desarmada para construir otra cosa.

Algunos decían un ejército.

Otros decían una locura.

Eusebia sospechaba que ambas cosas podían ser ciertas.

El desconocido alcanzó el corral, pasó entre dos postes y eligió un alazán pequeño, nervioso, con una mancha blanca sobre la frente.

Eusebia dejó la camisa.

—Ah, no

—dijo.

El muchacho soltó la traba.

El caballo reculó.

Él le acarició el hocico.

—Vamos, compañero.

—Yo que vos no haría eso.

La voz llegó desde atrás.

El joven quedó inmóvil.

Marcos Albarracín estaba apoyado contra uno de los postes. Llevaba el sombrero echado hacia atrás y sostenía entre los dientes un palillo seco. Tenía cuarenta años, aunque las cicatrices y el sol habían decidido agregarle algunos más. El sable le colgaba con

descuido, como si fuera una herramienta y no un arma.

El muchacho miró hacia la salida.

Marcos también.

—Podés correr

—dijo—. Pero primero tendrías que pasar por mí.

El joven calculó la distancia.

—Después por los dos soldados de la galería.

Miró hacia allí.

El ladrón de caballos

Los soldados seguían durmiendo.

—Esos no cuentan

—admitió Marcos—. Pero después tendrías que cruzar Mendoza a pie, porque el caballo es mío.

El muchacho apretó la mandíbula.

—No sabía.

—Por eso te aviso.

—Pensaba devolverlo.

Marcos sonrió.

—Claro.

El muchacho soltó lentamente las riendas.

—¿Cómo te llamás?

No respondió.

—Te hice una pregunta.

—Benjamín.

—Benjamín qué.

Hubo una pausa.

—Taboada.

Marcos se apartó del poste.

—No sos mendocino.

—No.

—Eso ya lo había descubierto solo.

Benjamín bajó la vista.

—Tucumano.

—¿De dónde?

—De por ahí.

Marcos escupió el palillo.

—Hay que ser muy desconfiado para no decir de qué pueblo viene uno.

Desde el patio llegó la voz de Eusebia:

—O no querer volver.

Los dos hombres la miraron.

Eusebia se acercó secándose las manos en el delantal.

Benjamín reconoció enseguida a la mujer del pan.

Instintivamente se tocó el poncho.

Ella levantó una ceja.

—Ese pan también pensabas devolverlo.

El muchacho enrojeció.

Marcos soltó una carcajada.

—¿También roba comida?

—Tiene diecisiete años y pesa lo mismo que una montura. Si no roba comida, se muere.

—Dieciocho

—protestó Benjamín.

Eusebia lo miró de arriba abajo.

—Diecisiete.

Benjamín decidió que discutir con aquella mujer podía resultar más peligroso que hacerlo con el hombre del sable.

Marcos tomó las riendas del alazán.

—¿Sabés montar?

—Sí.

—Todos saben montar hasta que se suben a un caballo.

Benjamín lo miró por primera vez directamente.

—Yo sé.

Algo en el tono hizo desaparecer la sonrisa de Marcos.

Le extendió las riendas.

—Mostrame.

Eusebia suspiró.

—Marcos...

—Quiero ver.

Benjamín dudó.

Después apoyó un pie contra el cerco, tomó impulso y cayó sobre el lomo del animal sin montura. El alazán se sacudió inmediatamente.

Marcos cruzó los brazos.

El caballo volvió a cabecear.

Benjamín no tiró de las crines ni intentó dominarlo. Se inclinó hacia delante y murmuró algo junto a su oreja.

El animal giró.

Luego trotó.

Dieron una vuelta al corral.

Después otra.

A la tercera, Benjamín lo hizo cambiar de dirección apenas presionando con las rodillas.

Marcos dejó de sonreír.

—¿Dónde aprendiste?

Benjamín desmontó.

—Trabajando.

—¿En una estancia?

—En un obraje.

—En los obrajes no sobran caballos.

—Tampoco sobran hombres. Por eso uno aprende de todo.

Eusebia vio entonces las marcas en las muñecas del joven.

No preguntó.

Había aprendido hacía mucho que existen cicatrices que se cierran más rápido cuando nadie intenta abrirlas.

Marcos caminó alrededor del muchacho.

—Necesito hombres.

—Yo necesito comer.

—El Ejército da de comer.

Eusebia soltó una risa breve.

Marcos la miró.

—¿Qué?

—Nada.

—Cuando decís nada siempre querés decir algo.

—Entonces ya sabés qué quiero decir.

Benjamín alternó la mirada entre ambos.

—¿Qué ejército?

Esta vez ninguno se rió.

Desde la calle llegó el ruido de una carreta cargada de hierro. Detrás pasó un grupo de soldados. Algunos llevaban uniformes; otros apenas chaquetas parecidas. Más lejos sonaba un martillo golpeando sobre un yunque.

Toda Mendoza golpeaba, cosía, fundía, almacenaba.

Preparaba.

Marcos señaló hacia el oeste.

Las montañas se levantaban detrás de los techos, enormes y blancas incluso bajo el sol de diciembre.

—Ese ejército.

Benjamín observó la cordillera.

—Ahí no hay ningún ejército.

—Todavía.

—Hay montañas.

—También.

Eusebia regresó hacia el fuentón.

—No le hagas caso. Desde que le dieron dos hombres para mandar se cree Aníbal cruzando los Alpes.

—No sé quién es Aníbal.

—Por eso mismo.

Marcos ignoró el comentario.

—El general necesita gente que sepa montar. Gente que pueda ocuparse de las mulas. Llevar mensajes. Reconocer caminos. Y gente que no tenga demasiado apego por su propia vida.

—¿Cuánto pagan?

—Poco.

—Entonces tengo bastante apego.

Eusebia sonrió por primera vez.

Marcos también estuvo a punto de hacerlo.

—Podrías volver con los arrieros.

Benjamín no respondió.

—O volver a Tucumán.

Silencio.

Marcos entendió.

—O seguir robando caballos hasta que robes el de alguien menos paciente que yo.

Benjamín miró nuevamente hacia la montaña.

—¿Para qué quieren cruzar?

La pregunta pareció sorprender a Marcos.

—Para Chile.

—Eso ya lo sé.

—Entonces no preguntes pavadas.

—Pregunto para qué.

Eusebia volvió a levantar la cabeza.

Marcos se rascó la barba.

Quizá nadie le hacía esa pregunta desde hacía tiempo.

—Para echar a los godos.

—¿De Chile?

—De Chile primero.

—¿Y después?

Marcos miró hacia el oeste.

—Después Perú.

Benjamín frunció el ceño.

—Queda lejos.

—Bastante.

—¿Y después?

—Después qué.

—Después de Perú.

Marcos tardó en contestar.

—Después veremos.

Benjamín soltó una pequeña risa.

—No saben.

—Claro que sabemos.

—No parece.

Marcos dio un paso hacia él.

Eusebia levantó un dedo sin siquiera mirarlo.

—No le pegues.

—No iba a pegarle.

—Por eso te aviso.

Marcos resopló.

Benjamín extrajo finalmente el pan escondido bajo el poncho.

Lo miró.

—En Tucumán también decían que todo era por la patria.

Eusebia dejó caer la camisa mojada dentro del fuentón.

—La patria habla mucho para ser algo que nadie ha visto.

Marcos la observó con fastidio.

—Vos tampoco ayudás.

—Yo cocino para tus soldados. Los curo cuando se revientan una pierna. Les lavo la sangre de las camisas. Bastante ayuda es.

Benjamín miró a la mujer.

—¿Vos creés en eso?

—¿En qué?

—En la patria.

Eusebia pensó unos segundos.

—Creo en algunas personas.

—No es lo mismo.

—No.

Tomó otra camisa.

—Es mejor.

Marcos la miró de reojo.

—El general dice algo parecido.

—Entonces por una vez el general tiene razón.

Benjamín volvió a observar las montañas.

Durante unos segundos ninguno habló.

Por encima de los tejados comenzó a elevarse una columna de humo negro. Provenía de las fraguas. El sonido de los martillos llegaba irregular, persistente, como un enorme corazón enterrado bajo la ciudad.

Benjamín había visto soldados antes.

Los había visto marchar hacia el norte.

También regresar.

Menos.

Había escuchado discursos sobre libertad pronunciados por hombres que golpeaban a otros hombres por llegar tarde al trabajo. Había oído hablar de igualdad en mesas donde él nunca podía sentarse.

Había aprendido pronto que las palabras importantes eran las más peligrosas.

Patria.

Libertad.

Revolución.

Dios.

Todas servían para pedirle algo a quien no tenía nada.

Marcos tomó el caballo.

—Tengo que entregar veinte hombres pasado mañana.

—¿Y cuántos tenés?

—Diecinueve.

Benjamín lo miró.

—Mentira.

—¿Cómo sabés?

—Si tuviera diecinueve no estaría perdiendo tiempo conmigo.

Eusebia soltó una carcajada.

Marcos la fulminó con los ojos.

—Tengo catorce.

—Doce

—dijo Eusebia.

—Catorce.

—Dos se fueron anoche.

Marcos quedó inmóvil.

—¿Quiénes?

—Los hermanos Corvalán.

—Hijos de puta.

—Trece entonces
—dijo Benjamín.
Marcos lo miró.
—Doce.
—Pero conmigo trece.
Silencio.
Eusebia dejó de reír.
Marcos ladeó lentamente la cabeza.
—¿Eso quiere decir que venís?
Benjamín miró el pan que tenía en la mano.
Después miró el caballo.
Finalmente, las montañas.
—Quiere decir que quiero saber cuánto dan de comer.
Marcos sonrió.
—Dos raciones.
—Tres.
—Dos.
—Y duermo bajo techo.
—Ni el general duerme siempre bajo techo.
—Entonces el general negocia peor que yo.
Eusebia tuvo que darse vuelta para ocultar la sonrisa.
Marcos tomó aire.
—Dos raciones. Una manta. Y si intentás robarme otra vez el caballo, te rompo las piernas.
Benjamín extendió la mano.
Marcos la miró.
—¿Qué hacés?
—Cerramos trato.
El antiguo cuatrero contempló aquella mano flaca y sucia.
Después la estrechó.
—Mañana al amanecer.
Benjamín asintió.
Marcos comenzó a alejarse con el alazán.
—Albarracín.
El hombre se volvió.
—¿Qué?
—¿Cómo se llama el general?
Marcos lo miró durante un instante, sorprendido de verdad.
Luego señaló con la barbilla hacia las montañas.

—San Martín.

Benjamín repitió el nombre en voz baja, como si quisiera probarlo antes de decidir qué significaba.

Marcos siguió caminando.

Eusebia regresó a su ropa.

Benjamín permaneció allí.

—¿Es buen hombre?

—preguntó.

Eusebia retorció una camisa hasta hacer caer el agua.

—No conozco hombres buenos.

Benjamín la miró.

Ella señaló hacia el oeste.

—Pero dicen que ése sabe adónde va.

El muchacho volvió los ojos hacia la cordillera.

Por primera vez desde que había llegado a Mendoza no vio montañas.

Vio un camino.

# II

## El muerto respiraba

*Camino de Jujuy a Salta, enero de 1817*

El muerto respiró cuando Rosa Medina le quitó las botas. Ella se quedó inmóvil, agachada junto al cuerpo. Esperó. Otra vez. Un movimiento apenas perceptible bajo la chaqueta azul.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

Fermín Aráoz estaba unos metros más arriba, revolviendo las alforjas de otro cadáver.

—Éste está vivo.

—Entonces dejale las botas.

Rosa levantó la cabeza.

—Las botas las necesito igual.

Fermín soltó las alforjas.

—Rosa.

—¿Qué?

—Está vivo.

—Ya lo dijimos.

—No podés sacarle las botas a un hombre vivo.

Ella observó al soldado tendido delante suyo. Era joven. Quizá veinte años. Quizá menos. Tenía sangre seca en el cuello y una herida debajo de las costillas. Por el uniforme debía ser realista, aunque en aquella guerra los uniformes cambiaban de dueño casi con la misma velocidad que las provincias.

Rosa tiró nuevamente de la bota. El herido gimió.

—¿Ves?

—dijo Fermín.

—Sí.

—Le duele.

—A mí también me duelen los pies.

Fermín bajó por la pendiente. Llevaba una carabina colgada a la espalda y un crucifijo de madera debajo de la camisa. El crucifijo no se veía, pero Rosa sabía que estaba allí.

También sabía que Fermín lo tocaba cada vez que tenía miedo. En los últimos días lo había tocado mucho.

—Dejalo

—ordenó.

Rosa levantó una ceja.

—¿Eso fue una orden?

—Sí.

—Entonces decila como capitán.

Fermín respiró.

—Dejá las botas.

—Eso sonó mejor.

Rosa soltó la pierna del soldado.

—Aunque sigue siendo una estupidez.

Fermín se arrodilló junto al herido.

—Agua.

—Nos queda poca.

—Rosa.

Ella le alcanzó la cantimplora. Fermín humedeció los labios del joven. El soldado abrió los ojos. Eran claros. Demasiado claros. Durante unos segundos miró a Fermín sin comprender. Después vio a Rosa. Luego vio los cadáveres alrededor. Intentó incorporarse. Fermín lo sostuvo.

—Quieto.

El muchacho buscó instintivamente algo en su cintura. Rosa apoyó el cuchillo contra su garganta.

—Eso tampoco.

El soldado se quedó inmóvil.

—¿Cómo te llamás?

—preguntó Fermín.

No respondió.

—No te vamos a matar.

Rosa giró lentamente la cabeza.

—No prometas cosas en nombre de los demás.

El herido la miró. Fermín también.

—¿Podrías ayudar un poco?

—Estoy ayudando. Si quisiera matarlo ya estaría muerto.

El muchacho respiraba cada vez peor. Fermín abrió su chaqueta. La sangre había empapado la camisa.

—La bala sigue adentro.

—Entonces no va a llegar muy lejos.

—Necesitamos llevarlo.

Rosa soltó una pequeña carcajada.

—¿Adónde?

Fermín señaló hacia el sur.

—A la posta.

—Tenemos dos caballos.

—Él puede ir conmigo.

—Tenemos dos caballos cansados.

—Despacio.

—Nos siguen.

Fermín levantó la vista.

—No sabemos eso.

Rosa miró hacia el camino. Un sendero polvoriento se perdía entre cardones y cerros secos. El sol todavía no estaba alto, pero el calor empezaba a levantarse desde las piedras.

A su alrededor había seis muertos. Cuatro realistas. Dos gauchos.

Uno de los gauchos era Pedro Colque, que había estado contando chistes menos de una hora antes.

Ahora estaba boca abajo, con la cabeza apoyada sobre una piedra. El otro era su primo. Tenía dieciséis años. Rosa no recordaba su nombre. Eso era lo peor de la guerra. Uno podía morirse antes de que los demás hubieran aprendido cómo llamarlo.

—Nos siguen

—repitió.

Fermín conocía ese tono.

—¿Viste algo?

—No.

—Entonces...

—No escuché pájaros desde hace rato.

Fermín guardó silencio. Rosa señaló los cerros.

—Hace veinte minutos había chimangos sobre los cuerpos.

—Se habrán ido.

—Los chimangos no se van de la comida.

Fermín observó las alturas. Nada. Sólo piedra.

—¿Cuántos?

—No soy adivina.

—¿Cinco?

—Puede ser.

—¿Diez?

—También.

—¿Veinte?

Rosa sonrió.

—Si son veinte, la conversación deja de importar.

El herido realista empezó a murmurar. Fermín acercó el oído.

—¿Qué dice?

—No sé.

El joven volvió a hablar. Esta vez Rosa entendió.

—Agua.

Fermín levantó la cantimplora.

—No.

—Hace un momento querías darle.

—Hace un momento no sabía que nos seguían.

Rosa le quitó la cantimplora y dejó caer unas gotas sobre la boca del soldado. Fermín la miró.

—¿Qué?

—Nada.

—Cuando vos decís nada también querés decir algo.

Ella sonrió.

—Estoy aprendiendo.

El muchacho bebió. Después tosió.

—¿Cómo te llamás?

—preguntó Rosa.

Silencio. Apoyó un poco más el cuchillo.

—Ella pregunta peor que yo

—dijo Fermín—, pero suele conseguir mejores respuestas.

Los ojos claros pasaron de uno al otro.

—Antonio.

—¿Antonio qué?

—Valdés.

—¿De dónde?

—Cochabamba.

Rosa retiró ligeramente el cuchillo.

—Entonces estás bastante lejos de tu casa, Antonio Valdés.

El muchacho cerró los ojos.

—Todos estamos lejos.

Rosa se quedó mirándolo. Aquello no sonaba como algo que hubiera esperado escuchar de un realista. Fermín palpó cuidadosamente los bolsillos de la chaqueta. Encontró una pequeña bolsa con monedas. Una navaja. Un rosario. Y un papel doblado. Rosa se lo quitó.

—Eso es mío.

—No sabés leer.

—Vos sí.

—Entonces es mío.

Rosa lo miró. Fermín extendió la mano.

—Dámelo.

Ella le entregó el papel. Fermín lo abrió. Leyó en silencio. Su expresión cambió.

—¿Qué?

No respondió.

—Fermín.

Volvió a leer. Rosa se acercó.

—¿Qué dice?

—Es una orden.

—Eso ya lo veo. Tiene letras y sello.

—Una columna realista salió de Humahuaca anteayer.

Rosa dejó de sonreír.

—¿Cuántos?

—Ciento veinte hombres.

—¿Caballería?

—Treinta.

—¿Artillería?

—Dos piezas.

Rosa miró hacia el norte.

—¿Destino?

Fermín continuó leyendo.

—No dice.

—Claro que dice.

—No.

—Entonces estás leyendo mal.

Fermín levantó la mirada.

—Sé leer, Rosa.

—Y yo sé cuándo un ejército manda ciento veinte hombres a pasear.

El herido volvió a moverse. Rosa se agachó.

—Antonio.

No respondió. Le dio una palmada.

—Antonio.

Los ojos claros se abrieron.

—¿Adónde van?

Silencio.

—La columna.

El soldado respiró con dificultad.

—No sé.

Rosa apoyó el cuchillo.

—Rosa.

—Callate.

—No sabe.

—Todo el mundo sabe algo.

El soldado la miró.

—San Carlos.

Rosa retiró el cuchillo. Fermín frunció el ceño.

—¿La posta de San Carlos?

Antonio asintió.

—¿Por qué?

No respondió. Rosa miró a Fermín. Él ya había comprendido. San Carlos no tenía valor militar. No había fortificaciones. No había depósitos importantes. No había tropas suficientes para justificar ciento veinte hombres. Pero había algo más.

—El camino de las mulas

—dijo Fermín.

Rosa asintió. Por allí llegaban animales desde el sur. Harina. Maíz. Cuero. Pólvora cuando había. Sal. Hombres cuando quedaban. Todo lo que mantenía viva la frontera. Todo lo que permitía que Güemes pudiera seguir haciendo una guerra sin ejército regular.

—¿Cómo saben?

—preguntó Fermín.

Rosa no respondió. El sendero de San Carlos no figuraba en los partes oficiales. No era un secreto absoluto

—ningún camino utilizado por arrieros podía serlo—, pero los realistas llevaban meses intentando determinar qué rutas abastecían a las milicias.

Siempre atacaban tarde. Siempre llegaban después. Hasta ahora. Fermín volvió a mirar el papel.

—Alguien habló.

Rosa se incorporó.

—Alguien siempre habla.

—Tenemos que avisar.

—Sí.

—Si salimos ahora podemos llegar antes de la noche.

—No.

Fermín la miró.

—¿Cómo que no?

Rosa señaló los cuerpos.

—Esto fue demasiado fácil.

—Perdimos dos hombres.

—Para ellos.

Fermín observó los cadáveres realistas.

—¿Una trampa?

—No.

Rosa caminó hasta uno de los soldados muertos. Se arrodilló. Le abrió la chaqueta. Nada. Fue al siguiente. Revisó los bolsillos. Después otro. Fermín comenzó a comprender.

—Buscás algo.

—El papel que no querían que encontráramos.

—Ya tenemos la orden.

—Ésa querían que la encontráramos.

Fermín quedó quieto. Rosa regresó junto a Antonio. El herido había cerrado nuevamente los ojos.

—¿Quién llevaba los mensajes?

No respondió. Rosa lo agarró del cabello.

—¿Quién?

Antonio abrió los ojos.

—El sargento.

—¿Cuál?

El muchacho miró hacia los cadáveres. Rosa siguió su mirada. Un hombre corpulento estaba tendido junto a un algarrobo. Tenía un disparo en el pecho.

Ella caminó hasta él. Registró la chaqueta. Nada. Las botas. Nada. El morral. Un pedazo de charqui. Dos monedas. Pólvora.

—Nada

—dijo Fermín.

Rosa no respondió. Observó el cuerpo. Después miró las manos. Una estaba cerrada. Intentó abrirla. Los dedos rígidos se resistieron. Usó el cuchillo. Dentro había una pequeña llave. Fermín se acercó.

—¿De qué es?

Rosa miró alrededor. El sargento no llevaba ninguna caja. Ni baúl. Ni equipaje. Entonces vio la montura. Había quedado bajo uno de los caballos muertos. Entre ambos levantaron el animal lo suficiente para liberar la silla. Rosa pasó la mano por debajo. Encontró una costura diferente.

—Cortá

—dijo Fermín.

—Gracias por la sugerencia.

Abrió el cuero con el cuchillo. Dentro había un compartimento. Y dentro del compartimento, una caja de madera no más grande que una mano. Fermín introdujo la llave. Giró. La cerradura hizo un pequeño chasquido. Rosa miró hacia los cerros. Seguían sin escucharse pájaros.

—Rápido.

Fermín abrió la caja. Había tres cartas. Una pequeña bolsa de monedas de plata. Y un mapa. Rosa tomó el mapa. Reconoció inmediatamente los caminos. Salta. Jujuy. La quebrada. Los puestos. Las aguadas.

San Carlos. Había pequeñas marcas negras en distintos puntos.

—Son nuestras postas

—dijo Fermín.

Rosa sintió un frío extraño a pesar del calor. No eran aproximaciones. Eran ubicaciones exactas. Incluso figuraba una aguada que ellos mismos habían comenzado a utilizar apenas dos semanas antes.

Fermín tomó una de las cartas.

—Está cifrada.

La segunda también. La tercera llevaba un sello distinto. No era militar. Era de cera verde. Fermín la giró. En el frente había un nombre. Rosa vio cómo palidecía.

—¿Qué dice?

Fermín no respondió.

—Dame.

Él apartó la carta.

—No.

Rosa levantó la vista.

—¿Ahora te olvidaste de que no sé leer?

—No es eso.

—Entonces leé.

Fermín volvió a mirar el sobre. Antes de que pudiera hablar, Antonio comenzó a reír. Una risa débil. Casi un jadeo. Rosa giró hacia él.

—¿Qué te causa gracia?

El joven realista tenía sangre en los dientes.

—Llegaron tarde.

Fermín se acercó.

—¿Tarde para qué?

Antonio sonrió.

—La carta ya salió.

Rosa sintió que algo se cerraba dentro de su pecho.

—¿Qué carta?

El soldado miró el sobre que Fermín tenía en la mano.

—Ésa es copia.

Fermín se agachó.

—¿Dónde está la original?

Antonio volvió a cerrar los ojos.

—Antonio.

Nada. Fermín lo sacudió.

—¿Dónde está?

El muchacho respiró una vez. Después otra.

No hubo una tercera. Rosa observó el cuerpo durante unos segundos. Luego miró a Fermín.

—Leé el nombre.

Fermín permaneció inmóvil.

—Leélo.

Finalmente giró el sobre para que ella también pudiera verlo, aunque sabía perfectamente que aquellas letras no significaban nada para Rosa.

—Está dirigida a Buenos Aires.

—¿A quién?

Fermín tragó saliva.

—A un hombre llamado Julián Maza.

En algún lugar, muy arriba en el cerro, un pájaro levantó vuelo. Rosa alzó la cabeza. Esta vez escuchó caballos. Muchos. Fermín guardó la carta dentro de la chaqueta.

—¿Cuántos?

Rosa desenvainó el cuchillo. Los primeros jinetes aparecieron sobre la cresta.

—Ahora sí

—dijo—, la conversación dejó de importar.

# III

## La montaña en la cabeza

*El Plumerillo, Mendoza, enero de 1817*

Álvarez Condarco dibujó la montaña por tercera vez y volvió a romperla. Tomás Leiva observó cómo las dos mitades del papel caían al suelo.

—Estaba igual que la anterior.

—Ése es el problema.

—No entiendo.

—Ya me di cuenta.

Tomás apretó los labios. Llevaba tres meses trabajando en los talleres y había aprendido que discutir con José Antonio Álvarez Condarco requería dos cosas: argumentos y tiempo. Aquella mañana no tenía ninguna de las dos.

Sobre la mesa había una vela consumida, dos tinteros, una regla de madera, una taza de café frío y seis hojas cubiertas de líneas. Ninguna era un mapa completo. Algunas mostraban quebradas. Otras, pendientes. En una había dibujado un río que desaparecía en el borde del papel como si hubiera decidido escapar de la guerra.

Condarco tomó otra hoja.

—Dame carbón.

Tomás le alcanzó una barra.

—¿Otra vez?

—Otra vez.

—¿Cuántas veces lo va a dibujar?

—Hasta que esté bien.

—¿Y cómo sabe que está mal si lo está haciendo de memoria?

Condarco levantó la vista. Tenía cuarenta y tantos años, el rostro anguloso y los ojos de alguien que parecía mirar siempre dos cosas a la vez: lo que tenía delante y otra cosa mucho más lejos.

—Porque la montaña no cambia cuando uno cierra los ojos.

Tomás esperó una explicación. No llegó. Condarco apoyó la punta del carbón. Trazó primero una línea larga. Luego otra.

—Los Patos

—dijo.

Tomás conocía el nombre. Todos en Mendoza lo conocían ya. Los Patos. Uspallata. Portillo. Planchón. Los pasos habían dejado de ser lugares para convertirse en palabras pronunciadas en voz baja.

Condarco marcó una curva.

—Acá el sendero se estrecha.

—¿Cuánto?

—Dos mulas, si las mulas se tienen cariño. Una, si no.

Tomás sonrió. Condarco no. Siguió dibujando.

—Después baja treinta varas y vuelve a subir. Hay piedra suelta a la izquierda. Del lado derecho, barranca.

—¿Todo eso lo recuerda?

—Sí.

—Yo no recuerdo qué comí ayer.

—Por eso vos cargás papeles y yo los escribo.

Tomás decidió que aquello era un insulto, aunque no estaba completamente seguro.

Había conocido a Condarco en la fábrica de pólvora, cuando todavía trabajaba cargando carbón vegetal y sacos de salitre. El hombre podía discutir durante media hora sobre la humedad de una mezcla y después olvidar el nombre del soldado con quien acababa de hablar.

Recordaba piedras. Olvidaba caras. Tomás sospechaba que, para Condarco, era una virtud.

—¿Marcó del Pont lo dejó mirar todo eso así nomás?

La mano se detuvo.

—Marcó del Pont quería que me fuera.

—Eso dicen.

—¿Quiénes?

—Todos.

—Todos hablan demasiado.

—También dicen que casi lo fusila.

Condarco continuó dibujando.

—No me fusiló.

—Eso ya lo había deducido.

Por primera vez apareció algo parecido a una sonrisa. Duró poco.

—El gobernador español tuvo la amabilidad de devolverme por otro camino.

—Uspallata.

—Uspallata.

—Entonces el general sabía que iba a echarlo.

Condarco dejó el carbón. Miró al muchacho.

—El general suele procurar que el enemigo haga exactamente lo que cree haber decidido solo.

Tomás meditó aquello.

—Eso suena medio tramposo.

—Es una guerra.

—También.

Desde afuera llegó un golpe metálico. Luego otro. Y otro. El Plumerillo despertaba antes que el sol. Herreros, carpinteros, arrieros, soldados, mujeres que cosían uniformes,

muchachos que cargaban leña, hombres que arreglaban monturas. El campamento parecía una criatura enorme que nunca dormía por completo.

Tomás había dejado de preguntarse cuántas personas hacían falta para mover un ejército.

La respuesta era siempre la misma. Más. Condarco volvió al mapa.

—Acá hay agua.

Marcó un punto.

—¿Seguro?

—La bebí.

—Entonces sí.

—Gracias por confirmar.

Tomás apoyó una caja pequeña sobre la mesa.

—Le traje esto del laboratorio.

Condarco la abrió. Dentro había granos de pólvora. Tomó uno entre los dedos, lo aplastó y lo olió. Tomás lo miró con desconfianza.

—¿Se puede saber la pólvora oliéndola?

—No.

—Entonces, ¿para qué la huele?

—Porque puedo.

Tomás suspiró. Condarco dejó caer una pizca sobre una placa de metal. Acercó la vela.

—No haga eso.

—Alejate.

—Eso no me tranquiliza.

Condarco encendió la muestra. Hubo un fogonazo seco. Tomás retrocedió dos pasos. Una nube gris quedó flotando entre ambos. Condarco observó el residuo.

—Demasiado húmeda.

—A mí me pareció bastante dispuesta a matarnos.

—Una buena pólvora debe estar más dispuesta.

Tomás abrió la boca. La cerró. Había preguntas que era mejor no formular. Alguien golpeó la puerta. Tres veces. Rápido. Condarco cubrió el mapa con una hoja en blanco.

—¿Quién?

—Correo.

Tomás fue a abrir. Un hombre pequeño, cubierto de polvo hasta las cejas, estaba parado afuera. Debía tener cincuenta años, aunque el camino podía haberle agregado diez. Llevaba el poncho enrollado al cuello y sostenía un sombrero contra el pecho.

—Busco a don José Antonio.

Condarco apareció detrás de Tomás.

—¿Quién lo manda?

El hombre miró al muchacho. Condarco entendió.

—Él se queda.

El recién llegado dudó.

—Vengo de San Luis.

—Eso no responde.

—Lo que traigo viene del Norte.

Condarco dejó de moverse.

—Entrá.

El hombre pasó. Tomás cerró la puerta.

—Nombre.

—Nicasio Páez.

—¿Militar?

—Arriero.

—Mejor.

Nicasio no supo si aquello era un elogio. Condarco señaló una silla. El hombre no se sentó. Metió la mano debajo del poncho y sacó un pequeño envoltorio de cuero.

—Me dijeron que esto tenía que llegar a usted o al general. A nadie más.

Condarco no lo tomó inmediatamente.

—¿Quién te lo entregó?

—Un hombre en San Luis.

—Nombre.

—No me lo dijo.

—Descripción.

Nicasio se encogió de hombros.

—Flaco.

Tomás carraspeó.

—Eso reduce bastante la lista.

Condarco lo ignoró.

—¿Acento?

—Del Norte.

—¿Salta?

—Puede ser.

—¿Tucumán?

—Puede ser.

—¿Jujuy?

—También.

Condarco extendió la mano.

—Sos un observador formidable, Nicasio.

El arriero no detectó la ironía. Le entregó el paquete. Estaba cerrado con hilo y una gota de cera verde. Condarco la miró. Luego acercó el envoltorio a la vela.

—No lo queme

—dijo Tomás.

—No pensaba quemarlo.

—Como está la mañana, preferí aclarar.

Condarco rompió el hilo. Dentro había una hoja doblada varias veces y un fragmento de papel más pequeño.

Leyó primero la hoja.

Su rostro no cambió. Eso preocupó a Tomás más que si hubiera cambiado.

—¿Qué pasa?

Condarco siguió leyendo. Nicasio miraba el suelo.

—¿Quién escribió esto?

—No sé.

—¿El hombre flaco?

—Supongo.

—No supongas.

Nicasio levantó la vista.

—Entonces no sé.

Condarco acercó la hoja a Tomás.

—Leé.

Tomás tomó el papel. La letra era difícil. Leyó despacio.

—“Columna enemiga en movimiento. Se conocen postas y aguadas. Se halló correspondencia destinada a Buenos Aires. El original habría partido antes de ser interceptado”.

Se detuvo. Abajo había dos palabras escritas con trazos más gruesos.

—“Julián Maza”.

Condarco extendió la mano. Tomás le devolvió el papel.

—¿Lo conoce?

—Conozco el nombre.

—¿Quién es?

—Un hombre que trabaja demasiado cerca de hombres que hablan demasiado.

—Eso tampoco explica mucho.

—No estaba destinado a explicarte nada.

Nicasio observó la puerta. Condarco lo notó.

—¿Tenés apuro?

—Tengo sed.

Tomás le alcanzó una jarra. El arriero bebió sin respirar. Condarco abrió el segundo papel. Era apenas un trozo arrancado de algo mayor. Había líneas dibujadas. Un mapa. Tomás se acercó.

—¿Es Salta?

—Parte.

Condarco lo giró. Reconoció caminos, postas, aguadas. Había pequeñas cruces junto a varios puntos. Leyó los nombres. San Carlos. La Merced.

Una posta al sur. Otra más al norte. Sus dedos se detuvieron.

—¿Qué?

Condarco acercó el papel a la luz.

—Nada.

—Cuando usted dice nada...

—Callate.

Tomás calló. Condarco señaló una pequeña marca junto a un cauce.

—¿Ves esto?

—Una cruz.

—El nombre.

Tomás entrecerró los ojos.

—Aguada de las Ánimas.

—No existe.

Nicasio dejó de beber. Tomás miró el mapa.

—Acá dice que sí.

—La inventé yo.

Silencio. Tomás levantó la cabeza.

—¿Para qué inventaría una aguada?

Condarco apoyó lentamente el mapa sobre la mesa.

—Hace cuatro meses mandamos a Buenos Aires tres relaciones de suministros y caminos. No eran iguales.

—¿Por error?

—No.

Tomás comprendió de a poco.

—Puso datos falsos.

—Datos inútiles. Una aguada aquí. Una distancia distinta allá. Un puesto que nunca existió.

—¿Para qué?

Condarco lo miró.

—Para saber qué papel aparecía donde no debía.

Tomás volvió a mirar el mapa. De pronto aquella pequeña cruz parecía más peligrosa que un regimiento.

—Entonces esto salió de Buenos Aires.

—Una parte.

—¿Una parte?

Condarco señaló otra marca.

—Esto no estaba en ningún informe.

Era una línea muy fina que atravesaba una zona montañosa. Tomás tardó unos segundos en reconocerla.

—Los Patos.

Condarco no respondió.

—¿Es el camino que acaba de dibujar?

—Parte de él.

—¿Mandó ese dato a Buenos Aires?

—No.

—¿A alguien?

—No.

Nicasio dejó la jarra.

—¿Entonces cómo llegó al mapa de los godos?

Condarco tomó el carbón de la mesa. Lo hizo girar entre los dedos.

—Ésa es una excelente pregunta.

Tomás sintió que la habitación se había vuelto más pequeña.

—¿Cuánta gente conoce el camino?

—Mucha gente conoce Los Patos.

—No pregunté eso.

Condarco lo miró. El muchacho señaló la línea.

—¿Cuánta gente conoce ése camino así?

Condarco tardó en contestar.

—Poca.

—¿Cinco?

—Más.

—¿Diez?

—Menos.

Nicasio hizo la señal de la cruz. Tomás contó mentalmente.

—Entonces hay alguien acá.

Condarco dobló el papel.

—No necesariamente.

—Usted mismo acaba de decir...

—Dije que el dato no salió en los informes. No dije que hubiera un traidor sentado en el campamento.

—¿Y qué otra cosa puede ser?

Condarco comenzó a caminar alrededor de la mesa.

—Un arriero que vio demasiado. Un soldado que habló después de beber. Un comerciante que escuchó una conversación. Un oficial que escribió una carta a su mujer. La información no siempre se roba, Tomás. Muchas veces la regalamos.

—¿Y Maza?

—Maza es un nombre.

—En una carta enemiga.

—En una copia de una carta enemiga.

—Parece bastante.

Condarco se detuvo.

—Eso es exactamente lo que quiere que pienses quien dejó que encontraras la copia.

Tomás recordó algo que había escuchado entre soldados.

—La guerra de zapa.

Condarco lo miró con aprobación.

—Vas aprendiendo.

—Mentiras.

—Información.

—Mentiras con uniforme.

—Si te hace feliz.

Condarco tomó la hoja enviada desde el Norte. La leyó otra vez.

—El original salió antes.

—Hacia Maza.

—Eso creen.

—¿Y usted no?

—Creo que cuando el enemigo escribe un nombre en un papel que nosotros encontramos, conviene preguntarse por qué quiere que lo leamos.

Tomás se sentó. Por primera vez desde que trabajaba allí, deseó volver a cargar sacos. Los sacos no mentían. Pesaban. Eso era todo. Condarco guardó ambos papeles dentro de su chaqueta.

—Nicasio.

El arriero se enderezó.

—¿Sí?

—¿Alguien sabía que venías acá?

—No.

—Pensalo.

—El hombre de San Luis.

—Además de él.

—En la posta preguntaron adónde iba.

—¿Qué dijiste?

—Mendoza.

Condarco cerró los ojos un instante.

—Eso reduce el continente a una ciudad.

—No dije El Plumerillo.

—Bien.

—Pero el caballo sabía.

Tomás lo miró.

—¿Qué?

Nicasio se encogió de hombros.

—En la última posta un hombre miró la marca del animal. Dijo que era caballo del ejército.

Condarco abrió los ojos.

—¿Qué hombre?

—No sé.

—Flaco, imagino.

Nicasio negó.

—Gordo.

Tomás soltó una risa antes de poder evitarlo. Condarco no lo hizo.

—¿Te siguió?

—No vi a nadie.

—Eso no es lo mismo.

El arriero dejó de sonreír. Condarco fue hasta la ventana. Afuera, el campamento seguía funcionando. Dos soldados arrastraban un cajón. Un herrero discutía con un hombre por una herradura. Más lejos, una mujer sacudía una manta.

Todo normal. Demasiado normal.

—Tomás.

—¿Sí?

—Cerrá la puerta con llave.

El muchacho obedeció. Condarco caminó hasta un arcón bajo colocado contra la pared. Sacó una llave del bolsillo.

—¿Qué guarda ahí?

—Papeles.

—Espero que no pólvora.

Condarco abrió. Dentro había carpetas, instrumentos, una brújula y un cilindro de cuero. Tomás se inclinó.

—¿El mapa?

Condarco tomó el cilindro. Estaba vacío. No dijo nada. Introdujo la mano en el arcón. Revisó debajo de las carpetas. Después detrás. Nada. Tomás dejó de respirar por un momento.

—¿Qué faltaba?

Condarco volvió a revisar. Más rápido. Ya no parecía el hombre que recordaba cada piedra de la cordillera. Parecía un hombre buscando algo que no podía permitirse haber perdido.

—Don José Antonio.

Condarco se incorporó.

—El croquis limpio de Los Patos.

Tomás miró la puerta cerrada.

—¿Quién tenía la llave?

Condarco levantó la que sostenía entre los dedos.

—Yo.

Nicasio murmuró algo que ninguno entendió. Tomás se acercó al arcón.

—¿Puede haberlo llevado al general?

—No.

—¿A otro oficial?

—No.

—¿Está seguro?

Condarco lo miró.

—Recuerdo una montaña entera después de cruzarla una vez. Creo que puedo recordar dónde guardé un papel ayer.

Tomás retrocedió. Desde afuera volvió a escucharse el campamento. Martillos. Voces. Caballos.

Cientos de personas preparando una guerra. Cualquiera podía haber pasado frente a aquella puerta. Cualquiera podía haber visto entrar a Condarco. Pero muy pocos sabían qué había dentro del arcón. Entonces Tomás vio algo en el suelo.

—Espere.

Se agachó. Junto a una pata del mueble había una mancha diminuta. Verde. Condarco se arrodilló. La tocó con la uña. Cera. La misma tonalidad que sellaba el paquete llegado del Norte. Los dos se miraron. Nicasio se persignó nuevamente. Condarco se levantó muy despacio.

—Tomás.

—¿Sí?

—Andá a buscar al oficial de guardia.

—¿Y le digo qué pasó?

—No.

—¿Entonces qué le digo?

Condarco miró el arcón vacío. Después miró el mapa incompleto sobre la mesa. Finalmente, la puerta.

—Decile que nadie sale del campamento.

Tomás tragó saliva.

—¿Por cuánto tiempo?

Condarco tomó una pistola del estante. Comprobó la carga.

—Hasta que encontremos a la persona que acaba de robar el camino a Chile.

# IV

## La ciudad de barro

*Buenos Aires, enero de 1817*

Buenos Aires olía peor después de la lluvia.

Jacinta del Corro siempre había pensado que una ciudad importante debía oler a otra cosa.

A tinta, quizá.

A libros.

A madera encerada.

A café recién molido, como algunas casas de comerciantes donde había aprendido que los hombres podían discutir durante tres horas sobre libertad mientras un criado permanecía de pie detrás de ellos sin ser libre.

Pero aquella mañana Buenos Aires olía a caballo mojado.

A barro.

A sebo quemado.

A humo húmedo.

Y, cuando el viento llegaba desde el sur, traía algo más espeso, dulzón y desagradable, una mezcla de cuero, sangre y grasa que parecía quedarse pegada en la garganta.

Jacinta levantó ligeramente la falda.

No sirvió de nada.

El zapato derecho se hundió hasta el empeine.

—Mierda.

El hombre que caminaba delante de ella se volvió.

—Señorita.

—¿Qué?

—Nada.

—Entonces no me mire.

El hombre volvió a mirar hacia delante.

Jacinta tiró del pie.

El barro produjo un ruido obsceno.

El zapato salió.

—Una ciudad que pretende gobernar medio continente podría empezar por aprender a desaguar una calle

—murmuró.

—Señorita.

—¿Otra vez?

—Llegamos.

La casa de Julián Maza no era particularmente grande.

Eso la hacía más peligrosa.

Las casas de quienes necesitaban demostrar riqueza tenían puertas enormes, balcones ornamentados y sirvientes suficientes para que todo Buenos Aires supiera cuánto dinero tenían.

Julián prefería que nadie supiera cuánto tenía.

Ni con quién hablaba.

Ni para quién.

La fachada era sencilla, de paredes claras castigadas por la humedad y una puerta de madera oscura casi sin adornos.

Jacinta golpeó tres veces.

Esperaron.

Desde alguna iglesia cercana sonaron campanas.

Una.

Dos.

Tres.

Más lejos, sobre las calles que desembocaban hacia el río, un carretero insultaba a una mula. Una mujer pregonaba leche. Dos perros se disputaban algo junto a un charco.

La puerta se abrió apenas.

Un ojo apareció en la rendija.

—Señorita del Corro.

—Todavía.

La puerta se abrió.

Jacinta entró.

El cambio de olor fue inmediato.

Cera.

Madera.

Tabaco.

Papel.

Ahí estaba la Buenos Aires que ella prefería.

O al menos la que prefería antes de comprender cuántas cosas podían hacerse con una hoja de papel.

El criado cerró detrás de ella.

—El señor Maza está ocupado.

Jacinta se quitó los guantes.

—Siempre está ocupado.

—Pidió que no lo interrumpieran.

—Entonces tendrá oportunidad de practicar la paciencia.

El hombre abrió la boca.

Jacinta ya estaba caminando.

Conocía la casa.

Había cenado allí.

Había discutido allí.

Había llorado allí una sola vez y había decidido no repetirlo jamás.

También había besado a Julián contra la puerta del despacho.

Eso sí lo había repetido.

Dos veces.

La tercera había sido sobre el escritorio.

De aquello hacía seis meses.

Parecía mucho más.

Atravesó un corredor estrecho que desembocaba en el patio central. El agua todavía caía desde las tejas y golpeaba dentro del aljibe con un sonido regular.

Una esclavizada fregaba el piso de ladrillos.

Jacinta la saludó.

—Buen día, Rufina.

La mujer levantó la mirada.

—Buen día, señorita.

Había algo extraño en su expresión.

Jacinta se detuvo.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Esa mañana todo el mundo parecía tener un problema con esa palabra.

Jacinta la observó.

Rufina volvió al piso.

—Está bien.

Continuó hacia el despacho.

Antes de llegar escuchó voces.

Una era la de Julián.

La otra no la conocía.

Se detuvo.

—...no debió escribir el nombre.

—No lo escribió él.

—Está en la carta.

—Precisamente.

Jacinta se acercó un poco más.

La puerta estaba entornada.

—¿Quién más la vio?

—Nadie que importe.

Jacinta arqueó una ceja.

Siempre le había fascinado aquella categoría de personas.

Nadie que importe.

Generalmente eran quienes cargaban las cajas, preparaban los caballos, lavaban la ropa, llevaban mensajes, cocinaban y enterraban a los muertos.

La patria parecía estar llena de personas que no importaban.

—¿Y el correo?

La segunda voz tardó en responder.

—No llegará.

Jacinta dejó de respirar.

Julián tampoco habló durante algunos segundos.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Eso dijiste del anterior.

—El anterior tuvo suerte.

—La suerte es una forma elegante de llamar a la incompetencia.

Jacinta apoyó dos dedos sobre la puerta.

Podía entrar.

Debería entrar.

No lo hizo.

—Hay algo más

—dijo el desconocido.

Papel.

El sonido fue pequeño.

Pero Jacinta lo reconocía perfectamente.

Alguien estaba desplegando una carta.

—Llegó anoche desde Río de Janeiro.

Julián no contestó.

—¿De quién?

—No tiene firma.

—Entonces no llegó de nadie.

—La reconocerá.

Hubo otro silencio.

Esta vez más largo.

Jacinta acercó el rostro a la abertura.

Vio una parte del despacho.

El escritorio.

Una copa.

La espalda de Julián.

Y frente a él un hombre de cabello gris, chaqueta marrón y botas todavía manchadas de barro.

El desconocido sostuvo un papel.

Julián lo tomó.

Leyó.

Su rostro cambió.

No mucho.

Julián era demasiado bueno para eso.

Pero Jacinta lo conocía desde antes de que aprendiera a esconderse detrás de la política.

Vio cómo apretaba la mandíbula.

—Esto es una locura.

—Puede ser.

—Si alguien intercepta esto...

—Por eso no tiene firma.

—No hace falta una firma.

Julián dejó el papel sobre el escritorio.

—¿Cuándo llegó?

—Anoche.

—¿En qué barco?

—Eso no puedo decírselo.

Julián levantó la mirada.

—Podés.

—No debo.

—Estás en mi casa.

—Y usted no es mi superior.

Jacinta sonrió.

Le gustó el desconocido.

—Decime algo

—dijo Julián—. ¿Por qué ahora?

—Porque el ejército está por cruzar.

Jacinta perdió la sonrisa.

No hacía falta preguntar qué ejército.

Desde hacía meses Buenos Aires hablaba de él como se habla de una tormenta que ocurre detrás de una montaña.

San Martín.

Mendoza.

Chile.

Mulas.

Cañones.

Miles de hombres.

Los comerciantes calculaban costos.

Los políticos calculaban consecuencias.

Las mujeres de ciertas familias entregaban joyas.

Los soldados entregaban algo bastante menos recuperable.

La vida.

—Si cruza

—continuó el desconocido.

—Va a cruzar.

—Eso dicen.

—San Martín no lleva dos años fabricando un ejército para pasearlo por Mendoza.

—Un ejército también puede fracasar.

—Todo puede fracasar.

Julián caminó hacia la ventana.

—Pero si gana en Chile, cambia todo.

—Precisamente.

—¿Y ése es el temor?

—No mío.

—Nunca es tuyo.

El hombre gris no respondió.

Julián regresó al escritorio.

—¿Qué quieren?

—Información.

—¿Sobre el ejército?

—Sobre el general.

Jacinta sintió un pequeño escalofrío.

Julián tomó la copa pero no bebió.

—No tengo acceso a San Martín.

—Tiene acceso a quienes tienen acceso.

—No es lo mismo.

—Para quien escribió esa carta, sí.

Julián miró nuevamente el papel.

—¿Y qué esperan que haga con esto?

—Responder.

—¿Qué quieren saber?

El hombre se inclinó.

Dijo algo.

Demasiado bajo.

Jacinta no alcanzó a oírlo.

Avanzó medio paso.

El entablonado crujió.

Dentro del despacho, las voces cesaron.

Jacinta cerró los ojos.

Perfecto.

Había sobrevivido a tertulias políticas, damas insoportables, sacerdotes que hablaban durante horas y tres propuestas de matrimonio.

Iba a terminar asesinada por una tabla.

La puerta se abrió.

Julián Maza estaba del otro lado.

Durante un segundo ninguno habló.

Él tenía treinta y pocos años, el cabello oscuro perfectamente peinado y una de esas caras que envejecían bien porque nunca parecían esforzarse demasiado.

Los ojos eran otra cosa.

Siempre trabajaban.

—Jacinta.

—Julián.

Miró hacia el hombre del fondo.

—Veo que llegué en mal momento.

—¿Cuánto escuchaste?

—Buen día para vos también.

—Jacinta.

—No grites.

—No estoy gritando.

—Todavía.

El hombre de cabello gris guardaba papeles dentro de una cartera.

Jacinta lo señaló.

—¿No vas a presentarnos?

—No.

—Qué descortés.

El desconocido hizo una pequeña inclinación.

—Señorita.

—Señor que no existe.

El hombre pareció divertido.

Julián no.

—Necesito hablar contigo.

—Por eso vine.

—A solas.

El desconocido terminó de guardar los papeles.

—Ya me retiraba.

Pasó junto a Jacinta.

Ella percibió barro, sudor, tabaco y algo más.

Agua salada.

No perfume.

No colonia.

Mar.

Lo miró nuevamente.

El hombre advirtió la observación.

Sonrió apenas.

—No siempre conviene recordar una cara, señorita.

—Entonces procure tener una menos interesante.

La sonrisa desapareció.

Salió.

Julián cerró la puerta.

—¿Qué hacés acá?

—Me invitaste.

—A cenar.

—Son casi las once.

—De la noche.

—No especificaste.

Julián la miró.

—Estuviste escuchando.

—La puerta estaba abierta.

—Estaba cerrada.

—Mal cerrada.

—Eso sigue llamándose escuchar.

Jacinta caminó hacia el escritorio.

La carta ya no estaba.

—¿Río de Janeiro?

Julián no respondió.

—¿Quién escribe desde Río?

—No te importa.

Ella se volvió.

—No vuelvas a decidir qué me importa.

—No sabés de qué estamos hablando.

—San Martín.

Julián cerró los ojos durante un instante.

—No deberías haber venido.

—Eso ya lo dijiste con otras palabras.

Jacinta se acercó.

—¿Qué quieren saber de él?

—Nada.

—Escuché la conversación.

—Escuchaste fragmentos.

—Los suficientes.

—Los fragmentos son peligrosos.

—Las cartas también.

Julián bajó la voz.

—Mucho más.

Por primera vez Jacinta percibió algo detrás de su irritación.

Miedo.

Aquello sí era nuevo.

Julián podía ser arrogante.

Vanidoso.

Ambicioso.

Exasperante.

Pero pocas veces tenía miedo.

—¿En qué estás metido?

—En nada.

—No me mientas.

—No estoy mintiendo.

—Entonces sos mucho más estúpido de lo que pensaba.

Él se acercó.

—Hay asuntos que no entendés.

Jacinta sonrió sin alegría.

—Ahí está.

—¿Qué?

—El hombre.

—¿Qué hombre?

—El que aparece cada vez que una mujer entiende algo que a él no le conviene.

Julián golpeó suavemente el escritorio con los dedos.

—Esto no es una tertulia.

—Ya me di cuenta.

—Hay vidas en juego.

—También me di cuenta.

—Entonces andate.

Jacinta lo observó.

Una gota de lluvia cayó desde algún lugar del techo al patio.

Después otra.

Las campanas volvieron a sonar en la ciudad.

Buenos Aires seguía moviéndose afuera.

Carretas.

Vendedores.

Caballos.

Mujeres cargando leche.

Hombres embarrándose los zapatos.

Niños corriendo detrás de perros.

Cientos de personas que probablemente no sabrían jamás qué se decidía dentro de aquel cuarto.

Y sin embargo serían ellos quienes pagarían esas decisiones.

—¿Sabés qué es lo que más me molesta de vos?

—preguntó.

Julián suspiró.

—Tengo miedo de preguntar.

—Que realmente creés que sos importante.

—Jacinta...

—Vos, los hombres que vienen a esta casa, los que escriben desde Río, los que escriben desde Europa. Todos creen que la revolución les pertenece porque pueden ponerla sobre un papel.

—No sabés de qué hablás.

—No.

Se acercó hasta quedar muy cerca.

—Pero sé quién termina poniendo el cuerpo.

Julián sostuvo su mirada.

Durante unos segundos regresó algo antiguo.

Algo anterior a las cartas.

A los secretos.

A las discusiones.

A la noche sobre el escritorio.

Él levantó una mano.

Jacinta retrocedió.

—No.

Julián la dejó caer.

—¿Para qué viniste?

Ella abrió el bolso.

Sacó un sobre.

Lo dejó sobre la mesa.

—Llegó esta mañana.

Julián miró el sello.

No lo tocó.

—¿Para mí?

—Para mi padre.

—Entonces ¿por qué lo tenés?

—Porque mi padre está en Montevideo.

—Podrías habérselo enviado.

—Podría.

—Y lo abriste.

—Sí.

—Naturalmente.

Jacinta empujó el sobre hacia él.

Julián sacó la carta.

Leyó las primeras líneas.

Su expresión cambió.

Esta vez mucho.

—¿Quién te dio esto?

—Un arriero.

—¿Nombre?

—Nicasio Páez.

Julián levantó la cabeza.

Jacinta lo vio palidecer.

—¿Lo conocés?

No respondió.

Leyó más rápido.

Llegó al final.

Volvió al principio.

—¿Dónde está ese hombre?

—No sé.

—¿Cómo que no sabés?

—Me entregó la carta y se fue.

—¿Cuándo?

—Hace dos horas.

Julián agarró su chaqueta.

—¿Qué pasa?

—Tenés que irte.

—Otra vez.

—Ahora.

—No pienso...

Julián la sujetó por los brazos.

No con violencia.

Con miedo.

—Escuchame.

Jacinta dejó de hablar.

—Volvé a tu casa. No hables con nadie. No menciones esta carta. No menciones a Páez. No menciones mi nombre.

Ella lo miró.

—¿Por qué?

Julián soltó lentamente sus brazos.

Miró nuevamente la hoja.

Jacinta intentó quitársela.

Él la apartó.

—Julián.

Silencio.

—¿Qué dice?

Julián caminó hasta la ventana.

Afuera, una carreta avanzaba lentamente por el barro.

Detrás caminaba un muchacho descalzo.

Un perro bebía agua de una zanja.

Nada extraordinario.

Una mañana cualquiera.

—Julián.

Él volvió hacia ella.

—La carta habla de una filtración.

Jacinta sintió que el aire se volvía más frío.

—¿De quién?

—Del Ejército del Norte.

—¿Realistas?

—Información que alguien está entregando a los realistas.

Jacinta miró hacia la puerta por donde había salido el hombre gris.

—¿Y qué tiene que ver eso con vos?

Julián no respondió.

—Julián.

Él bajó la mirada hacia la carta.

—Mi nombre está escrito acá.

Jacinta quedó inmóvil.

—¿Como destinatario?

—Sí.

—Entonces la carta que acabás de recibir...

—No era para mí.

—No entiendo.

—Yo tampoco.

Por primera vez desde que lo conocía, Julián Maza parecía decir la verdad.

Un golpe sonó en la puerta principal.

Los dos miraron hacia el corredor.

Otro golpe.

Más fuerte.

Julián dobló rápidamente la carta.

—Quedate acá.

—Ni se te ocurra.

—Jacinta.

Tercer golpe.

Rufina apareció en el patio.

—Señor Maza.

Su voz temblaba.

—¿Qué pasa?

—Hay dos hombres afuera.

—¿Quiénes?

Rufina tragó saliva.

—Dicen que buscan a una señorita.

Julián miró a Jacinta.

—¿Dieron nombre?

—Sí.

El patio quedó completamente silencioso.

Hasta la lluvia pareció detenerse.

—¿Cuál?

Rufina respondió:

—Jacinta del Corro.

Julián apagó la vela.

—Ahora sí

—susurró— vas a hacer exactamente lo que te diga.

# V

## Los hombres de la puerta

*Buenos Aires, enero de 1817*

Julián Maza apagó la vela con dos dedos humedecidos. La llama se rindió con un siseo y el despacho quedó reducido al resplandor gris que entraba desde el patio. Afuera seguía lloviendo. No con fuerza, sino con esa paciencia porteña que convertía las calles en barro sin necesidad de tormenta.

Jacinta del Corro escuchó otro golpe en la puerta principal.

—Ahora sí

—susurró Julián— vas a hacer exactamente lo que te diga.

—Eso depende de lo que digas.

—Por una vez en tu vida, no. La tomó de la muñeca y la llevó hacia una biblioteca baja. Jacinta alcanzó a protestar cuando él apartó dos volúmenes, metió la mano detrás de los estantes y presionó algo. Un panel estrecho cedió hacia adentro.

Ella lo miró.

—Tenés un escondite.

—Tengo una casa vieja.

—Con un escondite.

—Entrá.

—Ni loca. El cuarto golpe hizo vibrar la madera de la entrada. En el patio, Rufina dijo algo que ninguno entendió. Julián acercó la cara a la de Jacinta.

—Esos hombres preguntaron por vos antes de saber que estabas acá.

La ironía desapareció del rostro de ella.

—¿Cómo sabés que no me siguieron?

—No lo sé. Aquello la convenció más que cualquier explicación. Entró. El espacio detrás de la biblioteca no era un cuarto. Era una cavidad entre dos muros, apenas suficiente para permanecer de pie. Olía a yeso húmedo, cuero viejo y polvo. Había una pequeña abertura a la altura de sus ojos cubierta por una rejilla tallada.

—Muy acogedor

—murmuró. Julián volvió a colocar el panel. La oscuridad la envolvió. Jacinta oyó sus pasos alejándose por el corredor.

Después, la puerta principal. Bisagras. Voces.

—Señor Maza. La voz era grave, educada.

—Señores.

—Buscamos a Jacinta del Corro.

—Ya me lo dijeron.

—¿Está aquí?

—No. Jacinta sonrió en la oscuridad. Julián mentía con una tranquilidad admirable. Quizá demasiado admirable.

—Nos informaron que vino a esta casa esta mañana.

—Los informaron mal.

—La vieron entrar. Silencio. Jacinta apoyó un ojo en la rejilla. Veía una parte del corredor y el borde del patio. Uno de los visitantes estaba de espaldas. Alto, capa oscura, sombrero empapado. Del segundo sólo alcanzaba a ver una bota y parte de un pantalón embarrado.

Julián apareció dentro del pequeño ángulo de visión.

—Entonces si ya saben que entró, ¿para qué preguntan? El hombre alto tardó en responder.

—Queremos saber si salió.

—Eso es otra pregunta.

—¿Salió?

—No tengo por costumbre informar los movimientos de mis visitas a desconocidos.

—No somos desconocidos.

—Para mí sí. Un trueno lejano rodó sobre el río. La humedad parecía atravesar los muros. Jacinta sintió una gota fría deslizarse por la espalda.

—La señorita puede estar en peligro

—dijo el hombre.

—Curiosa manera de protegerla. Golpeando mi puerta y preguntando dónde está.

—El peligro no somos nosotros. Julián dejó escapar una risa corta.

—Esa frase suele pronunciarla la gente que trae el peligro consigo.

El segundo hombre habló por primera vez.

—Un arriero llegó esta mañana.

Jacinta se quedó inmóvil.

—Muchos arrieros llegan a Buenos Aires

—respondió Julián.

—Éste venía de San Luis. Silencio.

—¿Y?

—Se llamaba Nicasio Páez. Jacinta apoyó una mano sobre la pared. Ya no sentía frío.

—No conozco a ese hombre

—dijo Julián. Mintió otra vez. O quizá no. Jacinta recordó cómo había palidecido al oír el nombre.

—El arriero entregó una carta

—continuó el visitante—. Necesitamos recuperarla.

—Entonces busquen al arriero.

—Desapareció.

—La gente suele hacer eso cuando hombres como ustedes empiezan a buscarla.

—No entiende.

—Últimamente todos me dicen lo mismo. El hombre alto dio un paso hacia adelante. Jacinta vio agua caer desde el borde de su capa.

—La carta contiene información que no debe circular.

—¿Información de quién?

—No puedo decirlo.

—Entonces yo tampoco puedo ayudarlos. El segundo hombre se movió. La bota embarrada entró un poco más en el campo de visión.

Sobre el cuero, a la altura del tobillo, había adherido un pequeño fragmento verde.

Cera. Jacinta acercó el rostro a la rejilla. No podía estar segura. Pero parecía del mismo color que el sello de la carta que había llevado hasta aquella casa.

—Señor Maza

—dijo el hombre alto—, esto no es una negociación.

—Entonces se equivocaron de casa.

—Tenemos autorización para buscar a la señorita.

—Muéstremela. Silencio.

—La autorización. Nadie respondió.

—Eso pensé. Julián abrió la puerta.

—Buenos días. Por un momento Jacinta creyó que aquello terminaría mal. El hombre alto no se movió. Después se colocó el sombrero.

—Si la ve, dígale que no vuelva a su casa.

—¿Por qué?

—Porque ya la están esperando. Jacinta contuvo el aire. El visitante cruzó el umbral. El segundo lo siguió. Antes de salir se detuvo. Giró apenas la cabeza. Jacinta alcanzó a ver un perfil estrecho, una cicatriz junto a la oreja y una gota de lluvia suspendida en la barba.

Sus ojos recorrieron el corredor. Por un instante se detuvieron exactamente frente a la rejilla.

Jacinta sintió la certeza absurda de que podía verla. El hombre siguió caminando. La puerta se cerró. Nadie habló durante varios segundos. Después Jacinta escuchó el cerrojo. El panel se abrió.

—Ya podés salir. Ella salió lentamente.

—¿Quiénes eran?

—No sé.

—Mentís peor cuando estás asustado.

—No estoy asustado.

—Entonces estás perdiendo facultades. Julián caminó hacia el patio. Rufina estaba junto al aljibe, con los brazos cruzados.

—¿Se fueron?

—preguntó Jacinta.

—Por adelante

—respondió la mujer. Julián la miró.

—¿Qué significa eso? Rufina señaló con la barbilla hacia el fondo.

—El de la cicatriz mandó a otro a la esquina de atrás antes de entrar.

Julián dijo una palabra que Jacinta jamás le había oído pronunciar delante de una mujer.

Rufina no pareció ofenderse.

—Hay una salida por la cocina

—dijo—. Da al callejón.

—También la conocen

—respondió Julián. Rufina negó.

—La que usted conoce, sí. Jacinta sonrió. Julián la miró.

—¿Vos también tenés escondites en mi casa?

—Las casas siempre tienen más secretos para los que las limpian que para los que las poseen

—dijo Rufina.

Por primera vez aquella mañana, Jacinta sintió ganas de reír.

No lo hizo. Rufina levantó una tapa de madera detrás de unos toneles en la cocina. Debajo había tres escalones de ladrillo que descendían hacia un pasadizo tan bajo que Jacinta tuvo que agachar la cabeza.

El olor cambió. Tierra mojada. Moho. Agua estancada. Ratas, probablemente.

—¿Adónde sale esto?

—A la casa de la viuda Seguí

—dijo Rufina—. Hace años era la misma propiedad.

—¿La viuda sabe?

—La viuda está sorda. Julián le entregó a Jacinta una capa sencilla de lana.

—Cubrite la cabeza.

—No pienso irme sin saber qué pasa.

—Jacinta.

—No. Él respiró hondo.

—La carta que trajiste no estaba destinada a tu padre.

—Eso ya lo supuse.

—Ni a mí.

—Tu nombre estaba escrito.

—Precisamente.

—No entiendo.

—Alguien quería que ese nombre llegara al Norte. Y alguien más quería que volviera.

Jacinta frunció el ceño.

—¿Una provocación?

—Tal vez.

—¿Para incriminarte?

—Tal vez.

—¿Podrías dejar de responder “tal vez”?

—Cuando tenga certezas.

—Eso podría llevar años. Julián la tomó de los hombros.

—Escuchame. Sea quien sea el que está moviendo esas cartas, conoce tu nombre. Conoce a Páez. Sabe que viniste acá. Y ahora sabe que yo mentí para protegerte.

—Qué romántico.

—No estoy jugando.

—Yo tampoco. Se miraron. Demasiado cerca. Otra vez apareció entre ellos aquella cosa vieja, obstinada, que ninguno había conseguido matar aunque ambos habían hecho esfuerzos razonables.

Julián fue el primero en apartarse.

—Andate. Jacinta se colocó la capa.

—¿Y vos?

—Voy a averiguar quiénes eran.

—¿Cómo?

—Preguntando.

—A hombres que no quieren responder.

—Tengo práctica. Jacinta apoyó un pie en el primer escalón. Después se detuvo.

—El segundo tenía cera verde en la bota. Julián dejó de moverse.

—¿Estás segura?

—No.

—Jacinta.

—Era verde. Del mismo tono que el sello. Julián miró hacia la puerta principal.

—Andate ya. Esta vez ella obedeció. El túnel terminó detrás de un armario sin fondo en una habitación que olía a alcanfor. La viuda Seguí dormía en un sillón junto a la ventana con un gato gris sobre el regazo.

Abrió un ojo cuando Jacinta salió de la pared.

—Rufina

—dijo Jacinta. La anciana asintió como si aquello explicara que una mujer apareciera desde un mueble.

—Siempre fue ingeniosa esa negra.

Volvió a cerrar los ojos. Jacinta salió a la calle. Buenos Aires seguía allí. El barro no se había enterado de nada. Dos vendedores discutían por el precio de una gallina. Un carro cargado de cueros bloqueaba media calle. Desde una casa cercana escapaba el olor a cebolla frita. Más allá, hacia el río, las nubes se abrían dejando caer una claridad amarillenta sobre los techos húmedos.

Jacinta caminó sin volver la cabeza. No vio al hombre de la cicatriz. Tampoco vio al hombre alto. A tres cuadras de allí, bajo el alero de una pulpería cerrada, el hombre de la cicatriz esperaba.

El de cabello gris que había estado en el despacho de Julián apareció desde la calle lateral.

No se saludaron.

—¿Estaba?

—preguntó el gris.

—Maza dice que no.

—Maza miente.

—Sí.

—¿La carta?

—No la vimos. El hombre gris observó la lluvia.

—No importa.

—¿No?

—Ya cumplió su función. El de la cicatriz se limpió barro de la bota con el borde de un escalón.

Un fragmento de cera verde cayó al suelo.

—¿Y el otro pliego? El hombre gris sonrió.

—Salió al amanecer.

—¿Adónde?

—Mendoza.

# VI

## El fraile de la pólvora

*Mendoza, 16 de enero de 1817*

La maestranza olía a infierno. Benjamín Taboada lo decidió antes de cruzar la puerta. Carbón quemado. Sebo. Cuero mojado. Hierro caliente. Sudor. Y por encima de todo, el azufre. Un olor áspero que se pegaba detrás de la nariz y parecía quedarse allí incluso después de dejar de respirarlo.

El edificio no tenía nada de extraordinario visto desde afuera: paredes gruesas de adobe, vigas de sauce y álamo, techos bajos hechos con cañas, cuero y barro. Podía haber sido una vivienda grande, un depósito o una pulpería particularmente triste.

Adentro fabricaban una guerra. Los martillos no golpeaban. Discutían. Uno contra otro, cientos de veces, desde rincones diferentes. Herreros inclinados sobre yunques. Carpinteros serruchando cureñas. Torneros dando forma a piezas de madera. Talabarteros cosiendo correas capaces de soportar el peso de una pieza de artillería. Zapateros inclinados sobre hormas. Hojalateros. Pintores. Soldados. Peones. Muchachos.

Centenares de personas. La mitad parecía saber exactamente qué hacía. La otra mitad gritaba preguntando dónde estaba algo. Benjamín sostuvo con más fuerza el cajón que llevaba entre los brazos.

—¿Dónde dejo esto? El hombre que debía recibirlo estaba discutiendo con otro sobre una rueda.

—Allá.

—¿Dónde es allá?

—Donde no moleste. Benjamín miró alrededor. Todo molestaba. Apoyó el cajón junto a una pared.

—¡No ahí!

Lo levantó.

—¿Dónde entonces?

—Al lado del torno. Caminó tres pasos.

—¡Tampoco ahí! Benjamín cerró los ojos.

—Si alguien me dice una tercera cosa distinta, lo tiro por la ventana.

—No tiene ventana

—dijo una voz a su espalda. Benjamín se volvió. El fraile llevaba la sotana remangada hasta media pantorrilla.

Eso fue lo primero que notó. Lo segundo fueron las manos. Negras. No oscuras de piel, sino cubiertas de hollín, grasa y metal. Tenía los dedos de un herrero y la ropa de un religioso. Un cordón franciscano le ceñía la cintura. En uno de sus extremos había quedado atrapada una viruta de madera.

—Entonces lo tiro por la puerta

—dijo Benjamín. El fraile miró el cajón.

—¿Qué trae?

—No sé.

—Mal comienzo.

—Me dijeron que no lo abriera.

—Mejor continuación. Se inclinó y leyó una marca lateral.

—Bisagras.

—¿Eso dice?

—Eso dice.

—Entonces trae bisagras. El fraile lo miró. Benjamín sostuvo la mirada. Algo parecido a una sonrisa apareció debajo de la barba corta.

—Dejalo al lado del banco grande.

—¿Cuál de todos?

—El que está ardiendo. Benjamín miró. Un banco de madera despedía una fina columna de humo.

—¿Eso debería estar ardiendo? El fraile giró.

—No. Caminó hacia él sin apuro.

Tomó un trapo. Golpeó dos veces la pequeña llama. Se apagó.

—Padre

—dijo un herrero desde el fondo—, le dije que esa mezcla levantaba temperatura.

—Y yo le dije que no la dejara junto al banco.

—Usted la dejó junto al banco. El fraile observó el recipiente.

—Entonces ambos teníamos razón. Benjamín dejó el cajón.

—¿Usted es el que manda acá? El religioso lo miró.

—A veces.

—No parece.

—Eso ayuda. Un hombre pasó corriendo detrás de ellos con una rueda pequeña al hombro.

—¡Padre Beltrán! El fraile levantó una mano.

—Después. Benjamín lo miró nuevamente.

—¿Beltrán?

—Luis, cuando no estoy causando incendios.

—¿Causa muchos?

—Menos de los que dicen.

—¿Cuántos dicen?

—Demasiados. Algo explotó en el patio. No fue una gran explosión. Un golpe seco. Después un resplandor. Luego humo. Todo el taller quedó inmóvil. Beltrán cerró los ojos.

—Ese no fui yo. Un muchacho apareció cubierto de polvo gris.

—Padre.

—¿Qué?

—La prueba de granulación.

—¿Qué pasó?

—Granuló. Detrás del muchacho cayó una tabla. Beltrán suspiró.

—Mucho.

Los martillos comenzaron a sonar otra vez. Como si aquello ocurriera todos los días. Benjamín miró al fraile.

—¿No va a rezar?

—Después de averiguar qué hizo ese animal. El muchacho protestó.

—¡Hice lo que me dijo!

—Entonces rezaremos los dos. Beltrán caminó hacia el patio. Benjamín lo siguió. No sabía por qué. Quizá porque por primera vez desde que había llegado a Mendoza había encontrado a un hombre que parecía capaz de convertir el desastre en oficio.

El patio era todavía peor. Había cureñas alineadas junto a una pared, ruedas de distintos tamaños, barriles, cajas de munición, monturas desmontadas, sogas, poleas y piezas de metal cuyo propósito Benjamín no podía imaginar. Un horno rugía en un extremo. Cerca de él, dos hombres sacaban una barra incandescente con tenazas largas.

Cada golpe de martillo lanzaba pequeñas estrellas anaranjadas.

Beltrán se agachó junto al recipiente de la explosión. Lo olió.

—No haga eso

—dijo Benjamín. El fraile levantó la mirada.

—¿Qué?

—Oler cosas que explotan.

—¿Cómo sabés que explotan si no las olés primero? Benjamín pensó la respuesta.

—Porque acabo de escucharla. Beltrán soltó una carcajada.

—¿Cómo te llamás?

—Benjamín Taboada.

—¿Soldado?

—Parece.

—Respuesta preocupante.

—Me reclutó Albarracín.

—Ah.

—¿Qué significa “ah”?

—Que ahora entiendo la respuesta. Beltrán tomó un poco del material entre los dedos.

—¿Sabés de caballos?

—Sí.

—¿Mulas?

—También.

—Eso es más útil.

—Depende para quién. Beltrán señaló las cureñas.

—Para nosotros, mucho. Los caballos hacen linda figura. Las mulas ganan guerras.

Benjamín miró los animales en el corral del fondo. No parecían conscientes de semejante responsabilidad.

—¿Todo esto va a cruzar la montaña? Beltrán se incorporó.

—Todo lo que podamos.

—¿Y lo que no?

—Lo hacemos más chico.

—¿Y si no se puede? El fraile señaló una cureña desmontada en cinco partes.

—Todo se puede hacer más chico.

—¿Un cañón?

—Especialmente un cañón. Benjamín sonrió. Beltrán no.

—Hablo en serio. Se acercó a una estructura de madera reforzada con hierro. Parecía una silla construida para una bestia gigantesca.

—Los pasos no están hechos para piezas de artillería. Son senderos. Piedra. Hielo. Pendientes donde una mula puede decidir que Dios la llama y tirarse al vacío con quinientas libras encima.

—Las mulas hacen eso.

—Por eso necesito hombres que sepan convencerlas de que Dios puede esperar.

Benjamín pasó una mano por la madera.

—¿Qué es?

—Una silleta.

—Parece incómoda.

—No es para sentarse.

—Mejor. Beltrán señaló las correas.

—Distribuye el peso. Si funciona, podemos llevar piezas por lugares por los que nadie sensato llevaría piezas.

—¿Y funciona? Beltrán miró al cielo.

—Todavía no se ha roto.

Benjamín retiró la mano.

—Gran garantía. Un hombre de pelo canoso se acercó con una hoja en la mano.

—Padre, faltan cuatro juegos de cinchas.

—Había doce.

—Hay ocho.

—Entonces faltan cuatro.

—Eso dije. Beltrán lo miró.

—Don Mateo, si viene a comunicarme una resta, al menos tráigame también una solución.

El hombre se marchó refunfuñando. Benjamín miró al fraile.

—¿Siempre habla así?

—Sólo cuando estoy de buen humor. Una campana sonó afuera. No era una iglesia. Era la señal del mediodía. El ruido de los martillos disminuyó apenas. Algunos trabajadores se sentaron donde pudieron y sacaron panes, charqui, cebollas. Otros siguieron trabajando.

Beltrán tomó una jarra de agua. Bebió. La mitad terminó sobre su barba.

—¿Comiste?

—No.

—Eso también es mala logística. Le arrojó un pedazo de pan. Benjamín lo atrapó.

—¿La Iglesia da de comer así a todo el mundo?

—No.

—Qué pena.

—Por eso me hice artillero. Benjamín mordió el pan. No sabía si hablaba en serio. Con Beltrán empezaba a sospechar que eso era parte del problema.

Un muchacho apareció en la entrada del patio. Benjamín lo reconoció del campamento. Tomás Leiva. Venía agitado. Buscó con la mirada hasta encontrar al fraile.

—Padre.

Beltrán levantó el pan.

—Si explotó otra cosa, espere a que termine de comer. Tomás no sonrió.

—Vengo de parte de Condarco. La expresión de Beltrán cambió. No demasiado. Pero todo el humor desapareció de golpe.

—¿Qué pasó? Tomás miró a Benjamín.

—Puede hablar

—dijo Beltrán. El muchacho se acercó. Bajó la voz.

—Falta un croquis.

—¿Qué croquis?

—Los Patos. Beltrán dejó de masticar. Alrededor, el taller seguía funcionando. Martillos. Sierra. Hierro. Gritos. Cientos de personas construyendo el camino hacia Chile.

—¿Perdido?

—preguntó. Tomás negó.

—Robado. Beltrán miró lentamente alrededor. Por primera vez desde que Benjamín lo conocía, pareció ver la maestranza no como un taller sino como una multitud.

Cientos de manos. Cientos de bolsillos. Cientos de lugares donde esconder un papel.

—¿Quién sabe?

—preguntó.

—Pocos.

—Que sigan siendo pocos. Tomás asintió. Beltrán miró a Benjamín.

—Vos volvés al campamento esta tarde, ¿no?

—Sí.

—Llevá este parte a Albarracín. Tomó un papel, escribió unas líneas y lo dobló.

—No lo abras.

—No sé leer muy bien.

—Mejor todavía. Benjamín guardó el a camisa.

Beltrán volvió a observar el patio. Al otro lado, un hombre que Benjamín no conocía caminaba entre dos carros.

Llevaba un delantal de cuero limpio. Demasiado limpio para aquel lugar. El hombre chocó contra Benjamín al pasar.

—Disculpe.

—Mire por dónde va.

—Eso intento. Siguió caminando. Benjamín lo olvidó antes de terminar el pan. No vio que, durante el choque, la mano del desconocido había pasado por debajo de su poncho.

Tampoco vio cómo, unos minutos después, el hombre se quitaba del pulgar una pequeña mancha de cera verde.

# VII

## Lo que pesa un cañón

*Mendoza, 17 de enero de 1817*

Fray Luis Beltrán sostenía que un cañón pesaba exactamente lo que pesaba un cañón.

Juan Gregorio de Las Heras sostenía que, en la cordillera, pesaba el doble.

—Eso no es física

—dijo Beltrán.

—Es montaña.

—La montaña también obedece a la física.

—No ha conocido suficientes montañas. Beltrán dejó el lápiz sobre la mesa. Las Heras observó el dibujo. Habían extendido sobre un banco una relación de cargas, piezas, municiones, herramientas, animales y hombres. A un costado había una balanza. En el suelo, una cureña desmontada. Sobre una pared colgaban sogas, poleas y arneses.

Afuera amanecía. La maestranza todavía no había alcanzado su volumen habitual, pero ya respiraba. Carbón crepitando. Madera arrastrada. Mulas golpeando el suelo dentro del corral. Un herrero probaba el temple de una barra y el sonido metálico viajaba por el patio húmedo.

Las Heras llevaba botas de montar y una casaca sin adornos innecesarios. Tenía la expresión de un hombre que había aprendido que la mitad de las derrotas empezaban mucho antes del primer disparo.

—Ciento setenta libras por mula

—dijo.

—Pueden cargar más.

—Pueden.

—Entonces cargamos más.

—También pueden morir. Beltrán señaló el dibujo.

—Para eso distribuimos.

—Para eso no cargamos más.

—Si deja municiones acá, no van a servirnos de mucho en Chile.

—Si mata las mulas antes de llegar, tampoco. Beltrán cruzó los brazos.

—Usted vino a discutir.

—Vine a asegurarme de que mi división no termine

convertida en una exposición de cañones abandonados.

—Mis cañones no se abandonan.

—Los cañones no son hijos, padre.

—Algunos han dado menos problemas. Las Heras sonrió apenas. Había llegado una hora antes con una noticia que todavía no había compartido con nadie fuera de aquel cuarto: partiría al día siguiente.

La primera división tomaría el camino de Uspallata. El resto seguiría después. No había margen para improvisaciones. Y sin embargo todo aquel ejército era, en cierto sentido, una

improvisación gigantesca ejecutada con suficiente disciplina como para parecer un plan inevitable.

Beltrán tomó una hoja nueva.

—Podemos retirar dos cajas de herramientas.

—Una.

—Dos.

—Una.

—Coronel.

—Padre. Se miraron.

—Una y media

—dijo Beltrán.

—Explíqueme cómo se transporta media caja.

—Le saco lo inútil.

—Entonces haga eso con las dos. Beltrán murmuró algo sobre militares sin imaginación. Las Heras fingió no escuchar.

—¿Y las silletas?

—Probadas.

—¿Cuántas?

—Suficientes.

—Eso no es un número.

—Treinta y dos.

—Necesito cuarenta.

—Entonces necesita ocho milagros.

—Usted es fraile.

—No de esa especialidad. Las Heras soltó una carcajada breve. Después volvió a los papeles.

—Salgo mañana. Beltrán dejó de escribir.

—¿Ya está decidido?

—Desde anteayer.

—Y me lo dice ahora.

—Le estoy diciendo ahora cuándo salgo. No cuándo debe tener listas las cosas. Eso se lo dije hace semanas.

—Me faltan animales.

—A todos nos faltan animales.

—Y hierro.

—También.

—Y cuero.

—Padre.

—¿Qué?

—Si sigue enumerando lo que falta, vamos a llegar a Chile en 1820.

Beltrán se apoyó sobre el banco.

—La guerra es una colección de cosas que faltan. Las Heras asintió.

—Por eso uno aprende a saber qué puede faltar y qué no. El fraile lo miró.

—¿Qué no puede faltar? Las Heras pensó un segundo.

—Hombres que sigan caminando. Beltrán no respondió. Afuera alguien comenzó a cantar. Una voz grave, desafinada, acompañada por el golpe regular de un martillo.

Otro hombre se sumó. Después un tercero. No era una canción militar. Era algo de campo. Una tonada lenta sobre una mujer que esperaba a alguien que probablemente no pensaba volver.

Beltrán miró hacia el patio.

—Tengo trescientos y tantos hombres trabajando acá

—dijo—. Algunos ni siquiera van a cruzar. Pero cada uno está metiendo algo suyo en esas montañas.

—Lo sé.

—No. Nosotros lo sabemos porque estamos mirando. Dentro de cincuenta años nadie va a recordar al herrero que hizo ese perno.

Señaló una pieza de hierro sobre la mesa.

—Pero si se rompe allá arriba, pueden morir seis hombres. Las Heras tomó el perno. Lo hizo girar entre los dedos.

—Entonces haga que no se rompa. Beltrán sonrió.

—Eso sí es una orden útil. La puerta se abrió. Un oficial joven entró. Se detuvo al ver a Las Heras.

—Coronel.

—¿Qué ocurre?

—Del campamento. Le entregó una nota. Las Heras la leyó. Su rostro cambió. Beltrán lo notó.

—¿Qué pasó? Las Heras dobló el papel.

—Condarco confirmó que falta el croquis limpio de Los Patos.

Beltrán bajó la voz.

—Tomás vino ayer.

—El campamento está cerrado desde entonces.

—¿Encontraron algo?

—Todavía no. Beltrán tomó el perno de la mano de Las Heras y lo dejó sobre el banco.

—¿Cuánta gente conocía el lugar donde estaba?

—Poca.

—Eso no significa nada.

—Significa que empezaremos por poca gente. Beltrán negó.

—Un taller funciona al revés. Lo que sabe uno termina sabiéndolo veinte. El que trae carbón ve una mesa. El que barre oye una discusión. El que arregla una puerta descubre

una cerradura. No hace falta ser espía. Basta con tener ojos.

—Y alguien los tiene.

—Eso parece. Las Heras fue hasta la ventana. Miró el patio.

—No puedo retrasar la marcha.

—No se lo pedí.

—Ni una hora.

—Tampoco.

—Si el enemigo conoce el camino...

—Conocer un camino no es cruzarlo. Las Heras se volvió.

—Eso suena a algo que diría Condarco.

—Condarco dibuja montañas. Yo hago que los cañones pasen por encima.

—Y yo intento que los hombres lleguen vivos al otro lado. Beltrán se encogió de hombros.

—Cada uno tiene su oficio. Un ruido seco interrumpió la conversación. Algo cayó en el patio. Luego un grito. Ambos salieron. Dos hombres sostenían una cureña inclinada. Una rueda se había desprendido y rodaba lentamente hasta chocar contra una pared.

Benjamín Taboada estaba en el suelo.

—¿Estás entero?

—preguntó Beltrán. Benjamín se incorporó.

—Creo. Las Heras lo miró.

—Mala respuesta.

—Eso me dijeron. Beltrán señaló la rueda.

—¿Qué pasó?

—El pasador cedió. El fraile se agachó. Tomó la pieza rota. La examinó.

—No cedió.

—Se rompió.

—No. Beltrán mostró el extremo.

—Lo cortaron. Las Heras se acercó. La superficie tenía una marca fina, limpia. Benjamín dejó de sonreír.

—¿Quién haría eso? Beltrán levantó la mirada.

—Alguien que quería saber si una cureña sin rueda sigue caminando.

Las Heras miró alrededor. Todos continuaban trabajando, pero demasiado atentos.

—Que nadie toque esto

—ordenó. Uno de los soldados asintió. Benjamín se sacudió el polvo.

—¿Puedo irme?

—¿Adónde?

—preguntó Las Heras.

—Al campamento. Albarracín me espera.

Beltrán recordó el parte que le había dado.

—¿Lo entregaste?

—Sí.

—¿Abriste?

—No.

—¿Seguro? Benjamín lo miró ofendido.

—No sé leer lo suficiente como para que valga la pena. Las Heras lo observó unos segundos.

—Nombre.

—Benjamín Taboada.

—Unidad. Benjamín miró a Beltrán buscando ayuda.

—Dígale que está en formación

—dijo el fraile. Las Heras casi sonrió.

—Andate. Benjamín recogió su poncho. Al hacerlo, una pequeña hoja doblada cayó al suelo. Nadie pareció notarlo. Benjamín tampoco. Un peón la pisó sin querer. Después otro. La hoja quedó manchada de barro. Un rato más tarde, cuando el patio volvió a su ritmo, un hombre con delantal de cuero limpio se agachó como si recogiera una herramienta.

Tomó el papel. Lo abrió. Leyó dos líneas. Lo volvió a doblar. Y lo guardó dentro de su propia manga. A media tarde, Las Heras seguía discutiendo con Beltrán cuando otro soldado llegó corriendo.

Esta vez no golpeó. Entró directamente.

—Coronel. Las Heras se volvió.

—¿Qué? El hombre respiraba con dificultad.

—Encontraron el croquis. Beltrán dejó la pluma.

—¿Dónde? El soldado miró al fraile. Después a Las Heras.

—En las pertenencias de un recluta. Nadie habló.

—Nombre

—dijo Las Heras.

—Benjamín Taboada.

# VIII

## El último hombre en hablar

*El Plumerillo, 17 de enero de 1817*

Benjamín tenía la cara contra la tierra cuando comprendió que podían matarlo.

No después. No ante un tribunal. No cuando alguien decidiera si era ladrón, espía o simplemente idiota.

Ahora. Un soldado le apoyaba una rodilla entre los omóplatos. Otro sostenía su brazo derecho. Había sangre en su boca y polvo pegado a los dientes.

—¡Quieto!

—¡Suélteme!

—¡Quieto, carajo! Benjamín intentó girar. La rodilla se hundió más.

—¡No robé nada!

—Eso lo vas a explicar después.

—¡Me lo pusieron! Alguien se rio. No mucho. Lo suficiente. Benjamín dejó de forcejear. Durante unos segundos sólo escuchó su propia respiración y el ruido del campamento alrededor.

Caballos. Órdenes. Una carreta. El viento moviendo las lonas. Era absurdo. El mundo seguía funcionando mientras él estaba a punto de perder el suyo.

Lo levantaron. Marcos Albarracín estaba a pocos pasos. No llevaba sombrero. Eso preocupó a Benjamín más que los fusiles.

—Marcos. El sanjuanino no respondió. Sobre una mesa habían colocado lo que encontraron dentro

del petate de Benjamín.

Una camisa. Una manta. Dos pedazos de pan duro. Una cuchara. El pequeño cuchillo que Eusebia le había hecho comprar porque, según ella, un hombre que no tenía cuchillo terminaba pidiendo prestado y un hombre que pedía prestado un cuchillo ya estaba en problemas.

Y el mapa. Estaba enrollado dentro de un cilindro de cuero. Junto a él había seis monedas de plata. Benjamín nunca había visto tantas juntas.

—Esas no son mías. El oficial que dirigía el registro lo miró.

—Claro.

—Nunca tuve esa plata.

—Eso sí te lo creo. Algunos hombres sonrieron. Marcos no.

—¿Dónde encontraron eso?

—preguntó.

—Dentro de la manta.

—¿Quién revisó?

—Yo

—dijo un cabo.

—¿Solo?

—Con dos hombres.

—¿Nombres? El oficial se volvió hacia Marcos.

—Albarracín, no estás interrogando vos.

—El muchacho está conmigo.

—El muchacho tenía un plano reservado del ejército escondido en sus cosas.

—Entonces quiero saber quién lo encontró.

—Ya lo sabrás. Marcos apretó la mandíbula. Benjamín miró alrededor. Había demasiada gente. Soldados curiosos. Peones. Dos arrieros. Un herrero que todavía llevaba el delantal puesto. Tomás Leiva estaba cerca de la puerta de una barraca, pálido.

Condarco permanecía junto a la mesa.

No miraba a Benjamín. Miraba el mapa.

—Don José Antonio

—dijo Benjamín. Condarco levantó los ojos.

—Yo no entré a su cuarto.

—No dije que entraras.

—Todos dicen que robé eso.

—Todos hablan demasiado.

—¿Usted cree que fui yo? Condarco tardó en responder.

—Creo que el mapa estaba en tus cosas. Benjamín sintió la respuesta como una bofetada.

—Eso no le pregunté.

—Es lo único que sé. El oficial golpeó la mesa.

—Basta. Tomó el cilindro.

—Taboada. ¿Reconocés esto?

—No.

—¿Nunca lo viste?

—No.

—¿Estuviste en la maestranza ayer?

—Sí.

—¿En la oficina de Condarco?

—No.

—¿Cerca?

—No sé.

—Conveniente.

—¡Había cientos de personas!

—Y justo el mapa apareció con vos.

—Porque alguien lo puso.

—¿Quién? Benjamín abrió la boca. Nada salió. Recordó el taller. Beltrán. El pan. Tomás. La explosión. El hombre del delantal limpio. El choque. Su mano debajo del poncho.

Benjamín levantó la cabeza.

Buscó entre la gente. Ahí estaba. Junto a los corrales. El mismo delantal. La misma cara que había olvidado. El hombre lo vio mirar. Y empezó a caminar. No rápido. Eso fue lo que lo delató. Demasiado despacio.

—Él. El oficial frunció el ceño.

—¿Qué?

—¡Ese hombre! Benjamín dio un paso. El soldado que lo sostenía tiró de él.

—Quieto.

—¡Me chocó ayer en la maestranza! El hombre del delantal siguió caminando.

—¡Deténganlo! Nadie se movió.

—¿A quién?

—preguntó Marcos.

—¡Al delantal! Había tres hombres con delantal. Benjamín señaló.

—¡El de allá! El hombre comenzó a correr. Todo ocurrió demasiado rápido. Benjamín arrancó el brazo de la mano del soldado. El cabo intentó sujetarlo. Lo golpeó con el hombro. Otro soldado cayó.

—¡Taboada! Benjamín corrió. No pensaba escapar. Pensaba alcanzar al hombre. Pero nadie más podía saberlo.

—¡Alto! Siguió. El fugitivo desapareció detrás de una carreta. Benjamín saltó una pila de leña. Escuchó el mecanismo de un fusil detrás de él. Después otro.

Se detuvo. Cinco soldados le apuntaban. Uno tenía el dedo sobre el gatillo.

—Al suelo. Benjamín miró hacia la carreta. El hombre ya no estaba.

—Al suelo.

—Se escapó.

—¡Al suelo! Benjamín apretó los puños. Si se tiraba, perdía al único hombre que podía probar su inocencia.

Si corría, probablemente no daría tres pasos. Marcos avanzó.

—Benjamín.

—No fui yo.

—Ya sé.

—Entonces dígales.

—Al suelo.

—Marcos.

—Haceme caso. El muchacho miró los fusiles. Cinco bocas negras. Cinco hombres asustados. Eso era peor que cinco hombres furiosos. Benjamín dobló lentamente una rodilla. Entonces una voz habló detrás de todos.

—Bajen esas armas. No fue un grito. No hizo falta. Los soldados se quedaron inmóviles.

—He dicho que las bajen. Los fusiles descendieron. Uno después del otro. Benjamín siguió de rodillas. No conocía aquella voz. Era grave, algo áspera, casi ronca. Se volvió. El hombre acababa de desmontar de un caballo negro. No era alto. Eso sorprendió a Benjamín. Tampoco llevaba un uniforme capaz de anunciarlo desde media legua. La ropa

era sencilla, militar sin ostentación. El rostro estaba tostado por el sol. Nariz grande, aguileña.

Cabello oscuro. Espalda recta.

Pero eran los ojos. Negros. Grandes. No se detenían. Pasaron por los soldados, la mesa, el cilindro, las monedas, Marcos, Condarco, Benjamín.

Todo en unos segundos. Las Heras apareció desde el otro extremo del patio. Venía con Beltrán. Al ver al recién llegado ambos redujeron el paso. Aquello fue lo que más impresionó a Benjamín. Las Heras no parecía un hombre que redujera el paso por mucha gente.

El desconocido entregó las riendas a un soldado.

—¿Qué ocurre? El oficial del registro se acercó.

—Encontramos el croquis robado, señor.

—Eso veo.

—En las pertenencias de este hombre. Los ojos negros fueron hacia Benjamín.

—Nombre.

—Benjamín Taboada.

—Edad.

—Dieciocho. Desde atrás Eusebia dijo:

—Diecisiete. Todos la miraron. Benjamín cerró los ojos.

—Diecisiete

—corrigió. El desconocido miró a Eusebia. Después volvió a él.

—¿Robaste el mapa?

—No.

—¿Las monedas?

—Tampoco.

—¿Robás? Benjamín abrió la boca. Marcos miró hacia otro lado. Eusebia cruzó los brazos.

—A veces. El oficial sonrió. El desconocido no.

—¿Qué robaste?

—Comida.

—¿Algo más? Benjamín dudó.

—Un caballo.

—Intentó

—aclaró Marcos.

—No pregunté si tuvo éxito. Marcos calló. Los ojos volvieron a Benjamín.

—¿Por qué?

—Tenía hambre.

—¿De caballo? Alguien soltó una risa. Incluso Benjamín estuvo a punto. El hombre no cambió la expresión.

—No, señor.

—Bien. Se acercó a la mesa. Tomó una de las monedas.

—¿Cuánto cobra un soldado raso? El oficial respondió. El desconocido dejó la moneda.

—¿Y cuánto hay acá?

—Más de dos meses de paga.

—Un ladrón con experiencia no esconde dos meses de paga junto al objeto que acaba de robar cuando sabe que todo el campamento está siendo registrado.

—Puede ser torpe

—dijo el oficial.

—Puede. El hombre miró a Benjamín.

—¿Sos torpe?

—No tanto. Eusebia carraspeó.

—Depende. Benjamín la fulminó con la mirada. El desconocido casi sonrió. Después tomó el cilindro.

—Condarco. José Antonio se acercó.

—¿Es éste?

—Parece. Los ojos negros se clavaron en él.

—No pregunté a qué se parece. Condarco tomó el papel. Lo extendió sobre la mesa.

Había cordillera dibujada en carbón y tinta. Líneas finas. Cruces. Nombres. Pendientes.

—Es mi trazo

—dijo.

—¿El original? Condarco no respondió inmediatamente. Volvió a mirar. Acercó el mapa a la luz. Recorrió una línea con el dedo. Se detuvo.

—No. El patio entero pareció cambiar. Las Heras dio un paso.

—¿Qué dijo?

—No es el original.

—¿Está seguro? Condarco señaló una curva.

—Yo marco los cauces con doble línea. Acá hay una. Y este desnivel está copiado al revés.

Beltrán se acercó.

—Entonces alguien copió el croquis.

—Sí.

—Y puso la copia con el muchacho

—dijo Las Heras. El desconocido no miró a Benjamín. Miró alrededor.

—¿Para qué? Nadie respondió.

—Si querían acusarlo

—dijo Marcos—, para que lo encontremos.

—Eso es evidente.

—Entonces... El hombre levantó una mano. Marcos calló.

—No pregunto por qué acusarlo a él. Pregunto por qué dejar el mapa.

Condarco comprendió primero.

—Para que dejemos de buscarlo. El desconocido asintió.

—Exacto. Las Heras miró el papel.

—El original sigue afuera.

—Y quien lo robó quiere que pensemos que lo recuperamos. Beltrán murmuró una maldición impropia de la sotana. Eusebia lo miró con cierto respeto. El desconocido señaló el mapa.

—Desde este momento, nadie fuera de los presentes sabrá que esto es una copia.

El oficial abrió la boca.

—Pero señor... Los ojos negros se movieron hacia él. El hombre cerró la boca.

—El campamento continúa como si el mapa hubiera aparecido. Se levanta el cierre de caminos dentro de dos horas. Se deja correr el rumor de que encontramos al ladrón.

Benjamín palideció.

—¿A mí? El desconocido lo miró.

—Sí.

—¡Pero no fui yo!

—Precisamente.

—No entiendo.

—Mejor.

—¿Me van a meter preso?

—Un rato. Benjamín dio un paso hacia él.

—No. Marcos murmuró su nombre. El desconocido no retrocedió.

—¿No?

—Ya me acusaron de algo que no hice. No pienso dejar que todos crean que soy un traidor.

El patio quedó en silencio. Las Heras observó al muchacho como si estuviera viendo a alguien saltar voluntariamente dentro de un pozo.

Beltrán cerró los ojos. Eusebia parecía debatirse entre orgullo y ganas de golpearlo.

El hombre de los ojos negros se acercó. Quedó a menos de un brazo de Benjamín. No era más alto. Aun así, Benjamín sintió que acababa de crecer la sombra delante suyo.

—Escuchame bien

—dijo el desconocido—. Hace cinco minutos ibas a morir persiguiendo a un hombre que quizá quería exactamente que lo persiguieras. Ahora tenés la oportunidad de hacer algo bastante más difícil.

—¿Qué?

—Quedarte quieto. Benjamín apretó la mandíbula.

—Van a creer que soy un cobarde.

—Los hombres que necesitan explicar todo lo que hacen suelen durar poco en una guerra.

—¿Y mi nombre? El desconocido miró un instante el mapa. Después a él.

—Si hacemos bien esto, vas a conservarlo. Benjamín no supo qué responder. El hombre se volvió hacia Las Heras.

—Quiero dos hombres siguiendo al que salga primero del campamento después de que se levante el cierre. Otros dos en el camino de la ciudad. Que no detengan a nadie.

Las Heras asintió.

—Bien.

—Condarco, rehaga el croquis.

—Me llevará horas.

—Tiene horas.

—Beltrán. El fraile se enderezó.

—¿Sí?

—No explote nada hasta mañana. Beltrán pareció ofendido.

—Eso es una orden excesiva. Por primera vez el desconocido sonrió. Fue breve.

—Haga lo posible. Caminó hacia el caballo. Benjamín seguía mirándolo. Algo no encajaba. Nadie discutía con aquel hombre. No de verdad. Las Heras le había respondido sin pedir explicación. Condarco había aceptado rehacer en horas lo que le había llevado días memorizar.

El oficial que hacía un momento trataba a Benjamín como basura permanecía rígido.

Incluso Marcos parecía más derecho. El desconocido puso un pie en el estribo. Después se detuvo. Miró por encima del hombro.

—Taboada.

—¿Sí?

—La próxima vez que robe un caballo, elija uno que no pertenezca a Albarracín. Habla demasiado de él.

Marcos abrió la boca.

Eusebia soltó una carcajada. Benjamín quedó inmóvil. El hombre montó. El caballo negro inició un trote largo hacia el otro extremo del campamento.

Benjamín esperó hasta que estuvo lejos. Después se acercó a Marcos.

—¿Quién mierda era ése? Marcos lo miró. Durante un segundo pareció debatirse entre pegarle y reírse.

Finalmente se puso el sombrero.

—José de San Martín.

# IX

## El hombre que salió primero

*Mendoza, enero de 1817*

El primer hombre que salió del campamento después de que levantaron el cierre no llevaba delantal.

Eso fue lo primero que confundió a Tomás Leiva.

Lo segundo fue que llevaba una canasta de cebollas.

—No puede ser

—murmuró.

Nicasio Páez, agachado junto a él detrás de una carreta, no apartó la vista.

—¿Qué cosa?

—El de la maestranza llevaba un delantal de cuero.

—La gente se cambia de ropa.

—Sí, pero no de cara.

El hombre cruzó la salida del campamento sin apuro. Había dejado crecer la barba apenas unos días, se había puesto un sombrero más ancho y caminaba con una leve renguera que Tomás no recordaba.

Nicasio sonrió.

—También puede cambiar de manera de caminar.

—Eso no ayuda.

—No estoy ayudando. Estoy mirando.

Tomás volvió a observarlo.

El hombre de la canasta entregó un papel al centinela. El soldado lo leyó, lo dejó pasar y devolvió la hoja.

Después siguió hacia el camino de Mendoza.

No miró atrás.

Eso terminó de convencerlo.

Los hombres inocentes miraban atrás cuando sabían que un campamento entero acababa de pasar dos horas buscando a un ladrón.

Los culpables hacían un esfuerzo por no hacerlo.

—Es él

—dijo Tomás.

Nicasio se puso de pie.

—Entonces no lo perdamos.

* * *

Benjamín estaba preso en una barraca que tenía la puerta abierta.

Aquello le parecía una crueldad innecesaria.

Podía ver el campamento.

Podía escuchar a los hombres hablar.

Podía incluso levantarse y caminar hasta el umbral.

Pero había dos soldados delante.

—Si la puerta está abierta no estoy preso

—dijo.

Uno de los soldados lo miró.

—Salí y averigualo.

Benjamín regresó al banco.

Eusebia estaba sentada frente a él.

—Esto es una estupidez.

—Sí.

—No fui yo.

—Ya sé.

—Todos creen que fui yo.

—No todos.

—Los suficientes.

Eusebia se encogió de hombros.

—La gente también cree que Beltrán puede pasar una semana sin hacer explotar nada.

—Nadie cree eso.

—Buen punto.

Benjamín apoyó los codos sobre las rodillas.

—¿Y si no encuentran al hombre?

Eusebia no respondió inmediatamente.

—Lo van a encontrar.

—¿Cómo sabés?

—No sé.

—Entonces no digas que...

—Porque si no lo encuentran, vas a seguir hablando de esto durante los próximos cuarenta años y no pienso soportarlo.

Benjamín iba a responder cuando Marcos apareció en la puerta.

Los dos soldados se enderezaron.

—¿Qué pasó?

—preguntó Benjamín.

Marcos no entró.

—Salió uno.

Benjamín se puso de pie.

—¿El delantal?

—Sin delantal.

—Es él.

—Eso creen.

—¿Lo agarraron?

—No.

Benjamín abrió los brazos.

—Entonces ¿qué mierda están haciendo?

Marcos sonrió apenas.

—Lo que te pidió el general.

Benjamín recordó los ojos negros.

Quedarte quieto.

Volvió a sentarse.

Le costó más que correr detrás de un hombre armado.

* * *

El sospechoso no fue hacia la ciudad.

Tomó un camino lateral entre viñedos y acequias, dejó atrás dos casas bajas y se detuvo junto a una curtiembre que olía peor que la maestranza.

Tomás y Nicasio se separaron.

Nicasio siguió por el borde de una acequia.

Tomás entró a un pequeño corral donde una mujer colgaba ropa.

—¿Qué hace?

—preguntó ella.

—Busco una cabra.

La mujer miró alrededor.

—No tenemos cabras.

—Entonces no es acá.

—Claramente.

Tomás atravesó el corral antes de que pudiera echarlo.

Desde allí veía el lateral de la curtiembre.

El hombre de la canasta esperaba junto a una pared.

Unos minutos después llegó un jinete.

No desmontó.

El sospechoso levantó la canasta.

Tomás esperó ver papeles.

Vio cebollas.

Una.

Dos.

Tres.

El hombre las apartó.

Debajo había un cilindro de cuero.

Tomás dejó de respirar.

El jinete lo tomó y lo guardó dentro de una alforja.

Después entregó algo a cambio.

Plata.

Poca.

Demasiado poca para vender un camino a Chile.

El hombre de la canasta contó las monedas.

Pareció discutir.

El jinete dijo algo que Tomás no escuchó.

El otro dejó de discutir.

Eso le interesó más que el dinero.

Quien estaba a caballo no parecía un comprador.

Parecía un mensajero.

El jinete partió hacia el este.

Nicasio apareció del otro lado de la acequia.

Tomás hizo una seña.

No al hombre.

Al caballo.

Nicasio entendió.

El de la canasta podía esperar.

El papel no.

* * *

Siguieron al jinete durante casi dos leguas.

Lo bastante lejos para que Mendoza empezara a quedar atrás.

Lo bastante cerca para que cualquier error terminara con un balazo.

Nicasio conocía los caminos.

Eso ayudaba.

También conocía a los arrieros, las marcas de los animales y las malas costumbres de quienes creían que nadie los miraba.

—Va a San Luis

—dijo.

—¿Cómo sabés?

—Por el camino.

Tomás lo miró.

—Condarco dice lo mismo de las huellas.

—Entonces Condarco es un hombre inteligente.

—No sabés cuánto me molesta darte la razón.

El jinete aceleró.

Nicasio dejó de sonreír.

—Nos vio.

—No miró atrás.

—No hace falta mirar atrás para saber que alguien viene detrás.

El hombre giró bruscamente hacia un sendero angosto.

—Ahora sí nos vio

—dijo Tomás.

Espolearon los caballos.

El sendero bajaba hacia un cauce casi seco. El jinete intentó cruzarlo demasiado rápido.

El caballo tropezó.

No cayó.

Eso le dio al hombre tiempo suficiente para sacar una pistola.

Disparó.

La bala pasó tan cerca de Tomás que escuchó algo parecido al zumbido de un insecto.

—¡Hijo de puta!

Nicasio se inclinó sobre el cuello de su caballo.

—¡No le dispares!

—¡Él empezó!

—¡El mapa!

Tomás entendió.

Si el jinete caía dentro del cauce, podían perder el cilindro, el caballo y una parte considerable de la paciencia de San Martín.

El hombre volvió a cargar la pistola.

No llegó.

Su caballo pisó una piedra suelta.

Esta vez cayó.

El jinete salió despedido y golpeó contra el suelo.

Nicasio llegó primero.

Le puso una rodilla sobre la espalda y le arrancó la pistola.

Tomás desmontó.

—La alforja.

El hombre intentó levantarse.

Nicasio lo empujó otra vez.

—Quédese quieto.

—No saben con quién se meten.

Tomás abrió la alforja.

—Esa frase nunca tranquiliza a nadie.

Sacó el cilindro.

Estaba vacío.

Los tres quedaron inmóviles.

—Mierda

—dijo Nicasio.

El hombre debajo de él comenzó a reír.

Tomás miró el caballo.

La manta.

El recado.

Las costuras.

Algo no encajaba.

El cilindro era demasiado evidente.

Se acercó al animal.

—¿Qué hacés?

—preguntó Nicasio.

Tomás pasó una mano por debajo del recado.

Encontró una costura reciente.

Sacó el cuchillo.

El jinete dejó de reír.

Eso fue suficiente.

Tomás cortó el hilo.

De la manta cayó un paquete plano envuelto en cuero aceitado.

Nicasio exhaló.

—Ahora sí.

Tomás abrió apenas un borde.

Vio líneas.

Cruces.

Pendientes.

Los Patos.

Cerró de inmediato.

—Lo tenemos.

El jinete volvió a moverse.

—Eso no era para ustedes.

Nicasio le torció el brazo.

—Ahora sí.

Tomás registró el resto del recado.

Encontró una bolsita con monedas.

Un pedernal.

Dos trozos de charqui.

Y un papel doblado cuatro veces.

El jinete intentó alcanzarlo.

Tomás retrocedió.

El sello estaba roto.

Quedaba un fragmento de cera adherido al papel.

Verde.

Sintió que el frío le subía por la espalda a pesar del calor.

Abrió la hoja.

Había una sola línea.

El nombre volvió. Proceda.

Tomás la leyó dos veces.

—¿Qué nombre?

—preguntó Nicasio.

El jinete dejó de forcejear.

Tomás lo miró.

—Vamos a preguntarle a alguien que hace mejores preguntas que nosotros.

* * *

El hombre de la canasta tampoco llegó lejos.

Dos soldados lo detuvieron cuando intentaba volver hacia la ciudad por otro camino.

Ya no tenía las cebollas.

Tampoco las monedas.

Tenía un cuchillo pequeño, un papel de tránsito falso y una quemadura en el pulgar derecho.

La cera verde, descubrió Condarco, quemaba igual que cualquier otra.

El hombre no dio un nombre útil.

Dio tres.

Los tres eran falsos.

Tampoco sabía quién había escrito la orden.

—Me pagaban

—dijo.

—Eso ya lo sabemos

—respondió Condarco.

—Yo hacía lo que me pedían.

—Eso también.

—No preguntaba.

Condarco levantó la hoja.

—Ése es el problema de la gente que no pregunta.

Tomás miró al prisionero.

Pensó en Benjamín.

Quizá preguntar demasiado tenía algunas ventajas.

* * *

San Martín extendió el croquis original sobre la mesa.

Condarco lo reconoció antes de tocarlo.

—Éste sí.

—¿Seguro?

—preguntó Las Heras.

Condarco lo miró.

—Doble línea en los cauces.

Las Heras asintió como si aquello resolviera una cuestión religiosa.

Beltrán señaló el papel con la orden.

—¿Y esto?

San Martín lo leyó.

El nombre volvió. Proceda.

No dijo nada durante unos segundos.

—¿Maza?

—preguntó Tomás.

Condarco miró al general.

San Martín dobló la hoja.

—Puede ser.

—¿Y si no?

—Entonces alguien quiere que volvamos a pensar en Maza.

Tomás suspiró.

—Odio esta guerra.

Beltrán lo miró.

—Todavía no empezó para vos.

—Eso no ayuda.

—No intentaba ayudar.

San Martín guardó el papel.

—El croquis vuelve con Condarco. El prisionero queda incomunicado. Nadie habla de la cera.

Las Heras asintió.

—¿Y Taboada?

San Martín levantó la vista.

—Suéltenlo.

* * *

Benjamín salió de la barraca al atardecer.

Esperaba a Marcos.

Encontró al general.

Se detuvo.

San Martín también.

Durante unos segundos ninguno habló.

—Encontraron el mapa

—dijo Benjamín.

—Sí.

—El verdadero.

—Sí.

—¿Y al hombre?

—A uno de ellos.

Benjamín frunció el ceño.

—¿Cuántos hay?

—Ésa es una excelente pregunta.

A Benjamín empezaban a cansarlo las excelentes preguntas.

—Entonces ya saben que no fui yo.

—Ya lo sabíamos.

—No todos.

San Martín observó el campamento.

—Mañana lo sabrán los suficientes.

Benjamín recordó la conversación de la mañana.

—¿Y mi nombre?

El general lo miró.

—Le dije que iba a conservarlo.

Pasó junto a él.

Benjamín se volvió.

—General.

San Martín se detuvo.

—¿Qué?

—¿Quién quería el mapa?

El general miró hacia el oeste.

Las montañas ocupaban medio cielo.

—El mapa lo recuperamos.

Benjamín esperó.

San Martín siguió mirando la cordillera.

—Al que lo quería, todavía no.

# X

## La carta que debía volver

*Buenos Aires, enero de 1817*

Jacinta volvió a la casa de Julián Maza por la pared.

Le pareció una mejora.

La viuda Seguí estaba despierta esta vez.

Tenía el mismo gato sobre el regazo y una taza humeante entre las manos.

Vio abrirse el fondo falso del armario.

Jacinta salió cubierta de polvo.

La anciana bebió un sorbo.

—La puerta principal sigue funcionando.

—No para mí.

—Eso dicen muchas mujeres después de conocer a un hombre.

Jacinta la miró.

La viuda acarició al gato.

—Rufina está en la cocina.

—Gracias.

—Cierre cuando pase.

Jacinta obedeció.

Había descubierto que las personas que parecían no prestar atención solían ser las que más cosas sabían.

Rufina estaba cortando cebollas.

No levantó la cabeza cuando Jacinta apareció.

—El señor Maza dijo que no la dejara entrar.

—Entré.

—Ya vi.

—¿Dónde está?

—En el despacho.

—Gracias.

Rufina dejó el cuchillo.

—No le di permiso.

Jacinta se detuvo.

—¿Qué?

—Le dije dónde está. No es lo mismo.

Jacinta sonrió.

—Me caés bien.

—Eso también puede pasarle.

* * *

Julián tenía cuatro hojas sobre el escritorio.

Tres estaban abiertas.

La cuarta era la carta que Jacinta había llevado el día anterior.

La reconoció por el pliegue y por una pequeña mancha de barro en una esquina.

Julián levantó la mirada.

No pareció sorprendido.

Eso la irritó.

—Podrías fingir que no esperabas verme.

—Esperaba que hicieras exactamente lo contrario de lo que te pedí.

—Entonces empezás a conocerme.

—Ese es uno de mis problemas.

Jacinta cerró la puerta.

—¿Averiguaste quiénes eran?

—No.

—Qué decepción.

—Averigüé qué estaban haciendo.

Eso la detuvo.

Julián señaló la carta.

—Sentate.

—No me des órdenes.

—Jacinta.

Se sentó.

—No porque me lo pediste.

—Naturalmente.

Julián tomó una hoja limpia.

Escribió una palabra.

NORTE.

Debajo trazó una línea.

Nicasio Páez.

Otra línea.

Jacinta del Corro.

Otra.

Julián Maza.

Jacinta miró el papel.

—Parece una lista de personas que toman malas decisiones.

—Mirá la carta.

—Ya la vi.

—No el contenido. El recorrido.

Ella volvió a mirar los nombres.

Julián apoyó la punta de la pluma sobre NORTE.

—Alguien deja que una correspondencia caiga en manos de nuestros hombres.

—Con tu nombre.

—Con mi nombre.

Bajó la pluma.

—Páez la trae.

Otro punto.

—Te la entrega a vos.

Otro.

—Vos venís acá.

Jacinta entendió antes de que terminara.

—Y ellos miran.

Julián dejó la pluma.

—Sí.

—No querían recuperar la carta.

—No realmente.

—Pero vinieron a buscarla.

—Después.

Jacinta recordó la voz del hombre alto.

Necesitamos recuperarla.

Recordó también lo que Julián había dicho.

Sea quien sea el que está moviendo esas cartas, conoce tu nombre. Conoce a Páez. Sabe que viniste acá.

—La carta era una marca.

Julián asintió.

—Una piedra arrojada a un río.

—Para ver hacia dónde iba el agua.

—Exactamente.

Jacinta miró otra vez la cadena de nombres.

—Entonces no intentaban incriminarte.

Julián tardó.

—Tal vez también.

Ella lo fulminó con la mirada.

—No digas “tal vez”.

—La parte que sabemos es ésta: mi nombre no era el destino de la carta.

Señaló la línea completa.

—Era el anzuelo.

Jacinta apoyó la espalda contra la silla.

—Querían conocer el camino por el que vuelve nuestra información.

—Sí.

—¿Para qué?

—Para cortarlo cuando lo necesiten. Para seguir a quienes lo usan. Para poner una mentira en un extremo y saber quién la escucha en el otro.

Jacinta sintió frío.

No por la ventana.

—¿Y funcionó?

Julián miró los cuatro nombres.

—Llegaron hasta esta casa.

No hacía falta decir más.

* * *

—¿Cómo lo averiguaste?

—preguntó Jacinta.

Julián mostró las otras tres hojas.

—Hice una prueba.

—Eso siempre termina bien cuando lo decís vos.

—Mandé tres mensajes esta mañana.

—¿A quién?

—No importa.

—Entonces importa mucho.

Julián ignoró la observación.

—Los tres decían lo mismo. Una invitación para esta noche. Nada importante.

—Qué romántico.

—Cada uno llevaba un lugar distinto.

Jacinta dejó de sonreír.

—Tres caminos.

—Tres destinos falsos.

—¿Y?

—Uno de los mensajeros fue seguido.

—¿Cuál?

Julián señaló el nombre de Nicasio.

—El que salió por la posta donde Páez había cambiado caballo.

Jacinta se inclinó sobre la mesa.

—No querían el mensaje.

—No lo tocaron.
—Querían ver a quién se lo daba.
—Sí.
Ella soltó el aire lentamente.
—Entonces la carta ya había cumplido su función cuando vinieron acá.
Julián levantó la vista.
—¿Por qué lo decís así?
Jacinta recordó a los dos hombres bajo la lluvia.
No había oído la conversación posterior en la pulpería.
Pero había visto sus caras.
Había visto la cera.
—Porque no parecían desesperados por encontrarla.
Julián volvió a mirar el papel.
—No lo estaban.
—Entonces ¿por qué entrar?
—Para confirmar que había llegado.
—Y confirmar que yo te la había traído.
—Sí.
Jacinta se quedó callada.
Luego señaló la línea entre su nombre y el de Julián.
—Me usaron de correo.
—Sin que lo supieras.
—Eso no mejora nada.
—No intentaba mejorarlo.

* * *

Rufina golpeó una vez y entró sin esperar respuesta.
Llevaba una bandeja con café.
La dejó sobre el escritorio.
Miró las hojas.
—¿Ya saben?
Julián levantó la cabeza.
—¿Saber qué?
—Para qué era la carta.
Jacinta sonrió.
Julián no.
—¿Vos lo sabías?
—No.

—Entonces ¿por qué preguntás?

Rufina sirvió café.

—Porque desde ayer miran ese papel como si fuera a confesar.

Le entregó una taza a Jacinta.

—Los papeles no confiesan.

Después le dio otra a Julián.

—La gente sí.

—¿Qué querés decir?

Rufina miró hacia el patio.

—El hombre de la cicatriz volvió esta mañana.

Julián dejó la taza.

—¿Acá?

—A la esquina.

—¿Lo viste?

—Sí.

—¿Te vio?

Rufina lo miró con paciencia.

—Limpio esta casa desde antes de que usted supiera limpiarse solo, señor Maza. Sé mirar sin que me miren.

Jacinta disimuló una sonrisa detrás del café.

—¿Qué hizo?

—Esperó.

—¿A quién?

—A uno de sus mensajeros.

Julián quedó inmóvil.

Rufina señaló las tres hojas.

—El flaco. El que salió con el sobre en la manga.

Julián y Jacinta se miraron.

La prueba acababa de confirmarse por segunda vez.

—¿Lo siguió?

—preguntó Julián.

—Mandó a un chico.

—¿Qué chico?

—Uno que vende diarios y no vende tantos diarios.

Julián caminó hacia la ventana.

—¿Y vos qué hiciste?

—Seguí al chico.

Julián se volvió.

—¿Qué?

—No grite.

—¡No estoy gritando!

Jacinta levantó una ceja.

Rufina siguió hablando.

—El chico llegó hasta una cochera cerca del río. Entregó un papel. Salió sin él.

—¿A quién?

—No lo vi bien.

Julián apretó la mandíbula.

—¿Hombre? ¿Mujer?

—Hombre.

—¿Edad?

—Más viejo que usted. Más joven que la viuda.

—Rufina.

—Cabello gris.

El despacho quedó en silencio.

Jacinta dejó lentamente la taza.

—El hombre de ayer.

Julián no respondió.

No hacía falta.

* * *

—¿Quién es?

—preguntó Jacinta.

Julián recogió las hojas.

—No sé su nombre verdadero.

—Pero lo dejaste entrar a tu casa.

—En Buenos Aires la mitad de los hombres que entran a una casa usan un nombre que no es del todo verdadero.

—La otra mitad son familiares.

—Esos son peores.

Jacinta no sonrió.

—¿De dónde viene?

—Río de Janeiro.

—Eso ya lo escuché.

—Entonces ¿para qué preguntás?

—Porque ahora quiero una respuesta completa.

Julián guardó silencio.

—Trabaja para gente interesada en lo que ocurra con San Martín.

—Eso tampoco es una respuesta completa.
—Es la que tengo.
—¿Realistas?
—No lo sé.
—¿Portugueses?
—No lo sé.
—¿Porteños?
Julián la miró.
—Todos están interesados en lo que ocurra con San Martín.
Jacinta se levantó.
—Qué manera elegante de no decir nada.
—Por eso sobrevivo a las tertulias.
Ella señaló la carta.
—¿Y qué quería de vos?
—Información.
—¿Se la diste?
—No.
—¿Todavía?
La palabra quedó entre los dos.
Julián endureció la expresión.
—No soy el hombre que esa carta quiere que parezca.
Jacinta se acercó.
—Nunca pensé que fueras tan sencillo.
Eso lo lastimó.
Ella lo vio.
No retiró la frase.
—Pero tampoco sé qué hombre sos, Julián.
—Yo tampoco sé siempre qué mujer sos vos.
—Perfecto. Estamos empatados.
Durante unos segundos ninguno dijo nada.
Después Jacinta miró otra vez la cadena escrita sobre la hoja.
NORTE.
Nicasio Páez.
Jacinta del Corro.
Julián Maza.
—Entonces ya está
—dijo—. La carta quería volver.

Julián negó.

—No.

—Acabás de explicarme...

—La carta no quería nada.

Tomó la pluma.

Tachó su propio nombre.

Después trazó una línea alrededor de todos los demás.

—Ellos querían que el nombre volviera.

Jacinta entendió.

El contenido podía cambiar.

La firma podía ser falsa.

El destinatario podía no existir.

Lo único importante era seguir a quien reaccionara.

—Y volvió

—dijo.

—Sí.

Julián dejó la pluma.

—Ahora saben por dónde caminamos.

Jacinta miró hacia el corredor por donde había desaparecido el hombre de cabello gris el día anterior.

—Y nosotros sabemos que están mirando.

Julián asintió.

Aquello era poco.

Pero no era nada.

* * *

Jacinta se fue otra vez por la pared.

Esta vez la viuda Seguí ni siquiera abrió los ojos.

—Cierre bien

—dijo.

—Sí, señora.

—Y deje de meterse con hombres que reciben cartas sin firma.

Jacinta se detuvo.

—¿Usted escucha detrás de las paredes?

La anciana acarició al gato.

—A mi edad una aprende que las paredes hablan solas.

Jacinta salió a la calle.

Buenos Aires seguía siendo barro, carros y gente que tenía asuntos bastante más urgentes que una carta.

Por primera vez aquello la tranquilizó.

En la casa de Julián, Rufina recogió las tazas.

Julián permaneció solo frente al escritorio.

Tomó la carta llegada desde Río de Janeiro.

La que el hombre de cabello gris le había pedido responder.

La sostuvo sobre la llama de una vela.

No llegó a quemarla.

La retiró.

La dobló otra vez.

La guardó dentro de un cajón.

Debajo había otros papeles.

Algunos llevaban nombres conocidos.

Otros no.

Julián cerró con llave.

Miró la carta que había viajado desde el Norte.

Esa sí la acercó al fuego.

La llama mordió una esquina.

Subió despacio.

El papel se ennegreció.

Las palabras desaparecieron una detrás de otra.

Primero el Norte.

Después la filtración.

Al final quedó su nombre.

Julián esperó hasta que también se quemó.

Entonces soltó el papel dentro del brasero.

Habían descubierto para qué servía la carta.

No quién la había escrito.

Y mucho menos quién había decidido que su nombre debía volver.

# XI

## La otra ladera

*Santiago de Chile, 24 de enero de 1817*

El cabo Joaquín Cárdenas llevaba cuatro días mirando una montaña que no hacía nada. Eso era lo peor.

Si la cordillera hubiera rugido, si hubiera devuelto el eco de los cañones o mostrado fogatas bajando por sus quebradas, habría resultado más sencillo. Un hombre podía tener miedo de algo que veía.

Pero al amanecer los Andes seguían allí, inmóviles, demasiado grandes para preocuparse por los hombres que pretendían atravesarlos.

La nieve encendida por el primer sol parecía limpia desde Santiago. Cárdenas sabía que era una mentira. Había servido dos inviernos en el sur y conocía la clase de frío que mataba en silencio. A esa distancia, sin embargo, las cumbres parecían hechas para adornar iglesias, no para esconder ejércitos.

Soplaba un viento seco. Olía a tierra, a bosta de caballo y al humo agrio de las fogatas donde los soldados calentaban una bebida tan rala que llamarla café constituía una falta de respeto hacia el café. El soldado Vidal bebió un trago y escupió.

—Esto podría despertar a un muerto.

—Lo mataría otra vez

—dijo Cárdenas. Vidal miró la taza.

—Entonces sirve para algo.

Detrás de ellos, veinte hombres trataban de formar sin demasiado entusiasmo. Algunos eran peninsulares. Otros habían nacido en Chile, como Cárdenas. Dos venían del Perú. Uno afirmaba ser de Chiloé y se ofendía cuando alguien dudaba de que aquello también fuera parte del mundo civilizado. Todos vestían el uniforme del rey. Eso era casi lo único que tenían en común.

Un jinete apareció por el camino del norte levantando polvo.

—Otra orden

—dijo Vidal. Cárdenas observó al hombre acercarse.

—¿Cómo sabés?

—Porque corre. Las buenas noticias siempre llegan caminando.

El jinete frenó frente al teniente Villarroel, entregó un pliego y casi de inmediato volvió grupas. Villarroel rompió el sello. Leyó. Maldijo.

—¡Cárdenas!

—Mi teniente.

—Reúna a los hombres. Joaquín miró a Vidal.

—¿Ve?

—susurró éste—. Otra orden.

—Cállese.

En menos de diez minutos estaban desmontando el puesto que habían tardado dos días en organizar.

—¿Adónde vamos?

—preguntó uno.

—Al norte

—respondió Villarroel.

—Ayer íbamos al sur.

—Hoy es hoy. Nadie preguntó más.

Cárdenas ayudó a cargar un cajón de cartuchos sobre una mula. La madera estaba húmeda. Tenía los dedos fríos y la espalda dolorida.

A su lado, Vidal seguía mirando las montañas.

—Mi primo dice que vienen por el Planchón.

—Su primo vende velas.

—Las velas también escuchan.

—¿Cuántos dice que son?

—Doce mil. Cárdenas soltó una carcajada.

—Ayer eran ocho.

—Reclutan rápido esos porteños.

—Son cuyanos.

—También hay chilenos.

—Y negros

—agregó otro soldado—. Dicen que muchos. Vidal hizo la señal de la cruz.

—También dicen que traen franceses. Cárdenas ajustó una cincha.

—¿Y turcos no?

—No se burle. Mi primo...

—Su primo vende velas.

—Pero su cuñado trabaja en la casa de un escribano.

—Ah. Entonces ya estamos ante una autoridad militar. Los hombres rieron. La risa duró poco.

Desde Santiago llegaban demasiados rumores y todos tenían una cosa en común: San Martín estaba cruzando. O iba a cruzar. O había cruzado hacía una semana.

Algunos decían que avanzaba por seis pasos. Otros que todo aquello era una distracción y el grueso bajaría por uno solo. Se hablaba de columnas en Coquimbo, movimientos hacia Talca, arrieros comprando animales, partidas que se dejaban ver demasiado y desaparecían demasiado rápido. Cárdenas no sabía qué creer. Sabía otra cosa. Cada rumor obligaba a mover soldados.

Y cada vez que movían soldados había un camino que quedaba sin soldados. A media mañana partieron hacia el norte.

El sol había calentado la tierra y los olores cambiaron. Ya no era humo y frío. Era sudor de mula, cuero caliente y polvo. El camino estaba lleno de gente: campesinos con carretas,

mujeres transportando canastos, peones, clérigos, vendedores que aprovechaban cualquier movimiento de tropas para aumentar el precio del pan. Una anciana vio pasar la columna. No saludó. Cárdenas sostuvo su mirada.

La mujer escupió al suelo cuando él ya había pasado. Vidal también lo vio.

—Vieja insolente.

—Déjela.

—Podría denunciarla.

—¿Por escupir?

—Por mirar. Cárdenas volvió la cabeza.

—Si empezamos a detener gente por mirar, vamos a necesitar una isla más grande que Juan Fernández. Vidal no respondió. Era una broma incómoda.

Todos conocían a alguien que había desaparecido después de Rancagua. Patriotas enviados a Juan Fernández. Familias obligadas a pagar contribuciones. Propiedades confiscadas. Hombres desterrados de Santiago. Casas visitadas de noche. Cárdenas había celebrado Rancagua. Todavía recordaba las campanas.

Había creído que la victoria terminaría con todo. Dos años después tenía la extraña impresión de que la victoria había empezado algo.

Llegaron a una posta poco antes del mediodía. Allí los esperaba un oficial montado en una yegua alazana. Cárdenas lo conocía de vista. Capitán Cayetano Cisneros.

No gritaba.

Era probablemente la razón por la que todos lo escuchaban. Tenía poco más de treinta años, rostro afilado, cabello oscuro y una forma desagradable de mirar que daba la sensación de que uno acababa de responder mal una pregunta que todavía no había oído. Villarroel desmontó.

—Capitán. Cisneros le tendió la mano.

—¿Cuántos?

—Veintidós útiles.

—¿Útiles?

—Dos enfermos.

—Entonces son veinte.

—Pueden disparar.

—También mi tía puede disparar. No la llevaría a una montaña. Villarroel apretó la mandíbula.

Cárdenas miró al suelo para ocultar una sonrisa. Cisneros desplegó un mapa sobre una mesa improvisada con dos cajones.

—Anoche se informó movimiento por el sur

—dijo Villarroel.

—Sí.

—Esta mañana nos mandaron al norte.

—Sí.

—¿Y mañana? Cisneros levantó la vista.

—Mañana, si tenemos suerte, sabremos dónde debíamos estar hoy. Villarroel no sonrió.

—¿Qué sabe usted?

—Lo mismo que usted.

—Entonces estamos jodidos.

—No. Estamos peor. Yo sé cuánto no sabemos.

Cisneros colocó pequeñas piedras sobre el mapa. Una al norte. Otra junto a Uspallata. Otra hacia el Planchón. Otra más al sur.

—Informes de arrieros

—dijo—. Avistamientos. Fogatas. Caballos. Hombres preguntando caminos. Proclamas encontradas donde nadie debería haber podido dejarlas.

—Rodríguez

—dijo Villarroel. Por primera vez Cisneros pareció irritado.

—Siempre Rodríguez.

—¿No cree que sea él?

—Creo que un hombre no puede estar en Melipilla, San Fernando y Santiago la misma semana.

Cárdenas pensó en el primo vendedor de velas de Vidal. Villarroel se inclinó sobre el mapa.

—Entonces son varios.

—Eso sería peor.

—¿Por qué?

Cisneros levantó una piedra y la dejó caer en otro punto.

—Porque llevamos meses persiguiendo a un fantasma. Si son veinte hombres distintos, estamos persiguiendo una idea.

A Cárdenas le recorrió un escalofrío que no tenía relación con el viento. Un correo llegó al galope. Otro. Cisneros recibió ambos pliegos. Abrió el primero.

—Movimiento en Los Patos. Villarroel exhaló.

—Ahí está. Cisneros abrió el segundo. Leyó. Después volvió a mirar el primero.

—¿Qué pasa?

—Avistaron otra columna cerca de Uspallata. Villarroel palideció.

—Entonces son dos. Cisneros no contestó. Tomó otra piedra. La colocó sobre el mapa. Luego otra. Y otra.

Cárdenas observó cómo los pequeños guijarros empezaban a rodear Santiago. El capitán permaneció mucho rato sin hablar.

—¿Cuántos ejércitos tiene ese hombre?

—preguntó Vidal desde atrás, olvidando por un instante que estaba hablando delante de dos oficiales.

Villarroel se volvió dispuesto a reprenderlo. Cisneros levantó una mano. Miraba las piedras.

—Uno

—dijo.

—Pero, capitán...

—Uno. Movió lentamente un dedo alrededor del mapa.

—Y está consiguiendo que nosotros tengamos seis.

El silencio fue absoluto. Cisneros plegó el mapa.

—Regresamos a Santiago.

—¿Todos?

—Todos.

—¿Y este puesto?

—Ya no importa. Cárdenas miró nuevamente hacia el este. La cordillera continuaba inmóvil. Pero ahora ya no parecía vacía.

Esa tarde, por primera vez, comprendió de qué tenía miedo. No de los hombres que bajaran de aquellas montañas. Sino del hombre que estaba logrando moverlos sin haber aparecido todavía.

# XII

## La casa de Martina

*Santiago de Chile, esa misma noche*

La casa de Martina del Solar olía a naranjas, cera caliente y conspiración.

Cayetano Cisneros reconoció los dos primeros olores apenas cruzó el zaguán. El tercero necesitó menos de cinco minutos.

—Capitán.

Martina descendió los últimos peldaños de la escalera con una vela en la mano. Vestía de oscuro. No de luto, aunque a esa hora y con aquella luz podría haberlo parecido. Tenía el cabello recogido sin demasiada preocupación y una forma de observar a la gente que a Cayetano le resultaba incómodamente familiar. Él también miraba así.

—Señorita del Solar.

—Llegó temprano.

—Usted dijo nueve.

—Precisamente. Cayetano sacó el reloj.

—Son las nueve. Martina sonrió.

—Eso en un cuartel es temprano. Lo condujo hacia el salón.

La casa pertenecía a una familia que había aprendido a sobrevivir a gobiernos distintos sin cambiar demasiado los muebles.

Un retrato de Fernando VII ocupaba una pared. Cayetano sabía que dos años antes había habido allí otro cuadro. No preguntó cuál.

Los buenos salones de Santiago eran así: uno podía conocer la historia política de una familia observando los agujeros detrás de los marcos. Había seis invitados.

Un comerciante español llamado Echevarría. Un sacerdote. Dos propietarios rurales. Una mujer mayor que Cayetano no conocía. Y un funcionario de la administración que bebía vino demasiado deprisa.

—¿Cena?

—preguntó Martina.

—Trabajo.

—Eso explica su cara.

—Esta es mi cara normal.

—Lo lamento. Cayetano estuvo a punto de sonreír. No lo hizo.

Había ido allí porque las casas como la de Martina eran mejores que los cuarteles para escuchar una ciudad.

En los cuarteles los hombres repetían órdenes. En las casas repetían secretos.

Durante la primera media hora nadie dijo nada útil. Hablaron del precio de la harina. De un cargamento retrasado en Valparaíso. De la inseguridad de los caminos. Del calor. Después el vino comenzó a trabajar.

—Dicen que San Martín está enfermo

—comentó Echevarría.

—También dijeron que estaba muerto

—respondió Martina.

—Eso fue en noviembre.

—Ha mejorado mucho para ser un muerto.

El sacerdote ocultó una sonrisa detrás de la copa. Cayetano comió un pedazo de pan.

—¿Quién lo dice? Echevarría se encogió de hombros.

—La gente.

—La gente no es una fuente.

—En estos tiempos, capitán, es la única que queda.

—Entonces estamos peor de lo que pensaba. El funcionario intervino.

—Mi secretario asegura que hay cuatro mil hombres en Mendoza.

—Cinco

—dijo uno de los propietarios.

—Ocho

—dijo el otro. Martina miró a Cayetano.

—¿Cuántos son?

—Suficientes.

—Eso no es un número.

—Por eso puedo decirlo. Echevarría apoyó la copa.

—¿Vendrán? Cayetano respondió sin dudar.

—Sí. El salón quedó más silencioso. La pregunta verdadera no era ésa. La verdadera era cuándo. Y por dónde. Una criada entró con una fuente.

Era joven, quizá dieciséis años. Mantuvo la cabeza baja mientras servía. Cayetano observó sus manos.

Tenía tinta en el pulgar derecho.

No era imposible que una criada supiera escribir. Pero tampoco era común. La muchacha notó la mirada. Retiró la mano. Martina lo vio.

—¿Algún problema?

—Ninguno. Cayetano bebió. La conversación siguió.

Alguien mencionó una proclama encontrada en una iglesia. Otro aseguró que Manuel Rodríguez había cenado dos noches antes en una hacienda de Melipilla.

El funcionario juró que el mismo hombre había sido visto aquella mañana cerca del mercado de Santiago.

—Extraordinario

—dijo Cayetano.

—¿Qué cosa?

—Su caballo.

—¿El caballo de quién?

—De Rodríguez. Debe ser el animal más rápido de América. El funcionario se puso colorado. Martina rió. Cayetano no.

La figura de Rodríguez estaba empezando a irritarlo no por lo que hacía, sino por lo que provocaba.

Los soldados veían a Rodríguez detrás de cada arbusto. Los vecinos lo veían entrando por cada puerta. Los patriotas pronunciaban su nombre como contraseña. Los realistas, como enfermedad. Un hombre podía ser capturado. Un nombre era mucho más difícil.

Después de la cena, Martina llevó a Cayetano al patio. La noche estaba tibia. Las hojas del naranjo apenas se movían. Desde la calle llegaba el golpeteo irregular de unos cascos.

—No vino por la comida

—dijo ella.

—No.

—Entonces pregunte.

Cayetano apoyó una mano sobre el respaldo de una silla.

—¿Conoce a un hombre llamado Esteban Loyola? Martina no modificó el rostro. Eso ya era una respuesta.

—Conozco muchos hombres.

—Qué vida agitada.

—La suya parece peor.

—Loyola trabajó para su padre.

—Hace años.

—Ahora transporta mercadería entre Santiago y Aconcagua.

—Muchos lo hacen.

—Desapareció.

—Muchos hacen eso también. Cayetano se acercó un paso.

—Tres veces en dos meses se movieron tropas por información que pasó por sus manos.

—¿Me acusa de algo?

—Todavía no.

—Qué alivio.

—Le pregunto dónde está. Martina miró las ramas del naranjo.

—No lo sé. Cayetano la creyó. Aquello le molestó más que una mentira.

—¿Y sabe para quién trabaja?

—Para quien paga.

—Respuesta peligrosa.

—Época peligrosa. Se miraron. Cayetano conocía el juego.

Lo había jugado en Lima, en Concepción, en demasiados despachos. Quien sabía algo nunca entregaba la información entera. Quien entregaba la información entera estaba vendiendo una mentira. Martina se acercó al aljibe.

—¿Tiene miedo, capitán?

—Sí. Ella se volvió sorprendida.

—Esperaba una respuesta más gallarda.

—La gallardía sirve en los retratos.

—¿De qué tiene miedo? Cayetano pensó antes de responder.

—De que estemos haciendo exactamente lo que quieren que hagamos. Martina no dijo nada.

—Cada rumor mueve una compañía

—continuó—. Cada montonera obliga a enviar hombres. Cada proclama provoca una búsqueda. Cada falso avistamiento abre otro camino.

—Entonces deje de perseguir rumores.

—Si uno resulta verdadero y no lo persigo, perdemos Santiago.

—Ah.

—¿Qué?

—Nada.

—No diga nada cuando quiere decir algo. Martina sonrió.

—Pensaba que quizá eso es precisamente lo que esperan de usted.

Cayetano sintió la misma incomodidad que por la mañana frente al mapa.

—¿Quiénes?

—Los hombres del otro lado.

—¿Sabe algo?

—Sé lo que sabe toda la ciudad.

—La ciudad sabe demasiadas cosas.

—No. Cree demasiadas cosas. Es distinto. Desde el salón llegó una carcajada. Después un vaso que se rompía. Martina bajó la voz.

—Hay una reunión mañana. Cayetano no se movió.

—¿Dónde?

—No lo sé.

—¿Quiénes?

—Tampoco.

—Entonces no sabe de una reunión.

—Sé que varias personas han recibido la misma frase.

—¿Cuál? Martina lo miró.

—“El río baja turbio”. Cayetano esperó.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—¿Quién se lo dijo?

—No puedo decírselo.

—Puede.

—No debo.

Cayetano recordó una conversación que no había oído, una frase que probablemente alguien habría dicho en otra ciudad. En aquellos días todos parecían hablar igual cuando guardaban secretos.

—Si esto es una trampa...

—Lo es.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque todas las reuniones lo son para alguien.

Cayetano soltó aire por la nariz.

—¿Por qué me ayuda? Martina tardó en responder.

—No dije que lo estuviera ayudando. Una puerta se abrió en el corredor.

La criada de la tinta apareció con una bandeja vacía. Miró a Martina. Martina hizo un gesto mínimo. La muchacha desapareció nuevamente. Cayetano lo vio.

—¿Qué fue eso?

—¿Qué cosa?

—No juegue conmigo.

—Capitán, si estuviera jugando con usted procuraría que fuera más divertido. Cayetano dio un paso hacia la puerta. Martina le bloqueó el camino.

—Apártese.

—No. La palabra fue suave. Pero firme.

—Señorita del Solar.

—Capitán Cisneros.

Durante un segundo estuvieron demasiado cerca. Cayetano percibió perfume de azahar. Martina percibió pólvora en su casaca.

Después ella sacó algo de entre los pliegues del vestido. Un papel. Cayetano lo tomó.

Era un mapa rudimentario de los pasos cordilleranos. Había una línea marcada hacia el Planchón.

—¿De dónde salió esto?

—Llegó esta tarde.

—¿A quién?

—A alguien que tuvo el buen juicio de no guardarlo. Cayetano estudió las marcas.

—Esto indicaría que la fuerza principal va al sur.

—Sí.

—¿Lo cree? Martina sostuvo su mirada.

—¿Usted? Cayetano dobló el mapa.

—No.

—Entonces estamos de acuerdo en algo.

—¿Por qué dármelo?

—Porque quiero saber qué hace usted con una mentira cuando sabe que es mentira.

Por primera vez aquella noche, Cayetano sintió verdadero miedo. No por Martina. Por la pregunta. Guardó el mapa.

—Buenas noches.

—Capitán. Caminó hacia el zaguán. Antes de salir se volvió.

—La muchacha. Martina no respondió.

—Tiene tinta en los dedos.

—También sabe leer.

—Eso puede traerle problemas.

—A ella o a usted. Cayetano abrió la puerta. La calle estaba casi vacía. El aire olía a tierra húmeda y caballos. Dio tres pasos. Una sombra se movió en la esquina. Después otra. Se llevó la mano a la pistola.

—No lo haga, capitán. La voz llegó desde atrás. Cayetano giró. Era la criada. Ya no llevaba bandeja. Llevaba un cuchillo.

—¿Qué quiere?

—Avisarle que no vaya mañana.

—¿A dónde?

—A la reunión.

—Acaba de decirme más de lo que debería.

—No. La muchacha sonrió.

—Le acabo de decir exactamente lo que querían que usted escuchara. Echó a correr. Cayetano salió detrás de ella. Llegó a la esquina. No había nadie.

Sólo encontró, pegado sobre una pared húmeda, un pequeño papel. Lo arrancó. Cuatro palabras escritas con tinta fresca: EL RÍO BAJA TURBIO. Cayetano levantó la mirada.

Desde alguna casa cercana alguien empezó a tocar una guitarra. Y por primera vez se preguntó si Martina del Solar acababa de salvarle la vida. O de enviarlo exactamente adonde necesitaban que fuera.

# XIII

## El hombre que estaba en todas partes

*Santiago de Chile, 25 de enero de 1817*

El fraile llevaba una pistola debajo del hábito.

Cayetano Cisneros lo supo porque el hombre no sabía sentarse. Cada vez que apoyaba el cuerpo sobre el banco de la iglesia inclinaba ligeramente la cadera derecha para evitar que el arma golpeara contra la madera.

Cayetano lo observó desde tres filas más atrás. La misa había terminado hacía diez minutos. Quedaban cinco personas.

Una anciana rezaba frente a una imagen de la Virgen. Dos mujeres hablaban en voz baja. Un sacristán apagaba velas. Y el fraile falso parecía esperar a Dios con demasiada impaciencia. Cayetano se puso de pie. El hombre también. Interesante. Salió a la calle. El supuesto fraile salió detrás. Cayetano caminó sin mirar atrás. Santiago estaba despierto.

Carretas cargadas de verduras llegaban desde las chacras. Los vendedores gritaban precios. Un aguatero discutía con una mujer frente a una puerta. En una esquina dos soldados revisaban documentos.

Desde que los rumores del ejército de Mendoza habían comenzado a multiplicarse, también se habían multiplicado los controles. Pasaportes. Salvoconductos. Preguntas. Más preguntas.

Y, de manera misteriosa, más gente capaz de cruzar la ciudad sin responder ninguna. Cayetano dobló hacia una calle angosta. El fraile continuó detrás. Aceleró. También el fraile. Cayetano sonrió. Entró en una pulpería.

El olor a vino derramado, cebolla, sudor y tabaco lo golpeó de inmediato. Había seis hombres.

Ninguno pareció prestarle atención. Pidió aguardiente. El fraile entró.

—Padre

—dijo Cayetano. El hombre lo miró.

—Hijo.

—¿No es temprano para beber?

—Para usted quizá. Buena respuesta. Cayetano levantó la copa.

—¿De qué orden? El hombre pestañeó. Una vez.

—Franciscano.

—Curioso.

—¿Qué cosa?

—El cordón. El fraile bajó la vista. Cayetano sacó la pistola.

—Los franciscanos no lo anudan así. El hombre volcó la mesa. Cayetano disparó. La bala destrozó una jarra. El falso fraile ya estaba corriendo.

—¡Deténganlo! Nadie lo hizo.

En Santiago la gente había desarrollado una gran habilidad para no escuchar órdenes cuando no sabía quién iba a gobernar el mes siguiente. Cayetano saltó la mesa. Salieron a la calle.

El hombre corría con el hábito levantado hasta las rodillas. Debajo llevaba botas de montar. Cayetano siguió. Doblaron una esquina. Atravesaron un mercado.

Una mujer gritó cuando el falso religioso saltó sobre un puesto de gallinas. Las aves explotaron en todas direcciones. Cayetano recibió una en el pecho.

—¡Carajo! La apartó. El hombre ganaba distancia. Dos soldados aparecieron delante.

—¡Agárrenlo! Esta vez obedecieron. El fraile frenó. Miró a ambos lados. Sonrió. Y entró directamente en una casa. Cayetano llegó segundos después.

—Rodeen la manzana. Empujó la puerta. Interior oscuro. Olor a humedad. Una mujer con un niño lo miró aterrada.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—El fraile.

—Aquí no entró ningún fraile.

Cayetano señaló la puerta trasera que todavía se movía. La mujer bajó la mirada. Salió al patio. Otra puerta. Otro callejón. Nada. Se quedó quieto. Escuchó. Voces. Pasos. Una carreta. Una campana. Todo Santiago podía esconder a un hombre. Regresó a la calle. Los soldados esperaban.

—¿Lo vieron salir?

—No, capitán.

—Entonces sigue aquí. Registraron cuatro casas. Después seis.

Encontraron un anciano escondiendo tabaco de contrabando, una pareja que claramente no quería explicar por qué estaba junta y tres gallinas robadas. No encontraron al fraile.

Una hora después Cayetano regresó al cuartel. Sobre su escritorio había un papel. No tenía sello.

No tenía firma. Sólo una frase. Gracias por el aguardiente. Cayetano permaneció inmóvil. Luego empezó a reír.

El ayudante que estaba junto a la puerta lo miró preocupado.

—¿Capitán?

—Nada. Dobló el papel.

—Busque a Villarroel.

—Está en el norte.

—Entonces que vuelva.

—¿Y Cárdenas?

—También.

—¿Qué ocurre? Cayetano miró la nota.

—Estoy cansado de perseguir fantasmas.

—¿Encontró a Rodríguez?

—No.

—¿Entonces? Cayetano guardó el papel.

—Voy a hacer que él me encuentre a mí.

* * *

A seis calles de allí, un hombre se afeitaba.

La palangana contenía agua tibia y restos de jabón. Sobre la cama había un hábito franciscano doblado. Junto a él, una chaqueta de arriero. Un sombrero viejo. Un uniforme de soldado realista.

Y una peluca ridícula que jamás admitiría haber usado. El hombre pasó la navaja por la mandíbula.

—Casi me mata

—dijo.

La criada de Martina estaba sentada junto a la ventana.

—Usted casi se deja matar.

—Es diferente.

—No mucho.

—¿Lo siguió alguien?

—No.

—¿La señorita del Solar?

—Dice que Cisneros no creyó el mapa. El hombre sonrió.

—Bien.

—¿Bien?

—Los tontos son fáciles. Los hombres inteligentes son útiles.

—Es realista.

—Nadie es una sola cosa. La muchacha cruzó los brazos.

—Usted sí. El hombre la miró por el espejo.

—¿Y qué soy?

—Un problema. Rió. Terminó de afeitarse. Después se puso la camisa de arriero.

—¿Noticias de Mendoza? La joven sacó un pequeño papel del corpiño.

—Llegó anoche. Él lo abrió. Leyó. La sonrisa desapareció.

—¿Qué pasa?

—Ya empezaron.

—¿El cruce? Asintió. Volvió a leer.

—Por Los Patos y Uspallata. La muchacha se acercó.

—Entonces el mapa falso...

—Ya cumplió su trabajo.

—Cisneros no lo creyó.

—No necesitaba creerlo él. La joven entendió.

—Necesitaba llevarlo. El hombre dobló el mensaje.

—Exactamente. Se colocó el sombrero.

—¿Adónde va ahora?

—A San Fernando.

—Dicen que lo buscan allí.

—También acá.

—En Melipilla ofrecen dinero por usted.

—Qué consideración.

—No es gracioso.

—Un poco sí. Abrió la puerta. La muchacha lo llamó.

—Señor. Se volvió.

—¿Qué?

—Cisneros casi lo reconoció. El hombre pensó un instante.

—Entonces tendremos que darle otra cara.

—No puede seguir haciendo esto siempre. La sonrisa regresó.

—No necesito siempre.

Miró hacia el este, aunque desde aquella habitación la cordillera quedaba oculta por paredes y tejados.

—Sólo necesito unos días más. Salió. La muchacha permaneció junto a la puerta. En la calle pasó una patrulla realista.

El arriero inclinó la cabeza y siguió caminando. Uno de los soldados lo observó.

—Oiga. El hombre se detuvo.

—¿Sí, mi sargento?

—Documentos. Metió una mano dentro de la chaqueta. Sacó un salvoconducto. El sargento lo examinó.

—¿Nombre? El arriero respondió sin vacilar.

—Francisco Rojas. El soldado le devolvió el papel.

—Siga.

—Dios guarde a Su Majestad. Continuó caminando.

Doblando la esquina se quitó el sombrero por un instante y dejó escapar una carcajada silenciosa. Francisco Rojas había nacido aquella mañana. Probablemente moriría antes de la noche. No importaba. Tenía muchos nombres.

En Santiago, en esos días, algunos aseguraban haberlo visto vestido de sacerdote.

Otros juraban que era comerciante. Soldado. Arriero. Mendigo.

Un hombre decía haber bebido con él sin reconocerlo hasta una semana después. Cayetano Cisneros todavía no sabía cuál de todas aquellas caras era la verdadera.

La Historia, en cambio, terminaría recordando una sola. Manuel Rodríguez.

# XIV

## La noche de los rumores

*Santiago de Chile, enero de 1817*

El primer ejército cruzó los Andes sin mover un solo soldado.

Lo hizo de boca en boca.

Entró en Santiago por las cocinas, se sentó en las pulperías, durmió con los criados, rezó con las beatas y llegó hasta los despachos de gobierno antes de que un solo uniforme del Ejército de los Andes hubiera aparecido sobre las cumbres.

A veces tenía cuatro mil hombres.

A veces doce mil.

Una mujer que vendía velas juraba que San Martín llevaba franceses capaces de desmontar un cañón en menos tiempo del que tardaba un sacerdote en decir misa. Un cochero afirmaba que los negros de Mendoza habían sido liberados a cambio de degollar españoles. En una taberna de la calle de la Merced alguien aseguró que Bernardo O'Higgins ya estaba dentro de Chile y dormía cada noche en una casa distinta.

El rumor más extravagante decía que los patriotas llevaban carne preparada para durar años.

Ese, pensó Cayetano Cisneros, podía ser verdad.

Tenía siete partes abiertos sobre la mesa y ninguno coincidía con el anterior.

—Otra vez

—dijo.

El teniente que estaba frente a él tragó saliva.

—¿Todo, mi capitán?

—Todo.

El hombre consultó el primero.

—Movimiento de tropas en Mendoza hacia el norte. Posible paso por Los Patos.

Cayetano marcó un punto sobre el mapa.

—Siguiente.

—Hombres armados vistos hacia el sur. Hay noticias de actividad cerca del Planchón.

Otro punto.

—Siguiente.

—Un destacamento enviado hacia Coquimbo informa rumores de una columna por los pasos del norte.

Cayetano levantó la mirada.

—¿Rumores o hombres?

—Rumores.

—Entonces no tenemos una columna. Tenemos una conversación.

El teniente no supo si aquello era una reprimenda.

Cayetano señaló el cuarto papel.

—Continúe.

—Uspallata. Arrieros hablan de movimiento importante. Mulas. Artillería. Infantería.

—¿Cuántos?

—No coinciden.

—Eso ya lo sé.

—Uno dice ochocientos. Otro más de dos mil.

Cayetano cerró los ojos.

Fuera del despacho las campanas anunciaban una hora que había dejado de importarle. Llevaban tres noches durmiendo mal. Los correos llegaban embarrados, exhaustos y convencidos de haber visto el principio de una invasión diferente.

Sobre el mapa, Chile parecía estrecho.

Sobre la cordillera, no.

—¿Y Rodríguez?

El teniente miró hacia la puerta, como si decir el apellido pudiera hacerlo aparecer.

—Nada.

—Eso nunca significa nada.

—Arrestaron a dos hombres en San Fernando.

—¿Eran de él?

—Dicen que sí.

—¿Quién lo dice?

—Ellos.

Cayetano apoyó ambas manos sobre la mesa.

—Entonces probablemente no.

El teniente se quedó callado.

Desde que había comenzado la persecución de Manuel Rodríguez, Cayetano había aprendido una regla: cuando una noticia parecía demasiado conveniente, convenía desconfiar.

Un golpe sonó en la puerta.

—Pase.

Entró Joaquín Cárdenas.

El joven soldado llevaba la chaqueta mal cerrada y tenía ojeras oscuras.

Cayetano lo conocía desde hacía apenas unos días, pero ya sabía que era incapaz de ocultar el miedo. Aquello le inspiraba más confianza que los hombres que afirmaban no sentirlo.

—¿Qué ocurre?

Joaquín se cuadró.

—Vengo del puesto oriental, mi capitán.

—Ya veo.

—Escuchamos cosas durante la noche.

El teniente puso los ojos en blanco.

Cayetano no.

—¿Qué cosas?

—Golpes.

—¿Disparos?

—No.

—¿Cascos?

—No sabría decirle.

—Entonces dígame lo que sabe.

Joaquín respiró.

—Sonaba como un tambor.

El teniente soltó aire por la nariz.

—Las montañas no tocan tambores, soldado.

Joaquín enrojeció.

—Ya lo sé, mi teniente.

—¿Entonces?

—No dije que fuera un tambor. Dije que sonaba como uno.

Cayetano salió de detrás de la mesa.

—¿Con qué frecuencia?

Joaquín golpeó con dos dedos sobre su muslo.

Una vez.

Esperó.

Dos veces.

Después tres golpes más rápidos.

—Así.

Cayetano observó el mapa.

Podían ser piedras.

Mulas.

Herramientas.

Hombres reparando un sendero.

O nada.

Eso era lo insoportable.

—¿Vieron luces?

—Una.

—¿Dónde?

Joaquín se acercó al mapa y señaló una zona aproximada.

Cayetano miró el punto.

Los Patos.

El teniente se inclinó.

—Ahí está.

—¿Qué cosa?

—El ejército.

Cayetano lo miró.

—Una luz no es un ejército.

—¿Y si es una avanzada?

—Entonces alguien quiere que la veamos.

El teniente se enderezó.

—No entiendo.

Cayetano tampoco.

Y eso era exactamente lo que empezaba a preocuparlo.

* * *

Esa noche Santiago durmió poco.

Los guardias revisaron casas.

Dos hombres fueron detenidos por no poder explicar por qué viajaban de madrugada. Un tercero fue golpeado hasta que recordó una historia mejor que la primera. En una esquina apareció una proclama patriota pegada sobre una pared recién encalada.

Nadie vio quién la puso.

Al amanecer ya la habían arrancado.

Al mediodía todos conocían su contenido.

Martina del Solar recibió la noticia mientras una criada le peinaba el cabello.

—Dicen que están cruzando.

Martina observó su reflejo.

—Dicen muchas cosas.

—Mi hermana dice que llegan mañana.

—Tu hermana decía la semana pasada que Rodríguez estaba escondido en el convento de San Francisco.

—¿Y no estaba?

Martina sonrió.

—Ése es el problema con ese hombre. Siempre parece haber estado en el lugar del que acaba de irse.

La criada siguió acomodando el cabello.

—¿Usted tiene miedo?

Martina miró el espejo.

Tardó demasiado en responder.

—Sí.

La muchacha dejó de peinar.

Probablemente esperaba otra cosa.

—¿De los patriotas?

—De los hombres que están seguros de tener razón.

La criada no entendió.

Martina tampoco estaba segura de haberlo dicho para ella.

* * *

Cayetano salió a la calle después de medianoche.

Necesitaba aire.

Encontró humo, humedad y una ciudad que fingía dormir.

Las patrullas pasaban con más frecuencia. Las puertas se cerraban cuando aparecían uniformes. Desde una ventana llegaba una canción demasiado baja para reconocerla.

Joaquín caminaba junto a él.

—Capitán.

—¿Sí?

—¿Cuántos cree que son?

—¿Quiénes?

—Ellos.

Cayetano sonrió sin ganas.

—Si supiera eso estaría durmiendo.

Caminaron unos metros.

—Dicen que San Martín viene con diez mil.

—No tiene diez mil.

—¿Cinco mil?

—Puede ser.

—¿Y nosotros?

Cayetano lo miró.

—¿Querés dormir esta noche?

Joaquín entendió.

—Sí, mi capitán.

—Entonces no preguntes.

Llegaron a una esquina.

Un hombre cruzó la calle cargando un saco.

Cayetano lo siguió con la mirada.

Por un instante pensó en Rodríguez.

Era absurdo.

En Santiago empezaban a ver a Manuel Rodríguez dentro de cada cuerpo que caminaba demasiado rápido y a San Martín detrás de cada montaña.

Eso también era una victoria.

El enemigo estaba obligándolos a combatir contra hombres que todavía no habían llegado.

Un jinete apareció al fondo.

Venía rápido.

Demasiado rápido para aquellas calles oscuras.

Los guardias se pusieron en alerta.

El caballo frenó levantando barro.

El mensajero casi cayó al desmontar.

—Parte urgente.

Cayetano reconoció el sello.

Lo abrió allí mismo.

Leyó.

Volvió a leer.

Joaquín esperó.

—¿Qué pasa?

Cayetano levantó la mirada hacia la cordillera, invisible detrás de las casas y la noche.

—Han visto una columna.

Joaquín palideció.

—¿Dónde?

Cayetano bajó los ojos al papel.

Eso era lo peor.

—No saben.

# XV

## Los que no pueden volver

*Mendoza, enero de 1817*

La última noche fue la más ruidosa porque nadie se atrevía a dormir.

En El Plumerillo se escuchaban hebillas, órdenes, animales, ruedas, martillos y conversaciones que morían cada vez que alguien pronunciaba la palabra mañana.

Benjamín llevaba una hora acomodando la misma manta.

La doblaba.

La desdoblaba.

La colocaba debajo de la cabeza.

Después recordaba que tendría que cargarla y volvía a enrollarla.

Eusebia lo observó desde el otro lado del pequeño fuego.

—Si seguís así la vas a gastar antes de usarla.

Benjamín dejó la manta quieta.

—No tengo sueño.

—Nadie tiene.

—Marcos está durmiendo.

Eusebia miró hacia donde Albarracín roncaba con un brazo sobre los ojos.

—Marcos podría dormir durante un terremoto.

Desde la oscuridad llegó la voz del sanjuanino.

—Estoy despierto.

—Entonces roncás consciente.

Marcos levantó el brazo.

—Estoy pensando.

—Pensá más bajo.

Benjamín sonrió.

Duró poco.

Más allá de los fogones estaba la cordillera.

No se veía completa. Sólo una masa oscura que ocupaba demasiado cielo.

Durante meses había estado allí como parte del paisaje.

Esa noche parecía haber avanzado.

Benjamín preguntó:

—¿Vos tenés miedo?

Marcos no respondió de inmediato.

Eusebia tampoco.

Benjamín miró al hombre tendido.

—Te pregunté a vos.

—Escuché.

—¿Y?

Marcos retiró el brazo de los ojos.

—Sí.

Benjamín esperaba una broma.

No llegó.

—¿De qué?

—De morirme.

La respuesta fue tan simple que Benjamín no supo qué hacer con ella.

—No parece.

Marcos volvió a cubrirse los ojos.

—Entonces estoy haciendo bien mi trabajo.

* * *

En otro extremo del campamento, Jean-Baptiste Delaunay bebía solo.

No mucho.

Eso preocupaba más que verlo borracho.

Tenía el medallón de su hija abierto sobre la palma.

No lo miraba.

Miraba el fuego.

Beltrán pasó a su lado cargando una caja.

—¿No duerme, capitán?

—¿Usted?

—Pregunté primero.

Delaunay señaló la caja.

—¿Qué lleva?

—Cosas que impedirán que otras cosas exploten.

Delaunay lo miró.

—¿Y quién impedirá que usted explote?

Beltrán siguió caminando.

—Dios proveerá.

—Eso me tranquiliza muchísimo.

El fraile levantó una mano sin darse vuelta.

Delaunay cerró el medallón.

Había cruzado Europa detrás de ejércitos más grandes que aquel.

Había visto hombres congelarse de pie.

Había visto caballos abiertos para buscar calor dentro de sus cuerpos.

Había visto soldados robar botas a compañeros todavía vivos porque sabían que morirían primero.

Rusia había enseñado algo que ningún manual militar decía:

la naturaleza podía ser un enemigo sin intención.

Y por eso no aceptaba rendición.

Bebió.

Esta vez más.

* * *

Un soldado escribía una carta junto a una vela.

Movía los labios mientras trazaba las palabras.

A su lado otro hombre lo observaba.

—¿A quién escribís?

—A mi mujer.

—¿Sabe leer?

El soldado dejó de escribir.

—No.

—Entonces para qué.

—Alguien le va a leer.

El otro asintió.

—¿Y qué le pusiste?

—Que estoy bien.

—Mentiroso.

—También le puse que no tenga miedo.

—Más mentiroso todavía.

El hombre de la carta sonrió.

Después agregó una línea.

La dobló.

La besó.

La guardó dentro de la camisa.

No había decidido si enviarla antes de partir o llevarla consigo.

Si volvía, sería ridículo.

Si no volvía, quizá alguien la encontraría.

Aquella noche muchos hombres llevaban mensajes destinados a existir solamente si ellos dejaban de existir.

* * *

Eusebia preparaba vendas.

Benjamín contó.

—¿Cuántas tenés?

—Menos de las que vamos a necesitar.

—Qué alentadora.

—No estoy para alentarte.

—¿Para qué estás?

Eusebia detuvo las manos.

Miró al muchacho.

—Para que vuelvas.

Benjamín bajó los ojos.

—Vos también vas.

—Ya sé.

—Entonces cómo vas a hacer.

—No dije que fuera fácil.

Benjamín jugueteó con una tira de cuero.

—¿Alguna vez cruzaste?

—No.

—Marcos dice que él sí.

—Marcos también dice que una vez peleó contra seis hombres.

Desde el suelo:

—Eran cinco.

Eusebia sonrió.

—¿Ves? Cada año son menos.

Benjamín volvió a mirar la oscuridad.

—¿Y si no podemos?

Eusebia siguió doblando vendas.

—Podemos qué.

—Cruzar.

—Entonces volveremos.

—¿Y si tampoco podemos volver?

Esta vez ella tardó.

—Entonces avanzaremos.

Benjamín la miró.

—Eso no tiene sentido.

—Muchas cosas importantes no lo tienen hasta después.

* * *

Poco antes de medianoche comenzó a soplar viento desde el oeste.

Los animales se inquietaron.

Las fogatas bajaron.

Algunos hombres levantaron la cabeza al mismo tiempo.

Un ejército podía entrenarse para obedecer órdenes.

No podía entrenarse para dejar de mirar la montaña cuando la montaña parecía responder.

Benjamín escuchó un sonido lejano.

No sabía si era viento.

O piedra.

O nada.

Alguien comenzó a rezar.

Otro le pidió que se callara.

Más lejos un hombre estaba cantando.

La canción hablaba de una mujer en San Juan.

Nadie le pidió silencio.

Eusebia se sentó junto a Benjamín.

Durante un rato no dijeron nada.

—¿Tenés alguien?

—preguntó ella.

—¿Dónde?

—En algún lado.

Benjamín pensó.

—No.

—Todos tienen alguien.

—Yo no.

Eusebia siguió mirando el fuego.

—Entonces conseguí.

—¿Así nomás?

—Sí.

—¿Dónde?

Ella señaló alrededor.

—Empezá por acá.

Benjamín miró a Marcos.

A Delaunay.

A los hombres que escribían cartas.

A Beltrán cruzando nuevamente con otra caja que probablemente tampoco debía explotar.

Después miró a Eusebia.

Entendió.

No respondió.

* * *

La orden llegó antes del amanecer.

No hubo trompetas.

Un oficial pasó entre las fogatas hablando en voz baja.

—Preparar equipos. Preparar animales. La columna inicia movimiento con la primera luz.

Las palabras recorrieron el campamento.

Nadie se sorprendió.

Todos llevaban horas esperándolas.

Sin embargo, cuando finalmente llegaron, algo cambió.

Los hombres se pusieron de pie.

Las cartas desaparecieron dentro de las chaquetas.

Las mantas se enrollaron.

Las últimas bromas murieron.

Marcos se calzó las botas.

Benjamín ajustó su correaje.

Eusebia guardó las vendas.

Delaunay terminó la copa.

Y durante unos segundos miles de personas hicieron lo mismo:

miraron hacia el oeste.

La cordillera seguía allí.

Indiferente.

Esperándolos.

# XVI

## El peso de lo imposible

*Mendoza, enero de 1817*

Una mula podía cargar muchas cosas.

No podía cargar un plan.

Ese era el problema.

Beltrán llevaba media mañana explicándoselo a un oficial que insistía en mirar una lista como si las cifras pudieran convencer a los animales.

—Sesenta y siete kilos.

—Está dentro del límite.

—Para usted.

—¿Perdón?

Beltrán señaló la mula.

—Pregúntele.

El oficial observó al animal.

—Padre...

—Fray Luis.

—Fray Luis, la orden dice que esa carga sale hoy.

—Y yo digo que si sale así no llega ni a la primera cuesta.

—Necesitamos todo.

—Ése es precisamente nuestro inconveniente.

El oficial cerró la lista.

Alrededor de ellos El Plumerillo parecía haber sido desmontado y distribuido sobre miles de lomos.

Cajones de munición.

Herramientas.

Hierro.

Cuero.

Alimentos.

Medicinas.

Repuestos.

Piezas de artillería.

Forraje.

Mantas.

Calzado.

Cuerdas.

Carne seca.

Aguardiente.

Todo debía caminar.

La independencia, pensó Beltrán, pesaba demasiado.

—Saque diez kilos.

—¿De qué?

—Si lo supiera ya los habría sacado yo.

—No podemos dejar nada.

Beltrán lo miró.

—Entonces deje la mula.

El oficial abrió la boca.

Las Heras apareció detrás.

—¿Problemas?

El oficial se cuadró.

—Ninguno, coronel.

Beltrán señaló la mula.

—Él quiere matar ese animal antes de que los españoles tengan oportunidad.

Las Heras miró la carga.

—Reduzca.

—Sí, coronel.

El oficial se retiró.

Beltrán sonrió.

—Qué sencillo es mandar.

—Pruebe alguna vez obedecer.

—No tengo formación suficiente.

Las Heras observó la extensión del campamento.

—¿Está todo?

Beltrán hizo una mueca.

—¿Quiere la respuesta que tranquiliza o la verdadera?

—La verdadera.

—Nunca está todo.

Las Heras asintió.

Eso también lo sabía.

* * *

Benjamín recibió una cuerda, dos herraduras y una bolsa cuyo contenido desconocía.

—¿Qué hago con esto?

Marcos seguía caminando.

—Llevarlo.

—¿Para quién?

—Para el ejército.

—El ejército tiene nombre?

—Sí.

—¿Cuál?

—Callate y caminá.

Benjamín cargó las cosas.

A cada paso descubría algo más que debía cruzar.

Había imaginado soldados.

Fusiles.

Caballos.

No había imaginado agujas.

Ni cucharones.

Ni clavos.

Ni barriles.

Ni hombres dedicados exclusivamente a reparar zapatos.

Vio barreteros con herramientas para abrir camino.

Vio personal de sanidad acomodando cajas.

Vio arrieros discutiendo sobre animales con una seriedad que ningún general habría usado para discutir una batalla.

Vio a un hombre transportar una pequeña campana.

—¿Eso también cruza?

Marcos miró.

—Parece.

—¿Para qué?

—Para que Dios sepa dónde estamos.

Benjamín se rió.

Marcos no.

—¿Era chiste?

—No sé.

* * *

Más tarde, Delaunay encontró a Benjamín observando una pieza de artillería desmontada.

—No toque.

Benjamín retiró la mano.

—Todo el mundo me dice eso.

—Quizá existe una razón.

El francés se agachó junto a una cureña.

—¿Sabe qué ve?
—Un cañón desarmado.
—Ve una discusión con la montaña.
Benjamín frunció el ceño.
—¿Quién gana?
Delaunay acarició la madera.
—Pregúnteme en Chile.
—¿Y si no llegamos?
—Entonces la montaña gana por abandono.
Benjamín miró los herrajes.
—¿Usted cruzó montañas así?
Delaunay pensó en los Alpes.
En los Pirineos.
En caminos europeos que, comparados con aquello, parecían calles.
—No.
Benjamín sonrió.
—Pensé que sabía todo.
—Yo también cuando tenía su edad.

* * *

A mediodía, Las Heras reunió a varios oficiales.
No hizo un discurso.
Repasó horarios.
Animales.
Ritmos de marcha.
Puntos de reunión.
Qué hacer si se perdía una carga.
Qué hacer si un hombre se separaba.
Qué hacer si encontraban fuerzas realistas.
Qué hacer si nevaba.
Qué hacer si no había agua.
Cuanto más explicaba, más imposible parecía.
Al terminar, uno de los oficiales preguntó:
—¿Y si algo no está previsto?
Las Heras lo miró.
—Va a ocurrir.
Algunas risas nerviosas.
—¿Qué hacemos entonces?

—Resolverlo.

Eso fue todo.

* * *

Por la tarde comenzaron a salir grupos menores.

No era todavía la gran imagen que después pintarían los artistas.

Era desorden organizado.

Animales que se negaban.

Cargas que había que rehacer.

Un barril roto.

Un hombre buscando a otro.

Una mula que mordió a un soldado.

Un oficial que perdió un documento y lo encontró dentro de su propia chaqueta.

Beltrán discutía con tres personas al mismo tiempo.

—Si esa caja cae, corran.

Benjamín, que pasaba cerca, se detuvo.

—¿Qué tiene?

—Pólvora.

Benjamín dio un paso atrás.

Beltrán sonrió.

—Aprende rápido.

—¿Siempre está cerca de cosas que explotan?

—Es una cuestión de vocación.

Delaunay apareció.

—Padre, eso no es una virtud.

—Depende de qué lado esté el cañón.

* * *

Hacia el final del día San Martín recorrió parte de los preparativos.

Ya no produjo en Benjamín el mismo sobresalto de la primera vez.

Produjo otro.

Ahora sabía quién era.

Eso empeoraba las cosas.

El general se detenía donde nadie esperaba.

Preguntó por herraduras.

Preguntó por charqui.

Preguntó cuántas mulas estaban enfermas.

Preguntó por una caja de medicamentos.

Benjamín esperaba verlo hablar de Chile.

No lo hizo.

Al pasar junto a Beltrán señaló una carga.

—Demasiado alta.

Beltrán miró.

—Ya lo dije.

El oficial de la mañana bajó la cabeza.

San Martín siguió caminando.

Benjamín observó al fraile.

—¿Cómo supo?

Beltrán levantó una ceja.

—Porque mira.

Parecía una respuesta demasiado sencilla.

Quizá no lo era.

* * *

Cuando cayó el sol, el campamento comenzó a vaciarse de cosas.

Cada objeto que desaparecía dentro de una alforja, sobre un carro o atado a una mula parecía convertir el proyecto en algo más real.

Hasta entonces habían preparado un ejército.

Ahora estaban desarmando una ciudad para llevarla a través de los Andes.

Benjamín se quedó quieto observando una fila de animales perderse hacia el camino.

Eusebia apareció a su lado.

—¿Qué mirás?

—Todo eso.

—Es bastante.

—No va a pasar.

Eusebia lo miró.

—¿Qué cosa?

—Todo.

Señaló montañas, animales, hombres, cañones.

—No puede pasar por ahí.

Eusebia volvió la vista hacia la cordillera.

—Mejor no se lo digas a ellos.

—¿A quiénes?

—A los que ya empezaron.

Benjamín miró nuevamente la columna.

Era cierto.

Lo imposible ya estaba andando.

# XVII

## El Ejército de los Andes

*Mendoza, enero de 1817*

Primero se movió una mula.

Nadie la vio.

Después otra.

Un arriero tiró de una rienda, alguien levantó una caja, un caballo golpeó el suelo con la pata y una orden pasó de boca en boca.

Así comenzó.

No con una carga de caballería.

No con un cañón.

No con una frase destinada a los libros.

Con animales respirando vapor en la madrugada y hombres que todavía no habían terminado de despertarse.

Benjamín ajustó el poncho.

Tenía frío en las manos.

El cielo apenas empezaba a aclarar.

Detrás, Mendoza dormía o fingía dormir.

Delante, la cordillera todavía era una sombra.

—Movete

—dijo Marcos.

Benjamín dio un paso.

Después otro.

Y durante varios minutos no ocurrió nada que pudiera llamarse épico.

Un soldado perdió un guante.

Otro tuvo que salir de la fila para vomitar.

Una mula se plantó y obligó a cinco hombres a empujarla.

Beltrán gritaba porque alguien había cambiado de lugar una caja.

Delaunay discutía en francés con un artillero que no entendía francés pero entendía perfectamente que lo estaban insultando.

Eusebia caminaba con las mujeres de apoyo y sanidad, revisando por tercera vez una bolsa.

Entonces Benjamín llegó a una pequeña elevación.

Y vio.

La columna se extendía detrás y delante de él.

Hombres.

Más hombres.

Caballos.

Mulas.

Artillería.

Banderas todavía recogidas.

Cargas.

Arrieros.

Infantería.

Granaderos.

Una sucesión de cuerpos y animales que parecía continuar más allá de lo que podía abarcar con la vista.

Se detuvo.

Marcos chocó contra él.

—Qué hacés.

Benjamín señaló.

—¿Todo eso va con nosotros?

Marcos observó.

—Nosotros somos todo eso.

Benjamín no respondió.

Hasta ese instante el Ejército de los Andes había sido para él un campamento.

Un conjunto de caras.

Marcos.

Eusebia.

Delaunay.

Beltrán.

Oficiales que aparecían y desaparecían.

Ahora tenía tamaño.

Y el tamaño daba miedo.

* * *

A medida que la luz aumentaba comenzaron a aparecer vecinos.

Algunos habían salido antes del amanecer.

Otros esperaban en los bordes del camino.

Mujeres con niños.

Viejos.

Hombres que por edad, enfermedad o necesidad no marchaban.

Nadie sabía muy bien qué hacer con las manos.

Algunos saludaban.

Otros se persignaban.

Una mujer caminó junto a la columna durante casi cien metros sosteniendo la mano de un soldado.

Ninguno hablaba.

Finalmente él tuvo que soltarla.

Ella siguió caminando algunos pasos más con la mano extendida.

Después se quedó quieta.

Benjamín miró hacia atrás.

El soldado no.

* * *

En otra parte de la columna un muchacho lloraba.

No intentaba ocultarlo.

Su compañero le dio un golpe suave en el hombro.

—Vas a volver.

—Callate.

—Vas a volver.

—Te dije que te calles.

El otro obedeció.

A veces consolar era otra forma de mentir.

* * *

San Martín apareció cuando el sol empezaba a tocar las cumbres.

No hubo anuncio.

Benjamín reconoció primero el caballo negro.

Después la postura.

El general avanzó por un lateral de la columna acompañado por pocos hombres.

No parecía estar observando un ejército.

Parecía revisar una máquina que él mismo había construido.

Se detuvo ante una carga.

Preguntó algo.

Continuó.

Saludó a un oficial.

Habló con un arriero.

Escuchó a un soldado que señalaba una montura.

Benjamín esperaba otra cosa.

Quizá un discurso.

Quizá una espada levantada.

Quizá algo que explicara por qué miles de personas estaban dejando sus casas para internarse en una montaña con intención de pelear al otro lado.

No llegó.

San Martín alcanzó un punto desde el que podía verse parte de la columna.

Se quedó allí unos segundos.

Hombres cercanos fueron callando.

El silencio se extendió de manera irregular.

El general miró hacia las montañas.

Después a sus hombres.

—Señores

—dijo.

Nada más durante un instante.

Su voz ronca alcanzó menos distancia de la que Benjamín había imaginado.

Pero quienes escucharon repitieron el silencio para quienes no.

—Es hora.

El general hizo avanzar el caballo.

Eso fue todo.

Benjamín sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío.

Marcos lo miró.

—Qué esperabas.

—No sé.

—Mejor.

* * *

La columna volvió a moverse.

Primero lentamente.

Después con ritmo.

Las herraduras comenzaron a producir un sonido común.

Miles de pisadas distintas encontraron una cadencia.

Desde algún lugar alguien gritó:

—¡Viva la patria!

La respuesta fue desordenada.

Después otra voz.

Esta vez más hombres respondieron.

A la tercera, la columna entera pareció adquirir garganta.

Benjamín sintió el grito atravesarle el pecho.

No gritó.

No podía.

Miraba hacia adelante.

La primera luz convertía las cumbres en una pared blanca y dorada.

Durante meses había visto la cordillera como el final del mundo.

Ahora miles de hombres caminaban hacia ella como si alguien hubiera descubierto una puerta.

Eusebia se acercó lo suficiente para hablarle.

—¿Todavía querés saber para qué cruzamos?

Benjamín recordó el primer día.

El pan.

El caballo.

Marcos preguntándole su nombre.

—Sí.

Eusebia sonrió.

—Bien.

—¿Bien qué?

—Seguí preguntando.

La ciudad fue quedando atrás.

Las voces de quienes despedían se hicieron pequeñas.

Después desaparecieron.

Quedó el sonido de la marcha.

Madera.

Cuero.

Metal.

Respiraciones.

Cascos.

Y delante, ocupando todo el horizonte, los Andes.

El Ejército de los Andes había empezado a cruzar.

# XVIII

## La montaña come hombres

*Cordillera de los Andes, enero-febrero de 1817*

El hombre de la cinta y la piedra fue el primero que le dijo a Benjamín que la montaña no tenía nada contra ellos.

Lo dijo mientras miraba a un soldado vomitar detrás de una piedra.

—Eso es lo peor

—agregó.

Benjamín se limpió la nariz con la manga.

—¿Qué cosa?

—Que no le importamos.

El hombre volvió a caminar.

Benjamín tardó unos segundos en seguirlo.

Llevaban días dentro de la cordillera y empezaba a comprender que el paisaje podía ocupar demasiado espacio dentro de una persona.

Al principio había sido hermoso.

Eso había durado poco.

Las montañas crecieron.

Los árboles disminuyeron.

Después desaparecieron.

También desaparecieron los pájaros.

El aire perdió olor.

El suelo perdió color.

Quedaron piedra, hielo, cielo y viento.

Demasiado cielo.

Demasiada piedra.

Y un ejército diminuto moviéndose entre ambos.

Benjamín levantó la cabeza hacia una pared de roca.

—No mires arriba

—dijo el hombre.

Benjamín miró de todos modos.

La pendiente seguía hasta perderse.

—Te dije que no miraras.

—¿Por qué?

—Porque falta demasiado.

Benjamín lo alcanzó.

No sabía su nombre.

Nadie parecía usarlo.

Le decían viejo, compadre, mendocino, usted, che.

Tendría cuarenta y tantos años. Quizá más. La barba de varios días hacía imposible decidirlo.

No llevaba insignias especiales.

No mandaba a nadie.

Pero caminaba de una forma diferente.

No miraba el camino.

Miraba alrededor del camino.

Las piedras de arriba.

Las nubes.

La nieve acumulada en las pendientes.

La manera en que el viento levantaba polvo helado de una loma.

A veces tocaba una roca.

A veces se detenía para escuchar.

—¿Qué hace?

—preguntó Benjamín.

—Camino.

—No. Eso.

El hombre siguió andando.

—Miro.

—¿Qué?

—La montaña.

—Estamos adentro de una. Es difícil no verla.

El hombre sonrió.

—Vos ves piedra.

—¿Y usted?

—Problemas.

* * *

El frío llegó de noche.

Hasta entonces Benjamín había creído conocerlo.

Había pasado inviernos pobres.

Había dormido sin techo.

Había despertado con escarcha sobre la ropa.

Nada de aquello servía.

El frío de la altura no parecía tocar la piel.

Entraba.

Se instalaba debajo de las uñas.

Dentro de los dientes.

En las articulaciones.

El metal de los herrajes dolía al tocarlo.

El agua amanecía con una película de hielo.

Los hombres dormían pegados unos a otros sin hablar del motivo.

Las mulas respiraban nubes blancas.

El viento encontraba cada abertura de la ropa.

Benjamín despertó temblando y descubrió que Eusebia estaba sentada junto a él.

—No siento los pies.

—Movelos.

—Los estoy moviendo.

—Entonces los sentís.

—No.

Eusebia le golpeó una bota.

—¿Eso?

—Sí.

—Perfecto. Todavía tenés pies.

Benjamín quiso insultarla.

Los dientes no le obedecieron.

* * *

A la mañana siguiente un hombre cayó.

No fue espectacular.

Simplemente se sentó.

Apoyó la espalda contra una piedra.

—Cinco minutos

—dijo.

El hombre se detuvo.

—Arriba.

—Estoy cansado.

—Todos.

—Cinco minutos.

—Arriba.

El soldado cerró los ojos.

El hombre lo agarró de la chaqueta.

—Levantate.

—Dejame.

—No.

—Hijo de puta.
—Después me agradecés.
Lo puso de pie casi a la fuerza.
El soldado intentó golpearlo.
No tenía energía.
—Caminá.
—No puedo.
—Entonces caete caminando.
Benjamín observaba.
—¿Por qué no lo deja descansar?
El hombre empujó al soldado hacia adelante.
—Porque tiene frío.
—Todos tenemos frío.
—Él quiere dormir.
—Está cansado.
El hombre miró a Benjamín.
—Cuando uno tiene mucho frío, dormir parece una buena idea.
—¿Y?
—Y a veces la montaña te deja.
Benjamín miró al soldado.
Comenzó a caminar junto a él.
Durante la siguiente hora lo insultaron entre los dos para mantenerlo despierto.
Funcionó.

* * *

Delaunay sufría en silencio.
Benjamín lo descubrió porque el francés había dejado de quejarse.
—Capitán.
—Petit soldat.
—Está blanco.
—Soy francés. Es una característica nacional.
—Le tiembla la mano.
Delaunay la escondió dentro de la chaqueta.
—También es francesa.
El hombre apareció detrás.
Miró al capitán.
—Tome.
Le ofreció un pedazo de tela.

—¿Qué es?
—Envuelva la mano.
—Tengo guantes.
—Entonces úselos.
Delaunay arqueó una ceja.
—¿Siempre da órdenes a sus superiores?
—Sólo cuando hacen estupideces.
Benjamín esperó una reacción.
Delaunay se puso los guantes.
—Me cae mal
—dijo.
—Gracias.

* * *

Aquella tarde el cielo cambió.
El hombre lo vio antes que los demás.
Se detuvo.
Miró hacia una línea de nubes que parecía apoyada sobre las cumbres.
—Apuremos.
Un sargento preguntó:
—¿Por qué?
—Va a cambiar.
—¿Qué cosa?
—Todo.
El sargento observó el cielo azul sobre ellos.
—No hay tormenta.
El hombre siguió caminando.
—Todavía.
Dos horas después el viento comenzó a empujar hombres.
No soplaba.
Golpeaba.
Levantaba agujas de hielo que se metían en los ojos.
Las mulas bajaban la cabeza.
Los hombres dejaron de hablar porque abrir la boca dolía.
Benjamín caminaba mirando las botas de quien iba delante.
El mundo se redujo a eso.
Dos botas.
Una piedra.

Otra piedra.

Respirar.

No caerse.

Respirar.

No caerse.

Alguien gritó algo.

El viento se llevó las palabras.

Una mula perdió pie.

Cayó de costado.

La carga golpeó el suelo.

Los animales detrás se amontonaron.

Durante algunos segundos la columna dejó de ser ejército.

Fue miedo.

Gritos.

Cuerdas.

Patadas.

Un hombre quedó debajo de una carga.

El hombre llegó primero.

—No tiren todos.

Nadie escuchó.

—¡No tiren!

Esta vez sí.

Se metió entre los animales.

Cortó una cincha.

Liberó una caja.

Después otra.

—Ahora.

Cuatro hombres levantaron.

Sacaron al soldado.

Tenía una pierna torcida de una manera incorrecta.

Eusebia llegó.

Lo vio.

—Mierda.

—¿Se salva?

—preguntó Benjamín.

Eusebia se arrodilló.

—Si deja de hacer preguntas, mejora las probabilidades.

* * *

Esa noche el hombre sacó dos cosas de dentro de la chaqueta.

Benjamín las vio porque estaban cerca del fuego.

Una cinta azul, gastada en los bordes.

Y una piedrita blanca.

Pequeña.

Lisa.

Casi redonda.

—¿Qué es eso?

El hombre cerró la mano.

—Nada.

—Parece algo.

—Entonces mire para otro lado.

Benjamín obedeció durante aproximadamente diez segundos.

—¿Son de una mujer?

El hombre sonrió.

—No.

Benjamín volvió a mirarlo.

—¿Entonces?

El hombre se quedó serio.

Benjamín entendió que había preguntado demasiado.

Después el hombre soltó una carcajada.

—Mis hijos, pelotudo.

Marcos, sentado cerca, se rió.

Benjamín lo insultó.

El hombre abrió nuevamente la mano.

—La cinta me la dio el grande.

—¿Cuántos años tiene?

—Siete.

Benjamín señaló la piedra.

—¿Y eso?

La sonrisa del hombre cambió.

—Del chico.

—¿Cuántos?

—Cuatro.

Benjamín miró la piedrita.

—¿Para qué sirve?

—Para nada.

—Entonces ¿por qué la lleva?

El hombre la frotó con el pulgar.

—Porque me la dio.

Benjamín esperó.

El hombre siguió mirando la piedra.

—La encontró el día que me fui. Vino corriendo como si hubiera encontrado plata.

Sonrió.

—Me dijo que era para que no me olvidara de volver.

Benjamín dejó de sonreír.

El hombre guardó silencio unos segundos.

—El grande ya cree que sabe más que yo.

—Tiene siete.

—Por eso.

Benjamín señaló el lugar donde había guardado la piedra.

—¿Y el chico?

La expresión del hombre cambió otra vez.

—El chico todavía cree que puedo arreglar cualquier cosa.

Se quedó mirando el fuego.

—Eso es lo que más me preocupa.

—¿Qué?

—Que descubra que no.

Guardó la cinta y la piedrita dentro de la chaqueta.

Nadie habló durante unos segundos.

Después Marcos preguntó:

—¿Qué extraña más?

El hombre respondió sin pensar.

—El ruido.

Benjamín frunció el ceño.

—Acá hay ruido.

—No ése.

Miró el fuego.

—El de mi casa.

* * *

La montaña comenzó a quedarse con animales.

Primero una mula.

Después otra.

Alguna caía por agotamiento.

Otra resbalaba.

Otra simplemente no volvía a levantarse.

Los hombres descargaban lo que podían salvar y seguían.

Benjamín dejó de preguntar qué ocurría con lo que quedaba atrás.

También comenzó a ver pequeñas pilas de piedras.

No todas marcaban camino.

Una tarde encontraron a un soldado sentado contra una pared de roca.

Parecía dormir.

El hombre se acercó.

Tocó su cuello.

Negó con la cabeza.

No había tiempo para cavar.

Tampoco suelo.

Lo cubrieron con piedras.

Cada hombre agregó una.

Benjamín puso la última.

—¿Cómo se llamaba?

Nadie contestó.

Un soldado dijo finalmente un apellido.

Otro lo corrigió.

Nadie estaba seguro.

El hombre miró el pequeño montón.

—Vamos.

Benjamín se enfureció.

—¿Eso es todo?

El hombre lo miró.

—¿Qué querés hacer?

—Algo.

—Hicimos algo.

—Le pusimos piedras encima.

—Para que los animales no lo coman.

Benjamín apretó la mandíbula.

—Ni sabemos cómo se llama.

El hombre lo observó durante un momento.

—Entonces acordate de dónde quedó.

Y siguió caminando.

* * *

Los días empezaron a confundirse.
La altura alteraba el sueño.
El hambre alteraba el humor.
El frío alteraba todo.
Había momentos de una belleza insoportable.
Cumbres rosadas al amanecer.
Cielos tan limpios que las estrellas parecían más cercanas que las piedras.
Valles abiertos donde el ejército se convertía en una línea negra diminuta.
Benjamín aprendió a odiarlos.
Cada paisaje hermoso significaba otra distancia que recorrer.
Una mañana el hombre señaló unas huellas.
—Guanacos.
Benjamín miró.
—¿Cómo sabe?
—Porque son huellas de guanaco.
—Sí, pero cómo...
—Preguntás demasiado.
—El chico también, ¿no?
El hombre lo miró.
Benjamín sonrió.
—Tiene cuatro.
El hombre no pudo evitar sonreír.
—Pregunta todo.
—Me cae bien sin conocerlo.
—A mí también.

* * *

Conforme empezaron a acercarse al descenso, el miedo cambió de forma.
Primero fue una conversación.
Después una presencia.
Los españoles.
Alguien había oído que esperaban con artillería.
Otro decía que estaban huyendo.
Uno juraba que Manuel Rodríguez había levantado medio Chile.
Otro aseguraba que todo era mentira y que los realistas los esperaban detrás de cada quebrada.
Benjamín escuchaba.
La noche anterior había soñado con una cama.

Ahora soñaba con hombres que nunca había visto disparándole desde abajo.

—Hace tres días quería salir de estas montañas

—dijo.

Marcos mascaba un pedazo de charqui.

—¿Y ahora?

Benjamín miró hacia el oeste.

—No estoy tan apurado.

Marcos rió una sola vez.

—Bienvenido al ejército.

* * *

El hombre no se reía tanto.

Benjamín lo notó.

—¿Le preocupa la batalla?

—Sí.

—Pensé que no tenía miedo.

El hombre se detuvo.

—¿Quién te dijo semejante estupidez?

—Nadie.

—Tengo dos hijos.

Tocó la chaqueta donde guardaba la cinta y la piedra.

—Tengo miedo desde que salimos.

Benjamín recordó a Marcos.

—No parece.

—Mejor.

—¿Y cómo hace?

El hombre observó el sendero.

—Camino.

—Eso no responde.

—Sí responde.

Dio dos pasos.

Se volvió.

—El miedo no te pide permiso para venir. Vos decidís si le das las riendas.

Benjamín miró el camino.

—¿Y si no puedo?

—Entonces caminá con miedo.

Siguieron.

* * *

La cornisa apareció después del mediodía.

Era un tramo estrecho excavado por tránsito, derrumbes y paciencia.

A la izquierda, pared.

A la derecha, vacío.

No un precipicio limpio.

Peor.

Una sucesión de pendientes, piedras y cortes que desaparecían cientos de metros abajo.

La columna redujo el ritmo.

Los animales avanzaban uno por uno.

El hombre miró hacia arriba.

Se detuvo.

—No me gusta.

Benjamín ya había aprendido a escuchar esa frase.

—¿Qué?

El hombre señaló una franja de nieve y roca sobre ellos.

—Está flojo.

—¿Cómo sabe?

—No sé.

Era la primera vez que respondía eso.

Y por eso Benjamín sintió verdadero miedo.

El hombre se acercó a un sargento.

—Hay que espaciar.

—Ya estamos retrasados.

—Espacie los animales.

—La orden es mantener columna.

—Si cae uno acá, arrastra tres.

El sargento miró hacia arriba.

—No va a caer.

El hombre sostuvo su mirada.

—Ojalá tenga razón.

No insistió.

Eso también preocupó a Benjamín.

* * *

El primer animal pasó.

Después otro.

Diez.

Veinte.

La cornisa resistía.

Benjamín comenzó a pensar que el hombre se había equivocado.

Entonces escuchó el sonido.

No fue fuerte.

Un pequeño crujido.

El padre levantó la cabeza.

—Paren.

Nadie entendió.

—¡Paren!

Una mula resbaló.

El animal cayó sobre las patas traseras y golpeó contra la pared.

La carga se desplazó.

La mula de atrás chocó contra ella.

Una cuerda se tensó.

El primer animal comenzó a deslizarse hacia el borde.

—¡Corten!

El arriero intentó llegar.

La cuerda lo golpeó en el pecho y lo tiró.

La segunda mula perdió apoyo.

Detrás había seis animales más.

Y hombres.

Todo ocurrió demasiado rápido.

Benjamín quedó atrapado entre una carga y la pared.

Marcos gritaba desde atrás.

Eusebia estaba más lejos.

El hombre entró entre los animales.

—¡Atrás!

Nadie podía retroceder.

Una caja cayó al vacío.

Tardó demasiado en dejar de escucharse.

El hombre liberó una hebilla.

La cuerda principal seguía tensa.

—¡Cuchillo!

Benjamín se lo lanzó.

El hombre cortó una cincha.

Una carga cayó hacia el interior del sendero.

La primera mula desapareció por el borde.

El tirón arrastró a la segunda.

El padre consiguió liberar la cuerda que las unía al resto.

La columna se sacudió.

—¡Quietos!

Entonces la montaña respondió.

Arriba se desprendió piedra.

Una.

Después varias.

No era una avalancha.

Era peor por lo impredecible.

Fragmentos de roca empezaron a golpear la cornisa.

Un hombre cayó de rodillas.

Otro perdió el fusil.

El padre miró arriba.

Miró abajo.

Miró la línea de animales.

Vio algo que los demás todavía no.

La carga de una tercera mula había quedado enganchada en una saliente. La cuerda pasaba alrededor de una roca y mantenía unidos cuatro animales y varios hombres. Si cedía la saliente, todo el grupo sería empujado hacia el borde.

El padre empujó a Benjamín contra la pared.

—Quedate acá.

—¿Qué va a hacer?

—Soltar eso.

Benjamín miró.

Entendió.

—No.

El hombre ya avanzaba.

—¡No!

—Si revienta esa cuerda nos lleva a todos.

—¡Que la corte otro!

El padre se volvió.

Por primera vez Benjamín vio terror en su cara.

No serenidad.

No valentía.

Terror.

—No hay otro.

Era verdad.

La cuerda quedaba del lado exterior de los animales. Para alcanzarla había que pasar entre la carga y el vacío.

El hombre miró hacia atrás.

Durante una fracción de segundo su mano fue hacia la chaqueta.

La cinta.

La piedra.

Se la quitó de un tirón y se la empujó a Benjamín.

—Agarrá.

—No.

—Agarrala.

—Usted se la lleva.

El hombre lo miró.

—Después me la devolvés.

Benjamín la sostuvo por reflejo.

El hombre volvió los ojos hacia la cuerda.

Benjamín quiso agarrarlo.

—Espere.

El hombre apartó su mano.

—Quiero volver a mi casa, pibe.

Lo dijo con rabia.

Como si Benjamín lo hubiera acusado de querer otra cosa.

La cuerda crujió.

—Quiero volver.

Otra piedra cayó.

El hombre miró la línea de hombres atrapados.

Después el vacío.

Su cara cambió.

No dejó de tener miedo.

Simplemente entendió que ya no existía una opción en la que todos volvieran.

Trepó sobre la carga.

Una mula pateó.

Casi lo derribó.

Se sostuvo de la cincha.

Avanzó.

Marcos gritó:

—¡Volvé!

El hombre ni siquiera miró.

Llegó hasta la cuerda.

Sacó el cuchillo.

Intentó cortar.

La fibra estaba demasiado tensa.

Un golpe.

Dos.

Tres.

La roca que sostenía la cuerda se movió.

Benjamín gritó algo que nunca recordaría.

El hombre siguió cortando.

La cuerda cedió.

Los cuatro animales liberados cayeron hacia el interior del sendero.

Dos hombres fueron derribados, pero quedaron sobre la cornisa.

La carga exterior se desprendió.

Durante medio segundo el padre quedó de pie.

Libre.

Podía intentar saltar hacia ellos.

Benjamín extendió la mano.

—¡Ahora!

El hombre dio un paso.

La cornisa debajo de su pie se quebró.

No hubo discurso.

No hubo tiempo.

Su cara mostró sorpresa.

Después miedo.

Humano.

Brutal.

Buscó apoyo con una mano.

No encontró.

Benjamín alcanzó a tocarle los dedos.

Durante un instante creyó que podía sostenerlo.

El peso tiró de su brazo.

Marcos agarró a Benjamín por la cintura.

—¡Soltá!

—¡No!

El hombre miró a Benjamín.

No dijo nada heroico.

Dijo:

—La piedra.

Benjamín no entendió.

—¿Qué?

—No la pierdas.

Los dedos se separaron.

Desapareció.

Benjamín gritó.

El hombre golpeó una pendiente más abajo.

Después otra.

Luego ya no pudieron verlo.

Las piedras continuaron cayendo durante algunos segundos.

Después pararon.

Y regresó el silencio.

Ese silencio enorme.

Indiferente.

El mismo que había estado allí antes de que ellos llegaran.

* * *

Benjamín permaneció arrodillado.

Tenía la chaqueta apretada contra el pecho.

Marcos seguía agarrándolo.

—Soltame.

—No.

—Soltame.

—Cuando dejes de querer tirarte detrás.

Benjamín no sabía si quería hacerlo.

Quizá sí.

Eusebia llegó como pudo entre los animales.

Miró el borde.

No preguntó.

Benjamín metió una mano en la chaqueta.

Encontró primero la cinta.

Después la piedrita blanca.

La sostuvo en la palma.

Eusebia entendió.

—Hay que bajar

—dijo Benjamín.

Marcos negó.

—No se puede.

—Hay que buscarlo.
—No se puede.
—¡Está ahí!
—Benjamín.
—¡Está ahí abajo!
Marcos lo sacudió.
—Y si bajás vos, quedan dos.
Benjamín quiso golpearlo.
Eusebia se interpuso.
—Mirame.
Benjamín no quiso.
—Mirame.
Lo hizo.
—Él sabía.
Benjamín respiraba demasiado rápido.
—No quería.
—Ya sé.
—Quería volver.
—Ya sé.
Eso fue peor.
Benjamín abrió la mano.
La piedrita blanca descansaba en el centro de la palma.
La cinta colgaba entre sus dedos.
—Ni siquiera sé cómo se llama.
Nadie respondió.
Marcos miró hacia el precipicio.
—Yo tampoco.
Benjamín lo miró incrédulo.
—¿Nadie?
Un arriero negó.
Otro hombre dijo que creía saber un apellido.
Alguien lo corrigió.
Era absurdo.
Había caminado con ellos.
Había salvado al soldado que quería dormir.
Había rescatado a un hombre bajo una mula.
Tenía dos hijos.
Uno de siete.

Otro de cuatro.

Sabía cuándo venía el mal tiempo.

Sabía mirar la nieve.

Sabía leer una montaña.

Y ninguno podía decir su nombre con seguridad.

Benjamín cerró el puño.

—No puede ser.

Marcos tardó antes de responder.

—Pasa más de lo que creés.

Benjamín miró hacia abajo.

La cordillera ya se había quedado con él.

—Entonces acordate

—dijo Marcos.

Benjamín no apartó los ojos.

—¿De qué?

—De lo que hizo.

* * *

La columna tardó casi una hora en volver a moverse.

Nadie habló durante la primera parte del camino.

Benjamín llevaba la cinta y la piedrita dentro de la camisa.

La piedra golpeaba suavemente contra su pecho a cada paso.

Pensaba en una casa que no conocía.

Dos chicos esperando.

Uno de siete.

Otro de cuatro.

Una puerta.

Una mujer quizá mirando hacia el camino.

El ruido de una familia que el hombre había dicho extrañar.

Pensó en el menor.

En un chico de cuatro años encontrando una piedra blanca y corriendo a entregársela a su padre como si fuera un tesoro.

Para que no se olvidara de volver.

Y comprendió algo que le dolió de una manera nueva.

El hombre había arreglado una última cosa.

No la que quería.

La única que pudo.

* * *

Esa noche nadie contó historias.

Delaunay encontró a Benjamín despierto.

—Debería dormir.

—No quiero.

—Eso no lo hace menos necesario.

Benjamín sacó la cinta y la piedrita.

Delaunay las miró.

No preguntó qué eran.

Ya sabía.

—Tenía miedo

—dijo Benjamín.

—Natural.

—Mucho.

—Mejor.

Benjamín levantó la cabeza.

—¿Mejor?

Delaunay se sentó junto a él.

—Los hombres sin miedo son idiotas o mentirosos. Ninguno sirve demasiado tiempo.

Benjamín sostuvo la piedra entre los dedos.

—Yo pensé que los valientes no tenían.

Delaunay miró hacia la oscuridad.

—La valentía es una palabra que inventan después los que sobreviven.

—¿Entonces qué fue él?

El francés tardó.

—Un padre que quiso volver a su casa.

Benjamín apretó la mandíbula.

—No volvió.

—No.

—Entonces perdió.

Delaunay lo miró.

—¿Cuántos hombres siguen caminando porque él no volvió?

Benjamín no respondió.

—No convierta eso en algo hermoso, petit soldat. No lo fue.

El francés señaló la cinta y la piedra.

—Fue horrible. Fue injusto. Y él habría preferido cualquier otra cosa.

Benjamín bajó la vista.

—Eso es lo que no entiendo.

—Algún día quizá entienda que ésas son las únicas decisiones que cuentan.

* * *

A la mañana siguiente comenzó el descenso.

Muy lejos, entre montañas, apareció una franja distinta.

Verde.

Chile.

Los hombres señalaron.

Algunos rieron.

Otros rezaron.

Uno cayó de rodillas.

Benjamín no sintió alivio.

Sintió miedo.

La montaña empezaba a dejarlos salir.

Y del otro lado había hombres esperando para matarlos.

Marcos se acercó.

—¿Qué pasa?

Benjamín miró hacia el valle.

—Pensé que cuando viera Chile iba a estar contento.

—¿Y?

—Ahora prefiero la montaña.

Marcos soltó una risa breve.

—No digas boludeces. La montaña casi nos mata.

Benjamín tocó la piedrita bajo la camisa.

—Ya sé.

Abajo, algún lugar fuera de la vista, estaban los realistas.

Hombres que también tendrían frío.

Hombres que también extrañarían a sus familias.

Hombres que posiblemente también tendrían miedo.

Pero pronto iban a dispararse entre ellos.

Benjamín entendió entonces la crueldad completa del viaje.

Habían pasado días intentando no morir para llegar a un lugar donde tendrían que aprender a matar.

La columna siguió descendiendo.

Detrás quedaban las cumbres.

Delante empezaba la guerra.

# XIX

## Seis caminos

*El Plumerillo, Mendoza, 15 de enero de 1817*

Sobre el mapa no hacía frío. No faltaba aire. Las mulas no resbalaban. Los hombres tampoco morían.

San Martín llevaba varios minutos mirándolo. Nadie en la tienda hablaba.

Afuera, El Plumerillo continuaba trabajando. Martillos. Animales. Órdenes. Una carreta que crujía. Algún insulto.

El sonido de un ejército que todavía podía permitirse estar en un solo lugar. Sobre la mesa había seis líneas. Condarco las había marcado con carbón. No eran gruesas. No parecían importantes.

Atravesaban la cordillera como si la montaña fuera apenas una dificultad de tinta. Soler estaba de pie a la derecha. O'Higgins, frente a él. Las Heras tenía los brazos cruzados. Zapiola permanecía un poco más atrás.

Beltrán ocupaba un extremo de la mesa y observaba el mapa con una expresión que mezclaba cansancio y desconfianza.

Jean-Baptiste Delaunay estaba cerca de la entrada. No pertenecía exactamente a aquella reunión. Tampoco parecía preocupado por el detalle. San Martín levantó la vista.

—Falta Freire. Soler respondió:

—Ya salió. San Martín asintió.

—Entonces no falta. Señaló la línea más al sur.

—Planchón. Condarco acercó una vela. El carbón apareció mejor.

—Cien hombres

—dijo Soler—. Setenta y cinco infantes. Veinticinco granaderos.

—Ramón Freire

—agregó O'Higgins. San Martín siguió mirando el mapa.

—¿Objetivo? Soler respondió primero.

—Talca. San Martín negó.

—Destino. Soler comprendió. O'Higgins habló:

—Levantar a los patriotas del sur. Obligar a Marcó del Pont a mirar hacia abajo. San Martín levantó apenas una ceja.

—Mejor. Beltrán señaló la distancia.

—Con cien hombres no va a tomar medio Chile.

—No tiene que tomar medio Chile

—dijo San Martín—. Tiene que lograr que el enemigo crea que quizá pueda. Nadie respondió.

San Martín desplazó el dedo hacia otra línea.

—Portillo. Las Heras consultó una hoja.

—Lemos. Cincuenta y cinco hombres.

—Treinta milicianos

—agregó Soler—. Veinticinco blandengues. Beltrán soltó aire por la nariz.

—Eso es una patrulla con pretensiones. San Martín lo miró.

—Exactamente.

Beltrán no supo si aquello era una reprimenda.

—San Gabriel

—continuó O'Higgins—. Puede amenazar Santiago desde el sudeste.

—Puede

—dijo San Martín. La palabra quedó allí. Puede. No debía ocupar Santiago. Ni vencer un ejército. Ni ganar una campaña. Sólo debía poder hacerlo. O parecer capaz de hacerlo.

San Martín pasó la mano por encima del mapa.

—Más al norte. Condarco señaló.

—Guana.

—Cabot

—dijo Las Heras.

—Ciento cuarenta hombres

—agregó Soler—. Sesenta de línea. Ochenta milicianos de caballería. O'Higgins miró la ruta.

—Coquimbo.

—La Serena

—dijo Condarco. San Martín hizo un gesto afirmativo.

—Y más arriba.

La última línea parecía alejarse del resto.

—Comecaballos.

—Zelada

—dijo Soler—. Doscientos.

—Doce soldados de línea

—aclaró Las Heras—. El resto voluntarios riojanos. Beltrán lo miró.

—Doce.

—Doce

—repitió Las Heras.

—Los españoles van a aterrarse.

San Martín tomó una pequeña piedra que sujetaba una esquina del mapa. La dejó sobre la línea del norte.

—Si Zelada aparece en Copiapó, Marcó del Pont no va a saber si detrás vienen doce hombres o dos mil. Beltrán dejó de sonreír. San Martín puso otra piedra sobre Guana. Luego otra sobre Portillo.

Otra sobre Planchón. Cuatro amenazas. Cuatro preguntas.

—El enemigo tiene un problema

—dijo—. Nosotros sabemos dónde está nuestro ejército. Miró a O'Higgins.

—Él no. O’Higgins observó las piedras.

—Puede descubrirlo.

—Sí.

—Los Patos no puede esconder dos mil hombres para siempre.

—No necesitamos para siempre.

San Martín puso una quinta piedra sobre Uspallata.

—Necesitamos tiempo. Las Heras se inclinó sobre la mesa. Su línea era diferente. Más cercana al eje principal. Más peligrosa. San Martín lo miró.

—Seiscientos ochenta hombres.

—Sí.

—Artillería. Beltrán intervino:

—Parte del parque también. San Martín asintió.

—Y usted. Las Heras sonrió apenas.

—Intentaré no considerarlo una carga.

—Considérelo una orden. Algunos sonrieron. No mucho. San Martín señaló Uspallata.

—Su misión principal no es buscar una gran batalla. Las Heras levantó la vista.

—Lo sé.

—Dígamela. El coronel volvió al mapa.

—Llamar la atención. Hacer creer que Uspallata puede ser el eje principal. Sorprender las guardias. Entrar al valle. Buscar

comunicación con Los Patos. San Martín asintió.

—¿Y si encuentra una oportunidad? Las Heras miró las instrucciones.

—Obrar según las circunstancias. San Martín lo miró.

—Por eso lo mando a usted. Hubo silencio. No era un elogio. O quizá sí.

Con San Martín muchas veces era difícil saberlo. Beltrán señaló el paso.

—Tengo un problema.

—Uno solo sería una mejora

—dijo San Martín.

—Los cañones. Delaunay habló desde la entrada.

—Siempre son el problema. Beltrán giró.

—Nadie le preguntó, francés.

—Por eso mi opinión es gratuita. San Martín miró a Delaunay.

—Capitán. El francés se enderezó.

—General.

—¿Pasan? Delaunay miró el mapa. Después miró a Beltrán. Beltrán lo desafió con la mirada. Delaunay volvió al general.

—En el papel, sí. San Martín casi sonrió.

—El papel no me preocupa.

—Entonces no. Nadie se rio. Delaunay se acercó a la mesa.

—Una pieza es madera, hierro y una cantidad obscena de peso. Una cureña se puede desarmar. Un cañón también. Un hombre no. Señaló Uspallata.

—Por acá podemos llevar más material.

Luego Los Patos.

—Por acá llevaremos hombres que van a desear haber nacido más livianos. Beltrán resopló.

—Eso llevo seis meses diciéndolo.

—Usted lo dice peor.

San Martín golpeó suavemente la mesa con un nudillo. No necesitó hacerlo dos veces.

—Siete piezas con el cuerpo principal. Beltrán negó.

—General...

—Las necesito.

—También necesita que lleguen. San Martín lo miró. Beltrán sostuvo la mirada. Fue Las Heras quien rompió el silencio.

—Llegarán. Beltrán lo miró.

—Qué sencillo.

—No dije que fuera sencillo. San Martín tomó la sexta piedra. La sostuvo entre los dedos. Durante unos segundos nadie habló. Después la colocó sobre Los Patos. Era la más grande.

—Éste es el ejército. O'Higgins se inclinó.

—Dos mil seiscientos cincuenta.

—Aproximadamente.

—Siete piezas.

—Sí.

—Soler en vanguardia. Soler asintió. San Martín continuó:

—O'Higgins con el grueso. O'Higgins miró la línea.

—Y usted.

—Con la reserva. Zapiola habló por primera vez.

—Granaderos repartidos según necesidad. San Martín asintió.

—Quiero caballería donde pueda moverse. No atada a un dibujo. Condarco miró las seis rutas.

—Entonces cuatro columnas distraen. San Martín negó.

—Las seis combaten. Condarco frunció el ceño.

—No todas van a encontrar españoles.

—No hace falta. Señaló Comecaballos.

—Si Marcó del Pont manda cien hombres al norte por miedo a Zelada, Zelada ya combatió. Señaló Planchón.

—Si manda otros cien hacia Talca por miedo a Freire, Freire ya combatió. Guana. Portillo.

—Cada soldado español que mire hacia un lugar donde nosotros no estamos es un soldado menos donde sí vamos a estar.

O'Higgins miró el mapa durante varios segundos.

—Y si no se dispersan. San Martín lo miró.

—Entonces los encontraremos juntos. La respuesta fue demasiado tranquila. O'Higgins sonrió.

—Eso no lo preocupa.

—Me preocupa todo.

—No parece. San Martín sostuvo su mirada.

—Entonces estoy haciendo bien mi trabajo. Las Heras bajó los ojos.

Tal vez todos los hombres que mandaban sobre otros terminaban aprendiendo a esconder el miedo de la misma manera. Soler señaló Los Patos.

—Hay algo más.

—Diga.

—Si descubren que éste es el eje principal antes de que desemboquemos en el valle, pueden cerrarnos.

—Sí.

—Y entonces tenemos dos mil seiscientos hombres metidos en una garganta.

—Sí. Soler esperó. San Martín no agregó nada.

—General.

—Lo escuché.

—¿Y? San Martín desplazó una piedra.

—Por eso Rodríguez lleva meses convenciéndolos de que podemos aparecer en cualquier parte. O'Higgins sonrió.

—Debe estar disfrutándolo.

—Demasiado. Condarco preguntó:

—¿Cuánto cree que saben? San Martín observó las seis líneas.

—Lo suficiente para tener miedo.

—No respondí eso. San Martín levantó la cabeza.

—Precisamente. El viento golpeó la lona de la tienda. La llama de una vela se inclinó.

Durante un instante las seis sombras de las piedras se alargaron sobre Chile. San Martín señaló Los Patos.

—Soler.

—General.

—Usted abre.

—Sí.

—No quiero héroes. Soler asintió.

—Quiero caminos. Después miró a O'Higgins.

—Brigadier.

—General.

—Usted conoce Chile mejor que la mitad de los hombres de esta mesa.

—Espero que más.

—No confunda conocerlo con recuperarlo. O'Higgins dejó de sonreír. San Martín continuó:

—Vamos a devolverles una guerra. No un gobierno. El chileno sostuvo su mirada.

—Después los chilenos decidiremos qué hacemos con ella.

—Ésa es la idea. Aquello quedó entre ambos. No necesitaba explicación. San Martín miró a Las Heras.

—Uspallata.

—Sí. A Soler.

—Los Patos.

—Sí. A Zapiola.

—Caballería.

—Lista. A Beltrán.

—Artillería. El fraile suspiró.

—Dios mediante. Delaunay murmuró:

—Estamos perdidos. Beltrán le dio un codazo. San Martín lo escuchó.

—Capitán Delaunay.

—General.

—Si Dios no puede, ayude al padre. El francés miró a Beltrán.

—Eso será más difícil que cruzar los Andes. Esta vez incluso San Martín sonrió. Duró poco. Volvió al mapa.

—Señores. Todos callaron.

San Martín retiró las piedras una por una.

Comecaballos. Guana. Portillo. Planchón. Uspallata. Los Patos. Después quedó sólo el papel.

—No tenemos seis ejércitos. Miró a cada hombre.

—Tenemos uno. Puso la mano abierta sobre la cordillera.

—Y necesitamos que ellos vean seis.

* * *

La reunión terminó pasada la medianoche. Las Heras se llevó sus instrucciones.

Soler salió con tres hojas llenas de números. Zapiola pidió otra relación de caballos.

Beltrán salió discutiendo con Delaunay sobre pesos que ninguno de los dos pensaba reducir.

O'Higgins fue el último en cruzar la entrada. Antes de hacerlo miró hacia atrás. San Martín seguía frente al mapa.

—José. El general levantó la vista.

O'Higgins rara vez lo llamaba así delante de otros. Ya no quedaban otros.

—¿Sí?

—¿Cree que va a funcionar? San Martín miró las seis líneas.

—No. O’Higgins esperó.

—Creo que podemos hacerlo funcionar. No era lo mismo. O’Higgins asintió. Salió. La tienda quedó en silencio. San Martín acercó una vela. Sobre el papel, Los Patos era una línea.

Uspallata era otra. Comecaballos apenas un trazo. Guana. Portillo. Planchón. Ninguna tenía frío. Ninguna tenía hambre. Ninguna necesitaba dormir. Ninguna podía caerse de una mula. Ninguna sabía que podía morir. San Martín apagó la vela.

En pocos días, aquellas líneas serían hombres.

Croquis I — Los seis caminos

Dispositivo general del Cruce de los Andes

CUYO CORDILLERA CHILE

Andes - pasos cordilleranos

Comecaballos F. Zelada 200 hombres

Copiapó

Guana J. M. Cabot 140 hombres

Coquimbo / La Serena

Los Patos San Martín · Soler · O’Higgins Zapiola · 2.650 hombres · 7 piezas

San Felipe / Chacabuco

Uspallata J. G. Las Heras 680 hombres

Aconcagua / Chacabuco

Portillo J. L. Lemos 55 hombres

San Gabriel / Santiago

Planchón R. Freire 100 hombres

Talca / sur de Chile

N

Croquis esquemático: posiciones y recorridos no están representados a escala.

Seis pasos. Un ejército. Un enemigo obligado a mirar en todas direcciones.

Croquis II — Chacabuco

Dispositivo previsto para el 12 de febrero de 1817

CUESTAS Y LLANOS DE CHACABUCO

Posición realista - Maroto infantería · caballería · artillería

O’HIGGINS - CUESTA VIEJA

Batallones 7 y 8 · masa de Granaderos Ataque frontal / fijación del enemigo

SOLER - CUESTA NUEVA

Cazadores 1 · Batallón 11 · caballería Movimiento envolvente sobre el flanco

SAN MARTÍN · ESTADO MAYOR · RESERVA

Condarco lleva la orden a Soler

Objetivo del plan:

fijar al frente y envolver el flanco antes de que el enemigo pueda reordenarse.

Croquis esquemático: diseñado para explicar el dispositivo narrativo, no a escala topográfica.

El plan era sencillo. La batalla no.

# XX

## Chacabuco

*Cuesta de Chacabuco, Chile, 12 de febrero de 1817*

A Benjamín le dieron setenta cartuchos. Los contó dos veces. No porque dudara.

Porque setenta parecía una cantidad absurda de oportunidades para morir.

—Guardalos

—dijo Marcos.

Benjamín metió el último en la cartuchera.

—¿Cuántos voy a necesitar? Marcos ajustó la correa del fusil.

—Con suerte, ninguno.

—¿Y sin suerte?

—No preguntés. Era todavía de noche.

La luna iluminaba las montañas con una claridad enferma. No parecía amanecer.

Parecía que alguien había olvidado apagar el cielo. A su alrededor los hombres abandonaban mochilas. Ajustaban correajes. Revisaban piedras de chispa. Compartían agua.

Meaban detrás de cualquier roca disponible. Algunos rezaban. Otros insultaban. Un soldado vomitó. Benjamín lo miró.

—¿Otra vez la montaña? Marcos negó.

—Esta vez son los españoles.

* * *

San Martín estaba despierto desde mucho antes. Justo Estay había llegado con información que no podía esperar. El baqueano tenía polvo en la ropa, ojeras y la respiración corta de quien había recorrido demasiado camino sabiendo que otro hombre estaba contando las horas. San Martín lo hizo repetir todo. No una vez. Tres. Posiciones. Movimientos. Fuerzas. Caminos. Avanzadas. Maroto. Santiago. Cada dato modificaba algo. Soler estaba inclinado sobre el mapa. O’Higgins permanecía de pie.

Las Heras, recién reunido con el grueso, todavía llevaba en el rostro el cansancio de Uspallata.

Condarco escribía palabras sueltas sobre una hoja. San Martín preguntó:

—¿Está seguro? Estay respondió:

—De lo que vi, sí.

—¿Y de lo que le dijeron?

—Nunca estoy seguro de lo que me dicen. San Martín lo miró.

—Bien. O’Higgins señaló una posición.

—Si siguen ahí dos días, se fortifican. Soler agregó:

—Y reciben más hombres. San Martín no respondió. Miró nuevamente el mapa. La batalla estaba prevista más adelante. Eso acababa de dejar de importar.

—Mañana no

—dijo. Soler levantó la cabeza.

San Martín corrigió:

—Hoy. Nadie preguntó si estaba seguro.

* * *

La orden corrió antes que la explicación. Dos de la mañana.

Los hombres despertaron a quienes ya estaban despiertos. Los oficiales buscaron compañías. Las compañías buscaron hombres.

Los hombres buscaron armas, agua, cartuchos, una última palabra para alguien.

Delaunay encontró a Beltrán revisando una pieza con una linterna cubierta.

—Padre.

—No.

—Todavía no pregunté.

—Va a preguntar si las piezas están listas.

—¿Lo están?

—No. Delaunay miró el cañón.

—Excelente. Beltrán apretó una chaveta con los dedos.

—Estarán listas cuando alguien las necesite.

—Eso es una definición peligrosa de listo.

—Es la única que tenemos. Más allá, un oficial gritó un nombre. Otro respondió. La oscuridad se llenó de voces bajas.

Delaunay miró hacia el lugar donde sabía que estaba San Martín.

—¿Adelantó la batalla?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque el enemigo tuvo la mala educación de moverse. Delaunay sonrió apenas.

—Odio cuando hacen eso. Beltrán terminó de ajustar la pieza.

—Usted odia casi todo.

—Me mantiene joven.

—No está funcionando.

* * *

Antes de que las columnas comenzaran a separarse, San Martín reunió a los jefes más próximos. No fue una ceremonia. No había tiempo para ceremonias. El general habló bajo. Los hombres se acercaron para escuchar.

La tradición conservaría después palabras más grandes que aquella madrugada.

Pero quienes estaban allí recordarían sobre todo el frío. Y la voz áspera del general diciendo que no había vuelta atrás.

—Compañeros

—dijo—, juremos no dejar las armas de la mano hasta ver el país enteramente libre, o morir con ellas como hombres de coraje. No hubo un rugido inmediato. Primero hubo silencio. Después alguien respondió. Luego otro.

La frase pasó de boca en boca, deformándose y creciendo mientras bajaba por las filas. Benjamín no llegó a escucharla completa. Le llegó una versión más corta.

—Dicen que no se vuelve hasta ganar. Miró a Marcos.

—¿Quién dice?

—Todos.

—Eso no es una respuesta.

—Entonces ya sos soldado.

* * *

A las dos de la mañana comenzó el movimiento. Primero avanzaron sombras. Después hombres. La columna trepó en silencio.

Los fusiles golpeaban suavemente contra hebillas. Las botas levantaban piedras. Los animales resoplaban. Cada ruido parecía demasiado fuerte.

Benjamín caminaba detrás de Marcos. No veía dónde terminaba el sendero. Tampoco quería.

Desde la muerte del hombre de la montaña había aprendido algo importante. Era mejor mirar el próximo paso. Nada más. Uno. Después otro. Uno. Después otro. En algún momento la columna se detuvo. Una orden pasó hacia atrás. Después otra. El camino se dividía.

Benjamín vio oficiales moverse entre los hombres. Una parte siguió hacia la derecha. Otra tomó la izquierda. Soler desapareció con la primera. O'Higgins quedó con la segunda.

San Martín permaneció detrás con su Estado Mayor y la reserva. Durante algunos minutos fue imposible entender que un ejército acababa de partirse.

Sólo se veían cuerpos alejándose en la oscuridad. Benjamín recordó las líneas de los mapas. Era fácil separar líneas. Separar hombres producía otro sonido.

* * *

Soler comenzó por la Cuesta Nueva. Nueva era una palabra amable. El camino no tenía nada de nuevo. Tampoco de camino.

Era una sucesión de subidas, curvas y pendientes que obligaban a romper la formación y volver a construirla unos metros después.

Rudecindo Alvarado avanzaba con los Cazadores. Las Heras llevaba al Once.

Escalada y Necochea buscaban lugares donde la caballería pudiera ser caballería y no una fila de caballos intentando no romperse las patas.

Soler preguntó por tercera vez:

—¿Cuánto falta?

El guía respondió lo mismo que las dos anteriores.

—Depende.

—¿De qué?

—Del camino. Soler miró alrededor.

—No veo ninguno. El guía señaló adelante.

—Ése. Un oficial rió. Soler no.

Más abajo, todavía invisible, O'Higgins avanzaba por la ruta más corta.

Eso significaba que cada minuto tenía precio.

—Apuren

—ordenó. Las Heras lo miró.

—Si apura demasiado, llega con la mitad.

—Si no apuro, llego cuando haya terminado.

—Entonces habrá que encontrar la velocidad exacta. Soler resopló.

—Qué útil es tenerlo cerca.

—Me lo dicen mucho. No era cierto.

* * *

O'Higgins avanzaba por la Cuesta Vieja.

El sendero descendía con demasiada pendiente. Había lugares donde dos hombres no podían caminar juntos. Más abajo empezaba a clarear. Chile aparecía entre sombras. Un oficial se acercó.

—Movimiento. O'Higgins levantó el anteojo.

Los realistas estaban abandonando posiciones altas. No huían. Se replegaban. Con orden. Eso era peor.

—¿Cuántos?

—No sabemos.

—Averigüe. El oficial se fue. O'Higgins observó el terreno. Más abajo había lomas. Quebradas. Matorral.

Espacios donde la caballería podía moverse. Otros donde no.

Y detrás, fuera de la vista, Soler debía estar avanzando. Debía. La palabra comenzó a pesar.

* * *

Rafael Maroto había dormido poco. No por miedo. Eso se dijo a sí mismo. Había demasiados partes. Demasiadas direcciones.

Durante semanas las noticias habían llegado desde el norte, desde el sur, desde los pasos centrales, desde lugares donde un ejército no podía estar y, sin embargo, alguien juraba haberlo visto. Ahora el problema estaba delante. Real.

Una fuerza patriota descendía hacia Chacabuco. Maroto había querido tiempo. Tiempo para reunir. Tiempo para ocupar mejor terreno.

Tiempo para saber qué parte de todo aquello era el ejército verdadero. No lo tuvo. Un oficial realista señaló las alturas.

—Vienen por dos caminos. Maroto lo miró.

—Eso ya lo veo.

—¿Cuál es el principal? Maroto no respondió.

Después de semanas de rumores, mentiras, correos y columnas falsas, la pregunta seguía siendo la misma.

Dónde estaba San Martín.

* * *

Delaunay encontró a Beltrán junto a una pieza.

—La odio. El fraile ni siquiera preguntó qué.

—Todos la odian.

—Pesa como una iglesia.

—Las iglesias pesan más.

—No cuando hay que subirlas. Dos hombres ajustaban una cureña. Otro comprobaba la munición. Beltrán señaló hacia la pendiente.

—Cuando empiece, quiero las piezas adelante. Delaunay lo miró.

—Magnífica idea. ¿También quiere que vuelen?

—Si vuelan hacia el enemigo, sí. El francés tomó aire. Después miró el valle. Ya se escuchaban disparos aislados.

—Ahí está. Beltrán dejó de sonreír.

—Sí. La guerra.

* * *

El primer tiro que escuchó Benjamín no le pareció distinto de los que había oído entrenando. El segundo tampoco. El tercero sí. Porque algo pasó cerca de su cabeza. No vio qué. Escuchó un golpe detrás. Un hombre cayó. Benjamín se volvió. Marcos lo empujó.

—¡Adelante!

—¡Le pegaron!

—¡Ya sé!

—¡Está vivo!

—¡Sanidad lo va a buscar! Benjamín miró hacia atrás. El hombre intentaba incorporarse. No pudo.

—¡Benjamín! Siguió.

Aquello fue lo primero que la batalla le quitó. La posibilidad de detenerse.

* * *

Los realistas terminaron de formar abajo. Maroto había comprendido el peligro. Infantería. Caballería. Artillería.

Los hombres ocupaban posiciones donde podían recibir a O'Higgins y ganar tiempo antes de que la otra división apareciera. Si aparecía. O'Higgins recibió otro parte. Soler todavía no estaba en contacto. Miró hacia la derecha. Nada. Sólo terreno. Un oficial preguntó:

—¿Esperamos? O'Higgins no respondió.

Delante, los realistas terminaban de acomodarse. Cada minuto los hacía más difíciles. Detrás, sus hombres descendían. Los batallones Siete y Ocho. Granaderos.

Hombres que habían cruzado la cordillera para llegar hasta allí. Esperar también era una decisión. Y también podía matar. O'Higgins guardó el anteojo.

—Avance de reconocimiento. El oficial dudó.

—¿Hasta dónde?

—Hasta obligarlos a mostrarse.

La orden corrió. Al principio fue exactamente eso. Una presión. Un toque.

Hombres avanzando lo suficiente para descubrir dónde empezaba realmente el enemigo. Después llegaron los disparos.

Y un movimiento que desde arriba parecía retirada. Y otro parte que nadie terminó de entender. Y la idea insoportable de que los realistas podían escapar o ganar una posición mejor si les daban tiempo.

O'Higgins volvió a mirar hacia el lugar por donde debía aparecer Soler. Nada.

El combate tenía una manera peculiar de convertir diez minutos en una decisión moral.

—Adelante

—dijo. Esta vez ya no era reconocimiento.

* * *

San Martín escuchó el aumento del fuego. No necesitó anteojo para comprenderlo. Condarco sí lo levantó.

—Se comprometió.

—Sí. Soler todavía no aparecía.

San Martín permaneció inmóvil algunos segundos. Alrededor suyo todos esperaban. No una orden. Una reacción. No llegó. El general preguntó:

—¿Dónde está Soler? Nadie sabía. Mandó un ayudante. Después otro. El fuego aumentó.

San Martín volvió a mirar hacia O'Higgins.

—Demasiado pronto. No lo dijo con enojo.

Eso preocupó más a Condarco.

—¿Lo hacemos retroceder? San Martín negó.

—Primero necesito saber si todavía puede. La frase quedó entre ellos.

Un plan podía corregirse mientras las unidades aún eran unidades. Después sólo quedaban hombres.

* * *

Benjamín corrió. No sabía por qué. Todos corrían.

El terreno descendía y subía al mismo tiempo. Había zanjas. Piedras. Matorrales.

Una quebrada apareció donde desde arriba no parecía existir. La formación se rompió.

—¡Cierren! Alguien gritaba.

—¡Cierren filas! Los hombres intentaban hacerlo.

Una descarga realista llegó desde adelante. El aire cambió. Eso fue lo que Benjamín sintió. No el sonido. El aire.

Como si cientos de manos invisibles hubieran golpeado al mismo tiempo. Tres hombres cayeron. Uno giró antes de tocar el suelo. Otro se sentó. Simplemente se sentó. Benjamín recordó la montaña. Cinco minutos. Arriba. No había cinco minutos. Marcos disparó.

—¡Tirá! Benjamín levantó el fusil. Había hombres delante. Uniformes. Humo. No podía distinguir caras. Apretó el gatillo. El arma le golpeó el hombro. No supo si había acertado. Esperaba sentir algo. No sintió nada.

—¡Cargá! Metió la mano en la cartuchera. Los dedos no funcionaban.

—¡Benjamín!

—¡Estoy!

—¡Entonces cargá! Mordió el cartucho. Pólvora en la boca. Pólvora en la mano. Pólvora por todas partes.

Por primera vez entendió por qué Beltrán olía siempre de aquella manera.

* * *

La primera descarga de artillería realista entró demasiado alta. La segunda no.

Delaunay vio el hueco abrirse en una fila. No escuchó los gritos.

O, mejor dicho, los escuchó y decidió colocarlos en un lugar de su cabeza donde no sirvieran para nada. Había aprendido eso en Europa. No era orgullo. Era oficio.

—Más a la izquierda

—ordenó. El artillero corrigió.

—¿Cuánto?

—Hasta que deje de preguntar. Beltrán apareció detrás.

—¿Qué hace?

—Intento que no nos maten.

—Apunte a la pieza.

—Eso estoy haciendo.

—Está apuntando a una loma. Delaunay miró al fraile.

—La pieza está detrás de la loma. Beltrán miró.

—No la ve.

—Exacto.

—Entonces ¿cómo...? Delaunay levantó una mano.

—Fuego. El cañón retrocedió.

El disparo golpeó tierra delante de la posición realista, rebotó y desapareció entre humo y hombres. Beltrán esperó.

Unos segundos después la pieza enemiga dejó de disparar. El fraile miró al francés.

—Suerte.

—Por supuesto.

—Muchísima.

—Toda francesa. Volvieron a cargar.

* * *

O'Higgins veía hombres caer.

La artillería realista estaba haciendo daño. El terreno impedía que la caballería entrara con la fuerza necesaria. El primer empuje había perdido forma. Un oficial llegó jadeando.

—Tenemos que retroceder unos metros. O'Higgins miró hacia atrás. Después hacia delante.

—Hágalo. No dijo retirada. Dijo reordenar.

En una batalla las palabras también necesitaban sobrevivir.

Los batallones retrocedieron. No todos al mismo tiempo. No todos entendieron. Algunos corrieron. Otros caminaban hacia atrás disparando.

Un oficial golpeó a un soldado con la parte plana de la espada para obligarlo a volver a su lugar. Los realistas avanzaron. Eso fue lo peor.

El enemigo había comprendido que podía ganar.

* * *

Maroto vio el retroceso patriota.

Por primera vez aquella mañana sintió que el campo podía ordenarse.

—Adelante. Uno de sus oficiales dudó.

—¿Toda la línea?

—Presione. La palabra era correcta. No perseguir. No romper formación. Presionar.

Si conseguía echar a O'Higgins antes de que la segunda columna apareciera, quizá todavía podría girar sobre Soler. Quizá.

Durante semanas los patriotas habían obligado a los realistas a combatir contra posibilidades. Ahora Maroto hacía lo mismo.

Necesitaba que una posibilidad sobreviviera unos minutos más.

* * *

San Martín vio el movimiento. Esta vez no esperó.

—Condarco.

—General. Señaló hacia la Cuesta Nueva.

—Corra usted y diga al general Soler que cargue lo más pronto posible sobre el flanco del enemigo. Condarco ya estaba montando.

No respondió. Partió. El caballo levantó piedras. San Martín miró hacia O'Higgins.

Después a los hombres que todavía tenía consigo.

—Adelante. Uno de sus ayudantes preguntó:

—¿Hasta dónde? San Martín lo miró.

—Hasta donde haga falta.

* * *

Condarco cabalgó como si el camino le debiera dinero. Ramas. Piedras. Hombres. Animales. Todo apareció y desapareció.

Buscaba una columna que tenía que existir. Durante varios minutos sólo encontró polvo. Después escuchó voces. Más adelante apareció un uniforme. Luego otro. Cazadores. Condarco no redujo.

—¡Soler! Un oficial intentó detenerlo.

—¡General Soler!

—¡Acá! La voz llegó desde adelante.

Condarco encontró al brigadier entre hombres que descendían rápidamente.

—Orden del general. Soler no preguntó cuál general. Condarco casi no tenía aire.

—Cargue. Respiró.

—Lo más pronto posible sobre el flanco.

Soler miró hacia el humo que se levantaba a la distancia.

Ya escuchaba el combate.

—Llegamos tarde. Condarco negó.

—Todavía no. Soler giró. Su voz cambió.

—¡Alvarado! La división comenzó a moverse más rápido. Las Heras apareció junto a él.

—¿Qué pasó?

—O'Higgins está adentro. Las Heras miró el humo.

—Entonces ya no hay apuro. Soler lo miró incrédulo.

—Hay urgencia. Y ordenó acelerar.

* * *

El retroceso de O'Higgins no fue una sola cosa. Fue veinte cosas ocurriendo al mismo tiempo. Una compañía cedía.

Otra seguía avanzando porque no había recibido la orden. Un tambor golpeaba una señal que nadie escuchaba. Un caballo sin jinete cruzó entre dos grupos y desarmó una fila entera.

Un oficial perdió el sombrero, volvió a buscarlo por reflejo y se quedó mirándolo en el suelo como si no pudiera comprender qué hacía allí. Benjamín intentaba encontrar a Marcos. Lo tenía a tres pasos. Lo perdió detrás del humo. Lo volvió a encontrar.

—¡No te alejes!

—¡No me alejé!

—¡Entonces acercate!

Una bala golpeó una piedra y un fragmento le cortó la mejilla a Benjamín. Se llevó una mano. Vio sangre.

—Me dieron.

Marcos lo miró.

—No.

—Tengo sangre.

—Te dieron una piedra.

—¿Cómo sabés?

—Porque si fuera una bala estarías menos conversador. Benjamín quiso responder. Otra descarga lo hizo agacharse.

—¡Atrás! No supo quién lo ordenaba. Retrocedió. Después otro hombre gritó:

—¡Adelante! Benjamín quedó inmóvil.

—¿Qué hago? Marcos agarró su correaje.

—Lo que hago yo.

—¿Y vos qué hacés?

—Todavía no sé.

Corrieron hacia un grupo que intentaba rehacerse detrás de una pequeña elevación.

* * *

San Martín llegó más cerca de la línea.

Demasiado cerca, según todos los que tenían la obligación de mantenerlo vivo. Un ayudante intentó detenerlo.

—General, no puede... San Martín siguió. El hombre terminó la frase solo. La reserva comenzó a bajar. Caballería. Ayudantes.

Hombres que hasta entonces habían esperado una orden definitiva.

La presencia del general produjo algo que ninguna corneta había conseguido.

Los que retrocedían empezaron a mirar hacia atrás. No porque San Martín hiciera un gesto heroico. Porque seguía allí.

Un grupo del Ocho venía desordenado. San Martín se acercó.

—¿De qué cuerpo? Un soldado respondió:

—Del Ocho.

—Eso ya lo veo. ¿Dónde está su oficial? El soldado señaló. Un hombre yacía unos metros atrás.

—Muerto, mi general. San Martín miró a los demás.

—¿Y el segundo? Nadie respondió.

—Busquen uno. El soldado parpadeó.

—¿Un qué?

—Un hombre que mande. No había tiempo para reglamentos. Uno de los suboficiales dio un paso. San Martín lo señaló.

—Usted. El hombre abrió la boca.

—¿Yo?

—Ahora sí.

La compañía empezó a formarse alrededor de un hombre que diez segundos antes no sabía que iba a mandarla.

* * *

O'Higgins consiguió detener parte del retroceso. Tenía polvo en la cara. El caballo respiraba con violencia. Un oficial se acercó.

—San Martín viene. O'Higgins miró hacia atrás. Lo vio. No sonrió.

—Más vale. Después miró a sus hombres.

—Otra vez. El oficial abrió los ojos.

—¿Ahora?

—Ahora. Los tambores volvieron. No sonaron bien. Sonaron suficiente. Los hombres comenzaron a formar. Benjamín escuchó el movimiento. Marcos también.

—Otra vez

—dijo. Benjamín miró su fusil.

—No quiero. Marcos asintió.

—Yo tampoco. Eso le sirvió más que cualquier arenga. Avanzaron.

* * *

El realista apareció entre el humo demasiado cerca. Benjamín vio primero la bayoneta. Después la cara. Era joven. Quizá no tanto como él. Quizá sí.

Los dos se quedaron inmóviles una fracción de segundo. Ninguno esperaba encontrar una persona. Esperaban enemigos. El hombre levantó el fusil. Benjamín también. Ninguno tenía tiempo para cargar. El realista avanzó. Bayoneta. Benjamín retrocedió. La punta pasó junto a su costado. Marcos gritó algo. Benjamín sujetó el arma del otro. Los dos cayeron. Piedras. Polvo. Aliento.

El muchacho tenía miedo. Benjamín lo vio. Exactamente el mismo miedo. El realista buscó un cuchillo. Benjamín encontró primero el suyo. No pensó. Después el hombre dejó de moverse. Benjamín permaneció encima de él.

Durante unos segundos no escuchó la batalla. Miró su mano. Después la cara.

—Benjamín. Nada.

—Benjamín. Marcos lo agarró.

—Tenemos que movernos. Benjamín seguía mirando al muchacho.

—Me iba a matar.

—Sí.

—Yo...

—Después.

—Pero... Marcos lo sacudió.

—Después. Otra descarga cayó cerca. El mundo volvió. Benjamín se levantó. Durante años recordaría la cara. Nunca sabría el nombre.

* * *

Soler encontró finalmente terreno donde la columna podía abrirse. No mucho. Suficiente.

Alvarado llevó los Cazadores hacia adelante. Las Heras empezó a desplegar el Once. La caballería buscó espacio. Soler levantó el anteojo.

Vio humo. Vio movimiento realista.

Vio la izquierda patriota demasiado cerca del enemigo.

—Ahí está el flanco. Las Heras miró.

—Y ahí está O'Higgins.

—También.

—Si entramos demasiado cerrados, chocamos con él.

—Si entramos demasiado abiertos, Maroto se escapa. Las Heras señaló una loma baja.

—Por ahí. Soler la observó.

—¿Seguro?

—No. Soler sonrió sin humor.

—Me tranquiliza. Los Cazadores comenzaron a bajar.

* * *

Primero apareció polvo sobre la derecha. San Martín lo vio. No dijo nada. Uno de sus ayudantes sí.

—Movimiento. Condarco regresó al galope. Detuvo el caballo como pudo.

—General. No necesitó terminar. San Martín levantó el anteojo. Por la Cuesta Nueva bajaban hombres. Cazadores. Infantería. Caballería. Soler. El mapa regresaba. No sobre papel. Sobre el campo. O'Higgins delante. Los realistas fijados.

Soler entrando por el costado.

Por primera vez aquella mañana San Martín respiró de otra manera.

—Ahora.

* * *

Delaunay apuntó.

—Más bajo. El artillero corrigió.

—Más.

—Si baja más le arrancamos las botas a los nuestros.

—Entonces un poco menos. Beltrán gritó desde atrás:

—¡Decídanse! Delaunay levantó una mano.

—Fuego. La pieza retrocedió. El estruendo golpeó el valle.

La bala rebotó contra el terreno antes de entrar en la formación realista. Delaunay observó.

—Bien.

—¿Le dimos?

—A alguien.

—¿A quién? El francés lo miró.

—Ésa es una pregunta para después de la guerra. Ya estaban cargando otra vez.

El humo de su propia pieza le ardía en los ojos. Un hombre cayó a pocos metros. Beltrán fue hacia él. Delaunay lo agarró del brazo.

—No. El fraile lo miró.

—Está vivo.

—Y la pieza también. Si deja esto ahora, dentro de un minuto habrá seis muertos vivos para atender. Beltrán apretó la mandíbula.

No estaba acostumbrado a que alguien le ordenara ignorar un herido.

Delaunay sí estaba acostumbrado. Eso no lo hacía más fácil.

—Fuego

—repitió. La pieza habló de nuevo.

* * *

El ataque de Soler no fue una aparición limpia. No hubo una línea perfecta saliendo del humo como en una pintura. Llegaron por partes. Primero los Cazadores. Después hombres del Once.

Después grupos de caballería que habían encontrado por fin terreno para acelerar. Pero para los realistas bastó. Una compañía tuvo que girar. Otra recibió una orden distinta.

Una tercera intentó sostener el frente contra O'Higgins mientras escuchaba disparos a su derecha.

Maroto comprendió antes que muchos de sus hombres. Lo que había temido toda la mañana acababa de ocurrir. Ya no enfrentaba una columna. Enfrentaba el plan completo.

—Giren

—ordenó.

Pero girar una unidad bajo fuego no era girar una línea sobre un mapa. Un capitán entendió una cosa. Un sargento otra. Un tambor tocó tarde. Dos grupos se cruzaron. Un caballo herido atravesó una fila.

Y la geometría empezó a convertirse en miedo.

* * *

O'Higgins vio la oportunidad. No necesitó que nadie se la explicara.

El fuego enemigo que hasta hacía pocos minutos se concentraba sobre él empezó a desviarse.

Algunas bocas de fusil miraban hacia Soler. Algunas piezas intentaban corregir.

Eso significaba menos fuego enfrente.

—¡Ahora! Esta vez el grito fue suyo. Los batallones avanzaron a bayoneta. No todos corrieron. Algunos apenas pudieron caminar rápido. Venían cansados desde antes de empezar. Pero avanzaron. Benjamín también. No sabía cuánto había caminado. No sabía cuánto faltaba. No sabía dónde terminaba el campo. Disparó. Cargó. Volvió a disparar.

Alguien pasó corriendo en dirección contraria. Después otro. Un realista tiró el fusil. Otro siguió peleando. Uno levantó las manos.

Nadie tenía tiempo para decidir qué significaban las manos. El humo cubrió todo. Delaunay gritaba en francés. Beltrán gritaba en español. Probablemente decían lo mismo. La artillería volvió a disparar. Los granaderos entraron. Caballos. Sables. Gritos. El sonido cambió.

Benjamín no comprendió inmediatamente qué había ocurrido. Marcos apareció a su lado. Tenía sangre en una manga.

—¿Te dieron?

—No.

—Tenés sangre. Marcos miró.

—No es mía. Benjamín decidió no preguntar.

Delante, los realistas empezaban a correr. No retrocedían. Corrían.

—¿Ganamos?

—preguntó. Marcos miró alrededor.

—Todavía no digas pelotudeces.

* * *

La caballería convirtió el retroceso en persecución. Zapiola encontró finalmente el espacio que había faltado durante la primera parte del combate.

Los granaderos salieron detrás de grupos que intentaban escapar hacia Santiago. Aldao empujó otro escuadrón. San Martín observó algunos segundos. Después bajó el anteojo.

—No se desordenen. Un ayudante repitió la orden. Era tarde para algunos. La victoria tenía un peligro particular.

Hacía creer a los hombres que ya no podían morir. Un jinete persiguió demasiado lejos. Otro se detuvo para recoger un sable.

Un tercero pasó junto a un realista herido y volvió para terminarlo. Un oficial lo frenó a gritos.

—¡Prisioneros! El granadero señaló al hombre.

—¡Me disparó!

—¡Está en el suelo!

—¡Me disparó! El oficial se interpuso.

Por un segundo pareció que iba a comenzar otra batalla dentro de la batalla. Después el granadero escupió y siguió. El realista quedó respirando. Nadie sabía por cuánto tiempo.

* * *

Eusebia llegó cuando los disparos empezaban a alejarse. No había visto la batalla.

Había visto sus resultados llegar uno por uno. Primero un hombre con una mano destrozada. Después uno con un tiro en el vientre. Después tres juntos. Después demasiados.

—Éste

—dijo. Dos hombres levantaron un herido.

—Después aquel.

—No respira. Eusebia apoyó los dedos en el cuello. Esperó.

—Después aquel. El hombre que la ayudaba entendió. No discutió.

Había aprendido muy rápido que en la sanidad también existían órdenes que nadie quería dar.

Un joven realista estaba tendido entre dos patriotas. Uno de los auxiliares lo miró.

—Ése es godo. Eusebia ni siquiera levantó la cabeza.

—Y sangra igual.

—Pero...

—Si querés discutir política, buscá una tertulia. Acá alcanzame la venda. El hombre obedeció.

* * *

Benjamín encontró a Delaunay sentado sobre una caja. El francés tenía una mancha negra en la cara.

—Capitán.

—Petit soldat.

—¿Está herido?

—Mi dignidad.

—¿Dónde? Delaunay lo miró.

—Muy gracioso.

Benjamín se sentó. Las piernas dejaron de sostenerlo. Durante varios segundos ninguno habló. A lo lejos todavía se escuchaban tiros. Más lejos. Cada vez más lejos.

Delaunay vio la sangre en las manos del muchacho. No preguntó. Benjamín las miró.

—Maté a uno. Delaunay permaneció en silencio.

—Creo. El francés siguió sin hablar.

—No sé cómo se llamaba. Delaunay finalmente respondió:

—Eso no lo hace menos muerto. Benjamín levantó la cabeza. Esperaba otra cosa. No sabía qué. Quizá una frase sobre la patria. Sobre la victoria. Sobre el deber. Delaunay no se la dio.

—Él me iba a matar.

—Probablemente.

—Entonces hice lo que tenía que hacer. Delaunay lo miró.

—Probablemente. Benjamín se enojó.

—¿Puede dejar de decir eso?

—Cuando deje de necesitar que yo le diga que estuvo bien. Benjamín bajó la vista.

—Tenía mi edad. Delaunay miró hacia el campo.

—Eso ocurre mucho en las guerras.

—¿Y después?

—¿Después de qué?

—Después de matar al primero.

El francés tardó.

—Después uno intenta que no se convierta en una costumbre. Benjamín lo miró.

—¿Se puede? Delaunay se levantó.

—Pregúnteme cuando termine la guerra. Le puso una mano sobre el hombro.

—Venga.

—¿Adónde?

—A seguir vivos.

* * *

O'Higgins llegó hasta San Martín cuando el combate principal ya había terminado. Tenía la cara cubierta de polvo. El caballo respiraba con violencia. Durante algunos segundos ninguno habló. O'Higgins miró hacia el campo.

—Salió. San Martín lo miró.

—Sí. No había felicitación. Todavía no. O'Higgins entendió.

—Ataqué antes.

—Sí.

—Creí que la posición se escapaba. San Martín siguió mirando el campo.

—Puede haber tenido razón. O'Higgins lo miró, sorprendido.

—¿Entonces?

—También puede haber estado equivocado.

—Eso no ayuda demasiado.

—La batalla ya terminó. Ahora podemos permitirnos dudar. O'Higgins apretó la mandíbula.

—Si esperaba... San Martín levantó una mano.

—Después. El chileno calló.

San Martín señaló hacia los heridos.

—Primero cuente a sus hombres. Eso fue peor que una reprimenda. O'Higgins asintió. Se alejó.

* * *

Soler llegó algunos minutos después. Desmontó con las piernas rígidas. Miró a San Martín.

—General.

San Martín señaló el flanco por donde había aparecido.

—Tardó. Soler respiró.

—El camino era más largo. San Martín lo miró. Soler esperó. Después el general asintió.

—Llegó. Eso fue todo.

Soler soltó el aire que estaba conteniendo.

—Me habían dicho que después de ganar una batalla uno se sentía mejor. San Martín miró el campo.

—Le mintieron.

* * *

Maroto intentó conservar algo que pudiera llamarse retirada. No pudo. Las unidades estaban mezcladas. Los oficiales perdían contacto.

La presión sobre el frente y el flanco había convertido las órdenes en deseos. Algunos hombres huyeron hacia Santiago. Otros tiraron las armas.

Otros siguieron peleando porque no sabían que la batalla estaba perdida.

Un grupo se rindió ante soldados que no sabían qué hacer con prisioneros.

—Siéntense

—ordenó un cabo.

Los realistas lo miraron.

—¿Dónde? El cabo señaló el suelo entero.

—Ahí. Se sentaron. El cabo los contó. Después volvió a contar. Había perdido uno.

Tardó varios segundos en descubrir que el hombre estaba detrás de él.

La victoria tampoco organizaba las cosas por sí sola.

* * *

La persecución duró más que la batalla para algunos. Para otros, la batalla nunca terminó.

Un hombre seguía disparando contra una posición que ya estaba vacía.

Otro lloraba sentado junto a un compañero. Un granadero perseguía a un caballo sin jinete. Un oficial buscaba su unidad y encontraba soldados de tres cuerpos distintos.

Beltrán caminaba entre piezas, cajas y hombres preguntando por munición como si ya estuviera preparando la siguiente batalla.

Delaunay lo encontró apoyado contra una rueda.

—Padre.

—¿Qué?

—Terminó. Beltrán lo miró.

—No.

—La batalla.

—Ah. El fraile miró alrededor.

—Eso sí.

—¿Entonces qué no terminó? Beltrán señaló una cureña partida.

—Mi trabajo. Delaunay sonrió.

—Ahora entiendo su religión.

—¿Cuál?

—La reparación eterna.

Beltrán hizo la señal de la cruz con dos dedos negros de pólvora.

—Amén.

* * *

San Martín subió a una pequeña elevación cuando el sol ya estaba alto.

Desde allí pudo ver buena parte del campo. Humo. Hombres corriendo detrás de fugitivos. Otros recogiendo armas. Oficiales buscando unidades. Caballos sin jinetes. Jinetes sin caballos. El orden empezaba a regresar. Lentamente. Condarco llegó a su lado. Todavía respiraba mal por la cabalgata.

—General. San Martín no respondió. Condarco miró el campo.

—Ganamos.

—Sí.

—Pensé que iba a decir algo más. San Martín lo miró.

—¿Qué quiere que diga? Condarco se encogió de hombros.

—No sé. Es una victoria.

San Martín señaló hacia donde trabajaba la sanidad.

—Pregúnteles a ellos cómo se llama. Condarco dejó de sonreír.

* * *

Horas después, cuando el campo empezó a parecer menos una batalla y más un lugar donde había ocurrido una, llegaron los números. Nunca llegaban todos juntos. Prisioneros. Armas. Muertos. Heridos.

Caballos. Cañones. Banderas. Cada oficial traía una cifra distinta. San Martín escuchaba. Preguntaba. Corregía. Volvía a preguntar.

Un ayudante escribió una relación provisional.

—¿Cuántos prisioneros?

—Más de quinientos.

—Eso no es un número.

—Todavía no terminaron de contarlos.

—Entonces escriba que no terminaron de contarlos. El hombre tachó.

—¿Muertos enemigos?

—Muchos. San Martín lo miró.

El ayudante tachó antes de que dijera nada.

—Voy a averiguar.

—Haga eso.

El general caminó hasta una mesa improvisada. Pidió papel.

El primer parte a Buenos Aires tendría pocas líneas. No porque hubiera poco que contar.

Porque contar una batalla mientras todavía había hombres muriendo a cien pasos era una forma extraña de resumir el mundo.

Escribió que una división enemiga había sido destrozada. Escribió prisioneros. Muertos. Fusiles. Cañones.

Escribió que no encontraba expresiones suficientes para ponderar la bravura de sus tropas. Después se detuvo. Levantó la vista.

A pocos metros un soldado preguntaba por un amigo. Nadie sabía dónde estaba. San Martín volvió al papel.

Los partes necesitaban números.

La guerra estaba llena de cosas que los números no podían guardar.

* * *

Al caer la tarde, Benjamín regresó al lugar donde había peleado. No sabía por qué.

Quizá buscaba el fusil que había perdido y recuperado dos veces. Quizá buscaba una explicación. Encontró primero un zapato. Después una cartuchera.

Después un sombrero que no pertenecía a nadie visible. El humo se había ido. Sin humo el campo era peor. Las cosas tenían bordes. Los cuerpos también. Benjamín caminó despacio.

Reconoció una piedra junto a la cual había cargado el fusil. Reconoció una zanja. Después vio al muchacho realista. Seguía allí. No se había movido. Por supuesto que no. Benjamín se quedó a varios pasos. No quiso acercarse. Lo hizo. El rostro parecía más joven sin miedo. Eso lo enfureció. No con el muerto. Con alguien. Con todos. Buscó algo que pudiera decirle quién era. No tocó los bolsillos. No pudo. Un soldado pasó detrás.

—¿Lo conocías? Benjamín negó.

—Entonces dejalo. El hombre siguió caminando.

Benjamín permaneció unos segundos más.

—No sé cómo te llamabas

—murmuró. No hubo respuesta. Era una estupidez esperar otra cosa. Se fue.

* * *

Marcos lo encontró cerca del campamento.

—Te estuve buscando.

—Yo también.

—¿A mí?

—No sé. Marcos se sentó a su lado. Tenía una venda en el antebrazo. Benjamín la señaló.

—Dijiste que la sangre no era tuya.

—Ésa no era.

—¿Y ésta?

—Ésta sí.

—¿Es grave?

—Si fuera grave estaría acostado y Eusebia me estaría insultando.

Benjamín miró hacia donde estaba la sanidad.

—Está insultando a todos.

—Entonces está bien. Se quedaron callados. Después Benjamín preguntó:

—¿Vos te acordás del primero? Marcos no necesitó preguntar primero qué.

—Sí.

—¿Siempre? Marcos pensó.

—No. Benjamín sintió algo parecido a culpa.

—¿Se olvida?

—No. Se guarda en otro lado.

—¿Dónde? Marcos se tocó la sien. Después el pecho.

—Depende del día.

Benjamín miró sus manos otra vez.

—Quiero lavarme.

—Andá.

—No sé si sale.

Marcos entendió que no hablaba de la sangre.

—No

—dijo—. Eso no.

* * *

La noche cayó sobre Chacabuco sin pedir permiso. Hubo fogones. Hubo guardias.

Hubo hombres que durmieron inmediatamente y otros que descubrieron que cerrar los ojos era peor. Hubo vítores lejos de los heridos.

Hubo discusiones sobre quién había llegado primero, quién había cargado mejor, quién había visto huir a tal oficial realista.

La batalla ya empezaba a convertirse en historia. Cada hombre construía una versión donde podía entender lo ocurrido. Soler había salvado el día. O’Higgins había roto al enemigo. San Martín había previsto todo. San Martín había corregido todo.

Los granaderos habían decidido la jornada. La artillería había abierto el camino.

Los Cazadores habían aparecido en el instante exacto. Todas podían ser ciertas. Ninguna alcanzaba.

* * *

San Martín regresó al mapa esa noche. No era el mismo. Habían agregado nombres. Posiciones. Movimientos. Partes. Una mancha de tierra cubría una esquina. Condarco estaba con él. Ninguno hablaba.

San Martín recorrió con un dedo las dos líneas.

Cuesta Vieja. Cuesta Nueva. O'Higgins. Soler.

Sobre el papel seguían pareciendo sencillas.

—General. San Martín levantó la vista.

—¿Sí?

—Ganamos. San Martín miró nuevamente el mapa.

—Sí. Condarco esperaba algo más. No llegó. Afuera comenzaron a escucharse vivas. Primero pocos. Después cientos. San Martín permaneció sentado.

Sobre el mapa, la batalla había sido dos flechas. En Chacabuco, cada flecha había tenido hombres. Y algunos ya no tenían nombre.

# XXI

## Los que esperan

*Santiago de Chile, 13 de febrero de 1817*

A Santiago la noticia llegó antes que el ejército. Llegó partida en pedazos.

Primero fue un caballo sin jinete que alguien juró haber visto entrar por el camino del norte.

Después un soldado realista sin sombrero. Después dos.

Después una carreta que no se detuvo en la plaza y siguió hacia el poniente con las ruedas golpeando las piedras como si también tuviera miedo.

Al mediodía ya había seis versiones de la batalla. En una, los españoles habían vencido. En otra, San Martín estaba muerto. En otra, O'Higgins había entrado en Santiago antes de que terminara el combate.

En otra, cinco mil hombres venidos del otro lado de la cordillera bajaban degollando a todos los que hubieran servido al rey.

La quinta aseguraba que Marcó del Pont había mandado fusilar a sus propios oficiales. La sexta decía simplemente que había huido.

Ésa fue la que más miedo dio.

* * *

Joaquín Arancibia cerró la puerta de su casa con dos trabas. Después agregó una silla. Su mujer lo miró.

—La silla no va a detener un ejército.

—La puerta tampoco.

—Entonces para qué.

Joaquín empujó la silla hasta que quedó atravesada bajo el picaporte.

—Para hacer algo.

Teresa no discutió. Tenían dos hijos, una mesa, cuatro sillas que ahora eran tres, un arcón con ropa, una imagen de la Virgen y un taller de talabartería pegado a la casa.

Durante los últimos dos años Joaquín había reparado monturas para quien se las llevara. Primero patriotas. Después realistas.

No porque cambiara de ideas. Porque los soldados que llegaban con una orden rara vez preguntaban por las ideas del talabartero.

En un cajón guardaba recibos firmados por oficiales de Marcó del Pont. Hasta la noche anterior esos papeles demostraban que el gobierno le debía dinero. Ahora podían demostrar otra cosa. No sabía cuál.

—Papá.

Lucía estaba en la escalera. Tenía once años y llevaba una manta doblada contra el pecho.

—¿Nos vamos?

Joaquín miró a Teresa.

—Todavía no.

—La señora Aguirre dice que todos se van al sur.

—La señora Aguirre dice muchas cosas.

—Dice que allá no hay patriotas.

Joaquín no respondió. Su hijo menor, Mateo, apareció detrás de Lucía.

—Tomás dice que vienen patriotas desde el sur.

—¿Quién es Tomás?

—El hijo de la señora Aguirre.

Teresa miró a su marido.

—Freire.

Joaquín asintió despacio. El nombre había comenzado a circular esa mañana. Talca. El Planchón. Hombres apareciendo donde no debían.

—Entonces no podemos ir al sur

—dijo Teresa.

—Podemos ir a Valparaíso.

—Dicen que Marcó del Pont fue para allá.

Joaquín cerró los ojos.

—Entonces no podemos ir a Valparaíso.

—¿Al norte?

Teresa negó.

—Dicen que hay otra columna bajando por Coquimbo.

Lucía los miraba pasar de un lugar a otro sin entender cómo el mundo podía haberse llenado de soldados en una sola noche.

—¿Entonces adónde vamos?

Nadie respondió. Por primera vez Joaquín comprendió qué había conseguido el ejército del otro lado de la cordillera. Todavía no estaba en Santiago.

Y sin embargo ya estaba en todas partes.

* * *

A media tarde alguien golpeó la puerta. Teresa llevó a los chicos hacia atrás. Joaquín tomó el cuchillo que usaba para cortar cuero. No era un arma.

Eso no impidió que lo sostuviera como una.

—¿Quién?

—Yo, imbécil. Abra.

Reconoció la voz de su vecino. Quitó la silla. Después una traba. La otra no. Abrió apenas.

Francisco entró de costado. Tenía la cara roja y había corrido.

—Se fue.

—¿Quién?

—Marcó.

Joaquín esperó.

—¿Adónde?

—Nadie sabe. Valparaíso. San Antonio. El sur. Cada uno dice una cosa.

—¿Y las tropas?

—No hay tropas.

—Siempre hay tropas.

—Entonces no hay nadie que les diga qué hacer.

Eso era peor. Una ciudad podía soportar un gobierno malo. Lo había demostrado.

Lo que no sabía soportar era no tener ninguno. Francisco bajó la voz.

—Abrieron algunas casas de españoles.

—¿Saqueos?

—Todavía no. Buscan caballos. Papeles. Uniformes. Nadie sabe quién manda.

Teresa apareció en la puerta del fondo.

—¿Y los presos?

Francisco se encogió de hombros.

—Algunos dicen que los van a soltar. Otros que los españoles se los van a llevar. Otros que ya están libres.

—Usted no sabe nada

—dijo Joaquín.

—Exacto.

Francisco lo miró.

—Eso vine a decirle.

* * *

Esa noche Santiago casi no encendió velas. Las ventanas quedaron cerradas. Las calles, vacías.

De vez en cuando pasaba un caballo. Todos se acercaban a las cortinas. Nadie las abría.

En algunas casas quemaban papeles. En otras sacaban del fondo de los armarios objetos que habían permanecido escondidos desde Rancagua.

Una mujer volvió a colgar en la pared el retrato de un hermano desterrado. Un comerciante arrancó del frente de su local un aviso firmado por un funcionario realista y, después de pensarlo, lo guardó en vez de romperlo.

Nunca se sabía qué papel podía volver a ser necesario. En una esquina dos hombres discutieron en voz baja sobre si era prudente gritar viva Chile antes de que alguien confirmara quién controlaba los cuarteles.

No llegaron a una conclusión. En la casa de los Arancibia nadie durmió. Mateo fue el primero en rendirse. Se quedó dormido vestido, abrazado a una pequeña bolsa donde su madre había puesto dos camisas y un trozo de queso por si tenían que huir.

Lucía permaneció despierta mucho más.

—Mamá.

—Qué.

—¿Los patriotas son los buenos?

Teresa tardó.

—Son los patriotas.

—Eso no contestó.

Teresa miró hacia la puerta.

—No.

Lucía apoyó la cabeza contra su hombro.

—¿Nos van a matar?

Joaquín oyó desde la mesa. No se movió.

Teresa besó el cabello de su hija.

—No.

Lo dijo con una seguridad que no tenía. A veces ser madre también era mentir de la manera correcta.

Santiago de Chile, 14 de febrero de 1817

La mañana llegó sin gobierno. Eso fue lo primero que entendió Joaquín al abrir una rendija de la ventana. No había patrullas realistas. No había pregones.

No había funcionarios corriendo hacia el palacio. Había gente. Poca al principio. Una cabeza en una puerta.

Una mujer barriendo una vereda que no necesitaba ser barrida. Un muchacho caminando hasta la esquina y regresando demasiado rápido. Después apareció un hombre con una cinta que llevaba años sin mostrar. Nadie lo detuvo.

Cinco minutos más tarde apareció otra. La ciudad comenzó a probar su propia voz. Primero en susurros. Después un poco más fuerte.

—Dicen que entran hoy.

Francisco hablaba desde la calle. Joaquín había quitado la silla, pero todavía conservaba una traba.

—¿Quién lo dice?

—Todos.

—Ayer todos decían cosas distintas.

—Hoy dicen ésta.

Teresa se acercó.

—¿Marcó?

—Huyó.

—Eso ya lo sabíamos.

—Ahora lo sabemos de verdad.

No era una explicación. Pero en las revoluciones muchas certezas nacían exactamente así.

* * *

El ruido llegó desde lejos. No fueron tambores. Fue gente.

Un rumor extendiéndose por las calles antes de que pudiera verse nada. Lucía fue hacia la puerta.

—No.

La voz de Joaquín la detuvo.

—Quiero mirar.

—Desde la ventana.

—No se ve.

—Entonces no mirás.

Lucía lo miró como si acabara de traicionar la causa de la libertad. Teresa abrió la puerta. Joaquín giró.

—Qué hacés.

—Si vienen a matarnos, la traba no va a servir.

Joaquín miró la silla que seguía al costado. Era difícil discutir con alguien que utilizaba sus propios argumentos. Salieron. No a la calle. Al umbral.

Como casi todos. Los santiaguinos habían decidido recibir al ejército desde una distancia que permitiera volver a cerrar la puerta.

* * *

Los primeros en aparecer no parecían vencedores. Parecían hombres que necesitaban dormir. Unos pocos jinetes avanzaron por la calle. Después infantería. Después más caballos.

Uniformes cubiertos de polvo. Botas rotas. Vendas.

Caras quemadas por el frío y el sol. Un soldado llevaba un brazo sujeto contra el pecho. Otro marchaba con un zapato distinto en cada pie. Uno tenía el pantalón abierto a la altura de la rodilla y la piel vendada con una tela que alguna vez había sido blanca.

Lucía dejó de agarrar la falda de su madre.

—Son chicos.

Teresa no contestó. Algunos sí. Demasiados.

La primera aclamación nació tres casas más abajo. Un hombre gritó viva Chile. Nadie respondió durante un segundo demasiado largo. Después alguien repitió. Y otro.

No explotó la ciudad. Se abrió. Puerta por puerta. Ventana por ventana.

Como alguien que había pasado mucho tiempo respirando poco y todavía no estaba seguro de poder llenar los pulmones.

* * *

Benjamín entró en Santiago con hambre. Le pareció apropiado.

Había salido de Mendoza con hambre. Había cruzado la cordillera con hambre. Había peleado en Chacabuco con hambre aunque no lo había notado hasta después.

Ahora la victoria tenía olor a pan. Venía de una casa con la puerta abierta. Una mujer sostenía una jarra. A su lado una niña llevaba una canasta. Los soldados de adelante aceptaban agua sin dejar de caminar. Algunos decían gracias. Otros ni siquiera podían.

Marcos marchaba a su lado con el brazo vendado.

—Mirá.

—Qué.

—La gente.

Benjamín miró.

—La estoy viendo.

—No.

Marcos señaló con la barbilla.

—Mirala bien.

Benjamín lo hizo. Había aplausos.

También había manos aferradas a marcos de puertas. Mujeres que sonreían sin soltar a sus hijos. Hombres que gritaban vivas y al mismo tiempo observaban las armas. Viejos llorando. Otros viejos que no lloraban.

—Tienen miedo

—dijo Benjamín.

—Sí.

—De nosotros.

—Sí.

Benjamín dejó de mirar como vencedor.

La niña de la canasta era Lucía. Su madre había cortado dos panes en trozos antes de salir. Joaquín había dicho que era una estupidez. Después había agregado otro pan.

Cuando Benjamín pasó frente a ellos, Lucía levantó uno.

—Tome.

Benjamín siguió dos pasos. Se detuvo. Volvió.

—¿Es para mí?

Lucía lo miró sorprendida.

—Sí.

Benjamín tomó el pan. Durante un segundo no supo qué hacer con él. La primera vez había tenido que robarlo. Marcos vio su cara.

—No te pongás sentimental por una hogaza.

—Callate.

—En Mendoza casi te matan por una.

—No me iban a matar.

—Te conocí intentando robar un caballo después. Tu juicio no era excelente.

Lucía miraba a uno y otro.

—¿Ustedes vienen de Mendoza?

Benjamín arrancó la mitad del pan y se la pasó a Marcos.

—Él es sanjuanino.

—Eso sigue siendo del otro lado.

—No se lo diga así

—dijo Marcos—. Se pone sensible.

Por primera vez desde Chacabuco, Benjamín se rio. Fue poco. Alcanzó.

Joaquín los observó desde detrás de su mujer. Había pasado la noche imaginando soldados entrando en su casa. El primero que tenía delante discutía por un pedazo de pan y parecía no haber cumplido todavía los veinte.

No hizo desaparecer el miedo. Lo volvió más difícil de sostener.

* * *

Más atrás avanzaba San Martín. No entró con la espada levantada. No tenía ninguna necesidad de hacerlo. La ciudad sabía quién era antes de verlo.

El rumor se movía delante de su caballo. San Martín. O'Higgins. El Ejército de los Andes.

Los nombres pasaban de boca en boca y crecían en cada esquina. O'Higgins miraba balcones que conocía y otros que no reconocía después de los años de guerra.

Había esperado ese regreso demasiado tiempo. Sin embargo no sonreía como había imaginado.

—Pensé que sería distinto.

San Martín lo escuchó.

—¿Qué cosa?

O'Higgins señaló la calle.

—Volver.

San Martín miró a una mujer que sostenía un niño contra el pecho. La mujer aplaudía. El niño no.

—Ellos también pensaban que sería distinto.

O'Higgins siguió su mirada.

—Nos están festejando.

—Nos están mirando.

—También.

San Martín acomodó las riendas.

—Quieren saber qué clase de vencedores somos.

O'Higgins tardó en responder.

—¿Y qué clase somos?

San Martín miró hacia delante.

—Eso empieza ahora.

* * *

Hubo flores. No muchas al principio.

Una cayó delante de un caballo y el animal se asustó. El jinete insultó. La gente se rio.

La risa hizo más por la tranquilidad de la calle que cualquier proclama. Después sonaron campanas. Algunas habían sonado por los realistas. Antes habían sonado por los patriotas. Las campanas no tenían problemas ideológicos. Sonaban para quien tirara de la cuerda. Delaunay levantó la cabeza.

—Eso sí es universal.

Beltrán iba cerca.

—¿Qué?

—Las ciudades. Cambian de bandera y conservan las mismas campanas.

—Las campanas son de Dios.

—Entonces Dios tiene una extraordinaria capacidad para adaptarse a los gobiernos.

Beltrán lo miró.

—Un día voy a dejar que lo alcance un rayo.

—Si después puede reparar el cañón, haga lo que quiera.

Beltrán sonrió apenas. También eso alcanzó.

* * *

No todos salieron. Benjamín lo vio al pasar frente a una casa grande. Las cortinas se movieron. Nada más.

En otra, un hombre permaneció detrás de una puerta entreabierta sin aplaudir. En una esquina una mujer vestida de negro observó a O'Higgins y empezó a llorar. No gritó viva. No agitó nada. Sólo lloró.

Benjamín nunca supo por quién. Quizá por alguien que regresaba. Quizá por alguien que no.

Las victorias no explicaban esas cosas.

* * *

En la plaza el ejército comenzó a desarmarse otra vez. No militarmente. Humanamente.

Un soldado se sentó contra una pared y se quedó dormido con el fusil entre las piernas.

Otro aceptó una taza y preguntó tres veces qué tenía adentro antes de beberla. Un granadero apoyó la frente contra el cuello de su caballo. El animal parecía más despierto que él. Eusebia pasó con dos hombres llevando una camilla. Una mujer intentó ofrecerle flores.

—Agua.

La mujer no entendió.

—Si quiere ayudar, agua.

Las flores bajaron. Cinco minutos después aparecieron dos baldes. Eusebia asintió. No dio las gracias. No hacía falta.

San Martín desmontó. Un grupo quiso acercarse. Un oficial abrió espacio. Alguien empezó un discurso.

San Martín escuchó las primeras palabras. Después llamó a un ayudante.

—Hospitales.

—General, el Cabildo...

—Después.

—Quieren recibirlo.

—Los recibiré.

Señaló hacia la columna que todavía entraba.

—Primero ubique a los heridos.

El ayudante se fue. El hombre del discurso había perdido el lugar donde estaba. San Martín le pidió disculpas.

—Continúe.

El hombre miró el papel. Lo dobló.

—Bienvenido a Santiago, general.

San Martín inclinó la cabeza.

—Gracias.

Fue un discurso mejor.

* * *

Por la tarde la ciudad se permitió celebrar un poco más. No demasiado.

Había demasiadas preguntas. Quién iba a gobernar. Dónde estaba Marcó del Pont. Qué ocurría al sur. Si los realistas volverían. Si los hombres que acababan de entrar se quedarían.

Si Chile era libre o solamente había ganado una batalla. Las respuestas llegarían después. Esa tarde alcanzaba con otra cosa.

Las puertas permanecieron abiertas. No todas. Suficientes.

Joaquín volvió al taller cuando todavía se escuchaban campanas. Sacó del cajón los recibos de los oficiales realistas. Los puso sobre la mesa. Teresa apareció detrás.

—¿Los vas a quemar?

Joaquín sostuvo uno frente a la vela. Después lo bajó.

—No.

—¿Por qué?

Joaquín miró hacia la calle. Dos soldados del ejército libertador pasaban compartiendo un trozo de pan.

—Porque mañana puede cambiar todo otra vez.

Teresa no dijo que era pesimista. Habían vivido demasiado para eso.

* * *

Benjamín terminó el pan sentado en un patio que no sabía de quién era. Marcos dormía apoyado contra una columna. Esta vez roncaba de verdad. Delaunay apareció con una taza.

—Petit soldat.

—Capitán.

El francés miró las migas.

—¿Lo robó?

—No.

Delaunay pareció sinceramente decepcionado.

—Está perdiendo sus costumbres.

—Me lo dieron.

—Peor todavía. La civilización.

Benjamín sonrió. Delaunay se sentó a su lado. Desde allí se escuchaban campanas, voces y alguna música lejana. No era una fiesta.

Era una ciudad comprobando que podía hacer ruido sin pedir permiso.

—¿Esto es ganar?

—preguntó Benjamín.

Delaunay bebió.

—Por hoy.

—¿Y mañana?

El francés miró hacia el oeste, donde el sol caía detrás de los techos.

—Mañana será mañana.

Benjamín apoyó la cabeza contra la pared. Por primera vez en muchos días no había una montaña delante. No había disparos. No había que caminar.

Cerró los ojos. Santiago siguió respirando alrededor. Fue un descanso pequeño. Pero era un descanso.

Buenos Aires, 27 de febrero de 1817

En Buenos Aires las campanas también sonaron. El parte había llegado. Chacabuco. Victoria. Santiago.

La noticia pasó de mano en mano, de despacho en despacho, de café en café. Hubo abrazos. Hubo brindis.

Hubo hombres que aseguraron haber sabido desde el principio que San Martín lo conseguiría.

Algunos de ellos habían dicho exactamente lo contrario un mes antes. La memoria política era una herramienta flexible. En una casa sin luces en el frente, nadie brindó.

* * *

El hombre de cabello gris leyó el parte dos veces. No porque no lo entendiera.

Porque quería saber qué no decía. Frente a él esperaba un hombre más joven. No llevaba uniforme.

Sobre la mesa había una vela, un tintero y una caja de madera.

—¿Es cierto?

El hombre gris dejó el papel.

—Sí.

—Entonces Chile se perdió.

—No.

El joven frunció el ceño.

—Derrotaron a Marcó del Pont.

—Eso dice el parte.

—Entraron en Santiago.

—También.

—Entonces...

El hombre gris levantó una mano.

—No confunda una batalla con un país.

El joven miró el papel.

—San Martín ganó.

El hombre gris apoyó dos dedos sobre el nombre.

—Ése es el problema.

Abrió la caja. Adentro había papeles atados con cintas diferentes. Algunos eran recientes.

Otros tenían los bordes amarillos. Sacó el más viejo. La cinta se deshizo casi sin resistencia. En la primera hoja había una fecha. 1811. Debajo, un nombre. Mariano Moreno.

El joven lo conocía. Todos lo conocían.

—Está muerto.

—Hace seis años.

El hombre gris pasó una página. Había una copia de una relación del viaje. Otra hoja. Una nota.

Una palabra estaba subrayada. Emético.

El joven levantó la vista.

—¿Lo envenenaron?

El hombre gris no respondió enseguida.

—No sé.

El joven pareció sorprendido.

—Pensé que usted...

—Pensó mal.

Cerró el legajo.

—No confunda una muerte conveniente con una muerte ordenada. Eso lo hacen quienes necesitan que la historia sea más sencilla de lo que fue.

Dejó el paquete a un costado.

—Lo importante es otra cosa.

—¿Cuál?

—Moreno se fue de Buenos Aires.

Golpeó suavemente el legajo con un dedo.

—Y no volvió.

* * *

El segundo paquete era más nuevo. No estaba cerrado.

El hombre gris lo abrió. Martín Miguel de Güemes. Salta. Milicias. Cabildo. Comerciantes. Recursos. Popularidad.

Cada palabra ocupaba una línea. El joven leyó.

—Éste nos conviene.

—Hoy.

—Mantiene a los realistas lejos.

—Hoy.

El joven lo miró.

—¿Y mañana?

El hombre gris apoyó la mano sobre el nombre de Güemes.

—Mañana seguirá siendo un hombre con demasiados seguidores y demasiados enemigos.

—¿Qué hacemos con él?

—Nada.

El joven esperó.

—Todavía.

El hombre gris volvió a guardar el legajo.

—Los hombres indispensables cometen un error.

—¿Cuál?

—Creen que los demás están agradecidos.

* * *

Finalmente tomó una hoja en blanco. La colocó delante de él. Mojó la pluma.

Escribió despacio. José de San Martín.

El joven miró el nombre.

—Tiene un ejército.

—Sí.

—Cuyo lo sigue.

—Sí.

—Ahora Chile también.

El hombre gris dejó la pluma.

—Por eso no hay que tocarlo.

—No entiendo.

—Un hombre victorioso atacado desde afuera se vuelve más fuerte.

El joven miró otra vez el parte de Chacabuco.

—Entonces qué hacemos.

El hombre gris sacó un pequeño trozo de cera. Verde.

Lo sostuvo sobre la llama. La superficie comenzó a brillar.

—Esperamos.

—¿A qué?

—A que necesite dinero.

Una gota cayó sobre el papel.

—A que necesite hombres. Otra.

—A que necesite obediencia.

El joven observó la cera acumularse.

—¿Y si vuelve?

El hombre gris tomó el sello.

—Va a volver.

—¿Y entonces?

El sello quedó suspendido sobre la cera.

—A los hombres como San Martín no se los mata.

El joven miró el legajo de Moreno. Después el de Güemes.

—¿Entonces?

El hombre gris presionó.

—Se los deja solos.

Esperó unos segundos. Levantó el sello.

El nombre seguía allí. Solo.

# PARTE II

# LOS DÍAS DEL CAOS

# I

## El hombre que sabía demasiado

*Buenos Aires, noviembre de 1810*

Mariano Moreno descubrió que alguien había leído el papel porque la hoja estaba demasiado limpia.

No faltaba nada. Eso era precisamente lo inquietante.

El pliego había vuelto al montón de correspondencia en el lugar exacto donde él recordaba haberlo dejado. El hilo seguía anudado. El sello no mostraba una fractura. Ni siquiera había una huella de barro sobre el borde, algo casi milagroso en una ciudad donde noviembre convertía las calles en una mezcla de agua, estiércol y tierra oscura.

Pero el doblez inferior estaba desplazado apenas unos milímetros. Moreno conocía sus papeles como otros hombres conocían los lunares de sus hijos. Aquella hoja había sido abierta.

La sostuvo contra la vela. La llama se inclinó con una corriente que entraba por debajo de la puerta y durante un segundo el papel pareció traslúcido, casi frágil. Afuera seguían oyéndose pasos en el corredor, una silla arrastrada, alguien que reclamaba tinta. El gobierno entero parecía trabajar demasiado cerca de puertas demasiado finas.

—¿Quién entró acá?

León Roldán dejó quieta la bandeja de tipos que llevaba entre las manos. Tenía dieciséis años, las uñas permanentemente negras y una forma incómoda de mirar a los adultos: como si supiera que casi todos escondían algo y todavía no hubiera aprendido a disimular que lo sospechaba.

—Yo no, doctor.

Moreno bajó la hoja. El muchacho entendió el error antes de que llegara la respuesta.

—No pregunté quién no entró.

León tragó saliva y reconstruyó la mañana. Don Agustín. Dos ordenanzas. Paso. Un hombre del correo. Los nombres salieron primero; después los gestos, la ropa, el barro de las botas. Moreno no interrumpió hasta escuchar lo último.

—¿Qué hombre del correo?

—No sé.

La mirada del secretario bastó para obligarlo a pensar mejor. León se tocó las sienes.

—Canoso acá. Abrigo oscuro. Botas buenas. No de soldado. Preguntó por unos pliegos para Córdoba.

Moreno volvió a mirar el papel. El informe era menor: remesas, caballos, pólvora, dinero destinado a la expedición del interior. Nada que decidiera por sí solo una guerra. Pero las guerras rara vez se decidían con un solo dato. Se perdían cuando alguien reunía muchos pequeños antes que los demás.

El secretario acercó la hoja a la vela otra vez. No buscaba una marca. Buscaba el modo de pensar de quien la había tocado.

Buenos Aires llevaba menos de seis meses viviendo dentro de una palabra que todavía no sabía pronunciar sin discutirla: revolución. En las pulperías era una promesa. En los salones, una oportunidad. En los corredores del gobierno, una sucesión de problemas que

llegaban antes de que pudiera resolverse el anterior.

Castelli había marchado hacia el norte con la expedición auxiliadora. Belgrano iba hacia el Paraguay, un abogado convertido en comandante porque los tiempos nuevos parecían empeñados en asignar a cada hombre un oficio distinto del que había aprendido. La contrarrevolución de Córdoba había terminado con fusiles y cadáveres.

Desde entonces nadie podía fingir que Mayo había sido sólo una mañana de paraguas, balcones y discursos. La revolución ya tenía muertos. Y los muertos daban a las ideas un peso que la tinta no podía corregir.

En la imprenta de la Gazeta, León conocía otra versión del nuevo gobierno. La de las pruebas que llegaban de madrugada. La de los adjetivos discutidos durante media hora. La de una noticia incierta que al amanecer debía parecer una certeza. Había aprendido que el país que los lectores encontraban ordenado en columnas de plomo era, horas antes, una mesa llena de papeles contradictorios.

Moreno escribía rápido. Pensaba más rápido. Y últimamente dormía poco.

León lo había visto detener la pluma en mitad de una frase y permanecer inmóvil durante minutos. No parecía indecisión. Parecía la actitud de alguien que escuchaba un ruido detrás de una pared y todavía no sabía si era una rata o un hombre.

* * *

Jacinta del Corro conoció a Julián Maza en una casa donde todos fingían haber ido a escuchar música.

El fortepiano sonaba junto a una ventana abierta. El joven que lo tocaba se esforzaba por existir mientras alrededor suyo se hablaba de comercio, diputados, tropas, Cádiz, Inglaterra, permisos de importación y personas que no estaban presentes. Nadie alzaba demasiado la voz. En Buenos Aires, la política había empezado a enseñarle a la gente el valor de decir cosas peligrosas con modales impecables.

Jacinta llevaba veinte minutos atrapada por una señora que defendía la libertad con la condición de que no alterara demasiado las jerarquías de su

casa. La joven miró alrededor buscando una salida y encontró a Julián Maza cerca de una mesa de dulces.

—Disculpe. Me están llamando.

Nadie la llamaba.

Julián lo entendió cuando ella llegó a su lado con una expresión de alivio que intentó convertir en dignidad. Tenía veintiséis años, vestía demasiado bien para ser militar y observaba demasiado antes de hablar para ser simplemente un muchacho rico. Su seguridad todavía no había sido castigada por la vida.

Se presentaron. Los apellidos hicieron lo que hacían los apellidos en aquella ciudad: abrieron archivos invisibles. Familias, relaciones, simpatías, deudas. Durante unos minutos hablaron de cosas sin importancia con el cuidado de dos personas que ya habían advertido que la otra podía llegar a importar.

Del otro lado de la sala alguien pronunció el nombre de Moreno.

Tres conversaciones se apagaron a la vez.

Jacinta lo notó. Julián también. Ella sonrió, pero no porque le hiciera gracia.

—La gente habla de libertad hasta que aparece el nombre de alguien con poder.

Julián sostuvo la copa frente al pecho y miró alrededor antes de responder. Dijo que aquello no era miedo a la libertad. Era experiencia.

Jacinta se burló de sus veintiséis años. Él respondió que habían sido años productivos. Ella se rio por primera vez.

Mucho después recordaría aquel sonido y le molestaría no poder precisar en qué momento había empezado a querer al hombre equivocado. Aquella noche, sin embargo, todavía no había tragedia. Sólo una música que nadie escuchaba, olor a cera caliente y vino, y una revolución que parecía caber completa dentro de una sala bien iluminada.

Desde la galería Jacinta vio luego a Julián conversando con Mateo Larrazábal, comerciante de cueros, yerba, herramientas y cualquier mercancía capaz de encarecerse entre un puerto y otro. Larrazábal tenía manos gruesas y uñas demasiado limpias. Un tercer hombre apareció desde el zaguán. Jacinta apenas distinguió las canas en las sienes y un abrigo oscuro antes de verlo entregar a Julián un sobre pequeño.

No hubo dramatismo. Nadie miró hacia los costados. Larrazábal dijo algo y los tres rieron.

Por eso mismo la escena quedó adherida a la memoria de Jacinta. Las cosas realmente peligrosas no siempre llegan acompañadas de silencio. A veces ocurren mientras alguien toca música y una criada pasa con una bandeja de copas.

* * *

Moreno no fue a aquella reunión. Esa noche recibió a un hombre que olía a

humo, caballo y varios días de camino.

Nicasio Páez dejó el sombrero entre las manos. Tenía polvo metido en las costuras de la chaqueta y la fatiga de quien había dormido más veces sobre una montura que bajo un techo.

Le entregó un pliego pequeño. Le habían pagado para ponerlo sólo en manos del secretario. Eso era todo lo que sabía, o todo lo que pensaba que convenía saber.

Moreno rompió el sello y leyó. León, ocupado en una mesa lateral, continuó copiando una relación de gastos mientras aprendía a mirar sin levantar la cabeza.

El rostro del secretario no cambió. Eso hizo que el muchacho prestara más atención.

Nicasio contó que en Luján alguien había preguntado adónde se dirigía. Un hombre que no conocía. Canoso en las sienes. Abrigo oscuro.

La pluma de León se detuvo sobre el papel.

Moreno no hizo ningún gesto, pero la habitación pareció volverse más chica. La vela chisporroteó. Afuera alguien pasó hablando demasiado fuerte y por primera vez León comprendió que un ruido cotidiano podía parecer una amenaza sólo porque uno sabía algo que antes ignoraba.

Cuando Nicasio se fue, Moreno pidió al muchacho dos cosas incompatibles: olvidar lo que acababa de escuchar y recordar con absoluta precisión al hombre de la mañana.

León señaló la contradicción.

Moreno lo miró con un cansancio que lo envejecía más que las canas.

—Por eso se lo pido a usted.

* * *

El papel que había traído Nicasio no contenía una amenaza.

Contenía algo peor: una lista.

No había nombres. Había fechas. Salidas de correos. Recepción de pliegos. Movimientos de dinero. Órdenes destinadas al interior. Algunas podían reconstruirse leyendo la Gazeta y preguntando en dos oficinas. Otras no debían conocerlas más de cuatro hombres.

Una correspondía a una orden que todavía no había salido de Buenos Aires.

Moreno abrió un cajón y sacó el borrador. Comparó fecha y destino. Coincidían.

No era simplemente una filtración. Alguien no esperaba a que la información empezara a circular: estaba lo bastante cerca como para verla nacer.

A la mañana siguiente Moreno entró en la imprenta antes que nadie. Encontró a León dormido con la cabeza entre dos paquetes de papel. Lo

despertó y puso la lista bajo sus ojos.

El muchacho no escribía con elegancia, pero llevaba cuatro años desarmando manuscritos para volverlos plomo. Conocía los caprichos de una mano: la inclinación de una jota, una ese que no terminaba de cerrarse, la presión distinta al comenzar una palabra.

Miró durante un largo rato.

—No es una sola letra.

Moreno se acercó.

León señaló primero las fechas. Después los destinos. Luego una nota agregada al margen. Tres manos.

Cuando terminó, el silencio volvió a llenar la imprenta. Los tipos de plomo esperaban ordenados dentro de sus cajas. Miles de letras pequeñas preparadas para decir cualquier cosa que alguien quisiera hacer pública. Sobre la mesa, en cambio, tres escrituras demostraban que otra conversación estaba ocurriendo por debajo de la visible.

Una cadena.

No un curioso.

No un hombre que abría cartas por dinero.

Una cadena.

Horas después, en un corredor del gobierno, Moreno oyó a dos hombres discutir sobre Belgrano. Uno decía que Paraguay no se conquistaba con discursos. El otro respondía que tampoco se conquistaba sin soldados. Ambos coincidían en algo: habían mandado a un abogado.

Moreno siguió caminando.

La Junta había enviado abogados hacia dos guerras porque todavía no poseía suficientes generales y sí demasiadas urgencias. Tal vez algún día aquello parecería improvisación. En noviembre de 1810 se parecía mucho a la única opción disponible.

León lo alcanzó con una prueba de la Gazeta. Encima había un papel que no pertenecía a la imprenta.

Era pequeño. Sin firma. Una sola línea.

CASTELLI LLEGA TARDE.

La frase era tan breve que parecía escrita para no dejar nada donde agarrarse. Moreno preguntó quién la había llevado. Nadie. Estaba debajo de la puerta.

En una esquina había un resto de cera verde. No un sello completo. Apenas una costra quebrada, suficiente para demostrar que el papel había formado parte de otra cosa.

León preguntó qué significaba.

Moreno guardó la nota dentro de la chaqueta y miró hacia la calle. Buenos Aires seguía funcionando. Vendedores. Carretas. Soldados. Un niño descalzo detrás de un perro. Una mujer regateando por huevos. La ciudad no sabía que una revolución podía empezar a pudrirse mucho antes de mostrar la herida.

—Primero averiguamos quién sabe demasiado

—dijo.

Y luego, más bajo:

—Después averiguamos por qué.

# II

## La casa que todavía estaba en pie

*San Salvador de Jujuy, agosto de 1812*

Lorenza Soria supo que algo iba mal cuando los vecinos empezaron a preguntar cuánto podía cargar una carreta.

No era una pregunta normal. La gente preguntaba por harina, por la lluvia que no llegaba, por cuánto pedían por una arroba de carne o por quién había caído enfermo. Nadie calculaba el peso de una casa hasta que alguien empezaba a pensar en abandonarla.

Agosto había secado el aire de Jujuy. El polvo permanecía suspendido después del paso de un caballo y se pegaba al sudor de las caras. Desde hacía días llegaban personas del norte con una prisa que intentaban disimular. Algunos afirmaban venir a visitar parientes. Otros decían que traían animales para vender. Muy pocos usaban la palabra huir.

El vecino de Lorenza calculaba que su carreta podía llevar dos baúles, quizá tres si dejaba la mesa. Ella miró la suya: madera oscura, una pata reparada dos veces, una quemadura circular donde su madre había apoyado una olla demasiado caliente.

La mesa había sobrevivido a partos, enfermedades, cumpleaños, una muerte y años en los que nunca había alcanzado el dinero. Le resultaba obsceno que de pronto hubiera que discutirla en términos de peso.

—La mesa se queda

—dijo el vecino.

Lorenza siguió amasando.

—Nosotros también.

El hombre bajó la voz. Venía el otro ejército.

Aquello no significaba demasiado al principio. Desde que la guerra había empezado siempre venía algún ejército. Los uniformes cambiaban. Las órdenes cambiaban. Los hombres pedían animales, comida, hospedaje o noticias. Todos aseguraban representar algo más grande que la casa donde dormían esa noche.

Pero esta vez los rumores llegaban desde distintos caminos y coincidían en una cosa: los realistas bajaban hacia el sur.

Había versiones de pueblos obligados a entregar caballos y granos, hombres castigados por colaborar con los revolucionarios, casas registradas, gente arrastrada fuera de su cama de madrugada. Un arriero juraba que había visto tres cuerpos colgados junto a un camino. Otro decía que eran dos. Un tercero aseguraba que aún se movían cuando pasó.

Cada boca agregaba algo. Cada silencio agregaba más.

Lorenza dejó de escuchar los detalles cuando Simón, el menor, preguntó qué

significaba degollar.

No quería que el miedo entrara en su casa convertido en una palabra nueva para sus hijos.

Martina, de once años, había empezado a entender demasiado. Ya no preguntaba todo. Eso preocupaba más. Miraba las conversaciones desde un rincón y fingía estar ocupada con una olla o una escoba. Los niños pequeños preguntaban. Los que empezaban a crecer aprendían a escuchar.

Aquella tarde pasó una patrulla. Tres hombres. Uno llevaba un uniforme tan gastado que parecía haber pertenecido a varias guerras. Otro tenía una venda marrón alrededor de la cabeza. El tercero era casi un muchacho.

Simón quiso saber si eran de los suyos.

Lorenza observó cómo se alejaban por la calle. Desde que todo había comenzado, había escuchado demasiados nombres: patriotas, realistas, americanos, insurgentes, leales, rebeldes. Para ella todos tenían caballos que comían y fusiles que necesitaban pólvora.

—Sabemos que son de los nuestros porque no se llevaron las gallinas

—dijo finalmente.

El niño aceptó aquella definición. En tiempos confusos, la política necesitaba criterios simples.

* * *

Al anochecer llegó una mujer desde el camino del norte.

Traía polvo hasta en las pestañas. Bebió agua con ambas manos alrededor de la jarra y demasiado rápido, como si todavía temiera que alguien pudiera quitársela. Lorenza preguntó de dónde venía.

—Más arriba.

—Eso no es un lugar.

La mujer la miró. Tenía una marca roja en el cuello y los labios partidos.

—Ahora tampoco es una casa.

Lorenza dejó de preguntar.

Simón apareció en la puerta. La desconocida lo vio y algo cambió en su cara. Preguntó cuántos hijos tenía Lorenza. Dos. Entonces dijo una sola palabra:

—Váyase.

Lorenza miró la cocina. El horno todavía conservaba calor. Sobre la mesa descansaba la masa que pensaba hornear al amanecer. En un estante había tres platos desparejos y una taza sin asa que nadie tiraba porque seguía sirviendo. En la pared, una grieta que su marido había prometido reparar antes de salir con una partida y no volver.

—¿Adónde?

La mujer no supo responder. Al sur. Más lejos. Donde todos fueran.

Lorenza endureció la mandíbula.

—Yo no.

La desconocida sostuvo la jarra un momento más.

—Eso dije yo.

* * *

Esa noche Lorenza caminó por la casa mientras sus hijos dormían.

Tocó las paredes como si pudiera memorizar su temperatura. Contó bolsas de maíz. Abrió un baúl y volvió a cerrarlo. Levantó una manta, imaginó cargarla durante leguas y la

dejó en el mismo lugar. El problema no era decidir qué llevar. Era aceptar que pudiera existir una situación en la que cuatro paredes dejaran de ser una certeza.

Afuera llegaron caballos y voces. Media cuadra terminó reunida alrededor de un miliciano que leía un papel a la luz amarilla de una lámpara. El viento se llevaba partes de las frases. Lorenza sólo distinguió algunas palabras.

Retirada.

Recursos.

Ganado.

Carretas.

Nada al enemigo.

Alguien preguntó por las casas. El miliciano bajó la hoja y durante unos segundos nadie hizo ruido. A veces una respuesta era más clara cuando no se pronunciaba.

Lorenza regresó a la suya.

Seguía allí. La puerta. La mesa. El techo reparado el verano anterior. El rincón donde había nacido Simón. La marca de carbón junto al horno. El clavo del que su marido colgaba el sombrero.

Toda una vida podía caber dentro de cuatro paredes y, al mismo tiempo, pesar más que cualquier carreta.

Martina salió detrás de ella. No preguntó. Simón sí.

—¿Nos vamos?

Lorenza miró la casa todavía en pie y respondió que no.

Lo dijo con una firmeza que no sentía.

Durante algunos segundos, el sonido de su propia voz consiguió engañarla.

# III

## Los que caminan detrás

*Camino al Alto Perú, octubre de 1810*

Mateo Quispe caminaba detrás de una revolución que tenía hambre.

La había imaginado de otra manera, aunque no habría sabido explicar cómo. Tal vez con más banderas. Con hombres mejor vestidos. Con frases que sonaran como las que repetían los oficiales cuando llegaban a un pueblo y reunían a los vecinos en la plaza. No había imaginado tantas mulas.

Las mulas ocupaban buena parte de sus días. Se empacaban, mordían, perdían herraduras, se negaban a avanzar cuando todos tenían apuro y avanzaban cuando alguien necesitaba que se quedaran quietas. Una de ellas había decidido odiarlo desde Córdoba y sostenía la enemistad con una disciplina que él admiraba.

Tadeo Mamani decía que no lo odiaba. Sólo lo conocía.

Los dos marchaban cerca de la retaguardia de la expedición. Delante se extendía una columna irregular de uniformes, ponchos, carros, animales y polvo. Había hombres llegados de Buenos Aires y otros que se incorporaban a medida que el ejército subía hacia el norte. Algunos sabían formar. Otros habían recibido un fusil pocos días antes y todavía lo sostenían como una herramienta prestada.

Mateo cargaba herramientas de talabartería y reparaba monturas. Tadeo cuidaba munición. Gaspar Paredes, cocinero cordobés, llevaba ollas y sostenía que sin él la revolución no pasaría del primer río.

Nadie había logrado demostrar que exageraba.

La marcha tenía un ritmo que terminaba entrando en el cuerpo. Levantarse antes de la luz. Desarmar el campamento. Revisar animales. Caminar. Detenerse porque una rueda se había abierto, porque un hombre tenía fiebre, porque faltaba agua, porque alguien había entendido mal una orden. Caminar otra vez. Comer cuando se podía. Dormir con el ruido de hombres tosiendo y bestias moviéndose en la oscuridad.

Por las noches la revolución perdía su nombre.

Alrededor de los fuegos nadie hablaba de soberanía. Hablaban de pies hinchados, mujeres que habían quedado atrás, tabaco, comida, caminos, diarrea, ampollas, de cuánto faltaba para el próximo río y de qué oficial era capaz de perderse en una senda recta.

Mateo llevaba una cinta roja alrededor de la muñeca. Se la había atado su hija antes de partir. Tenía cinco años y una confianza absoluta en la utilidad de ciertos objetos.

—Para que vuelvas.

Tadeo la vio una noche.

—¿Mujer?

—Hija.

Tadeo miró el fuego. Dijo que era peor. Las mujeres podían llegar a entender que un hombre no regresara. Los chicos esperaban.

Mateo no contestó. El fuego consumió una rama, cayó sobre sí mismo y lanzó un puñado de chispas. A varios días de distancia, una niña de cinco años probablemente

seguía convencida de que una cinta bastaba para proteger a su padre de una guerra.

Mateo decidió no discutir con ella desde tan lejos.

* * *

Castelli aparecía de vez en cuando a caballo.

Mateo lo reconocía porque siempre había personas intentando alcanzarlo. Oficiales con partes. Vecinos con quejas. Curiosos. Hombres que querían ofrecer servicios y otros que querían cobrar algo. No parecía un general. Tampoco parecía el abogado del que hablaban. Parecía alguien que llegaba tarde a cinco conversaciones distintas y pretendía resolverlas todas antes de la noche.

Una mañana una rueda se partió y detuvo media columna. El carpintero calculó una hora de trabajo. Castelli quiso media. El hombre le explicó que entonces tendría media hora para observar una rueda rota.

Mateo esperó una reprimenda. Castelli soltó una carcajada, concedió la hora y siguió adelante.

A Mateo le gustó eso. No sabía si alcanzaba para confiar en un hombre. Pero en una expedición donde demasiados mandos fingían que una orden podía modificar la madera, aceptar que una rueda necesitaba su tiempo era una forma menor de inteligencia.

En una posta llegó la noticia de que Belgrano marchaba al Paraguay. Gaspar dejó la cuchara suspendida en el aire.

—¿El doctor del Consulado?

Ese mismo.

El cocinero preguntó quién mandaría a los soldados. Le explicaron que Belgrano. Gaspar aclaró que su pregunta se refería a alguien que supiera hacerlo.

Las risas duraron poco. El comentario contenía una inquietud real. La revolución enviaba hombres formados en leyes, comercio y administración a dirigir columnas armadas porque no tenía otra cosa. Cada camino era también una escuela donde los errores podían medirse en muertos.

Mateo pensó que aquel abogado aprendería. O no. En ambos casos habría

hombres a su alrededor pagando el aprendizaje.

* * *

La primera vez que encontraron un cadáver junto al camino, la columna apenas redujo el paso.

No llevaba uniforme. Tenía las manos atadas a la espalda y la cara contra la tierra. Nadie pudo decir si era realista, patriota, ladrón, mensajero o un hombre que había tenido la mala suerte de ser confundido con cualquiera de ellos.

Gaspar dejó de bromear durante dos días.

Mateo preguntó por qué no lo enterraban. Un sargento contestó que si enterraban a todos los muertos que encontraran no llegarían nunca.

La frase tenía lógica. Por eso resultó peor.

Esa noche Mateo soñó con el hombre. No soñó que estaba muerto. Soñó que pasaban junto a él y nadie sabía su nombre, ni por qué había terminado allí. Al despertar tocó la cinta roja alrededor de su muñeca y tardó varios segundos en recordar dónde estaba.

La revolución avanzaba dejando gente atrás incluso antes de empezar a ganar territorio.

* * *

En un pueblo pequeño, un sacerdote se negó a entregar dos caballos. Uno pertenecía a una viuda. Un oficial insistió en que la patria los necesitaba y prometió que se pagarían. El cura preguntó cuándo. Nadie supo responder.

Castelli llegó durante la discusión. Hizo llamar a la mujer.

Era pequeña, llevaba un niño agarrado de la falda y miraba a los uniformes como quien observa una tormenta desde una puerta abierta. Explicó que tenía dos animales. Uno para trabajar y otro para cuando el primero no pudiera. Sin ellos no sabía qué comerían el año siguiente.

Castelli ordenó tomar sólo uno y dejar un recibo.

La mujer sostuvo el papel después de que los soldados se llevaron el caballo. Lo miró durante mucho tiempo.

—¿Esto come pasto?

—preguntó.

Nadie se rio.

Mateo entendió algo que hasta entonces no había pensado: las grandes palabras siempre llegaban a algún lugar convertidas en una pérdida pequeña y concreta. Una mula. Un hijo. Un saco de maíz. Un caballo que ya no estaba en el corral.

* * *

A medida que avanzaban, el paisaje se volvía más duro y más hermoso de

una manera que cansaba. Cerros secos, quebradas donde el sonido de los cascos regresaba deformado, noches heladas después de tardes que quemaban la piel. El polvo se metía en la comida. La comida se metía entre los dientes. El cansancio dejaba de sentirse como una molestia y empezaba a ser simplemente la manera normal de estar vivo.

Llegaban noticias contradictorias. Pueblos que apoyaban. Pueblos que esperaban. Fuerzas realistas más adelante. Hombres dispuestos a incorporarse. Otros que abandonaban la marcha durante la noche.

Mateo comenzó a comprender que él no estaba dentro de la revolución que aparecería en los papeles. En los partes figurarían Castelli, Balcarce, oficiales, victorias y derrotas. Nadie anotaría quién había reparado la montura del caballo que llevaba un mensaje ni quién había conseguido que dos cajones de pólvora llegaran secos después de cruzar un río.

Sin embargo, si él dejaba de hacer su trabajo, algo se detenía.

Aquella idea no le daba orgullo. Le daba responsabilidad.

Una tarde la columna se detuvo y un rumor corrió desde adelante hacia atrás. Habían combatido cerca de Cotagaita. No había salido bien. Nadie conocía cifras. Algunos decían que era apenas un tropiezo. Otros que había sido una derrota.

Gaspar revolvió una olla casi vacía.

—¿Y ahora?

Mateo observó la línea del camino perdiéndose entre los cerros.

—Ahora seguimos caminando.

Eso era lo que hacían los que marchaban detrás. Cuando los planes cambiaban, seguían cargando.

# IV

## La victoria que llegó por correo

*Buenos Aires, diciembre de 1810*

La primera noticia de Suipacha llegó a Buenos Aires antes que el parte completo y, durante varias horas, la ciudad tuvo una victoria que nadie sabía explicar.

Un jinete entró cubierto de barro. Alguien oyó una palabra en una oficina. Otro hombre la repitió en una tienda. Antes del mediodía había vendedores asegurando que los realistas habían sido destruidos por completo y una mujer en la Recova juraba que Castelli ya marchaba sobre Lima.

La distancia hacía eso con las noticias: las afinaba hasta dejarlas convertidas en una sola palabra.

Victoria.

León Roldán la vio llegar a la imprenta con tres versiones distintas. Una hablaba de cientos de prisioneros. Otra de miles. Una tercera no daba números, pero aseguraba que el enemigo había abandonado cañones, armas y hasta dinero durante la fuga.

La imprenta se llenó de movimiento. Papel. Tinta. Hombres entrando y saliendo. Frases que debían componerse con rapidez porque el gobierno quería que la ciudad leyera cuanto antes aquello que ya estaba celebrando sin haberlo leído.

León colocaba tipos mientras escuchaba discutir a los mayores sobre qué tamaño merecía la palabra triunfo.

Le sorprendió que una batalla que había ocurrido a cientos de leguas terminara reducida a pequeñas piezas de plomo que él sostenía entre los dedos.

Pensó en los hombres que habrían corrido, disparado, caído, perseguido. Ninguno entraría entero en aquellas columnas. El papel prefería verbos.

Vencieron.

Huyeron.

Tomaron.

Murieron.

Los nombres vendrían después, si venían.

* * *

Buenos Aires celebró con la ansiedad de quien necesita una buena noticia más que comprenderla.

Las campanas sonaron. Hubo brindis en casas donde unas semanas antes se

dudaba de la expedición. Hombres que no habrían reconocido Suipacha en un mapa explicaron la maniobra con la autoridad de haber estado allí. En una pulpería, dos clientes casi terminaron a golpes por decidir quién había sido más importante en una batalla que ninguno podía ubicar.

Jacinta observó la alegría desde una ventana.

Julián estaba detrás, escuchando a Larrazábal enumerar oportunidades comerciales que, según él, nacían con cada victoria del gobierno. Caminos abiertos. Mercados. Plata. Contratos.

A Jacinta le molestó la velocidad con la que algunos hombres podían convertir una noticia de muertos en una conversación sobre negocios.

Cuando Julián quedó solo, ella le preguntó si sabía siquiera cuántos habían caído.

Él respondió que todavía no. Luego añadió que las victorias necesitaban ser aprovechadas.

—¿Por quién?

Julián la miró antes de contestar.

—Por los que siguen vivos.

La frase podía significar demasiadas cosas.

Jacinta prefirió no decidir todavía cuál de ellas había querido decir.

* * *

Moreno recibió el parte con menos entusiasmo que los demás.

No porque la victoria no importara. Importaba muchísimo. Una revolución joven necesitaba demostrar que podía sostenerse fuera de Buenos Aires. Necesitaba que las provincias creyeran que las órdenes de la Junta podían atravesar distancias y regresar convertidas en resultados.

Pero desde hacía semanas Moreno había empezado a desconfiar de otra clase de distancia: la que separaba un secreto de la persona que no debía conocerlo.

León llevó a su mesa una prueba extraordinaria de la Gazeta. Moreno la revisó con rapidez. En el margen corrigió una palabra. Después otra. Finalmente apoyó la pluma.

—¿Alguna novedad de nuestro hombre?

León supo de quién hablaba.

Nada. El canoso parecía haberse evaporado dentro de una ciudad de pocas calles y demasiadas puertas. Nicasio había partido otra vez. Julián Maza seguía frecuentando las mismas casas. Larrazábal comerciaba con medio mundo.

La cadena no había dejado de existir sólo porque ellos no pudieran verla.

Moreno miró el parte de Suipacha. Una victoria abría puertas. También

hacía que más personas quisieran saber qué había detrás.

* * *

En el camino del Alto Perú, Mateo Quispe supo que habían ganado antes de saber dónde dormirían esa noche.

La noticia corrió por la columna de regreso desde adelante. Hubo gritos, abrazos, hombres que levantaron los fusiles. Gaspar encontró una botella que aseguraba haber reservado para un momento histórico y que nadie había visto hasta entonces.

Mateo sonrió porque los demás sonreían.

Después buscó a Tadeo entre la gente.

Lo encontró sentado junto a una rueda, quitándose una bota. Tenía una ampolla abierta y sangre seca entre los dedos.

—Ganamos

—dijo Mateo.

Tadeo levantó la cabeza.

—¿Qué?

Mateo señaló el ruido alrededor.

—Ganamos.

Tadeo miró el pie.

—Bien.

Y siguió limpiándolo.

Muchos años después Mateo recordaría aquel momento mejor que cualquier discurso. La primera gran victoria de la revolución había llegado hasta ellos mientras un hombre intentaba impedir que una herida pequeña se pudriera.

La Historia y el cuerpo rara vez llevaban el mismo ritmo.

* * *

Esa noche, en Buenos Aires, León cerró la imprenta tarde.

La calle olía a humedad y basura. Habían quedado papeles recortados por todas partes. Letras sueltas dentro de una caja. Restos de tinta endureciéndose sobre una mesa. La victoria ya estaba impresa. Al día siguiente miles de personas leerían una versión ordenada de algo que seguramente había sido humo, gritos y hombres confundidos.

Cuando fue a asegurar la puerta encontró un paquete pequeño junto al marco.

No tenía destinatario.

Lo abrió.

Dentro había una hoja completamente en blanco.

León la giró. Nada. La sostuvo contra la luz. Nada.

Iba a tirarla cuando vio el borde.

Una gota de cera verde.

Jacinta había pasado por la imprenta para llevar unos papeles y todavía estaba allí. Se acercó cuando vio la cara del muchacho.

León explicó que Moreno guardaba documentos donde había aparecido aquella misma cera.

La hoja estaba vacía.

Jacinta la observó durante varios segundos. A veces la ausencia de palabras era también una forma de mensaje.

—Entonces quizá no quieren decirte nada

—murmuró—. Quizá quieren que sepas que pueden dejar algo acá.

León sintió un frío que no tenía relación con diciembre.
Afuera, la ciudad seguía celebrando Suipacha.

# V

## La Fama

*Atlántico Sur, enero-marzo de 1811*

La primera noche en la fragata La Fama, Mariano Moreno soñó que Buenos Aires se alejaba caminando.

No era él quien partía. Era la ciudad.

Las casas se desprendían de la costa una por una. La torre del Cabildo cruzaba el agua sin hundirse. Las calles de barro avanzaban hacia el horizonte y él quedaba solo sobre una cubierta inmóvil, incapaz de alcanzarlas.

Despertó con el estómago revuelto y el sonido de la madera trabajando alrededor suyo.

El barco respiraba. Crujía al inclinarse, gemía cuando una ola golpeaba el casco, dejaba caer gotas de condensación desde lugares invisibles. Todo se movía incluso cuando parecía quieto. Para un hombre acostumbrado a medir el mundo entre una mesa, una oficina y calles conocidas, aquella falta de suelo resultaba una forma de enfermedad antes de que llegara la enfermedad verdadera.

Había dejado Buenos Aires el 22 de enero y embarcado luego en la fragata inglesa rumbo a Europa. Viajaban con él su hermano Manuel y Tomás Guido. La misión debía continuar aunque la política que la había producido hubiera cambiado de forma en su ausencia.

Moreno llevaba papeles, instrucciones y una fatiga que no figuraba en ningún inventario.

Durante los primeros días intentó trabajar. Ordenaba documentos, escribía notas, corregía frases. El mar convertía cada línea en un esfuerzo. A veces debía apoyar la pluma y esperar que la mesa dejara de deslizarse bajo su mano.

Guido lo observaba sin decir nada. Manuel sí decía.

—Dormí.

—En Londres.

—Falta un océano.

—Entonces tengo tiempo.

Era una broma mala. Los tres lo sabían.

* * *

En Buenos Aires, León Roldán seguía buscando al hombre de las sienes canosas.

La partida de Moreno había cambiado la imprenta. No de manera visible.

Seguían entrando pruebas, órdenes, artículos. La tinta olía igual. Las prensas seguían golpeando con el mismo ritmo. Pero faltaba una presencia que obligaba a todos a hablar un poco más bajo cuando alguien pronunciaba su nombre.

Jacinta aparecía con excusas cada vez menos convincentes. A veces llevaba una carta. Otras preguntaba por una publicación que podía haber conseguido en cualquier otra parte. León entendía que buscaba noticias.

Julián Maza también buscaba noticias, pero lo hacía de una forma distinta. Preguntaba a personas que podían responder sin dejar registro.

Habían empezado a verse con frecuencia. Jacinta todavía encontraba en él al hombre de la primera noche, pero cada vez necesitaba buscar más tiempo. Julián había descubierto que estar cerca del poder exigía aprender cuándo no hacer una pregunta. Jacinta parecía decidida a hacerlas todas.

Una tarde ella le mencionó al hombre canoso.

Julián no preguntó quién.

Ese detalle le quedó a Jacinta dando vueltas mucho después de que la conversación terminara.

* * *

En La Fama, el calor y el movimiento empezaron a desgastar a Moreno.

El mareo no cedía. Comía poco. Dormía peor. Había días en que el horizonte era una línea perfecta y hostil, sin una vela, sin tierra, sin una referencia que permitiera imaginar que el mundo continuaba detrás del agua.

La política empezó a parecer lejana. No menos importante. Lejana.

A veces Moreno subía a cubierta al amanecer y miraba hacia el oeste, aunque Buenos Aires hubiera quedado demasiado atrás para pertenecer a cualquier dirección visible. Pensaba en Guadalupe. En el hijo. En discusiones que había creído indispensables. En hombres a quienes había odiado durante horas que ahora, en medio del Atlántico, parecían pequeños.

También pensaba en la lista.

Tres manos.

Fechas conocidas antes de tiempo.

Cera verde.

Había llevado algunas notas consigo, pero no todas. Dejó otras escondidas. León sabía más de lo que convenía para un muchacho de dieciséis años y menos de lo necesario para protegerse.

Esa combinación lo preocupaba.

* * *

La enfermedad llegó sin una escena precisa.

Primero fue cansancio. Después una debilidad que ya no podía atribuir al mareo. Moreno dejó de subir a cubierta. La cámara olía a madera húmeda, ropa usada y ese aire espeso de los lugares cerrados donde alguien está enfermo demasiado tiempo.

Manuel contó los días. Guido buscó remedios que el barco no tenía. Se habló de arribar a algún puerto, pero el viaje continuó.

Moreno adelgazó rápidamente. La cara se le volvió más angulosa. El cuerpo que había soportado meses de trabajo casi sin descanso empezó a comportarse como si cobrara de golpe todas las deudas.

Hubo una tarde en que pidió sus papeles y no pudo sostenerlos.

Manuel se los quitó con suavidad.

—No se van a escapar.

Moreno cerró los ojos.

—Eso creía de otras cosas.

* * *

En Buenos Aires llegó un rumor antes que una noticia.

León lo oyó de un hombre que no debía tener ninguna información sobre el viaje. Dijo que el doctor estaba enfermo. No supo explicar de dónde lo sabía.

La fragata llevaba semanas en el mar.

León sintió la misma incomodidad de aquella mañana con el papel demasiado limpio. La sensación de que alguien llegaba siempre un paso antes.

Buscó a Jacinta.

Ella encontró a Julián.

Julián afirmó no saber nada y lo dijo con una serenidad que, por primera vez, a Jacinta le pareció ensayada.

—¿De verdad?

—De verdad.

Ella lo observó.

Había aprendido que las mentiras más difíciles no eran las que sonaban falsas. Eran las que podían ser ciertas.

* * *

A bordo, la situación empeoró.

No había medicamentos adecuados. El capitán administró a Moreno un emético sin conocimiento previo de sus acompañantes. Después vino la convulsión.

Manuel recordaría aquel momento con una precisión que lo perseguiría durante años: el cuerpo de su hermano sacudido por una fuerza que nadie

podía detener, la impotencia de no tener en el barco nada capaz de aliviarlo, la necesidad absurda de sujetar a un hombre que siempre había parecido existir principalmente en su cabeza y en sus palabras.

Moreno alcanzó a despedirse.

Pidió por su esposa. Dio instrucciones para la comisión. Pidió perdón. Habló de la patria cuando ya casi no podía hablar.

No hubo música.

No hubo revelación.

No hubo un enemigo que se quitara una máscara.

Sólo una cámara estrecha, hombres agotados, el crujido constante de la fragata y una respiración que se fue haciendo cada vez más difícil hasta detenerse al amanecer del 4 de marzo.

Durante varias horas el cuerpo permaneció sobre cubierta envuelto en una bandera inglesa.

El mar estaba demasiado tranquilo.

Eso le pareció una ofensa a Manuel.

Cuando finalmente lo entregaron al agua, el océano lo recibió sin distinguirlo de cualquier otro hombre.

Durante algunos segundos hubo una forma oscura debajo de la superficie.

Después nada.

El mar también sabía borrar nombres.

* * *

La noticia tardó en llegar a Buenos Aires.

Otra cosa llegó antes.

Una mañana apareció un paquete pequeño en la imprenta. No tenía destinatario. León lo abrió con una desconfianza que meses atrás no habría sabido sentir.

Dentro había una hoja en blanco.

La misma calidad de papel. El mismo silencio.

En el borde, cera verde.

Jacinta estaba con él. Tocó el papel sólo con la punta de un dedo.

—¿Qué quieren?

León negó con la cabeza.

—No sé.

Ya no era la respuesta de un chico descuidado. Era la respuesta de alguien que había aprendido cuánto podía esconderse dentro de esas dos palabras.

Días después llegó la noticia oficial de la muerte.

La imprenta siguió trabajando. Debía seguir. Había gobierno, guerra, órdenes, noticias. El mundo no suspendía su funcionamiento porque un hombre hubiera caído al mar.

Julián pasó por la puerta aquella tarde. No entró. Miró hacia adentro y cruzó los ojos con León durante un instante demasiado largo.

Luego siguió caminando.

León pensó en la hoja que había llegado antes que la confirmación. Pensó en el rumor sobre la enfermedad. Pensó en el capitán, en el emético, en cosas que no podía probar y que quizá nadie podría probar nunca.

Por primera vez entendió que la pregunta importante no era quién había matado a Mariano Moreno.

Tal vez nadie lo había hecho.

La pregunta era otra.

¿Quién sabía demasiado pronto que ya no iba a regresar?

# VI

## Lo que volvió del norte

*El Norte y Buenos Aires, 1811-1812*

Mateo Quispe regresó del Alto Perú con una mula que no era suya y sin Tadeo Mamani.

Nadie preguntó por la mula.

Todos preguntaron por Tadeo.

Durante dos semanas Mateo respondió lo mismo: no volvió.

Después empezaron a salir otras palabras. Nunca todas juntas. Huaqui no regresaba como una historia. Regresaba en fragmentos.

Ruido.

Polvo.

Unidades que dejaban de existir mientras los oficiales todavía gritaban sus nombres.

Hombres corriendo sin saber quién había ordenado la retirada. Cajas abandonadas. Una olla. Municiones. Una guitarra. Un zapato hundido en barro. Objetos que alguien había considerado indispensables hasta el momento exacto en que sobrevivir exigió pesar menos.

La hermana de Tadeo preguntó si estaba muerto.

Mateo no lo había visto morir.

Aquello era cierto. También era casi inútil.

La mujer decidió convertirlo en esperanza. Mateo la dejó. A veces una mentira pequeña era lo único que quedaba para comer cuando no había cuerpo que enterrar.

Durante meses siguió usando la cinta roja de su hija. Estaba casi marrón, endurecida por sudor, tierra y lluvia. Pensó muchas veces en Tadeo y en las cosas que cada hombre llevaba consigo para regresar. No todas funcionaban.

* * *

Huaqui llegó a Buenos Aires de otra manera.

Primero fue un revés. Después un repliegue. Luego una situación difícil. Finalmente alguien dejó de buscar palabras y escribió lo que todos habían comprendido: derrota.

León Roldán descubrió que las malas noticias hacían más silenciosa la imprenta.

Con Suipacha habían discutido dónde colocar los elogios. Ahora discutían verbos.

Evacuaron.

Retrocedieron.

Se replegaron.

Huyeron.

León pensó en los hombres que probablemente habían vuelto caminando y dijo simplemente:

—Volvieron.

Nadie eligió su palabra.

La derrota no sólo destruía ejércitos. También abría una búsqueda. Alguien debía explicar. Alguien debía haber calculado mal, confiado demasiado, llegado tarde, obedecido poco o mandado peor.

Castelli empezó a convertirse en culpable antes de estar de regreso.

Jacinta escuchó esas preguntas en una casa donde pocos meses antes los mismos hombres habían brindado por Suipacha. Le fascinó la rapidez con la que la memoria podía acomodarse a una nueva conveniencia.

Julián estaba a su lado.

Ella dijo que antes todos sabían por qué Castelli había ganado. Ahora todos parecían saber por qué había perdido.

Julián respondió que así funcionaba la política.

Jacinta lo miró con una dureza que aún no existía cuando se conocieron junto al fortepiano.

—No. Eso es cobardía con buenos modales.

Durante un instante él pareció ofendido. Después cansado.

La distancia entre ambos no había nacido de una gran traición. Se construía de a centímetros, cada vez que Julián aceptaba como inevitable algo que Jacinta todavía consideraba intolerable.

* * *

Mateo llegó a Jujuy junto con otros sobrevivientes.

El ejército que encontró allí conservaba nombres, grados y papeles, pero había perdido esa cualidad invisible que hace que un grupo de hombres crea que pertenece a la misma cosa. Los que habían estado en Huaqui miraban demasiado hacia los caminos de regreso. Los recién llegados los observaban como si el miedo pudiera contagiarse.

Mateo volvió a trabajar con animales porque era lo que sabía hacer. Una mula no preguntaba quién había tenido la culpa. Tenía hambre, una herida en el lomo o una herradura floja. Los problemas concretos resultaban un alivio.

Allí escuchó por primera vez el nombre de Martín Miguel de Güemes pronunciado con la mezcla exacta de respeto y fastidio que algunos hombres

producen desde antes de entrar en una habitación.

El salteño.

El que conocía los caminos.

El que no obedecía con facilidad.

El que podía reunir hombres donde otros sólo veían estancias dispersas.

Mateo preguntó si peleaba bien. Le dijeron que sí.

—Entonces que sea difícil.

La frase provocó una carcajada. Años después recordaría que había entendido algo de Güemes antes de conocerlo: las guerras desesperadas rara vez se sostienen con personas cómodas.

* * *

En Buenos Aires, León encontró la primera conexión concreta casi por accidente.

No hubo persecución nocturna ni puerta secreta. Estaba clasificando relaciones de gastos cuando reconoció una forma de escribir. Una ese. Después una jota.

Sacó del escondite los papeles que había conservado desde los días de Moreno. Comparó. Una de las tres manos de aquella lista aparecía en una anotación vinculada al correo.

Le temblaron los dedos.

Jacinta llegó mientras todavía tenía ambos documentos extendidos.

La semejanza era evidente una vez señalada, pero no probaba tanto como León quería. Podía ser la misma mano. Podía ser una copia. Podía haber una explicación perfectamente inocente.

Jacinta le recordó algo que Moreno ya le había enseñado de otra forma: descubrir una pista no era lo mismo que entenderla.

En el margen figuraba un pago.

N. PÁEZ.

El arriero.

Nicasio había llevado el mensaje a Moreno. También había trabajado ocasionalmente para el correo.

Buscarlo resultó más difícil que encontrar su nombre. Estaba en Santa Fe, según uno. En Córdoba, según otro. Alguien lo creía muerto. Los arrieros no tenían oficina ni horario; pertenecían a los caminos y los caminos eran una forma de desaparecer sin ocultarse.

León empezó a odiar a Nicasio sin conocerlo.

Jacinta le dijo que la vida no estaba organizada para su comodidad.

Por primera vez en varios días, el muchacho se rio.

* * *

A finales de 1811 Mateo volvió a ver a su hija.

La niña tenía seis años. Corrió hacia él antes de que pudiera bajar del animal y buscó inmediatamente la cinta roja en su muñeca.

Seguía allí.

—Te dije que servía.

Mateo se arrodilló y la abrazó.

No le explicó que Tadeo también había llevado objetos, recuerdos y promesas. No todo necesitaba ser enseñado a los seis años.

El descanso duró poco.

En el Norte seguían llegando enfermos y desertores. Fusiles inútiles. Caballos agotados. Hombres que habían aprendido a desconfiar de la próxima orden. Un ejército podía sobrevivir a una derrota; lo difícil era convencerlo de que seguía siendo un ejército.

Mateo aceptó volver a trabajar con animales para las tropas, aunque juró no incorporarse de manera permanente.

Había aprendido que en tiempos de guerra la palabra permanente podía durar menos que una estación.

* * *

En enero de 1812 llegó a Buenos Aires otra noticia.

Castelli estaba gravemente enfermo. Jacinta leyó que el mal le afectaba la lengua y sintió una crueldad que parecía escrita por alguien con afición a las metáforas. El hombre conocido por hablar estaba perdiendo precisamente la posibilidad de hacerlo mientras un proceso intentaba decidir responsabilidades por la campaña.

No necesitaban dedicarle un capítulo a su muerte para que la ausencia pesara. Bastaba observar cómo su nombre empezaba a aparecer menos en las conversaciones. Así desaparecían algunos hombres: primero del poder, después de las mesas, finalmente de la memoria cotidiana.

Unos meses antes todos sabían quién era Castelli.

Pronto alguien preguntaría cuál.

* * *

Febrero encontró a Manuel Belgrano junto al Paraná.

León lo supo, como sabía casi todo, por un papel.

Rosario. Baterías. Defensa del río. Una bandera nueva que el gobierno todavía no sabía cómo acomodar dentro de sus instrucciones.

Y, el mismo día, otro documento.

GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO DEL NORTE.

MANUEL BELGRANO.

Jacinta leyó el nombramiento sobre la mesa de la imprenta. Recordó las bromas de 1810 sobre el abogado enviado al Paraguay. Recordó que había perdido. Recordó también que, a pesar de eso, lo mandaban otra vez hacia un ejército.

—Parece que perder no alcanza para librarse del trabajo

—dijo León.

En el Norte, la noticia tardó semanas.

Mateo estaba ajustando una cincha cuando un sargento anunció que tenían general nuevo. Casi nadie dejó de hacer lo que estaba haciendo. Habían visto pasar demasiados nombres por encima de sus cabezas para impresionarse con otro.

Cuando escucharon Belgrano, alguien preguntó si era el abogado.

Otro dijo que estaban jodidos.

Mateo siguió trabajando.

No conocía a Belgrano. Tampoco el hombre que se quejaba. Por primera vez decidió que tal vez convenía esperar a ver qué clase de problema era antes de maldecirlo.

A lo lejos, hacia el norte, las montañas seguían llenas de caminos.

Por uno volvería el enemigo.

Por otro llegarían noticias.

Por otro marcharía un general que todavía ignoraba que, pocos meses después, tendría que pedirle a un pueblo entero que abandonara sus casas.

En Jujuy, Lorenza Soria todavía tenía una mesa, una puerta, dos hijos y una casa en pie.

Todavía.

# VII

## El general de las malas noticias

*Yatasto y Jujuy, marzo-mayo de 1812*

El general llegó acostado.

Eso fue lo primero que Baltasar Cuéllar contó durante años cuando alguien le preguntaba por Manuel Belgrano. No habló de banderas ni de discursos. No recordó una entrada solemne, ni una escolta que levantara polvo, ni el brillo de una espada bajo el sol. Recordó un carruaje. Recordó una puerta que se abrió con dificultad. Recordó a un hombre pálido que necesitó unos segundos antes de poner los pies en el suelo.

Aquel 26 de marzo el aire de Yatasto olía a cuero, sudor de animal y tierra reseca. El verano se retiraba sin apuro y había dejado en los caminos una capa fina de polvo que entraba en los ojos, se pegaba a las pestañas y terminaba crujiendo entre los dientes. Los hombres esperaban al nuevo jefe con esa mezcla de curiosidad y desconfianza que produce todo reemplazo: querían saber si el recién llegado traía armas, dinero o, al menos, una explicación.

Traía fiebre.

Belgrano había hecho parte del viaje tendido porque el cuerpo no le permitía otra cosa. Cuando descendió, asistido por un ayudante, sus botas tocaron el suelo como si también ellas tuvieran que acostumbrarse a la idea de sostenerlo.

Mateo Quispe sujetaba una mula inquieta a pocos pasos. Había visto llegar oficiales desde Buenos Aires antes. Algunos descendían del caballo como si el territorio empezara donde ellos ponían el pie. Aquel hombre, en cambio, parecía haber llegado después de pelear primero contra el camino.

—Ése no puede ser

—murmuró un soldado.

Mateo observó la delgadez del recién llegado, el rostro agotado, la manera en que disimulaba el esfuerzo de mantenerse derecho.

—Parece bastante general

—dijo.

El soldado escupió al suelo.

—Parece enfermo.

Mateo ajustó la cincha de la mula.

—Una cosa no impide la otra.

El soldado volvió a mirar al hombre que acababan de enviarles.

—Estamos jodidos.

Mateo no respondió. Hacía meses que esa frase había dejado de ser una opinión.

* * *

El ejército que Belgrano recibió tenía demasiados nombres para tan pocos hombres.

Ejército Auxiliador. Ejército del Perú. Ejército del Norte.

Baltasar prefería otro: los que quedaban.

Quedaban hombres con fiebre y hombres que todavía llevaban en los pies el barro seco de otra derrota. Quedaban soldados sin zapatos, algunos con las plantas envueltas en tiras de cuero. Quedaban fusiles cuya llave no hacía chispa, bayonetas sin fusil y fusiles sin bayoneta. Quedaban oficiales que discutían reglamentos porque discutir la realidad resultaba más humillante. Quedaban también silencios.

Huaqui seguía metido en los cuerpos.

A veces no hacía falta pronunciar el nombre. Bastaba que un caballo relinchara de noche para que un veterano despertara de golpe. Bastaba un grito detrás de una carpa. Bastaba ver una columna de polvo a lo lejos. Los hombres que habían regresado del Alto Perú habían aprendido que un ejército podía dejar de serlo en una tarde y convertirse en cientos de individuos buscando el mismo camino hacia el sur.

Baltasar Cuéllar era pardo libre, curtidor cuando había cuero y soldado cuando alguien decidía que faltaban soldados. Tenía treinta y dos años y una cicatriz bajo la mandíbula que no provenía de ninguna batalla. Decía que se la había hecho afeitándose. La verdad era una pelea con su cuñado por una gallina, y le parecía más digno dejar que todos imaginaran un sablazo.

Belgrano pasó frente a su compañía durante la primera inspección.

No llevaba la espada desnuda. No levantaba la voz. Eso obligaba a escuchar más.

Se detenía, preguntaba, esperaba una respuesta y, cuando la respuesta era vaga, volvía a preguntar.

—¿Cuántos fusiles útiles?

—Ciento ochenta y seis, mi general.

Belgrano tomó el primero que tuvo a mano. Accionó la llave. Nada. Lo intentó otra vez. El metal se movió con una lentitud fatigada.

Miró al sargento.

—Ciento ochenta y cinco.

Siguió caminando.

Baltasar esperó hasta que se alejara.

—Me cae mal.

Mateo apareció detrás con una cincha sobre el hombro.

—Todavía no habló con vos.

Baltasar miró al general, que acababa de ordenar contar cartuchos de una caja abierta.

—Por eso.

La broma sobrevivió unos segundos. Después volvió el ruido de fondo: moscas, animales, tos, un martillo, una discusión por agua. No parecía el lugar desde el cual pudiera salvarse una revolución. Parecía un campamento que necesitaba jabón.

* * *

Belgrano pasó esa noche leyendo partes que no mejoraban al ser leídos dos veces.

La mesa era pequeña. La vela quemaba mal. Cada tanto una polilla chocaba contra el vidrio y caía aturdida. Afuera, alguien gemía por la fiebre. Más lejos, un hombre cantaba muy bajo una canción que Belgrano no conocía.

Pueyrredón le había entregado un ejército derrotado y una frontera demasiado grande. El enemigo estaba al norte. Buenos Aires estaba lejos. Entre uno y otro había pueblos que esperaban protección, comerciantes que esperaban que no se interrumpieran los caminos, campesinos que sólo querían que nadie se llevara la cosecha y familias que habían empezado a preguntar qué ocurriría si los realistas volvían.

El gobierno enviaba instrucciones. Las instrucciones cabían en una hoja. La distancia entre una orden y la posibilidad de cumplirla podía medirse en semanas.

Un ayudante entró con un parte de Jujuy.

Belgrano leyó cifras incompletas: enfermos, animales, armas. Había demasiados "aproximadamente", demasiados "se calcula", demasiados "se cree". Levantó la vista.

—Quiero números.

El ayudante asintió.

—Y quiero saber dónde está Güemes.

—Con la vanguardia. Llegó un informe suyo esta mañana.

Belgrano extendió la mano.

El papel olía a viaje. Sudor, cuero y polvo. Eso también era información.

* * *

Martín Miguel de Güemes llegó al día siguiente con el uniforme cubierto por la misma tierra que cubría a sus hombres.

No pidió disculpas por su aspecto. Belgrano tampoco se las pidió por el suyo.

Se estudiaron sin ceremonial. Uno era abogado convertido en general. El otro conocía la frontera con una precisión que no cabía en los mapas.

Hablaron de quebradas, postas, aguadas y distancias. Del tiempo que tardaba una mula cargada en recorrer un camino que un jinete solo hacía en la mitad. De dónde podía dormir una partida sin ser vista. De qué estancias entregarían

caballos y cuáles esconderían hasta la última yegua si no se las obligaba.

Belgrano entendió pronto que el Norte no era una línea. Era una suma de caminos menores, lealtades frágiles, familias entrelazadas y rumores que se movían más rápido que cualquier correo oficial.

Güemes le señaló una zona al norte de Jujuy.

—Si los espera ahí, va a tener que estar en todas partes.

Belgrano apoyó una mano sobre el mapa.

—No puedo.

—Ellos tampoco.

Era la primera idea realmente útil que había escuchado desde que había llegado.

* * *

Rosa Medina vio al general nuevo dos semanas después.

Lo vio desde lejos, cruzando la plaza, rodeado de hombres que le hablaban al mismo tiempo. Era más flaco de lo que esperaba. Caminaba rápido, como si moverse pudiera reemplazar las horas de sueño que no tenía.

Fermín Aráoz lo observaba con una curiosidad casi religiosa.

Rosa no.

Habían pasado meses llevando mensajes entre puestos, estancias y pequeños destacamentos. A veces para Güemes. A veces para oficiales cuyos nombres olvidaban antes de regresar. A veces para hombres que preferían no explicar a quién respondían. Habían aprendido que la guerra no estaba hecha sólo de batallas. Estaba hecha de saber qué camino seguía abierto, cuántos animales quedaban, qué arriero podía guardar silencio y cuál vendería una noticia por dos monedas.

La nueva orden era contar animales.

Todos.

Caballos. Mulas. Bueyes.

Rosa leyó el papel dos veces. No porque no entendiera. Porque sí entendía.

Un ejército cuenta animales cuando necesita moverse.

Y un ejército que mira hacia el norte pero cuenta las mulas hacia el sur está pensando en dos cosas: huir o sobrevivir.

* * *

En Jujuy, Lorenza Soria oyó por primera vez el nombre de Belgrano mientras amasaba pan.

La cocina estaba tibia. El olor de la masa fermentada cubría por un rato el olor de la leña húmeda. Su hijo Simón, de seis años, construía una fortaleza con huesos de durazno. Martina, de once, raspaba una olla con arena porque ya no quedaba suficiente jabón para desperdiciarlo en grasa vieja.

La vecina apareció sin golpear.

Traía noticias. En aquellos meses la gente llegaba a las casas con noticias como antes llegaba con harina.

El general nuevo venía. Iba a poner orden. Los realistas avanzaban. Había un arriero que juraba haberlos visto. Eran muchos. Quizá demasiados. Venían para quedarse.

Lorenza dejó de amasar sólo cuando escuchó eso último.

Miró a sus hijos.

Simón había conseguido que tres huesos se mantuvieran parados encima de una tabla.

—Mirá, mamá. No se cae.

Lorenza volvió a hundir las manos en la masa.

—Hacelo más fuerte.

No sabía si hablaba del fuerte.

* * *

Belgrano llegó a Jujuy con una obsesión que los soldados aprendieron a odiar antes de agradecerla.

Orden.

Formaban y volvían a formar. Limpiaban armas. Contaban cartuchos. Separaban enfermos. Registraban animales. Los partes debían tener números y los números debían poder comprobarse.

Baltasar recibió zapatos. Dos. Ninguno era exactamente de su tamaño.

Los miró con resignación.

—Esto es disciplina.

Mateo le sostuvo la mirada.

—Eso es dolor.

Poco a poco el campamento cambió de sonido. Menos discusiones inútiles. Más martillos. Menos hombres buscando algo que nadie sabía dónde estaba. Más listas.

No era todavía un buen ejército.

Era un ejército que empezaba a recordar que podía serlo.

Una tarde Belgrano salió a caballo y encontró una columna de familias que llegaba desde el norte. Nadie las llamaba refugiados. Eran parientes que venían “por unos días”, comerciantes que habían decidido traer las cosas “antes”, mujeres que preferían esperar “más cerca”. Todos tenían una forma de nombrar el miedo sin pronunciarlo.

Una niña caminaba junto a una carreta con una jaula donde dos gallinas se golpeaban entre sí cada vez que una rueda caía en un pozo.

Belgrano preguntó de dónde venían.

—Tilcara.

—¿Por qué?

El padre miró hacia atrás.

—Por las dudas.

Belgrano siguió la dirección de su mirada.

Las dudas venían cada vez más cerca.

# VIII

## Quemar la casa

*Jujuy, julio-agosto de 1812*

Lorenza supo que la guerra había entrado en su casa cuando un hombre del Cabildo golpeó la puerta y le explicó, con una voz demasiado administrativa, que quizá tendría que destruirla.

Lo escuchó hasta el final.

La explicación estaba llena de palabras que no pertenecían a una cocina: recursos, retirada, enemigo, disposiciones, cumplimiento. Detrás del hombre, la calle seguía siendo la misma. Una gallina escarbaba junto a una pared. Una niña llevaba agua. Más lejos un carpintero martillaba una tabla. Era absurdo que el mundo conservara su forma mientras alguien le decía que pronto debía prender fuego a la casa donde habían nacido sus hijos.

Lorenza cerró la puerta.

El hombre volvió a golpear.

—Señora Soria.

—Ya escuché.

—Tengo que dejar constancia.

—Deje constancia de que se vaya al carajo.

Martina abrió mucho los ojos. Simón se tapó la boca para no reírse.

Del otro lado hubo un silencio herido.

—Voy a volver mañana.

Lorenza apoyó la frente contra la madera.

—Traiga otra casa.

Cuando se alejó, nadie habló.

La cocina volvió a ser sólo cocina. El horno. La mesa marcada por los años. Una grieta sobre la pared donde su marido había dicho tantas veces que algún día pondría cal. Una mancha oscura junto a la puerta que no salía ni con arena. Objetos que hasta esa mañana habían sido invisibles porque siempre habían estado ahí.

Martina fue la primera en preguntar.

—¿Es verdad?

Lorenza miró alrededor.

—No sé.

Era una mentira pequeña. Ya lo sabía.

* * *

El bando se leyó en la plaza más de una vez.

Los que sabían leer lo repitieron para los que no. Los que no entendían pidieron que se lo explicaran. Los que entendían desearon no haber preguntado.

Había que marchar.

Había que llevar animales, víveres, herramientas, mercadería, cuero, pólvora, todo aquello que pudiera moverse. Lo que no pudiera moverse no debía quedar útil para el enemigo.

La plaza se llenó de una quietud extraña. Nadie estaba inmóvil, pero todos parecían haber quedado detenidos por dentro.

Un viejo preguntó adónde se suponía que debía ir.

Nadie respondió enseguida.

Una mujer quiso saber quién pagaría los animales que murieran en el camino. Otro preguntó qué ocurriría con los enfermos. Alguien empezó a gritar que no iba a dejar su tienda. Otro lo hizo callar. Un sacerdote intentó ordenar las preguntas y terminó levantando la voz más que todos.

Las palabras del bando eran duras. Quien se negara podía ser tratado como traidor. Quien intentara sustraerse a la orden podía enfrentarse a castigos extremos.

Belgrano había escrito aquello sabiendo que iba a ser odiado.

Eso no hacía más liviana una sola carreta.

* * *

Rosa escuchó la lectura desde el borde de la plaza.

No miraba al pregonero. Miraba a la gente.

El miedo verdadero rara vez estaba en quien gritaba. Estaba en la mujer que hacía cuentas con los dedos. En el viejo que no preguntaba nada porque ya sabía que no podía caminar. En el muchacho que miraba a su madre y luego a la mula, calculando cuál de los dos aguantaría más kilómetros.

Fermín estaba a su lado.

—Es una locura.

Rosa tardó en contestar.

Había visto los partes. Sabía lo que avanzaba desde el norte. Sabía también que un ejército realista que encontrara alimento, techos y animales avanzaría mejor que uno obligado a perseguir una población a través de un territorio vacío.

—Una locura sería dejarles todo servido.

Fermín miró la plaza.

—Hay gente que no va a llegar.

Rosa apretó la mandíbula.

—Ya sé.

El problema de las decisiones militares era ése: podían ser correctas y crueles al mismo tiempo.

* * *

Belgrano no durmió aquella noche.

Tampoco durmieron cientos de personas en Jujuy, pero él era el único que había firmado la orden que les impedía hacerlo.

Los partes empeoraban. Pío Tristán avanzaba. Las fuerzas patriotas no podían sostener la ciudad con garantías. Buenos Aires había ordenado retroceder hacia Córdoba. En los mapas todo parecía lógico: negar recursos, salvar al ejército, ganar distancia.

En la realidad, cada flecha trazada hacia el sur atravesaba una casa.

Cada palabra -ganado, depósito, cosecha- pertenecía a alguien.

Un ayudante dejó un informe sobre la mesa. Había resistencia entre los vecinos. Algunas familias se negaban a preparar la marcha.

Belgrano apoyó ambas manos sobre la madera.

Podía imaginar los argumentos porque él mismo los había pensado antes de escribir el bando. Si dejaban trigo, comerían los realistas. Si dejaban animales, los montarían. Si dejaban techos, dormirían bajo ellos. Si la población se quedaba, podía ser utilizada, castigada o convertida en rehén de la ocupación.

Nada de eso cambiaba el hecho de que estaba pidiendo a personas que destruyeran lo que habían tardado una vida en construir.

—No necesito que me quieran

—dijo, más para sí que para el ayudante.

El hombre no respondió.

Belgrano miró la llama de la vela hasta que le dolieron los ojos.

—Necesito que lleguen vivos.

* * *

Mateo Quispe encontró a Baltasar sentado sobre una caja de municiones, observando los zapatos que había recibido.

Alrededor desmontaban depósitos. Cada objeto parecía estar despidiéndose de su lugar. Barriles rodaban hacia carros. Sacos de harina desaparecían bajo lonas. Herramientas que durante años habían colgado de una pared eran envueltas, atadas, numeradas.

Baltasar tenía la expresión de quien escucha una conversación que no quiere tener.

—Mi madre vive en Tucumán

—dijo de pronto.

Mateo lo miró.

Era la primera vez que hablaba de su familia.

—También mi sobrina.

—¿Edad?

—Siete.

Mateo miró hacia el sur. No había nada que ver salvo camino.

—Entonces caminá.

Baltasar soltó una risa corta.

—Todavía no salimos.

Mateo señaló los carros.

—Hace días que estamos saliendo.

* * *

Los rumores llegaron antes que el enemigo.

Siempre lo hacían.

En las pulperías se pronunciaban nombres que quedaban lejos: Cochabamba, Potosí, Chuquisaca. Cada nombre traía una historia. Pueblos castigados. Hombres colgados en plazas. Mujeres golpeadas. Casas tomadas. Iglesias que no habían protegido a nadie.

Algunas cosas habían ocurrido. Otras habían ocurrido de otra manera. Otras no habían ocurrido nunca.

El miedo no hacía esas distinciones.

Una mujer afirmó que los realistas degollaban niños de familias patriotas. Otra juró que su primo había visto algo parecido. Un hombre aseguró que era mentira y recibió un puñetazo por decirlo.

Fermín preguntó a Rosa qué creía.

Ella estaba junto a un corral, anotando animales para la retirada. El olor a estiércol y cuero caliente resultaba más soportable que la conversación.

Rosa no sabía si un oficial ordenaría matar niños. Sí sabía que un ejército con hambre, cansancio, resentimiento y miedo podía hacer cosas que luego ningún oficial escribiría en un parte.

Miró hacia donde dos pequeños jugaban con una rueda rota.

—No pienso averiguarlo con ellos acá.

Fermín tocó el crucifijo bajo la camisa.

Rosa lo vio y siguió contando caballos.

* * *

Martina escondió una cuchara.

Era de metal opaco, gastada en el borde, con una marca en el mango. Había pertenecido a su abuela. Lorenza la descubrió cuando empezó a separar lo que podía cargarse y lo que debía quedar.

—Todo pesa

—dijo.

Martina sostuvo la cuchara con ambas manos.

—Esto no.

Lorenza quiso responder que así empezaba todo. Una cuchara. Después una olla. Una manta. Una silla. Una caja. Una puerta.

Entonces vio la expresión de la niña.

Su madre había muerto en aquella casa. Su marido también. No el mismo día. No por la misma razón. La casa sabía guardar ausencias.

—Guardala.

Martina alzó la cabeza.

—Dijiste que todo pesa.

Lorenza tomó la cuchara y se la devolvió.

—Hay cosas que pesan aunque las dejes.

La niña no entendió del todo.

Lorenza sí.

* * *

Güemes partió hacia Santiago del Estero con órdenes de reunir hombres, caballos y ganado.

Fermín lo vio alejarse desde una loma. La partida se hizo pequeña con rapidez, tragada por el polvo del camino.

Rosa permaneció a su lado.

Las ausencias tenían mala reputación en aquella guerra. A veces un hombre era enviado lejos porque resultaba útil. A veces porque molestaba. A veces ambas cosas eran ciertas y nadie se molestaba en decidir cuál pesaba más.

Rosa no sabía todavía qué significaría la distancia entre Güemes y el Ejército del Norte.

Sabía solamente que los caminos que él conocía seguirían existiendo aunque él no estuviera.

Y que alguien tendría que recorrerlos.

* * *

El 22 de agosto nadie en Jujuy durmió bien.

La ciudad sonaba distinta.

No era silencio. Era el ruido de quienes intentaban hacer sin ruido algo que no querían hacer.

Baúles cerrándose. Correajes. Una mula golpeando el suelo. Llantos breves detrás de una pared. Un hombre que discutía con su padre porque el viejo se negaba a subir a una carreta. Una mujer desarmando por tercera vez el mismo atado porque seguía pesando demasiado.

Lorenza se sentó en el piso de la cocina ya casi vacía.

Sin objetos, la habitación parecía más grande. También menos propia.

Simón dormía sobre una manta. Martina estaba acostada con los ojos abiertos.

—¿La vamos a quemar?

—preguntó la niña.

Lorenza miró las paredes.

—Sí.

—¿Toda?

—Toda.

Martina tragó saliva.

—¿Y cuando volvamos?

La palabra cuando fue una misericordia. No si.

Lorenza tardó en contestar.

—La hacemos de nuevo.

—¿Igual?

Lorenza observó la grieta encima del horno, la mancha de humo, la puerta que nunca cerraba bien en invierno.

—Mejor.

Martina aceptó la respuesta.

Lorenza no.

* * *

Al amanecer del 23 de agosto, Jujuy comenzó a caminar.

No ocurrió de golpe.

Una carreta salió de una calle. Después otra. Una familia apareció con dos niños y un bulto. Un viejo subió a un carro ayudado por tres hombres. Un soldado gritó que había que avanzar. Nadie le hizo caso hasta que otro soldado repitió lo mismo con menos autoridad y más cansancio.

Las puertas se cerraban por costumbre aunque detrás quedaran habitaciones destinadas al fuego.

Había gente que se persignaba antes de dejar la casa. Otros insultaban. Algunos no hacían nada. Miraban.

Lorenza salió con sus hijos.

Martina llevaba la cuchara escondida bajo la ropa. Simón abrazaba una figura de madera que su padre le había tallado antes de morir.

A media cuadra Lorenza se detuvo.

—Esperen acá.

Martina entendió.

—No.

Lorenza se arrodilló frente a ella.

La niña empezó a llorar sin ruido.

—No quiero que la quemes.

Lorenza tampoco.

Por un instante pensó en no hacerlo. La idea fue tan simple que pareció razonable: volver, cerrar la puerta, esperar. Quizá el enemigo tardaría. Quizá no entraría. Quizá todos los rumores fueran mentira. Quizá una casa pudiera proteger a una familia sólo por haberlo hecho antes.

Entonces miró hacia el norte.

La quebrada seguía allí, abierta como una garganta.

No pensaba apostar la vida de sus hijos a un quizá.

—Andá con tu hermano.

Martina obedeció.

Lorenza volvió a entrar.

La casa estaba fresca. El horno apagado. Durante un segundo escuchó un eco de cosas que ya no estaban: su marido riéndose, la voz de su madre, los pasos de los chicos más pequeños.

Puso paja seca junto a la madera. Aceite. Una brasa.

La llama fue pequeña.

Eso fue lo peor.

Una cosa tan pequeña no debería poder destruir una vida entera.

Tardó en prender. Luego encontró una tabla. Después otra.

Lorenza salió.

No cerró la puerta.

A media cuadra Martina esperaba con Simón.

—¿Ya está?

Lorenza tomó la mano del niño.

Detrás, algo crujió.

—Ahora sí.

Empezaron a caminar.

Durante los primeros cien pasos ninguno miró atrás.

# IX

## Los que miraron atrás

*Camino al sur, agosto-septiembre de 1812*

Todos miraron atrás.

Algunos una vez. Otros cada cien pasos. Algunos juraron que no lo harían y giraron al escuchar el primer techo desplomarse.

Lorenza esperó hasta que Jujuy empezó a quedar detrás de una ondulación del camino. Entonces se volvió.

El humo no salía de un solo lugar. Se levantaba en columnas distintas y se mezclaba sobre la ciudad hasta formar una nube sucia. Desde aquella distancia no podía distinguir su casa.

Eso fue peor.

Mientras la veía arder, la casa seguía siendo suya. Cuando dejó de saber cuál era, pasó a formar parte de algo mucho más grande y mucho menos soportable.

Simón también miró.

—Se quema todo.

Lorenza le apretó la mano.

El niño preguntó qué pasaría si llovía.

Martina le dijo que se callara.

Lorenza no la corrigió.

A veces una pregunta de un niño podía ser demasiado pesada para una columna entera.

* * *

El Éxodo no parecía una retirada militar.

Parecía que alguien hubiera tomado una ciudad, la hubiera dado vuelta y hubiera derramado su contenido sobre el camino.

Camas atadas a carros. Herramientas. Jaulas. Imágenes religiosas envueltas en mantas. Gallinas dentro de bolsas con agujeros. Una mujer llevaba una maceta. Un hombre cargaba un reloj de pared contra el pecho y caminaba descalzo.

Nadie sabía muy bien cómo se elegía qué parte de una vida merecía salvarse.

El calor del día subía desde la tierra. Por la noche el frío bajaba rápido y se metía en las mantas. Las ruedas abrían surcos. Los animales avanzaban con la cabeza baja. El polvo cubría la piel hasta borrar edades y colores.

Los niños dejaron de preguntar cuándo llegaban al tercer día.

Los adultos dejaron de responder antes.

* * *

Belgrano cabalgaba de un extremo al otro de la columna como si pudiera multiplicarse.

Las órdenes se contradecían porque la realidad también lo hacía.

Más rápido.

No abandonen rezagados.

No dejen animales.

Ayuden a los carros.

No pierdan tiempo.

Cada orden era correcta. Juntas eran imposibles.

Un oficial le informó que varias familias no podían mantener el ritmo. Una carreta había perdido una rueda. Dos ancianos no podían caminar. Un caballo se había abierto una pata.

Belgrano miró la columna extendida hacia el sur. No veía el final.

—Que reparen la carreta.

—No hay tiempo.

—Cambien la carga.

—No quedan carros.

El general cerró los ojos un instante.

—¿Qué propone?

El oficial no dijo nada.

Ése era el problema con muchas objeciones: llegaban completas; las soluciones, no.

Belgrano desmontó y ayudó a mover una caja para liberar espacio. Nadie comentó el gesto. No tenía nada de heroico. La caja seguía pesando lo mismo.

* * *

Mateo encontró a su hija al segundo día.

Luz caminaba con su tía junto a tres mulas. La cinta roja seguía atada a su muñeca.

Cuando lo vio, corrió.

Mateo la levantó y durante unos segundos dejó de oír la columna. Desaparecieron los ejes, los gritos, el polvo. Sólo sintió el peso de la niña contra el pecho.

Después miró a su hermana.

No preguntó por la casa inmediatamente. No hizo falta. Ella señaló hacia el humo que todavía podía verse al norte.

Mateo bajó a Luz.

La niña le tocó la cara.

—No estés triste.

—No estoy.

Ella lo miró con la seriedad de los niños que han aprendido demasiado pronto a reconocer una mentira.

—Mentiroso.

Mateo sonrió.

La palabra dolió menos que la verdad.

* * *

El tercer día murió un viejo junto al camino.

No fue el primero.

Fue el primero que Simón vio.

Estaba sentado contra un algarrobo, los ojos abiertos, las manos apoyadas sobre las rodillas como si esperara que alguien regresara a buscarlo.

—Está descansando

—dijo el niño.

Lorenza siguió caminando.

—Sí.

Martina la miró. Sabía.

Cien metros después Simón preguntó por qué el viejo no venía.

Lorenza contestó que estaba cansado.

El niño dijo que todos estaban cansados.

Martina tomó a su hermano de la otra mano.

No dijo nada.

Empezó a llorar.

El llanto duró poco. No porque se sintiera mejor. Porque llorar caminando también cansaba.

* * *

En la retaguardia, Baltasar disparó por primera vez desde Huaqui.

Un grupo de jinetes realistas apareció sobre una elevación y los hombres de Díaz Vélez respondieron. La distancia era grande. Tres tiros. Cinco. Un caballo se encabritó. Los jinetes desaparecieron.

Un recluta preguntó si aquello había sido combate.

Baltasar volvió a cargar.

No.

Era otra cosa.

Era la guerra golpeando la puerta para avisar que seguía detrás.

Los soldados miraron hacia el sur. La columna civil avanzaba lentamente, vulnerable, interminable.

A partir de ese momento todos escucharon cascos incluso cuando no había ninguno.

* * *

Rosa empezó a viajar más de noche.

Los caminos laterales estaban llenos de ojos.

Una mujer sabía que había pasado una partida porque el agua de su pozo amanecía turbia. Un viejo podía calcular cuántos hombres iban en una columna por el estiércol fresco. Un chico de doce años distinguía caballos de mula por una huella mal marcada.

Rosa le dio una moneda después de que corrigiera su cuenta.

—Diecisiete

—había dicho el chico.

Rosa había contado dieciocho.

El muchacho señaló una marca superpuesta.

—Ése volvió.

Tenía razón.

Rosa le ofreció la moneda para que siguiera mirando.

El chico respondió que ya miraba.

Entonces ella dijo que era para que no contara a otros lo que veía.

El chico guardó la moneda.

—Eso sale dos.

Rosa lo observó alejarse.

No todos los talentos terminaban en los partes.

* * *

El 3 de septiembre la retaguardia dejó de retroceder durante unas horas.

Las Piedras no fue una gran batalla. Para quienes llevaban semanas caminando hacia el sur, alcanzó.

Baltasar oyó la artillería. Vio hombres desplegarse. Vio al enemigo cerca, más cerca de lo que hubiera querido. Y luego vio algo que no veía desde hacía demasiado tiempo.

Realistas retrocediendo.

No huyeron. No se deshicieron. Retrocedieron lo suficiente para que una palabra olvidada circulara entre los hombres.

Ganamos.

La palabra se deformó mientras viajaba por la columna civil.

Cuando llegó a Lorenza, habían vencido a mil hombres. Cuando llegó a Simón, Belgrano había matado personalmente a veinte.

El niño preguntó si era verdad.

Lorenza miró a Martina.

La niña comprendió.

—Claro que sí

—dijo Lorenza.

Aquella noche Simón durmió mejor.

A veces una mentira podía ser abrigo.

* * *

El 9 de septiembre acamparon cerca de La Encrucijada.

Tucumán estaba cerca.

Córdoba también estaba en los papeles.

La orden del gobierno seguía siendo retroceder.

Belgrano leyó el despacho a la luz de una vela. Lo había leído tantas veces que ya no necesitaba las palabras.

Más al sur significaba más distancia del enemigo.

También significaba más camino para ancianos que apenas podían levantarse, más días para niños con fiebre, más carros rotos, más familias que no tenían ya nada que quemar porque lo habían quemado todo.

Un oficial preguntó qué harían.

Belgrano dobló el papel.

—Lo que ordenaron.

El hombre asintió.

Belgrano miró hacia los fuegos de las familias.

—Por ahora.

* * *

Esa noche Lorenza oyó que seguirían hasta Córdoba.

La mujer sentada junto a ella tenía un bebé dormido sobre las piernas. Se quitó una venda del pie y mostró la carne abierta.

—No llego.

Lorenza quiso decir que sí. Lo dijo.

La mujer negó con una serenidad que daba más miedo que el llanto.

—No llego.

Martina estaba despierta. Simón dormía con la boca abierta, agotado.

Lorenza miró hacia el sur.

No sabía cuántos días había hasta Córdoba. Le pareció una medida inútil. Podían ser cien leguas o el fin del mundo.

Por primera vez desde Jujuy deseó que el general de las malas noticias tuviera una buena.

# X

## Quedarse

*Tucumán, septiembre de 1812*

Baltasar Cuéllar llegó a Tucumán antes que la certeza.

La ciudad sabía que el ejército venía. Sabía también que detrás venían los realistas. Todo lo demás eran versiones.

En una pulpería alguien aseguraba que Belgrano continuaría hasta Córdoba. En la esquina siguiente juraban que se quedaría. Un hombre decía que Tristán traía seis mil. Otro que eran ocho. Una mujer afirmaba que había realistas ya infiltrados en la ciudad. Dos niños corrían detrás de una carreta gritando que venían los españoles hasta que una madre los hizo callar de un tirón.

Tucumán olía a polvo, fruta madura y miedo.

Baltasar encontró a su madre sentada frente a la casa, limpiando porotos como si la guerra fuera una molestia de otros.

Dominga lo vio acercarse y no se levantó.

—Estás más flaco.

Baltasar dejó el morral.

—Vos más vieja.

—Yo tengo permiso.

Pilar salió desde adentro. Siete años, dos trenzas desparejas, rodillas raspadas. Se le tiró encima con tanta fuerza que Baltasar casi perdió el equilibrio.

Durante unos segundos volvió a ser simplemente tío.

Después miró la casa.

El techo bajo. La puerta. La parra. La olla negra junto a la pared.

Pensó en Jujuy ardiendo.

—Puede que tengan que irse.

Dominga siguió separando porotos buenos de malos.

—No.

No discutió. No preguntó. No necesitó una explicación.

Baltasar comprendió que había llegado al final de algo.

* * *

Belgrano recibió a los enviados tucumanos de pie.

Había dormido poco durante semanas y el cansancio empezaba a cambiarle el rostro. No lo volvía más débil. Lo volvía más seco.

El combate de Las Piedras había levantado la moral, no multiplicado fusiles. El enemigo seguía siendo superior. La orden desde Buenos Aires seguía siendo retirarse hasta Córdoba.

Los hombres de Tucumán ofrecían otra cosa.

Caballos. Ganado. Dinero. Voluntarios. Lanzas improvisadas. Gente que conocía el terreno. Tiempo.

Y algo que no podía anotarse en una columna de un parte: decisión.

Uno de los enviados explicó que muchas familias ya no podían seguir marchando. Viejos. Niños. Enfermos. Gente llegada desde Jujuy que había abandonado la casa y la cosecha.

Belgrano ya lo sabía.

Saberlo en un informe no era lo mismo que escucharlo en la voz de un hombre que tenía familia en esas calles.

El gobierno había ordenado retroceder.

El gobierno no tenía a Tristán detrás.

La frase quedó flotando en la habitación.

Belgrano no se ofendió. Miró por la ventana.

Afuera una mujer cruzaba llevando un niño dormido. Un perro husmeaba una cuneta. Un soldado arrastraba una caja de municiones con la ayuda de un vecino.

Durante meses había intentado salvar al ejército.

La pregunta era para qué servía salvarlo si para hacerlo debía abandonar todo aquello que se suponía que el ejército defendía.

* * *

Lorenza llegó con los chicos dos días después.

No entró a Tucumán caminando.

Cayó antes.

Las piernas dejaron de responder sin aviso. No fue un desmayo. Fue una huelga.

Martina gritó. Simón se quedó quieto.

Un soldado apareció con agua. Piel oscura, una cicatriz bajo la mandíbula, zapatos demasiado grandes.

Lorenza quiso decir que tenía agua. El hombre le acercó igual la cantimplora.

Bebió.

El líquido estaba tibio y tenía gusto a cuero. Le pareció extraordinario.

El soldado se llamaba Baltasar.

Simón miró la cicatriz y preguntó si se la habían hecho en batalla.

Baltasar dijo que afeitándose.

El niño frunció el ceño.

—Mi mamá dice que los hombres mienten mal.

Lorenza cerró los ojos.

Por primera vez en semanas oyó una risa que no sonó culpable.

* * *

En los días siguientes Tucumán empezó a convertirse en fortaleza sin dejar de ser ciudad.

Eso era lo extraño.

Una mujer amasaba mientras afuera cavaban una zanja. Un carpintero arreglaba una ventana y, al terminar, se iba a clavar estacas en una bocacalle. Las campanas seguían sonando. Los vendedores seguían ofreciendo lo poco que quedaba. Los chicos aprendieron a no tocar los montones de pólvora.

Se cerraron calles. Se distribuyeron piezas. Llegaron hombres de la campaña con armas que parecían inventadas esa mañana: cuchillos atados a tacuaras, lanzas desparejas, viejos fusiles, sables que habían pertenecido a otra guerra.

Rosa examinó una lanza improvisada. El cuchillo estaba sujeto con tiras de cuero.

—Esto se rompe.

El paisano la tomó.

—Después de entrar.

Rosa entendió lo que quería decir.

No preguntó en qué.

* * *

Fermín pensaba en Güemes más de lo que decía.

Seguía lejos, reuniendo hombres y caballos. El Norte empezaba a acostumbrarse a luchar sin tener a todos sus hombres en el mismo sitio.

Rosa no parecía preocupada.

En realidad lo estaba de otra forma.

Los caminos de Güemes seguían funcionando. Paisanos, arrieros, mujeres, chicos. La información llegaba. No hacía falta que un hombre estuviera presente para que existiera una red de ojos alrededor del enemigo.

Rosa comprendía mejor que Fermín algo que todavía no tenía nombre: aquella guerra iba a sobrevivir a los ejércitos regulares porque estaba mezclándose con la vida cotidiana.

Una mujer podía vender pan y contar caballos.

Un pastor podía cuidar cabras y saber dónde durmió una partida.

Un niño podía jugar junto a un camino y memorizar uniformes.

Era difícil conquistar un territorio cuando el territorio miraba.

* * *

Belgrano escribió al gobierno el 12 de septiembre.

La pluma avanzó despacio.

No pidió permiso. Explicó.

Las circunstancias eran apuradas. Retirarse bajo presión podía destruirlo todo. La gente de Tucumán estaba dispuesta a sacrificarse junto al ejército si se trataba de defender su tierra.

Cuando terminó, dejó la pluma sobre la mesa.

Había desobediencias que empezaban mucho antes de que alguien las nombrara así.

El correo partió hacia Buenos Aires.

La decisión se quedó en Tucumán.

* * *

Baltasar habló con Dominga esa noche.

La casa estaba oscura. Pilar dormía en un rincón. Afuera pasaban hombres y caballos.

Baltasar intentó convencer a su madre de que preparara cosas por si debían marcharse.

Dominga lo escuchó. No discutió enseguida.

Después miró las manos de su hijo.

Habían cambiado. Más callos. Una quemadura vieja. Tierra incrustada debajo de las uñas.

—¿Vos te vas a ir si atacan?

Baltasar entendió la trampa.

—No.

—Entonces dejame elegir mi miedo.

La frase lo dejó sin respuesta.

Dominga señaló a Pilar.

—Yo también quiero vivir. Pero no me queda otro Tucumán atrás.

Baltasar pensó en Córdoba.

Por primera vez la palabra le sonó obscena.

* * *

Lorenza no tenía casa que defender en Tucumán.

Dormía con sus hijos en un galpón junto a otras familias. Por la noche el aire se llenaba de toses, ronquidos, bebés, murmullos y el ruido húmedo de quienes lloraban tratando de no despertar a nadie.

Simón tenía fiebre baja. Martina ya no preguntaba cuándo volvían a Jujuy.

Eso preocupaba más que las preguntas.

Un rumor recorrió el galpón: el ejército seguiría hacia Córdoba.

Lorenza sintió una rabia limpia, casi descansada.

Habían quemado su casa. Habían caminado semanas. Sus hijos dormían sobre paja prestada. Y todavía se suponía que el camino debía seguir.

Baltasar apareció con pan.

Lorenza no le preguntó cómo estaba.

—¿Nos vamos?

Él tardó demasiado.

Ella cerró los ojos.

—Todos ustedes dicen no sé.

Baltasar miró a Simón.

—Hay gente que quiere quedarse.

—¿El general?

Otra vez esa pausa.

Lorenza abrió los ojos.

—Te voy a pegar.

Baltasar casi sonrió.

—Esperá después de la batalla.

La palabra quedó entre ambos.

Batalla.

Hasta entonces todo había sido retirada.

* * *

La noche del 22 de septiembre, un recluta joven preguntó a Baltasar qué ocurriría si perdían.

Estaban afilando bayonetas.

El muchacho dijo que podían correr.

Baltasar siguió pasando la piedra sobre el metal.

Pensó en Dominga. En Pilar. En Lorenza y sus hijos. En los viejos que habían llegado sentados sobre carros. En la mujer de los pies abiertos. En quienes ni siquiera tenían una mula.

—Algunos podemos correr.

El joven dejó de afilar.

Baltasar señaló con la cabeza hacia la ciudad.

No necesitó explicar demasiado.

Atrás estaban los que no podían.

El muchacho miró hacia las luces de Tucumán.

—Entonces no podemos perder.

Baltasar pasó el pulgar con cuidado sobre el filo.

—Ahora entendiste.

* * *

Belgrano recorrió las posiciones la víspera del combate.

No pronunció un gran discurso.

Preguntó por agua. Por pólvora. Por caballos. Por los hombres que faltaban. Por los que habían llegado sin armas. Vio lanzas improvisadas y una pieza cuya rueda necesitaba reparación. Vio voluntarios intentando parecer soldados y soldados intentando no mirar

hacia la ciudad.

A la salida de una posición encontró bajo un alero a una mujer con dos chicos.

Reconoció a Lorenza porque la había visto en el camino y porque algunas caras se quedaban aunque uno no supiera su nombre.

Ella también lo reconoció.

Durante un segundo quiso decirle todo.

Mi casa.

Mis hijos.

El hambre.

El camino.

Los muertos al costado.

En cambio preguntó:

—¿Nos vamos otra vez?

Belgrano miró hacia el norte.

—No.

Lorenza sostuvo su mirada.

—¿Seguro?

El general respiró.

—No.

Fue la primera respuesta que ella le creyó.

Esa noche Tucumán no durmió.

Los soldados prepararon armas.

Los civiles cerraron puertas.

Las madres acostaron a los niños vestidos.

Y por primera vez desde Jujuy, el miedo no tenía dirección.

No venía sólo desde el norte.

Estaba en todas partes.

# XI

## El polvo

*Tucumán, 24 de septiembre de 1812*

El día de la batalla amaneció demasiado hermoso.

A Baltasar le pareció una falta de respeto.

Esperaba nubes, viento, alguna señal de que el mundo comprendía lo que iba a ocurrir. En cambio había un cielo limpio, pájaros sobre los árboles y una luz dorada entrando por los bordes de las casas. El aire todavía era fresco. Por unas horas, Tucumán parecía una ciudad cualquiera.

Eso duró hasta que empezaron a moverse los hombres.

Los sonidos cambiaron primero.

Botas. Riendas. Metal. Órdenes pronunciadas bajo. Rodas de artillería sobre tierra seca. Una tos nerviosa. El chasquido de una piedra de chispa probada una vez más.

Baltasar revisó su cartuchera.

El recluta joven de la noche anterior estaba a su lado. Tenía la cara pálida y fingía ajustar una correa que ya estaba ajustada.

—No mires atrás

—dijo Baltasar.

El muchacho obedeció durante dos segundos.

Después miró.

Detrás estaba la ciudad.

* * *

Lorenza despertó antes de los cañones.

No porque hubiera dormido.

Simón tenía menos fiebre. Martina estaba sentada junto a la puerta con la cuchara de su abuela en la mano. Había pasado la noche limpiándola con un trapo hasta dejarla casi brillante.

Afuera cruzaron dos soldados corriendo. Después un caballo sin jinete. Luego nada.

La ciudad parecía contener el aire.

Martina preguntó si era hoy.

Lorenza dijo que sí.

No agregó nada.

Había aprendido que las palabras grandes no servían para ciertas mañanas.

* * *

Belgrano salió antes de que el sol subiera demasiado.

El terreno al oeste de la ciudad era una mezcla de campos, monte bajo, cercos y polvo. No era el tablero limpio de un mapa. Había desniveles, zanjas, vegetación, caminos que se confundían. El enemigo podía aparecer detrás de una arboleda y desaparecer detrás de otra.

Los hombres estaban desplegados. Algunas unidades parecían sólidas desde lejos y frágiles de cerca. Muchos voluntarios no tenían uniforme. Algunas lanzas eran apenas palos largos con hierro en la punta. Los caballos percibían el nerviosismo y respondían con movimientos cortos, orejas tensas, espuma en el freno.

Belgrano recorrió la línea.

Sabía que Pío Tristán tenía más hombres.

Sabía que, según las órdenes recibidas, él no debería estar allí.

Sabía también que detrás de sus soldados estaba la ciudad.

No una abstracción.

Casas.

Viejos.

Niños.

Familias que habían caminado desde Jujuy porque él les había ordenado abandonar todo.

Si el ejército se quebraba, esas personas no tendrían una segunda retirada preparada.

La estrategia podía describirse con palabras limpias.

La derrota, no.

* * *

El primer cañonazo llegó desde lejos.

Lorenza sintió el golpe en el pecho antes de identificar el sonido.

Simón se tapó los oídos.

Martina no se movió.

Alguien en el galpón empezó a rezar. Otra mujer le pidió que rezara más bajo. Un bebé lloró.

El segundo cañonazo sonó más cerca.

Nadie supo si realmente lo estaba.

El miedo cambia las distancias.

* * *

En el campo, la pólvora borró el paisaje por fragmentos.

Una descarga podía ocultar veinte hombres y devolverlos unos segundos después, algunos de pie, otros no. Las órdenes viajaban a través de una niebla que no era niebla. Los oficiales gritaban hasta quedarse sin voz. Los tambores intentaban convertir el ruido en algo comprensible.

Baltasar disparó cuando le ordenaron.

No vio si acertó.

La primera descarga siempre tenía algo de entrenamiento. El cuerpo repetía movimientos conocidos: morder cartucho, pólvora, baqueta, apuntar.

La segunda ya no.

Un hombre a su izquierda cayó sin gritar. La sangre apareció debajo del cuello con una rapidez obscena.

Baltasar sintió que el mundo se estrechaba.

Ya no existía Tucumán. No existía Belgrano. No existía la Revolución.

Existían el fusil, el hombre de adelante y el siguiente movimiento.

Eso también era una forma de sobrevivir.

* * *

La caballería tucumana cargó con una ferocidad que ningún reglamento podía haber enseñado.

Muchos de aquellos hombres no habían pasado años entrenando en un cuartel. Habían aprendido a montar trabajando, arreando, cruzando monte. El caballo no era una extensión del ejército. Era parte de su vida.

Cuando avanzaron, la tierra tembló de una manera distinta.

El ruido llegó a la ciudad como un trueno largo.

Dominga estaba junto a Pilar en su casa. Había dejado preparada una olla con agua, vendas viejas y dos cuchillos de cocina sobre la mesa.

No sabía para qué.

Preparar cosas era mejor que esperar con las manos vacías.

Pilar preguntó si su tío estaba ahí afuera.

Dominga respondió que sí.

La niña preguntó si podía verlo.

La vieja miró hacia la puerta cerrada.

—No.

Por primera vez agradeció no poder.

* * *

El campo dejó de tener forma.

Un ala avanzó. Otra retrocedió. Hombres que creían perseguir al enemigo terminaron demasiado lejos de su unidad. Caballos atravesaron líneas. Los

bagajes realistas atrajeron parte de la caballería patriota y la dispersión empezó a confundirse con victoria.

Después llegó el viento.

No una brisa.

Una pared de aire y tierra.

Se levantó polvo de los campos y hojas secas del monte. Una manga de langostas, arrastrada por el vendaval, oscureció sectores del cielo. Los insectos chocaban contra caras, sombreros, caballos. El sol desapareció detrás de una nube marrón que parecía haber salido del suelo.

Los hombres dejaron de distinguir uniformes a treinta pasos.

Alguien gritó que era una señal de Dios.

Otro respondió que era una manga de langostas.

Nadie tenía tiempo para decidir cuál de los dos tenía razón.

Los caballos se alteraron. Algunas formaciones se abrieron. Una descarga salió desde un lugar invisible.

Baltasar se tiró al suelo.

El recluta cayó encima de él.

Durante un segundo Baltasar creyó que estaba muerto.

Después lo escuchó respirar.

—Salí de arriba.

El muchacho se movió.

Baltasar levantó la cabeza.

No veía nada.

En algún sitio, cientos de hombres seguían intentando matar a otros que tampoco veían.

* * *

Belgrano perdió la batalla.

O creyó perderla.

Después creyó ganarla.

Después dejó de saber.

Los partes llegaban contradictorios. Una unidad había avanzado. Otra se replegaba. La caballería estaba detrás del enemigo. O había desaparecido. Superí estaba prisionero. No, había sido liberado. Díaz Vélez estaba dentro de la ciudad. Balcarce seguía con los jinetes. Nadie sabía dónde empezaba una noticia y terminaba el deseo.

Un general puede ordenar hombres.

No puede ordenar el viento.

No puede ver a través del polvo.

No puede convertir cientos de decisiones individuales en una sola voluntad después de que la batalla empieza.

Belgrano preguntó por nombres. Recibió hombros encogidos.

Miró hacia Tucumán.

Detrás de esas paredes había gente que había decidido quedarse porque él se había quedado.

—La ciudad se sostiene

—dijo.

No supo si estaba dando una orden o formulando una plegaria.

* * *

La infantería patriota terminó replegándose hacia Tucumán.

Desde adentro, el movimiento pareció una derrota.

Eso fue lo que vio Lorenza: hombres entrando cubiertos de polvo, algunos sin sombrero, otros ayudando a heridos, uno caminando con el fusil roto, otro sin fusil. Vio una bandera que no supo reconocer. Vio miedo.

El galpón se llenó de rumores en segundos.

Perdimos.

No.

Vuelven a formar.

Los españoles vienen detrás.

El general murió.

No, está afuera.

La caballería ganó.

La caballería huyó.

Cada frase nacía antes de que muriera la anterior.

Lorenza agarró a Simón por los hombros.

Martina estaba blanca.

—¿Nos vamos?

—preguntó la niña.

Lorenza miró alrededor.

¿Adónde?

No había carros preparados. No había animales. No había otro Jujuy que abandonar.

Por primera vez entendió en el cuerpo lo que significaba la decisión de quedarse.

No era valentía.

Era haber quemado el puente detrás.

* * *

Díaz Vélez ocupó la ciudad con la infantería que pudo reunir.

Las bocacalles se cerraron. Se arrastraron piezas. Los civiles empezaron a cargar agua y munición. Las puertas se convirtieron en barricadas. Las casas, en puestos improvisados.

Fermín llegó con un caballo cubierto de espuma. Rosa apareció después, con tierra hasta en el pelo y un cartucho en la mano.

No tenían tiempo para hablar de Güemes, Buenos Aires ni estrategias.

Aquella tarde el universo terminaba en unas pocas calles.

Rosa miró alrededor.

Mujeres con baldes. Viejos arrastrando muebles. Muchachos demasiado jóvenes para tener fusil. Niños llevados hacia habitaciones interiores.

Eso era lo que había detrás de la línea.

No una bandera.

Eso.

* * *

Golpearon la puerta donde estaba Lorenza.

La madera vibró.

Martina agarró a Simón. Lorenza tomó un cuchillo.

No era un arma. Era el mismo cuchillo con el que había cortado pan, carne y sogas. En su mano parecía más pequeño.

—¿Quién?

Una voz masculina respondió que abriera.

Soldado.

No sabía de qué lado.

—¿Quién?

—¡Del Ejército!

Tampoco alcanzaba.

Lorenza apoyó el hombro contra la puerta.

—¿Cuál?

Hubo silencio.

Después una puteada conocida.

—¡El nuestro, señora! ¡Si fuera español ya habría tirado la puerta!

Era un argumento razonable.

Lorenza apartó el cajón.

Baltasar estaba afuera.

Tenía polvo en el pelo, sangre ajena en una manga y una langosta aplastada pegada al hombro.

Martina preguntó si habían ganado.

Baltasar abrió la boca.

Lorenza levantó el cuchillo.

—Ni se te ocurra decir “no sé”.

Baltasar respiró.

—La ciudad se va a defender.

Eso sí podía afirmarlo.

Pidió agua para los hombres de la esquina.

Lorenza soltó el cuchillo.

—Martina. Todo lo que encuentres.

La niña empezó a llenar recipientes.

El miedo acababa de encontrar trabajo.

* * *

Tristán llegó hasta las cercanías de la ciudad con fuerzas que todavía podían hacer daño.

No era un ejército destruido.

Eso era lo aterrador.

Era un ejército confundido frente a otro igual de confundido.

Hubo intimación. Amenaza. Se habló de incendio si la ciudad no se rendía.

La noticia corrió por las calles deformándose a cada paso.

Van a quemar Tucumán.

Lorenza sintió que algo se endurecía dentro de ella.

Había visto una ciudad arder una vez.

No pensaba mirar otra desde un camino.

Dominga apareció con Pilar. La vieja sostenía una olla de hierro.

Lorenza la miró.

—¿Con eso piensa pelear?

Dominga levantó la olla.

—Pesa.

Lorenza soltó una risa breve.

No fue alegría.

Fue cansancio que encontró una grieta.

* * *

Fuera de la ciudad, Belgrano seguía sin saber si había ganado.

El polvo empezaba a bajar. El campo recuperaba formas.

Muertos.

Animales.

Armas.

Hombres moviéndose sin saber si perseguir, formar o buscar agua.

José María Paz llegó con noticias. La infantería estaba fuerte dentro de Tucumán. La caballería podía reagruparse. El enemigo no había tomado la ciudad.

Belgrano lo hizo repetir.

No porque no hubiera entendido.

Porque necesitaba que la realidad se quedara quieta el tiempo suficiente para creerla.

La ciudad resistía.

Eso significaba que todavía había batalla.

Y mientras hubiera batalla, todavía no había derrota.

* * *

La noche cayó sin responder del todo la pregunta.

Pilar se durmió debajo de una mesa. Dominga no quiso moverla.

Martina y Simón permanecieron vestidos. Lorenza se sentó junto a la puerta con el cuchillo apoyado sobre las rodillas.

Cada ruido parecía un ataque.

Cada silencio también.

Baltasar regresó a una posición. Rosa y Fermín siguieron llevando mensajes. Mateo buscó a Luz durante horas y la encontró dormida, todavía con la cinta roja en la muñeca.

Belgrano reorganizó lo que pudo.

Tristán dudó.

Miles de personas esperaron.

Nadie sabía qué palabra usar para el día.

Victoria era demasiado grande.

Derrota, demasiado pronto.

* * *

A la mañana siguiente, Simón preguntó si habían ganado.

Lorenza estaba junto a la puerta.

No respondió.

Había menos disparos.

El silencio parecía diferente, pero después de tantas horas nadie confiaba ya en los silencios.

Entonces apareció un hombre corriendo por la calle.

—¡Se van!

Nadie reaccionó.

La frase era demasiado grande.

Una mujer preguntó quiénes.

—¡Los realistas! ¡Se retiran!

Alguien empezó a llorar. Otro se santiguó. Un hombre se sentó en el suelo como si le hubieran cortado las piernas.

Lorenza agarró a Martina antes de que saliera.

Esperó.

Vio soldados.

Los suyos.

Heridos. Sucios. Vivos.

Vio a Baltasar caminando con dificultad. Él levantó una mano.

No sonrió.

No podía.

Lorenza miró hacia el norte.

—No vienen.

Martina siguió su mirada.

—¿Quiénes?

Lorenza apretó la mano de su hija.

—Ellos.

Entonces dejó salir a los chicos.

Simón corrió hacia la calle.

El sol era el mismo del día anterior.

Por primera vez no parecía una falta de respeto.

# XII

## Los que no volvieron

*Tucumán, fines de septiembre-octubre de 1812*

La victoria empezó con listas.

No con campanas.

No con discursos.

Listas.

Muertos. Heridos. Prisioneros. Animales perdidos. Fusiles recuperados. Cartuchos contados. Hombres que estaban en una unidad al amanecer y ya no estaban en ninguna al anochecer.

Durante la batalla cada individuo había sido un cuerpo tratando de seguir vivo.

Después volvieron los nombres.

Eso fue peor.

Baltasar encontró al recluta joven en la lista de heridos.

Por un instante sintió alivio.

Luego vio la anotación.

Vientre.

Lo encontró bajo un alero. El muchacho estaba muy pálido. Tenía los labios secos y una manta doblada debajo de la cabeza.

—Cuéllar.

Baltasar se sentó a su lado.

—Todavía.

El joven quiso sonreír.

Preguntó si habían ganado.

Baltasar miró hacia la calle.

Durante horas nadie había sabido qué responder a esa pregunta. Ahora empezaba a circular una palabra aceptable.

—Parece.

El muchacho cerró los ojos.

—Pensé que ibas a decir no sé.

Baltasar le acomodó la manta.

—Estoy creciendo.

No preguntaron qué ocurriría si los realistas volvían.

Ambos sabían la respuesta.

* * *

Lorenza caminó entre heridos buscando a nadie.

Eso era lo extraño.

No tenía marido en el ejército. Ni hermano. Ni padre.

Y sin embargo reconocía caras.

El hombre que había compartido agua durante el Éxodo. El soldado que arregló una rueda. El muchacho que había hecho reír a Simón imitando a un oficial. Una mujer que había llevado vendas desde Jujuy. Un arriero que había prestado una manta una noche de frío.

La guerra había conseguido algo que el pueblo no había hecho antes.

Volver conocidos a los desconocidos.

Martina caminaba junto a ella.

—¿Qué buscamos?

Lorenza miró las filas.

—Nada.

La niña frunció el ceño.

—Entonces por qué vinimos.

Lorenza encontró a Baltasar cargando a un herido junto a otro hombre.

—Para ver.

Martina no entendió.

Algún día lo haría.

* * *

Belgrano recibió felicitaciones que le incomodaban.

También títulos.

Vencedor. Salvador. Héroe.

Palabras cómodas para una batalla en la que había pasado horas sin saber dónde estaban varias de sus unidades.

El parte trató de ordenar lo ocurrido. Nombró jefes, oficiales, tropa, paisanaje. Reconoció méritos.

Era una manera de devolver a muchos hombres una fracción de lo que el relato posterior les quitaría.

Belgrano sabía que las victorias tendían a simplificarse con el tiempo.

Un general.

Una fecha.

Un resultado.

En el campo habían sido miles de decisiones, accidentes, miedos, errores y personas que hicieron algo durante treinta segundos y luego desaparecieron de la historia.

Un ayudante entró con correspondencia de Buenos Aires.

Felicitaciones. Órdenes. Noticias.

Una de ellas era breve.

Juan José Castelli había muerto.

Belgrano quedó quieto.

No mucho.

Lo suficiente.

Pensó en Mayo. En las palabras. En el Alto Perú. En la velocidad con que un hombre podía pasar de imprescindible a incómodo y de incómodo a olvidado.

Doblegó el papel.

Había demasiado trabajo para llorar correctamente.

* * *

En Buenos Aires, León Roldán leyó la misma noticia varios días después.

La imprenta olía a tinta, aceite y papel húmedo.

Jacinta estaba cerca.

Un hombre que trabajaba en otra mesa preguntó quién había muerto.

—Castelli.

El hombre levantó la cabeza.

—¿El de Mayo?

—Sí.

La respuesta siguiente llegó sin maldad.

—Pensé que ya estaba muerto.

Volvió a su trabajo.

León quedó mirando el papel.

Eso fue todo.

Una vida política entera podía reducirse a una confusión de fechas.

Jacinta observó un parte de Tucumán sobre otra mesa.

Había un nombre que empezaba a repetirse.

Belgrano.

Los nombres crecían.

Los demás seguían componiendo letras.

* * *

Lorenza regresó al galpón al atardecer.

Simón jugaba con una piedra. Martina limpiaba la cuchara de su abuela.

Durante la batalla Lorenza había pensado que, si sobrevivían, sentiría alivio.

El alivio existía.

Era pequeño.

No llenaba el espacio de la casa quemada. No borraba el camino. No devolvía a los muertos. No le decía cuándo volverían a Jujuy.

Simón preguntó precisamente eso.

—¿Cuándo volvemos?

Lorenza se sentó.

—No sé.

Martina levantó la vista.

Lorenza sonrió cansada.

—Sí. Ya sé. Todos decimos no sé.

Simón pensó un rato.

—Pero ganamos.

Lorenza miró hacia el norte.

—Una vez.

El niño preguntó cuántas hacían falta.

Nadie contestó.

Afuera sonaban martillos.

El ejército reparaba armas. Las familias reparaban carros. Los vivos reparaban lo que podían.

Más allá de la ciudad, el camino hacia Salta seguía abierto.

Por primera vez en meses, no todos miraban hacia el sur.

# XIII

## Primer ensayo

*San Lorenzo, 3 de febrero de 1813*

La mañana empezó antes que el sol.

En el convento de San Carlos nadie hablaba más de lo necesario. Habían llegado durante la noche, con los caballos húmedos de sudor y la ropa pegada al cuerpo. Los granaderos desmontaron detrás de los muros, lejos de la vista del río. Los animales respiraban fuerte. Alguno golpeaba el suelo con un casco y el ruido parecía enorme en aquella oscuridad.

No eran muchos.

Eso se notaba cuando dejaban de moverse.

Setenta hombres podían llenar un patio. No podían llenar el silencio que había más allá de las tapias.

Desde el Paraná llegaba un olor ancho, de agua marrón y barro. También llegaban sonidos: remos, alguna voz amortiguada, madera contra madera. La escuadrilla realista estaba abajo, escondida todavía por la barranca y por la última sombra de la noche.

Un granadero joven, correntino, frotaba con el pulgar la empuñadura del sable como si quisiera gastarla antes de usarla. Llevaba meses practicando cargas contra enemigos que no devolvían el golpe. Postes, muñecos de paja, compañeros que se apartaban en el momento justo. Habían aprendido a mantener la formación, a no disparar, a confiar en la velocidad del caballo y en una hoja de acero que, hasta esa mañana, no había cortado otra cosa que aire.

A su lado, un hombre mayor respiraba por la boca.

—¿Tenés miedo?

—susurró el joven.

El otro tardó en contestar.

—Sí.

El muchacho lo miró, sorprendido.

Esperaba una broma. Una frase sobre el honor. Cualquier mentira útil.

El hombre ajustó la correa del morrión.

—Vos también.

El joven volvió la vista hacia el muro.

—Sí.

Fue suficiente.

* * *

San Martín subió al campanario cuando el cielo empezó a ponerse gris.

Desde arriba, el río parecía inmóvil. No lo estaba. Las embarcaciones se movían hacia la costa y las primeras lanchas tocaban tierra. Hombres descendían con cuidado, cargando armas y municiones. Desde aquella altura eran pequeños, casi ordenados. La distancia hacía eso con la guerra: la volvía razonable.

Abajo no lo sería.

San Martín bajó rápido.

Había pasado meses construyendo un regimiento como quien construye una máquina delicada. Cada giro, cada orden, cada distancia entre caballos había sido repetida hasta el cansancio. Había corregido manos, espaldas, riendas. Había hecho volver a empezar ejercicios enteros por un segundo de desorden.

En pocos minutos iba a descubrir cuánto de todo aquello sobrevivía al primer hombre que gritara de dolor.

No dijo mucho.

Ningún discurso podía mejorar una carga.

Los hombres montaron.

El cuero crujió. Las vainas chocaron contra monturas. Un caballo orinó en el patio y el sonido provocó una sonrisa nerviosa que duró menos de un segundo.

Después esperaron.

Eso fue lo peor.

La batalla todavía no existía, pero ya ocupaba todo.

* * *

Los realistas subieron desde la playa en dos columnas.

Traían tambores.

El sonido llegó primero, nítido, regular, irritante. Después aparecieron sobre la planicie, con la bandera desplegada y dos pequeñas piezas de artillería. Avanzaban hacia el convento sin poder ver lo que había detrás de los muros.

El granadero correntino sintió que la boca se le secaba.

Pensó en agua.

No en la patria.

No en el rey.

Agua.

El hombre mayor junto a él murmuró algo que podía ser una oración o una puteada.

Entonces sonó el clarín.

Los caballos salieron.

No hubo tiempo para pensar después de eso.

El patio, el muro, la mañana: todo quedó atrás. La formación se abrió a ambos lados del convento y el aire golpeó las caras. Los cascos empezaron separados y enseguida se volvieron un solo ruido, grave y continuo.

El joven vio a los hombres de enfrente levantar los fusiles.

Eso fue lo último que vio con claridad.

La artillería disparó.

El humo apareció de golpe. Un caballo cayó dos lugares a su derecha y el jinete desapareció debajo de otros animales. La línea vaciló. No se detuvo. Los huecos se cerraron como les habían enseñado.

Después llegaron los fusiles.

No sonaban como en los ejercicios.

Sonaban más secos.

Más cerca.

Un hombre gritó.

El joven no supo si era de los suyos.

Levantó el sable.

Y chocaron.

* * *

La guerra a caballo duraba demasiado rápido para recordarla bien.

Un uniforme. Una cara. Una bayoneta. El cuello de un animal. Una mano que intentaba agarrar una rienda. Sangre sobre una manga que uno no sabía si era propia. El mundo se reducía a fragmentos tan pequeños que la memoria después tenía que inventar la continuidad.

El granadero correntino descargó el sable una vez.

No quiso mirar qué había hecho.

Lo hizo de nuevo.

A su izquierda un caballo se levantó sobre las patas traseras. Más adelante alguien cayó. Detrás, un oficial gritaba una orden que nadie podía oír completa.

San Martín estaba en el centro de la carga cuando su caballo recibió el fuego.

El animal cayó con él.

La violencia del golpe fue tan grande que durante un instante no hubo batalla. Sólo peso.

La pierna atrapada. La tierra pegada al rostro. Un ruido sordo dentro de la cabeza.

Después volvió todo junto.

Un soldado español avanzaba con la bayoneta.

Otro cuerpo se interpuso.

Una lanza entró donde debía entrar.

Alguien tiraba del caballo muerto. Alguien gritaba el nombre del coronel. Alguien más, Juan Bautista Cabral, se metió en el espacio donde ningún hombre razonable habría querido entrar.

No hubo frase perfecta.

No hubo tiempo para fabricar una.

Hubo manos, sangre, metal y hombres tratando de sacar a otro hombre de debajo de un caballo mientras alrededor seguían intentando matarse.

San Martín logró liberarse.

La carga continuó.

* * *

Cuando los realistas empezaron a retroceder hacia la barranca, muchos granaderos no comprendieron inmediatamente que aquello significaba que estaban ganando.

Seguían golpeando porque el hombre de adelante seguía armado.

Seguían avanzando porque el caballo avanzaba.

La retirada enemiga se convirtió en carrera. Algunos buscaron las bajadas hacia la playa. Otros resbalaron en el borde. Los barcos disparaban desde el río y el humo se extendía sobre el agua.

El granadero correntino frenó su caballo recién cuando vio delante de él sólo tierra vacía.

Tenía el sable en la mano.

Le temblaba.

Miró el filo.

Después miró alrededor.

El hombre mayor que había admitido tener miedo estaba en el suelo.

El muchacho desmontó.

Se agachó junto a él.

No hacía falta llamar a nadie.

El hombre tenía los ojos abiertos y una herida debajo del pecho. La expresión era extrañamente tranquila, como si el cuerpo hubiera abandonado la batalla unos segundos antes que el resto.

El joven recordó la respuesta.

Sí.

Había tenido miedo.

Había cargado igual.

* * *

El combate terminó antes de que la mañana terminara de empezar.

Eso desconcertó a todos.

El sol subió sobre un campo que unas horas antes había sido sólo pasto. Ahora había armas, cuerpos y caballos heridos. Los hombres caminaban entre ellos buscando conocidos. Algunos llamaban nombres. Otros evitaban hacerlo.

Los heridos realistas recibieron agua junto a los patriotas. Un fraile se movía de uno a otro ofreciendo oraciones a quien las quisiera y silencio a quien no.

Hipólito Bouchard entregó una bandera tomada al enemigo. Nadie tuvo energía para admirarla demasiado tiempo.

San Martín dictó su parte.

Usó una expresión sobria: primer ensayo.

La frase era correcta desde el punto de vista de un comandante.

Para los hombres que habían cargado aquella mañana, no había tenido nada de ensayo.

Cabral murió.

Otros también.

El granadero correntino no supo durante años el nombre de todos.

Recordaría mejor otra cosa: el momento previo al clarín, cuando todavía podían fingir que la muerte era una idea distante y dos hombres, sin épica ni testigos, habían admitido que tenían miedo.

Después habían salido igual.

* * *

La noticia viajó hacia Buenos Aires más rápido que los heridos.

En la imprenta, León Roldán acomodó los tipos con dedos negros de tinta. San Lorenzo. Granaderos. Victoria. San Martín.

El nombre era nuevo en los papeles de guerra.

Jacinta lo leyó sin detenerse demasiado.

Había otros nombres que ocupaban el norte.

Uno de ellos estaba por marchar hacia Salta.

Y, a diferencia de San Lorenzo, allí no habría setenta hombres esperando detrás de un muro.

Habría un ejército entero.

Y una ciudad delante.

# XIV

## Salta

*Camino al norte y Salta, enero-febrero de 1813*

El alivio duró menos de lo que los hombres habían imaginado.

Después de Tucumán hubo comida un poco mejor, zapatos reparados, fusiles limpiados y noches en las que nadie despertó creyendo escuchar caballería enemiga. Hubo felicitaciones llegadas desde lejos y palabras grandes que algunos repitieron hasta gastarlas.

Pero el norte seguía ahí.

No era una dirección en un mapa.

Era el lugar de donde habían venido los realistas. Era Jujuy vacía. Eran las casas quemadas. Era el humo que Lorenza todavía veía cuando cerraba los ojos. Era la certeza de que una victoria no había eliminado al enemigo; apenas lo había obligado a detenerse más arriba.

Durante cuatro meses el Ejército del Norte se recompuso.

Los hombres que habían llegado a Tucumán con los pies destruidos recibieron instrucción. Los reclutas aprendieron a cargar un fusil hasta hacerlo sin mirar las manos. Los oficiales discutieron menos y contaron más: cartuchos, animales, raciones, enfermos, herraduras, ruedas.

Belgrano convirtió la victoria en trabajo.

No permitía que nadie la usara como almohada.

—Ganamos una batalla

—dijo una mañana, cuando un oficial habló de la moral elevada de la tropa.

No levantó la voz.

—No una guerra.

La frase pasó de boca en boca y, como todas, terminó cambiando. Para cuando llegó a los fogones, Belgrano había dicho que faltaban diez guerras.

Baltasar Cuéllar escuchó la versión y negó con la cabeza.

—Una ya me parece bastante.

Mateo Quispe estaba remendando una cincha.

—Vos siempre fuiste ambicioso.

Baltasar sonrió.

Había vuelto a reír después de Tucumán.

No tanto.

Lo suficiente.

* * *

Lorenza no marchó con el ejército.

Esa decisión le dolió más de lo que esperaba.

Durante semanas había pensado en volver al norte como si el norte fuera una casa a la que bastaba con caminar. Pero Jujuy no estaba libre. Salta seguía ocupada. El camino todavía pertenecía a demasiados hombres armados.

Ella tenía dos hijos.

La guerra le había enseñado que el coraje podía ser una forma elegante de irresponsabilidad cuando uno decidía también por otros.

Se quedó en Tucumán.

Martina ayudaba en una casa donde cosían camisas para la tropa. Simón había aprendido a distinguir por el sonido una carreta vacía de una cargada y lo consideraba un conocimiento importante. Lorenza consiguió trabajo donde podía: cocina, lavado, reparación, lo que hubiera.

El día que el ejército empezó a salir hacia el norte, llevó a los chicos a mirar.

No hubo desfile.

Hubo barro.

Había llovido y las ruedas se hundían. Los hombres marchaban con los uniformes desiguales, algunos con prendas nuevas y otros con las mismas chaquetas de Tucumán. Los caballos resoplaban. Los arrieros gritaban. Las mulas parecían insultadas por la existencia.

Lorenza encontró a Mateo junto a una recua.

—¿Vas otra vez?

Mateo miró hacia el norte.

—Parece.

—Sos bastante lento para aprender.

—Aprendo. Después hago lo contrario.

Luz se quedaba con su tía.

Mateo no dijo cuánto le costaba eso.

No hacía falta.

Simón preguntó si ahora iban a buscar la casa.

Lorenza le acomodó el pelo.

—Primero tienen que abrir el camino.

—¿Y después?

Lorenza miró a los hombres que se alejaban.

—Después veremos si todavía hay camino.

* * *

Belgrano partió el 1 de febrero.

María Josefa Ezcurra había viajado desde Buenos Aires muchos meses antes para encontrarlo en el norte. Había soportado caminos, postas, polvo y la incomodidad de una sociedad que sabía juzgar con mayor rapidez de la que sabía comprender.

Aquella mañana no hubo despedida para ser recordada por cronistas.

Belgrano tenía un ejército esperando.

Ella tenía cosas que no podía decir delante de ayudantes.

Hablaron poco.

María Josefa lo observó ajustar los guantes. Había adelgazado. La enfermedad todavía aparecía en ciertos días, detrás de los ojos, aunque él fingiera que el cuerpo era otro asunto administrativo.

—Volvés

—dijo ella.

No era una pregunta.

Belgrano intentó una sonrisa.

—Ésa es la idea.

—No te pregunté la idea.

Él bajó la mirada.

Habían vivido demasiado tiempo alrededor de órdenes, marchas y noticias como para creer en promesas sencillas.

María Josefa le acomodó una parte del cuello del uniforme. Un gesto mínimo. Casi doméstico. Precisamente por eso dolía.

—Volvé

—repitió.

Belgrano asintió.

No juró.

A veces el amor consistía también en no mentir.

* * *

El camino hacia Salta fue distinto del camino del Éxodo.

No porque fuera más fácil.

Porque esta vez miraban hacia adelante.

Eso cambiaba la manera de soportar el dolor.

En agosto habían dejado cosas detrás a cada legua. En enero y febrero, cada legua parecía recuperar algo. Un arroyo. Una posta. Un corral abandonado. Un rancho donde alguien había vuelto. Señales pequeñas de un territorio que todavía respiraba.

Pero el paisaje no perdonaba entusiasmos.

Llovió.

Los caminos se volvieron pesados. La ropa húmeda tardaba días en secarse. Las botas se ablandaban y rozaban piel ya lastimada. Los fusiles exigían cuidado constante. La pólvora era una preocupación más íntima que el hambre: un cartucho mojado podía transformar a un soldado en un hombre sosteniendo un palo caro.

Baltasar dormía con la cartuchera debajo del cuerpo para protegerla de la humedad.

Una noche se despertó porque Mateo intentaba sacársela.

Lo agarró de la muñeca.

—¿Qué hacés?

—Te estabas acostando encima del fuego.

Había una brasa junto a la manta.

Baltasar miró la cartuchera. Después la brasa.

—Me parece que estoy desarrollando prioridades equivocadas.

Mateo apartó el carbón con una rama.

—Por lo menos desarrollás algo.

Rieron en voz baja.

A pocos metros un hombre tosía sin parar.

El ejército seguía avanzando.

* * *

El río Pasaje estaba crecido.

El agua golpeaba las piernas de los animales y tiraba de los hombres como si quisiera llevarse parte del ejército hacia el este. Cruzar tomó días. Las mulas resbalaban. Los carros se trababan. Los oficiales gritaban órdenes que el agua convertía en ruido.

Un soldado cayó y Baltasar lo agarró de la correa del fusil.

Durante un segundo ambos quedaron arrastrados hacia la corriente.

Mateo y otro hombre tiraron desde la orilla.

El soldado salió tosiendo, sin gorra, con una bota menos.

Lo primero que hizo fue buscar el fusil.

Baltasar se lo mostró.

—¿Y mi bota?

Baltasar miró río abajo.

—Se pasó al enemigo.

El hombre soltó una carcajada nerviosa.

Cinco minutos después temblaba de frío.

Así funcionaba el ánimo de una tropa: podía pasar de la risa al miedo antes de que se secara una camisa.

* * *

En las orillas del Pasaje, Belgrano hizo formar al ejército.

El cielo estaba limpio por primera vez en varios días.

La bandera celeste y blanca se movió sobre los hombres.

Hubo juramento a la Asamblea instalada en Buenos Aires. Hubo voces que respondieron juntas. Hubo una ceremonia que, desde cierta distancia, podía parecer perfecta.

De cerca se veían otras cosas.

Un soldado tenía barro hasta las rodillas.

Otro apretaba los dientes por una ampolla abierta.

Un tercero no entendió todas las palabras, pero levantó el brazo cuando lo levantaron los demás.

Mateo observó la bandera.

Había visto demasiadas banderas en pocos años. Algunas prometían rey. Otras libertad. Todas necesitaban hombres debajo.

Baltasar se acercó después.

—¿Juraste?

Mateo miró el río.

—Grité cuando gritaron todos.

—Eso cuenta.

—¿Para quién?

Baltasar pensó.

—Para el que estaba al lado.

Mateo asintió.

Esa respuesta sí le servía.

* * *

En Salta, el miedo tenía paredes.

La ciudad esperaba.

Los realistas de Pío Tristán habían preparado posiciones y la gente aprendió a vivir alrededor de soldados que cruzaban las calles, requisaban animales, preguntaban por sospechosos y miraban hacia el sur con la misma inquietud con que los vecinos miraban hacia el norte.

Rosa Medina entró en la ciudad con un canasto cubierto por un paño.

Dentro había pan.

Debajo del pan, un papel.

No era la primera vez.

La guerra clandestina tenía poca épica y muchas verduras.

Una mujer podía mover más información con una cesta que un jinete con uniforme porque nadie esperaba que una cebolla llevara un número de hombres escrito debajo.

Fermín estaba afuera, entre partidas y caminos secundarios. Rosa no sabía exactamente dónde.

Habían aprendido a no preguntarse eso con demasiada frecuencia.

Saber podía ser peligroso incluso para quien amaba a la persona correcta.

En una esquina, dos soldados realistas discutían sobre el ejército patriota.

Uno decía que Belgrano no cruzaría el río con las lluvias.

El otro decía que ya lo había cruzado.

El primero lo llamó mentiroso.

Rosa siguió caminando.

No sonrió hasta doblar la esquina.

* * *

La noticia de que el Ejército del Norte se acercaba recorrió Salta sin encontrar una forma estable.

Venían mil.

Venían cuatro mil.

Traían indios del Alto Perú.

Traían negros de Buenos Aires.

Traían cañones enormes.

No traían comida.

Belgrano estaba enfermo.

Belgrano había jurado pasar a cuchillo a todos los realistas.

Belgrano ofrecía perdón.

En las guerras, la imaginación llenaba primero los espacios donde faltaba información.

Una mujer que vendía tortas fritas cerró su puesto y guardó harina debajo del piso.

Un carpintero mandó a su hija a casa de una tía porque la vivienda quedaba cerca de una calle ancha por la que podían entrar tropas.

Un niño contó fusiles desde una ventana hasta que su madre le pegó en la mano y cerró el postigo.

Nadie sabía qué iba a pasar si la batalla entraba en la ciudad.

Eso era lo que más miedo daba.

Las ciudades no podían correrse del camino.

* * *

Belgrano quería sorprender a Tristán.

La lluvia y los caminos hicieron lo que suele hacer la realidad con los planes: los obligaron a cambiar.

La vanguardia chocó con posiciones enemigas. El secreto dejó de ser secreto.

Entonces apareció otra posibilidad.

Apolinario Saravia conocía un paso difícil por la quebrada de Chachapoyas que permitía rodear las posiciones esperadas y caer sobre Castañares, al norte de la ciudad.

En un mapa, la maniobra era una línea.

En el terreno era otra cosa.

Era subir.

Empujar.

Callar.

Hacer pasar artillería por lugares donde una mula sola ya discutía cada paso.

La columna empezó a moverse por senderos estrechos.

Los hombres iban separados por pocos metros. El suelo húmedo cedía. Las ramas golpeaban los fusiles. Había tramos donde no se podía ver más que la espalda del soldado de adelante.

Baltasar respiraba con la boca abierta.

—Si éste es el camino bueno

—murmuró—, no quiero conocer el malo.

Mateo, adelante, no respondió.

Estaba concentrado en la mula que llevaba municiones. El animal resbaló una vez y todos los músculos de su cuerpo se tensaron.

Detrás venían más animales.

Detrás, hombres.

Detrás, cañones.

Un error podía bloquear a cientos.

La lluvia vieja seguía guardada en la tierra.

El barro absorbía los pasos.

El ejército dejó de parecer ejército. Se volvió una fila de cuerpos cansados atravesando monte y pendiente con la única confianza de que el hombre de adelante supiera dónde poner el pie.

* * *

Rosa recibió la noticia antes que muchos oficiales realistas.

Belgrano había aparecido donde no debía.

Al norte.

Castañares.

La información llegó en boca de un muchacho sin sombrero que había corrido demasiado. Se apoyó contra una pared para hablar.

—Entraron por arriba.

Rosa sintió primero alivio.

Después miedo.

Una buena maniobra no garantizaba una buena batalla.

Buscó a la mujer del canasto.

—Deciles a los de la casa de la esquina que se preparen.

—¿Para qué?

Rosa miró la calle.

—Para lo que venga.

Era una respuesta miserable.

Era la única honesta.

* * *

La noche del 19 de febrero nadie durmió bien.

Los patriotas estaban cerca.

Los realistas también.

En el campo, Baltasar se acostó vestido. Mateo revisó tres veces las sogas de las mulas. Un soldado escribió una carta y la guardó sin terminar porque no sabía cómo despedirse de una madre sin parecer que esperaba morir.

Belgrano recorrió posiciones.

No necesitaba recordar Tucumán. El cuerpo lo hacía por él.

La incertidumbre previa a una batalla tenía siempre el mismo sabor metálico en la boca. Pero esta vez era distinto. En Tucumán había decidido quedarse cuando todos retrocedían. Ahora había decidido avanzar.

Había tenido meses para pensar en lo que significaba.

Eso no lo hacía más fácil.

Al contrario.

Sabía exactamente cuánto podía perder.

Un ayudante le informó que los hombres estaban listos.

Belgrano miró las sombras donde se extendían las tropas.

Nadie estaba listo.

Nunca lo estaban.

—Que descansen

—dijo.

El ayudante miró alrededor.

Había hombres afilando bayonetas, otros rezando, otros vomitando detrás de unos arbustos.

—Sí, mi general.

Ambos fingieron que la orden podía cumplirse.

* * *

En Salta, una madre puso a dormir a sus hijos vestidos.

No conocía a Belgrano.

No conocía a Tristán.

Sabía que uno estaba afuera y el otro adentro.

Eso era suficiente para odiarlos por igual aquella noche.

Preparó una bolsa con pan, una manta y dos camisas.

No sabía hacia dónde pensaba correr si empezaban los disparos.

La dejó junto a la puerta de todos modos.

Su hija mayor preguntó si iban a irse.

—Si hace falta.

—¿Adónde?

La mujer miró la pared.

—Dormite.

La niña entendió que no había respuesta.

* * *

El 20 de febrero amaneció pesado.

No hubo belleza en la primera luz.

Hubo humedad.

Mosquitos.

Ropa fría.

Hombres que se levantaban después de no haber dormido.

Baltasar comió un pedazo de charqui sin hambre. Mateo tomó agua despacio. Cerca de ellos un muchacho intentó hacer una broma y nadie la escuchó.

Los tambores empezaron.

Las unidades se movieron.

Esta vez no había una nube de polvo que borrara el campo como en Tucumán. Se veía demasiado.

Filas.

Artillería.

Hombres esperando.

La claridad podía ser otra forma de miedo.

* * *

El primer cañonazo cruzó el campo y encontró tierra.

El segundo no.

Baltasar vio levantarse una parte de la línea a unos metros y caer desordenada. No tuvo tiempo de mirar quiénes.

Avanzaron.

El barro tiraba de las botas.

Los fusiles pesaban más con cada paso.

La orden era mantener la línea.

El miedo tenía otra orden.

Cada hombre negociaba entre ambas.

Dispararon.

El humo se extendió bajo, pegado al terreno húmedo. Baltasar cargó de nuevo. Esta vez no pensó en los movimientos. El cuerpo sabía.

A su lado, un soldado dijo que no podía respirar.

—Respirá después

—respondió Baltasar.

No era un consejo médico.

Era todo lo que tenía.

* * *

La batalla empezó a empujar hacia la ciudad.

Las alas realistas cedieron primero en algunos sectores. El centro resistió. En el cerro de San Bernardo seguían disparando. Las reservas entraron. Los hombres avanzaban, se detenían, retrocedían pocos pasos, volvían a avanzar.

No había una sola batalla de Salta.

Había cientos.

Un grupo peleaba por un zanjón.

Otro por una calle.

Un hombre por recuperar su fusil.

Otro por sacar a un compañero de debajo de un caballo.

Rosa estaba detrás de una pared cuando una bala golpeó el adobe y le llenó la cara de polvo.

No gritó.

Se quedó inmóvil.

La mujer del canasto estaba con ella.

—¿Estás herida?

Rosa se tocó la cara.

No había sangre.

—No.

La otra mujer empezó a reír.

Rosa la miró.

—¿Qué te pasa?

—No sé.

Rieron las dos durante tres segundos.

Después volvió a sonar la artillería.

Se callaron.

* * *

Fermín llegó por una calle lateral con un mensaje que ya no importaba.

Eso ocurría mucho en las batallas.

Una orden podía ser urgente al salir y absurda al llegar.

Encontró a Rosa agachada junto a una puerta.

No se abrazaron.

Se miraron.

Era suficiente para comprobar que ambos seguían enteros.

—¿Dónde están?

—preguntó ella.

—Entrando.

—¿Quiénes?

Fermín respiró.

—Los nuestros.

Rosa cerró los ojos un instante.

Afuera, un hombre gritó que los realistas retrocedían hacia la plaza.

Otro gritó lo contrario.

Tucumán había enseñado a no creer en la primera noticia.

* * *

Belgrano siguió la batalla como pudo.

Los partes llegaban más claros que en Tucumán, pero no por eso eran tranquilizadores. Díaz Vélez fue herido en un muslo mientras conducía el ala derecha. Había resistencia en el cerro. El enemigo se replegaba. Algunas unidades patriotas estaban agotadas.

Belgrano pidió reservas.

Las envió.

Después ya no tuvo reservas.

Ése era el momento que todo comandante temía: cuando el futuro dependía de hombres que ya estaban dentro del ruido y no quedaba nada detrás para corregirlos.

Miró hacia Salta.

La ciudad estaba cubierta por humo en varios sectores.

Pensó en la madre que no conocía, en los chicos que estarían debajo de mesas, en las casas que podían convertirse en fortines sin haberlo pedido.

Pensó también en sus propios hombres.

Habían retrocedido desde el Alto Perú.

Habían quemado Jujuy.

Habían peleado en Tucumán sin saber si ganaban.

Habían vuelto al norte.

No tenía derecho a pedirles más.

Lo hizo igual.

—Adelante.

* * *

Baltasar dejó de escuchar el cañón.

No porque hubiera cesado.

Porque el oído se había rendido.

El mundo era un zumbido y movimientos.

Vio a Mateo caer.

Corrió hacia él.

Mateo estaba de rodillas, agarrándose el hombro.

—¿Te dieron?

—No.

—Tenés sangre.

Mateo miró.

Una bala había atravesado la manta enrollada y rozado la carne.

—Entonces sí.

Baltasar tiró de él.

—Levantate.

—Estoy pensando.

—Pensá parado.

Mateo se levantó.

Siguieron.

Una bandera realista desapareció detrás de una línea de hombres. Más adelante, alguien gritaba que el centro cedía.

Esta vez Baltasar sí lo creyó.

No porque lo hubiera oído.

Porque vio algo en las caras de enfrente.

El mismo gesto que había visto en Huaqui del lado propio.

No miedo.

Una cosa peor.

La comprensión de que la formación podía deshacerse.

* * *

Los realistas se replegaron hacia la ciudad.

La presión aumentó.

Hubo combate en las cercanías del Tagarete. Hubo hombres que tiraron las armas. Otros siguieron peleando. Desde el cerro todavía resistían algunos.

Rosa vio pasar soldados españoles corriendo.

Uno era casi un niño.

Tenía la cara embarrada y los ojos abiertos demasiado grandes.

Durante un segundo se miraron.

Ella esperaba odio.

Vio terror.

El muchacho siguió.

Rosa apoyó la espalda contra la pared.

Aquella imagen le molestaría después.

Era más sencillo cuando el enemigo no tenía cara.

* * *

La plaza empezó a llenarse de hombres derrotados.

Tristán entendió antes que muchos de los suyos que seguir peleando significaba convertir la ciudad en una matanza.

Mandó ofrecer capitulación.

La noticia tardó en recorrer el campo.

Baltasar disparó una vez después de que la decisión ya había sido tomada, porque nadie se lo había dicho.

Un realista murió quizá cuando la batalla había terminado en otra parte.

Así de imprecisa era la paz.

Después apareció una bandera blanca.

Algunos dejaron de disparar.

Otros tardaron.

El silencio no cayó de golpe.

Se construyó.

Un fusil menos.

Otro.

Un cañón que ya no respondió.

Un oficial que bajó el sable.

Un hombre que dejó de gritar.

Hasta que, por primera vez en horas, pudieron oírse los caballos respirando.

* * *

Baltasar se sentó donde estaba.

No pidió permiso.

No podía sentir bien las piernas.

Mateo se dejó caer a su lado.

Tenía la manga cortada y una línea de sangre seca desde el hombro hasta el codo.

—¿Ganamos?

—preguntó.

Baltasar miró hacia la ciudad.

Había banderas blancas.

Hombres entregando armas.

Oficiales moviéndose entre grupos de prisioneros.

Esta vez la respuesta era más fácil que en Tucumán.

—Sí.

Mateo apoyó la cabeza contra las rodillas.

Baltasar esperó una sonrisa.

No llegó.

Después de tanto tiempo imaginando una victoria clara, descubrieron que el cuerpo no sabía celebrarla.

Sólo sabía dejar de sostenerse.

* * *

Dentro de una casa de Salta, la madre abrió la puerta.

Había mantenido a los chicos en una habitación interior durante horas.

La bolsa con pan seguía junto a la entrada.

La calle estaba llena de humo, barro y hombres.

Algunos llevaban uniforme patriota.

Otros caminaban desarmados.

Un herido gemía contra una pared.

La hija mayor se asomó detrás.

—¿Quién ganó?

La mujer no supo qué responder.

Miró a un soldado que pasaba. Tenía la cara cubierta de sangre seca y sostenía el fusil como si hubiera olvidado para qué servía.

No parecía un vencedor.

Parecía alguien que había llegado vivo al final de algo.

—Entrá

—le dijo a la niña.

Todavía no era momento de salir.

* * *

Belgrano recibió la propuesta de capitulación.

Conocía a Pío Tristán desde otros años y otro mundo, cuando ninguno de los dos imaginaba que terminarían enfrentados al mando de ejércitos en una ciudad del norte de

América.

Ahora entre ellos había muertos.

Eso cambiaba cualquier recuerdo.

Las condiciones fueron escritas.

Armas entregadas. Tropas rendidas. Juramento de no volver a combatir contra las Provincias Unidas hasta ciertos límites.

Hubo quienes consideraron la concesión demasiado generosa incluso antes de que secara la tinta.

Belgrano escuchó las objeciones.

Miró hacia el campo.

—Ya hubo bastante.

No explicó más.

A veces los hombres lejos de los tiros encontraban con facilidad la cantidad exacta de sangre que otros debían derramar.

* * *

Al caer la tarde, Salta olía a pólvora mojada, tierra removida y sangre.

Rosa encontró a Fermín otra vez.

Esta vez sí se abrazaron.

Fue breve.

El cuerpo de Fermín temblaba.

Ella lo sintió.

No dijo nada.

Él tampoco.

Habían aprendido algo que los soldados sabían desde siempre: uno podía mantenerse firme durante el peligro y empezar a temblar recién cuando ya no era necesario.

En el campo, Baltasar hacía lo mismo.

Las manos le temblaban tanto que no podía encender yesca.

Mateo se la quitó.

—Dame.

—Estoy bien.

—Claro.

Mateo encendió el fuego.

Baltasar miró las llamas pequeñas.

Por primera vez desde Jujuy, el camino hacia el norte parecía abierto.

Eso debería haberlo alegrado.

En cambio pensó en todos los hombres que tendrían que caminar por él.

La victoria no terminaba la guerra.

Solamente cambiaba la dirección del miedo.

# XV

## Los vencidos

*Salta y Tucumán, febrero-marzo de 1813*

Los vencidos entregaron las armas de a montones.

Fusiles contra una pared. Sables en el suelo. Bayonetas que habían estado entrando en cuerpos unas horas antes y ahora parecían simples pedazos de metal sucio.

Nadie sabía dónde mirar.

Los hombres que vencían observaban a los hombres que se rendían y descubrían algo incómodo: se parecían demasiado.

Tenían el mismo barro en las botas. La misma ropa endurecida por sudor. Las mismas manos lastimadas de cargar armas. Algunos hablaban con acentos distintos. Otros no.

Baltasar vio a un prisionero arrodillarse para acomodarse una venda en el pie.

El hombre levantó la vista.

—¿Tenés agua?

Baltasar llevaba media cantimplora.

Pensó en negarse.

No por odio. Por cansancio.

Después se la alcanzó.

El realista bebió poco y la devolvió.

—Gracias.

Baltasar la guardó.

Aquello fue todo.

La guerra podía necesitar años para convertir a dos hombres en enemigos y diez segundos para recordarles que tenían sed.

* * *

La capitulación produjo un problema nuevo: miles de hombres seguían vivos.

Había que contarlos, reunirlos, registrar oficiales, recibir armas, atender heridos, alimentar prisioneros, impedir saqueos, encontrar alojamiento y evitar que alguien decidiera continuar por cuenta propia una batalla que oficialmente había terminado.

Las victorias daban trabajo.

Belgrano pasó horas firmando y escuchando.

Le hablaban de municiones recuperadas. De piezas de artillería. De oficiales heridos. De hombres que faltaban. De vecinos que reclamaban animales tomados por un ejército o por el otro.

Cada asunto llegaba como si fuera el único.

En algún momento alguien volvió a felicitarlo.

Belgrano levantó la vista del papel.

El oficial se quedó esperando.

—Gracias

—dijo al final.

No sabía qué más hacer con una felicitación.

* * *

Los muertos no pertenecían a la capitulación.

Habían quedado fuera de cualquier acuerdo.

Durante la tarde y el día siguiente empezaron a levantarlos.

La lluvia vieja y el tránsito de hombres habían convertido sectores del campo en barro oscuro. Algunos cuerpos estaban cubiertos por capas de tierra. Otros conservaban expresiones imposibles de mirar mucho tiempo.

Mateo trabajó con una pala.

No era soldado de línea. Nadie le ordenó hacerlo.

Vio a dos hombres intentando mover un cadáver pesado y se acercó.

Después otro.

Después otro.

A cierta hora dejó de distinguir uniformes.

El cuerpo humano pesaba casi lo mismo con cualquier bandera.

Baltasar apareció con una manta sobre el hombro.

—Te van a abrir la herida.

Mateo siguió cavando.

—Ya está abierta.

—La del hombro.

Mateo lo miró.

—Ah.

Siguió igual.

Había tareas que eran mejores que pensar.

* * *

Belgrano ordenó que vencedores y vencidos fueran enterrados juntos.

La fosa recibió cuerpos de ambos ejércitos.

No fue una imagen hermosa.

No había nada hermoso en apilar muertos porque eran demasiados para despedirlos uno por uno.

Hubo hombres que reconocieron a un compañero justo antes de que lo bajaran. Hubo otros a quienes nadie reconoció.

Un soldado patriota tenía en un bolsillo una medalla pequeña y un trozo de hilo azul. Nadie supo de dónde era.

Un realista llevaba dos dientes de niño atados en una bolsita.

Mateo sostuvo el objeto entre los dedos.

Pensó en Luz.

Lo volvió a guardar con el muerto.

No sabía para qué servía.

Por eso entendió que debía quedar con él.

Cuando colocaron la cruz con la inscripción para vencedores y vencidos, Baltasar leyó lentamente.

Sabía leer lo suficiente.

—Está bien

—dijo.

Mateo miró la fosa.

—No arregla nada.

—No.

—Entonces, ¿por qué está bien?

Baltasar tardó.

—Porque no dice quién valía más.

Mateo dejó la pala.

Eso sí lo entendía.

* * *

Pío Tristán presentó su espada.

Belgrano no quiso recibirla como trofeo.

Habían compartido otros años, antes de la guerra, y ahora el protocolo intentaba fingir que una espada podía resumir lo que había ocurrido entre ellos.

No podía.

La derrota de Tristán no era una escena de teatro. Tenía miles de hombres detrás, muchos heridos, muchos humillados, todos esperando saber si la palabra del vencedor valía algo.

Belgrano prefirió el juramento.

El compromiso de no volver a tomar las armas contra las Provincias Unidas, dentro de los términos acordados, parecía suficiente.

Algunos oficiales patriotas no estaban de acuerdo.

Lo dijeron en voz baja.

Otros lo dijeron después, desde lugares mucho más seguros.

Belgrano los escucharía.

No cambiaría de opinión.

Había pasado demasiadas horas cerca de cuerpos abiertos para sentir fascinación por castigos ejemplares.

* * *

Rosa volvió a caminar por Salta sin esconder papeles debajo del pan.

La sensación le resultó extraña.

Había pasado tanto tiempo midiendo puertas, esquinas y miradas que ahora la libertad de moverse parecía otra trampa.

Fermín la acompañó hasta una plaza.

Los prisioneros estaban reunidos no muy lejos. Vecinos salían de las casas con cuidado, como si una batalla pudiera reanudarse porque alguien abriera demasiado rápido una ventana.

—¿Y ahora?

—preguntó Fermín.

Rosa miró al norte.

—Ahora dicen que se terminó.

—¿Quiénes?

—Los que siempre dicen esas cosas.

Fermín sonrió.

—Entonces no se terminó.

Rosa lo miró.

—Vas aprendiendo.

Caminaron unos metros más.

Un chico estaba juntando vainas del suelo y guardándolas en un bolsillo.

Su madre le gritó que las tirara.

El niño obedeció a medias: tiró dos y escondió una.

La guerra ya empezaba a convertirse en recuerdo antes de abandonar la calle.

* * *

En Tucumán, Lorenza supo de la victoria por una carreta.

No por un mensajero.

No por una campana.

Una carreta llegó desde el norte con dos heridos y un conductor que repetía la misma frase a todos los que se acercaban.

Salta cayó.

Lorenza tardó en entender.

—¿Cayó para quién?

El hombre la miró como si la pregunta fuera absurda.

—Para nosotros.

Eso no aclaraba mucho, pero bastó.

La noticia corrió.

Las personas que meses atrás habían llegado desde Jujuy salieron a las calles y se encontraron unas con otras sin saber qué hacer con las manos. Algunos lloraron. Otros empezaron a preguntar cuándo podían regresar.

Lorenza no.

Todavía no.

Había aprendido a desconfiar de las palabras que parecían abrir puertas demasiado rápido.

Salta estaba libre.

Jujuy seguía más al norte.

Y más al norte todavía quedaba la guerra.

Simón saltaba alrededor de ella.

—Ganaron otra.

—Sí.

—Entonces ya está.

Lorenza miró a Martina.

La niña no dijo nada.

Había crecido demasiado desde agosto.

—No

—respondió Lorenza—. Todavía no.

Simón hizo una mueca.

—Nunca está.

Lorenza pensó que ésa era, quizá, la definición más precisa de una guerra.

* * *

María Josefa Ezcurra recibió la noticia de Salta con una mano apoyada sobre el vientre.

El gesto era todavía pequeño. Casi inconsciente.

Nadie alrededor tenía por qué interpretarlo.

Ella sí.

La victoria significaba que Manuel estaba vivo.

Eso fue lo primero.

Todo lo demás llegó después.

Los partes. Los elogios. Los números de prisioneros. La magnanimidad con Tristán. Las escuelas que se prometían con premios que Belgrano no pensaba quedarse.

María Josefa leyó algunas líneas y dejó el papel.

No necesitaba saber cuántos cañones habían capturado.

Necesitaba una frase que dijera que seguía respirando.

La tenía.

Por ahora.

El resto de su futuro era más difícil de poner en un parte.

* * *

León Roldán compuso la noticia en Buenos Aires.

Las letras de plomo formaban una victoria perfecta.

BATALLA DE SALTA.

TRIUNFO COMPLETO.

CAPITULACIÓN.

En la mesa, todo entraba en columnas.

León ya sabía que la realidad no.

Había aprendido a desconfiar de los adjetivos cuando los tipos eran demasiado grandes.

Jacinta apareció mientras él corregía una línea.

—¿Cuántos muertos?

León buscó el dato.

—No está claro todavía.

—Entonces dejá espacio.

—¿En la página?

Jacinta lo miró.

—En la cabeza.

León bajó la vista.

La imprenta olía igual que el día en que había compuesto noticias de derrotas.

Tinta no tenía moral.

Servía para anunciar victorias y entierros con la misma obediencia.

* * *

Julián llegó esa tarde con un pliego doblado dentro del saco.

No tenía lacre verde.

Eso llamó la atención de Jacinta más que si lo hubiera tenido.

—¿De dónde?

—Del círculo de siempre.

—¿Qué dice?

Julián dejó el papel sobre la mesa.

No hablaba de Salta como victoria.

Hablaba de Belgrano.

De su crecimiento político. De la obediencia de las provincias del norte. De la popularidad que podía adquirir un hombre después de dos triunfos consecutivos.

No había acusación.

Todavía.

Sólo observación.

Jacinta leyó dos veces.

—Ya empezaron.

León se acercó.

—¿Qué cosa?

Ella dobló el pliego.

—A contar cuánto pesa.

—¿Quién?

—Belgrano.

Julián se sentó.

—Los derrotados cuentan muertos. En Buenos Aires algunos cuentan otra cosa.

León esperó.

—Poder

—dijo Jacinta.

La palabra quedó sobre la mesa.

No era una conspiración completa.

Era algo más común.

Y por eso más peligroso.

* * *

Los prisioneros de Salta juraron.

Uno por uno, grupo por grupo, aceptaron las condiciones y empezaron a prepararse para marchar.

Baltasar observó salir a algunos.

Le molestaba.

No sabía exactamente por qué.

Había visto morir compañeros para capturarlos. Ahora los veía alejarse vivos.

Un sargento a su lado escupió.

—Van a volver.

Baltasar no respondió.

Podían volver.

Podían no hacerlo.

La palabra de un hombre en una guerra era una cosa frágil, pero también era una de las pocas cosas que separaban un ejército de una matanza.

Mateo apareció con el brazo vendado.

—¿Te molesta?

Baltasar señaló a los prisioneros.

—Un poco.

Mateo los miró.

—Si los matábamos también te iba a molestar.

Baltasar frunció el ceño.

—No me conocés tanto.

—Te conozco desde que una gallina te abrió la cara.

Baltasar se tocó la cicatriz debajo de la mandíbula.

—Fue un sable.

—Claro.

Los dos siguieron mirando.

Uno de los prisioneros llevaba un bulto de ropa sobre el hombro. Otro ayudaba a caminar a un compañero.

Vencidos.

La palabra parecía simple desde lejos.

De cerca no explicaba casi nada.

* * *

Belgrano salió de Salta con un ejército que se sentía distinto.

Habían vencido en Tucumán cuando la retirada parecía inevitable.

Habían vencido en Salta avanzando.

Dos victorias podían construir confianza.

También podían construir una mentira.

La mentira de que el camino seguiría abriéndose porque ya se había abierto dos veces.

Más al norte esperaba el Alto Perú.

Mateo conocía ese paisaje.

Cuando escuchó hablar de continuar, no sintió entusiasmo.

Sintió un recuerdo.

Huaqui.

La carrera.

Los hombres tirando armas para correr más rápido.

El sonido de un ejército dejando de existir.

Baltasar le dio un golpe suave en el hombro sano.

—Esta vez es distinto.

Mateo miró hacia las montañas.

—Siempre es distinto antes.

La frase molestó a Baltasar.

Precisamente porque no parecía pesimista.

Parecía experiencia.

# XVI

## Dos derrotas

*Alto Perú, Buenos Aires y el camino del sur, julio-noviembre de 1813*

El primer aviso no dijo que habían perdido.

Dijo que faltaban mulas.

Después llegaron pedidos de pólvora, vendas, caballos y hombres. Las derrotas grandes rara vez viajaban con su nombre verdadero. Primero aparecían como necesidades.

En Jujuy, una mujer recibió una lista de cosas que debían reunirse con urgencia para el ejército que estaba más al norte. La leyó dos veces y señaló una línea.

—¿Cuántas mantas?

El hombre del correo repitió la cifra.

La mujer miró el calor de la tarde.

—¿Para qué quieren tantas?

El mensajero no sabía.

Dos días después empezó a saberse.

Vilcapugio.

* * *

Mateo Quispe volvió a ver hombres caminando hacia el sur con la misma mirada de Huaqui.

Eso fue lo que más miedo le dio.

No la cantidad de heridos.

No los cañones perdidos.

No los relatos contradictorios.

La mirada.

La conocía.

Era la expresión de quien había confiado durante unas horas en que la batalla se inclinaba a su favor y después había visto cómo el suelo cambiaba de lado debajo de sus pies.

Mateo llevaba una mula de carga cuando encontró al primer grupo.

Eran siete.

Uno no tenía fusil. Otro llevaba dos. Un tercero se había envuelto el antebrazo con un pedazo de camisa y la sangre ya había atravesado la tela.

—¿Dónde está el ejército?

—preguntó Mateo.

Nadie contestó inmediatamente.

El herido señaló hacia atrás.

—Viene.

—¿Entero?

El hombre lo miró.

Mateo supo que había hecho una pregunta inútil.

Los ejércitos nunca volvían enteros.

* * *

Vilcapugio había empezado pareciéndose demasiado a una victoria.

Eso era lo que contaban.

El centro realista había cedido. Algunas unidades patriotas avanzaron. Hubo hombres que creyeron que otra vez se repetiría Salta, que el camino hacia el norte seguiría abriéndose, que las dos victorias anteriores no habían sido accidentes sino una forma nueva del mundo.

Después algo cambió.

Una reserva.

Una carga.

Una orden que no llegó.

Un movimiento que alguien interpretó mal.

Los relatos no coincidían.

Cada sobreviviente había peleado una batalla diferente.

Lo único común era el final.

El campo quedó en manos del enemigo.

La artillería se perdió en gran parte.

Hombres que por la mañana habían avanzado cantando terminaron la tarde buscando a qué unidad pertenecían.

Belgrano reunió lo que pudo.

No permitió que la palabra desastre se instalara en el campamento.

A veces un jefe necesitaba mentir sólo el tiempo suficiente para que una tropa pudiera volver a formarse.

* * *

Baltasar apareció al anochecer.

Mateo lo vio desde lejos y no lo reconoció por la cara.

Lo reconoció por la manera de caminar.

Cojeaba un poco cuando estaba cansado.

—Pensé que estabas muerto.

Baltasar se dejó caer junto a una piedra.

—Yo también, un rato.

Tenía el uniforme rasgado en la espalda y una quemadura en una mano.

Mateo le dio agua.

Baltasar bebió despacio.

—¿Ganamos algo?

—Tiempo.

—Eso no cuenta.

—Depende cuánto.

Baltasar apoyó la cabeza contra la piedra.

Cerró los ojos.

—En Tucumán no sabíamos si habíamos ganado.

—Sí.

—En Salta sabíamos.

—Sí.

Baltasar abrió los ojos.

—Esto también sabemos.

Mateo no respondió.

A veces la certeza era peor.

* * *

Belgrano caminó entre grupos que intentaban volver a ser compañías.

Preguntó por jefes.

Por municiones.

Por piezas.

Por hombres.

Recibió cifras que cambiaban cada hora.

Un oficial propuso una retirada más profunda.

Otro aseguró que el enemigo también había sufrido demasiado para perseguirlos.

Un tercero no estaba seguro de dónde estaba una de las divisiones.

Belgrano escuchó.

Después miró la bandera.

Seguía ahí.

No era una metáfora. Era un hecho práctico: mientras hubiera una bandera reconocible, un punto al que regresar, un mando que todavía pudiera ordenar y hombres dispuestos a reunirse alrededor, aquello no era todavía una fuga.

Huaqui le había enseñado lo que ocurría cuando esa diferencia desaparecía.

—Reunimos

—dijo.

No prometió victoria.

Prometió orden.

En ese momento era más útil.

* * *

En Santa Fe, María Josefa parió lejos del ruido de los cañones.

Eso no hizo que el mundo fuera más sencillo.

El niño nació el 29 de julio.

Pequeño. Vivo.

Durante unas horas, todas las guerras quedaron afuera de la habitación.

María Josefa contó dedos.

Diez.

Los volvió a contar.

No porque dudara.

Porque necesitaba una tarea que pudiera terminar.

Había demasiadas cosas en su vida que no podían resolverse de esa manera.

El niño fue inscripto sin la historia completa de sus padres.

En los papeles, la sociedad encontró una forma ordenada de ocultar lo que en la habitación era simple: un bebé respirando contra el pecho de su madre.

María Josefa miró la cara arrugada.

Pensó en Manuel.

No sabía con certeza cuándo sabría él.

No sabía qué parte de aquella vida podría ser nombrada y qué parte tendría que permanecer escondida.

Afuera sonó una campana.

El niño se movió.

Ella lo sostuvo más fuerte.

Por un momento no quiso saber nada del norte.

* * *

Las noticias de Vilcapugio llegaron a Buenos Aires envueltas en prudencia.

León Roldán reconoció el lenguaje antes de reconocer el hecho.

Cuando una victoria ocurría, las palabras llegaban rápido: completa, gloriosa, memorable.

Cuando algo salía mal aparecían otras.

Contraste.

Repliegue.

Resultado no definitivo.

Circunstancias adversas.

León componía las líneas y sentía que cada palabra intentaba empujar una piedra sobre otra palabra que todos querían evitar.

Derrota.

Jacinta leyó la prueba.

—¿Cuántos hombres?

—Todavía no dicen.

—¿Artillería?

—Perdida en parte.

—¿Belgrano?

León buscó.

—Reuniendo el ejército.

Julián apareció detrás.

—Entonces lo peor no llegó.

León levantó la vista.

—¿Qué sería lo peor?

Julián señaló hacia la calle.

—Que llegue la explicación.

* * *

La explicación llegó rápido.

No una.

Muchas.

Belgrano había avanzado demasiado.

Había confiado en apoyos que no llegaron a tiempo.

Había calculado mal al enemigo.

Había sido víctima de una casualidad.

Había sido víctima de oficiales incompetentes.

Había sido incompetente él.

La misma ciudad que meses antes pronunciaba su nombre junto a Tucumán y Salta empezó a probar otras entonaciones.

Jacinta escuchó una conversación en un corredor.

Dos hombres que nunca habían estado más al norte que San Nicolás discutían cuánto debía haberse retirado Belgrano después de Vilcapugio.

Uno marcaba distancias con el dedo sobre un mapa.

El otro negaba.

—Acá.

—No. Más atrás.

Jacinta siguió caminando.

Le sorprendía la facilidad con que los caminos se enderezaban cuando se los miraba desde una mesa.

* * *

El lacre verde apareció tres días después.

No en una orden.

En una copia.

Un resumen de opiniones, movimientos, nombres de oficiales descontentos, comerciantes preocupados por el costo de la campaña y hombres que empezaban a preguntar qué ocurriría si el Ejército del Norte sufría otro revés.

Jacinta apoyó el papel sobre la mesa de Julián.

—No están haciendo la guerra.

—No.

—Están esperando.

Julián leyó.

—Eso hacen mejor.

León estaba junto a la puerta.

—¿Esperando qué?

Jacinta señaló el nombre de Belgrano.

—Que caiga solo.

No había una mano única.

Había intereses distintos aprendiendo a mirar en la misma dirección.

Algunos querían mando.

Otros negocios.

Otros simplemente no soportaban que un hombre demasiado popular estuviera demasiado lejos de su control.

La derrota era una oportunidad porque permitía que todos llamaran prudencia a sus deseos.

* * *

En el Alto Perú, Belgrano volvió a decidir pelear.

No fue una decisión tomada desde la comodidad de sentirse invencible.

Precisamente lo contrario.

Sabía lo que había ocurrido en Vilcapugio.

Sabía el estado de sus hombres.

Sabía que el enemigo se movía.

También sabía que retirarse sin intentar reorganizar la campaña podía transformar el repliegue en una caída continua hacia el sur.

Los oficiales discutieron.

Algunos aconsejaron evitar una nueva batalla.

Belgrano escuchó.

Después decidió.

El ejército avanzó hacia Ayohuma.

Mateo no discutió.

Baltasar tampoco.

Los soldados rara vez participaban de las decisiones que después ocupaban toda su vida.

* * *

La mañana de Ayohuma no aparece en la memoria de Mateo como una batalla.

Aparece como un cielo.

Muy claro.

Demasiado.

Recordaría años después la luz sobre la pampa y la sensación de que no había dónde esconder un hombre entero.

Después recordaría un ruido.

Luego nada ordenado.

Cuando volvió a poder pensar, caminaba hacia el sur.

Eso fue Ayohuma para él.

No una sucesión de movimientos.

Un antes y un después separados por humo.

* * *

Baltasar regresó sin morrión.

Había perdido el fusil.

Eso le daba vergüenza.

No los muertos.

No la derrota.

El fusil.

—Lo tuve que soltar

—dijo.

Mateo caminaba a su lado.

—Entonces hiciste bien.

—Un soldado sin fusil no es soldado.

—Un muerto con fusil tampoco.

Baltasar siguió caminando.

No discutió.

A su alrededor había hombres que habían tirado mochilas, mantas, herramientas. El camino iba quedando sembrado de objetos que habían parecido imprescindibles una semana antes.

Cada legua enseñaba una nueva definición de necesario.

* * *

Esta vez no hubo duda sobre el resultado.

Ayohuma fue derrota.

La palabra entró en el ejército sin resistencia.

Los hombres no necesitaban que un parte se los explicara.

La artillería realista había castigado las posiciones. Las líneas patriotas se habían deshecho. El repliegue era inevitable.

Belgrano intentó mantener orden.

Lo logró a medias.

A medias era mucho.

La retirada no se convirtió en Huaqui.

Eso era poco consuelo.

Pero era verdad.

* * *

Lorenza oyó Ayohuma en la voz de un hombre que venía desde Jujuy.

Todavía estaba en Tucumán.

Había empezado a preparar el regreso al norte después de Salta. Había guardado una olla, dos mantas, herramientas. Simón hablaba de su casa como si siguiera intacta. Martina ya no lo corregía.

Entonces llegó la noticia.

Otra derrota.

Lorenza se sentó.

No lloró.

Eso la preocupó más.

—¿Vuelven?

—preguntó Martina.

La pregunta tenía dos sentidos.

El ejército.

Los realistas.

Lorenza entendió ambos.

—Sí.

—¿Quiénes?

Lorenza miró a su hija.

—Todos.

La palabra cayó dentro de la habitación.

Simón dejó de jugar.

* * *

El miedo regresó al norte antes que los ejércitos.

Las familias empezaron a preguntar qué guardar.

Otra vez.

Qué animales esconder.

Otra vez.

Dónde mandar a los chicos.

Otra vez.

La guerra tenía una crueldad particular con quienes sobrevivían: los obligaba a aprender procedimientos que nadie debería dominar.

Una mujer de Jujuy sabía ya cuánto tiempo tardaba en enfriarse un horno antes de poder abandonarlo.

Un viejo sabía dónde esconder maíz para que una partida no lo encontrara.

Un chico distinguía el sonido de caballería regular del de una tropilla suelta.

Conocimientos inútiles para una vida en paz.

Imprescindibles para la que tenían.

* * *

Rosa recibió un mensaje de Fermín desde un camino al norte.

Pocas palabras.

Volvemos a necesitar ojos.

Nada más.

Rosa leyó la frase varias veces.

La guardó dentro de la camisa.

Había pensado que después de Salta quizá podrían vivir unos meses sin medir tropas, contar animales y memorizar nombres.

Se sintió estúpida por haberlo pensado.

Buscó su caballo.

* * *

En Buenos Aires, la segunda derrota produjo menos sorpresa que la primera.

Eso era peor.

Vilcapugio había sido un golpe.

Ayohuma se convirtió en argumento.

Los mismos hombres que habían esperado empezaron a moverse.

Había que revisar el mando.

Había que enviar refuerzos.

Había que corregir la estrategia.

Había que encontrar a alguien capaz de recomponer el ejército.

Cada frase podía ser razonable.

Juntas formaban una dirección.

Jacinta la vio antes de que apareciera un nombre.

Julián también.

León todavía no.

—¿A quién van a mandar?

—preguntó.

Julián dobló un papel.

—A alguien que ya tenga una victoria propia.

León pensó en los nombres de los partes recientes.

San Lorenzo.

Granaderos.

San Martín.

Jacinta no dijo nada.

Sobre la mesa había una gota de lacre verde endureciéndose.

* * *

Belgrano cabalgó hacia el sur con fiebre.

Había adelgazado otra vez.

El ejército avanzaba en columnas rotas pero reconocibles. No era la fuerza que había entrado a Salta meses antes. Tampoco era una multitud huyendo.

Seguía siendo un ejército.

A veces la dignidad consistía en eso: conservar una forma mínima cuando todo lo demás se había perdido.

Mateo marchaba con una mula que no era la misma de Salta.

Baltasar llevaba otro fusil.

Ninguno hablaba mucho.

En un descanso, Mateo miró las montañas detrás.

—Otra vez.

Baltasar siguió su mirada.

—¿Qué?

—El mismo camino.

Habían subido por él creyendo que avanzaban hacia el final de la guerra.

Ahora regresaban.

Baltasar acomodó la correa del fusil.

—Entonces habrá que aprender otro.

Mateo lo miró.

No sabía que, lejos de allí, un hombre al que apenas conocían estaba empezando a pensar exactamente lo mismo.

# XVII

## La guerra de los cerros

*Jujuy, Salta y Buenos Aires, fines de 1813*

Los cerros no esperaron a los generales.

Cuando las noticias de Ayohuma llegaron al sur, las quebradas ya habían empezado a llenarse de hombres que miraban caminos.

No llevaban todos uniforme.

Algunos no llevaban ninguno.

Eran peones, arrieros, pequeños propietarios, criados de estancias, muchachos que conocían cada aguada y viejos que ya no podían correr pero sabían por dónde podía pasar una tropa sin ser vista.

No formaban todavía un ejército.

Eran algo más difícil de contar.

Y por eso, en ciertos lugares, más difícil de derrotar.

* * *

Fermín Aráoz pasó una noche entera acostado dentro de un canal seco.

No estaba herido.

Esperaba.

A cincuenta pasos, sobre el camino, una partida realista había detenido la marcha para descansar. Oía voces, metal, animales. No podía ver cuántos eran porque la luna quedaba detrás de nubes finas.

A su lado había un chico de diecisiete años que mascaba una hoja para no toser.

Fermín no sabía su apellido.

Lo había conocido esa tarde.

El muchacho conocía el lugar mejor que él.

Eso bastaba.

Una hora antes del amanecer la partida volvió a moverse.

Fermín contó cascos.

El chico contó mulas.

Cuando el último ruido desapareció, esperaron todavía un cuarto de hora.

Después salieron.

—Treinta y dos

—dijo Fermín.

—Treinta y uno.

—Escuché treinta y dos.

El chico señaló una huella en el suelo.

—Uno venía suelto.

Fermín miró.

Tenía razón.

—¿Cómo te llamás?

El muchacho se encogió de hombros.

—¿Para qué?

Fermín estuvo a punto de reír.

Después recordó cuántas veces un nombre escrito en un papel había terminado dentro de manos equivocadas.

—Tenés razón.

No volvió a preguntar.

* * *

Rosa Medina organizaba información con pedazos de hilo.

No en papeles.

Papel podía encontrarse.

Un hilo rojo atado dos veces a una rama significaba que había pasado caballería. Uno blanco, animales de carga. Tres nudos, más de cincuenta hombres. Un hilo roto, camino inseguro.

No era un código perfecto.

Era suficiente.

La guerra del norte se sostenía muchas veces con cosas que nadie consideraría militares.

Una olla puesta a secar del lado equivocado de una casa.

Una sábana colgada a una hora extraña.

Un chico que llevaba dos perros cuando debía llevar uno.

Una mujer que compraba sal en una pulpería y, al pedir la cuenta, decía una palabra acordada.

Los ejércitos escribían partes.

La tierra hablaba de otra manera.

* * *

Después de Ayohuma, el miedo a una nueva invasión hizo que esos lenguajes crecieran.

Los realistas volvían a tener el camino abierto hacia el sur.

Pero abierto no significaba vacío.

Un ejército grande necesitaba comida, animales, información y descanso. Necesitaba saber dónde estaban los pozos. Qué puente soportaba una carreta. Qué estancia conservaba ganado. Qué paso seguía transitable después de una lluvia.

Cada una de esas preguntas podía convertirse en un arma.

Un pozo tapado.

Un rebaño trasladado de noche.

Una indicación falsa.

Un puente cortado.

Un jinete que parecía campesino y contaba hombres mientras fingía buscar una vaca.

No derrotaban ejércitos.

Los cansaban.

Los demoraban.

Los obligaban a desconfiar de cada curva.

* * *

Lorenza empezó finalmente a volver hacia Jujuy.

No por valentía.

Por cansancio de esperar.

Después de Ayohuma el camino volvía a ser peligroso, pero quedarse en Tucumán no la hacía sentir más segura. Había aprendido que la guerra podía alcanzar una ciudad aunque uno eligiera no acercarse a ella.

Viajó con otras familias.

No llegaron de una vez.

Avanzaban cuando podían y se detenían cuando una noticia convertía una posta en frontera.

Simón estaba feliz.

Eso irritaba a Lorenza.

El niño veía el viaje como regreso.

Ella veía cada curva como una pregunta.

Martina, en cambio, observaba todo.

Los hombres en los caminos.

Los animales escondidos detrás de un monte.

Las conversaciones que se interrumpían cuando llegaba un desconocido.

Había dejado de ser una niña que preguntaba qué estaba pasando.

Ahora intentaba descubrirlo sola.

Eso también era una pérdida.

* * *

En una posta encontraron a Rosa.

Lorenza tardó en reconocerla.

La mujer llevaba ropa común, el pelo atado y una cesta con huevos. Parecía alguien que iba a vender comida.

Precisamente por eso Lorenza supo que estaba trabajando.

—¿Se puede pasar?

—preguntó.

Rosa miró a los chicos.

Después miró el camino al norte.

—Hoy sí.

—¿Mañana?

—No sé.

Lorenza soltó aire por la nariz.

—Odio esa respuesta.

—Yo también.

Rosa le dio dos huevos a Simón.

—No los rompas.

El niño los sostuvo como si fueran munición.

Lorenza se acercó más.

—¿Qué viene?

Rosa no adornó.

—Problemas.

—Eso ya lo sabía.

—Entonces venís bien informada.

Lorenza sonrió sin ganas.

Era extraño reencontrar humor en un lugar donde uno había aprendido a tener miedo.

* * *

En Buenos Aires, Martín Miguel de Güemes estaba harto de estar lejos.

Había sido separado del Ejército del Norte el año anterior y enviado a la capital. Las razones oficiales hablaban de conducta, disciplina y un conflicto privado que había terminado adquiriendo dimensión militar.

A él le importaba menos la redacción que la distancia.

Mientras en Tucumán y Salta se peleaba, él estaba en Buenos Aires.

Mientras el ejército avanzaba al Alto Perú, él seguía lejos.

Mientras llegaban Vilcapugio y Ayohuma, recibía noticias de caminos que conocía mejor que las calles por las que caminaba.

No era un hombre paciente.

Aquella ciudad le pedía precisamente paciencia.

* * *

Güemes leía informes del norte con una atención distinta de la de los hombres que buscaban cifras.

No empezaba por la cantidad de tropas.

Buscaba lugares.

Quebradas.

Ríos.

Postas.

Estancias.

Apellidos de familias que podían alimentar caballos o esconderlos.

Nombres de hombres que conocían pasos secundarios.

Sabía que una frontera no era una línea.

Era una red de relaciones humanas extendida sobre un territorio difícil.

Un ejército podía entrar.

Permanecer era otra cosa.

* * *

Julián lo vio una vez desde el otro lado de una sala.

No habló con él.

No hacía falta.

Después describió a Jacinta la impresión.

—Está esperando volver.

—Todo el mundo espera algo.

—No así.

Jacinta siguió ordenando papeles.

—¿Cómo?

Julián pensó.

—Como un caballo ensillado dentro de una habitación.

Jacinta levantó la vista.

—Qué imagen espantosa.

—Era la idea.

León se rió desde la mesa de tipos.

Por unos segundos, la guerra quedó lejos.

Después entró un mensajero.

* * *

El mensaje hablaba de otro movimiento realista hacia el sur.

También hablaba de partidas locales.

Hombres de Salta y Jujuy aparecían, golpeaban, desaparecían.

No obedecían siempre a una estructura clara.

Eso preocupaba a Buenos Aires casi tanto como al enemigo.

Lo que no se podía contar era difícil de mandar.

Jacinta leyó un comentario al margen.

“Conviene regularizar.”

Sonrió sin alegría.

El centro tenía una fascinación particular por regularizar las cosas que funcionaban lejos de él.

* * *

Fermín y el muchacho sin apellido volvieron a encontrarse semanas después.

Esta vez el chico llevaba un fusil viejo.

—¿De dónde lo sacaste?

—Estaba solo.

Fermín miró el arma.

—Los fusiles no suelen estar solos.

—El dueño ya no lo necesitaba.

No explicó más.

Fermín tampoco preguntó.

Le mostró cómo revisar la llave.

El mecanismo falló dos veces.

—No sirve.

El muchacho negó.

—Sirve para que desde lejos parezca que tengo uno que sirve.

Fermín lo miró.

—¿Seguro que tenés diecisiete?

—No.

—¿Cuántos?

—No sé.

Fermín recordó la primera conversación.

—Ya entendí. No pregunto.

El chico sonrió.

* * *

La guerra irregular no tenía campamentos fáciles de encontrar.

Una partida podía dormir en una estancia una noche y en un cauce seco la siguiente. Los caballos se cambiaban. Las monturas se reparaban con lo que hubiera. La comida llegaba de casas que después juraban no haber visto a nadie.

Las mujeres sostenían una parte enorme de esa invisibilidad.

Cocinaban para diez y declaraban haber cocinado para cuatro.

Escondían heridos.

Cambiaban vendajes.

Escuchaban conversaciones de oficiales en casas requisadas.

Mandaban chicos con recados porque un niño caminando junto a una acequia despertaba menos sospechas que un soldado a caballo.

Rosa conocía a muchas.

No anotaba sus nombres.

Ésa era una forma de protegerlas.

También era una forma de condenarlas al olvido.

Lo sabía.

No tenía una solución mejor.

* * *

En un rancho cerca del camino, una anciana escondió a dos heridos debajo de un piso de tablas mal ajustadas.

Cuando una patrulla golpeó la puerta, estaba amasando.

Abrió con las manos llenas de harina.

El oficial preguntó si había visto hombres armados.

—Todos los días.

El hombre frunció el ceño.

—Patriotas.

—También.

—¿Dónde?

La vieja señaló al norte y al sur al mismo tiempo, una mano para cada lado.

—Por ahí.

El oficial la insultó.

Ella bajó la cabeza.

Esperó.

Los hombres revisaron el corral, la pieza, el horno. Uno pisó dos veces las tablas debajo de las cuales un herido mordía un pedazo de cuero para no gemir.

Después se fueron.

La anciana esperó hasta que dejó de oír caballos.

Levantó una tabla.

—Ya.

Uno de los hombres quiso agradecer.

—Callate

—dijo ella—. Me arruinaste la harina con el susto.

Nadie escribió su nombre.

* * *

Lorenza llegó a las cercanías de Jujuy y no reconoció el silencio.

La ciudad no estaba muerta.

Eso era distinto.

Había gente otra vez. Puertas reparadas. Humo de cocinas. Animales. Sonidos cotidianos intentando ocupar lugares donde meses antes sólo había ceniza.

Su casa no estaba.

Eso sí era igual.

Simón se detuvo frente al terreno.

Había paredes bajas, ennegrecidas. Parte del horno. Una piedra que quizá pertenecía al umbral.

—Acá era.

No preguntó.

Lorenza asintió.

Martina entró primero.

Caminó entre restos como si visitara una tumba.

Encontró una cuchara deformada por el fuego.

La levantó.

—Es de la abuela.

Lorenza quiso decir que no podía saberlo.

No lo hizo.

—Guardala.

Martina limpió la ceniza con la manga.

Simón preguntó dónde iban a dormir.

Ahí estaba la guerra otra vez: podía destruir una casa en una noche y después dejar a los sobrevivientes con problemas pequeños durante años.

Techo.

Agua.

Una puerta.

Una olla.

—Primero levantamos una pared

—dijo Lorenza.

—¿Y después?

—Otra.

El niño pensó.

—¿Y después?

Lorenza miró el terreno.

Por primera vez la respuesta no le dio miedo.

—Otra.

* * *

El regreso de familias al norte no significó que el miedo hubiera terminado.

Significó que habían decidido vivir en el mismo lugar que el miedo.

Eso era diferente.

De noche se seguían escuchando cascos.

Los hombres seguían durmiendo con armas cerca.

Las noticias del enemigo viajaban de boca en boca.

Pero también volvieron otras cosas.

Un herrero abrió.

Una mujer volvió a vender pan.

Dos chicos dibujaron con carbón sobre una pared nueva.

Un cura discutió por el techo de una capilla.

La vida no regresaba después de la guerra.

Regresaba durante.

* * *

En Buenos Aires llegó una disposición sobre Güemes.

Su nombre volvía a moverse hacia el norte.

Había recibido reconocimiento de grado y, poco después, se preparó para marchar con las fuerzas destinadas a reforzar al Ejército del Norte.

Jacinta vio el nombre en una copia antes de que saliera.

Güemes.

Debajo aparecía otro.

San Martín.

León se acercó.

—El de San Lorenzo.

—Sí.

Julián leyó por encima del hombro de Jacinta.

—Van a mandar refuerzos.

Jacinta miró el papel.

No era sólo eso.

Después de Ayohuma, Buenos Aires no estaba enviando únicamente hombres.

Estaba enviando una alternativa.

* * *

Esa noche apareció otro pliego con lacre verde.

No decía matar.

No decía traicionar.

No decía nada que pudiera llevar a un hombre a la horca si alguien lo encontraba.

Hablaba de oportunidad.

De reemplazos.

De figuras que convenía acercar y otras que convenía dejar agotarse.

Belgrano aparecía con una anotación breve.

“Desgastado.”

Güemes, con otra.

“Difícil de controlar.”

San Martín todavía no tenía comentario.

Sólo una línea vacía.

Jacinta la miró mucho tiempo.

Después dobló el papel.

—Ya están aprendiendo los nombres.

Julián entendió.

El problema era que los nombres también aprendían caminos.

* * *

Al norte, Fermín llegó a una elevación desde la que podía verse un tramo largo de la quebrada.

Rosa estaba ahí.

El muchacho sin apellido vigilaba unos metros más abajo.

En una casa cercana, una mujer preparaba comida para hombres que oficialmente no estaban allí.

Más lejos, un viejo había movido ganado durante la noche.

Otro hombre esperaba junto a un río para avisar si aparecían uniformes.

Ninguno sabía que en Buenos Aires se discutían reemplazos de generales.

No necesitaban saberlo.

La guerra ya estaba organizada de otra manera debajo de las decisiones grandes.

Fermín señaló el camino.

—Van a volver.

Rosa sabía que hablaba de los realistas.

—Sí.

—Y también los otros.

Ella sabía que hablaba de Güemes y de los refuerzos.

—Sí.

Fermín miró los cerros.

—Entonces habrá que explicarles cómo se pelea acá.

Rosa sonrió.
Abajo, el muchacho sin apellido levantó una mano.
Movimiento en el camino.
La conversación terminó.
Todos volvieron a sus puestos.
Los generales todavía estaban lejos.
La guerra no.

# XVIII

## El hombre de San Lorenzo

*Camino a Tucumán, enero de 1814*

El verano había dejado de parecer una estación y se había convertido en una capa pegada al cuerpo.

Los hombres que venían desde el sur marchaban con la ropa endurecida por el polvo, las correas húmedas de sudor y esa economía de movimientos que aparece cuando hasta levantar una cantimplora empieza a costar. A los costados del camino, los campos parecían inmóviles bajo el calor. Algún árbol ofrecía una sombra tan pequeña que los soldados tenían que turnarse para entrar en ella.

No eran una columna victoriosa. Tampoco eran una columna vencida. Eran refuerzos.

La palabra tenía algo modesto. Casi doméstico. Como si se enviara una viga para sostener un techo que empezaba a ceder.

Entre ellos iban granaderos que meses antes habían cargado en San Lorenzo. Algunos conservaban cicatrices recientes. Otros conservaban algo más difícil de ver: la certeza de que un hombre podía practicar durante un año el modo correcto de caer sobre un enemigo y descubrir, en el primer combate, que nada caía como se había ensayado.

San Martín cabalgaba sin buscar conversación.

Había leído los partes.

Vilcapugio.

Ayohuma.

Nombres que en Buenos Aires cabían en una hoja y que, en el camino hacia el norte, empezaban a adquirir otra dimensión. Cada posta agregaba una historia. Cada arriero corregía un número. Cada familia que descendía desde Jujuy llevaba una versión distinta de la derrota.

Faltaban mulas.

Faltaba pólvora.

Faltaban zapatos.

Faltaban hombres.

Lo único que nunca faltaban eran órdenes.

* * *

En Tucumán, Belgrano recibía noticias del avance de San Martín como quien espera a un médico sin saber si viene a curarlo o a certificar que ya no hay nada que hacer.

Dormía mal.

La enfermedad no lo había abandonado y las derrotas del Alto Perú parecían haberse instalado en su cuerpo con la misma terquedad. Tenía días en que el cansancio era una presión detrás de los ojos y otros en que se le metía en las piernas. A veces una frase sencilla tardaba más de lo normal en encontrar la salida.

No lo decía.

Los generales podían estar enfermos siempre que nadie tuviera que verlo.

Sobre la mesa se acumulaban papeles. Informes sobre hombres dispersos. Solicitudes de ropa. Caballos requisados. Oficiales que pedían ser reemplazados. Civiles que reclamaban animales tomados por el Ejército. Partes sobre partidas realistas moviéndose otra vez hacia el sur.

Y cartas.

Las de San Martín eran distintas.

No tenían el tono de quien venía a explicarle por qué había perdido. Belgrano agradecía eso más de lo que hubiera admitido.

Habían empezado a escribirse sin conocerse y, contra toda prudencia, la correspondencia había adquirido una franqueza poco habitual entre dos hombres a quienes Buenos Aires podía convertir en rivales con una sola línea mal redactada.

Belgrano no necesitaba otro rival.

Necesitaba a alguien que entendiera.

Se levantó y caminó hasta la ventana.

La Ciudadela se extendía bajo un sol blanco. Más allá se movían soldados que todavía llevaban en el cuerpo la campaña del Alto Perú. Algunos habían combatido en Tucumán y Salta. Habían seguido hacia el norte creyendo que las dos victorias abrían el camino. Ahora estaban otra vez allí, menos, más flacos y con una manera distinta de mirar.

Un muchacho cargaba un cajón de municiones con una mano vendada.

Belgrano lo observó hasta que desapareció detrás de una pared.

La revolución tenía esa costumbre: siempre encontraba una mano que todavía pudiera cargar algo.

* * *

San Martín se detuvo en una posta cuando ya no quedaba luz suficiente para continuar con seguridad.

El lugar olía a cuero mojado, estiércol y grasa vieja. El encargado les sirvió carne demasiado cocida y un vino que había aprendido a defenderse solo del agua.

Los oficiales comieron en una mesa. Los soldados donde pudieron.

Uno de los granaderos encontró a un hombre sentado contra una pared exterior, con un pie desnudo y el otro dentro de una bota abierta en la punta.

—¿Venís del norte?

El hombre levantó la cabeza.

Tenía una barba corta y una venda sucia alrededor del antebrazo.

—Vengo de donde pude.

—¿Ejército?

El otro miró el uniforme del granadero.

—Antes.

No quiso decir más.

El joven se sentó a su lado.

Del interior de la posta llegaba el ruido de platos y voces bajas. Afuera, el campo era una masa negra. Los insectos golpeaban contra una lámpara.

—Dicen que viene otro general.

—Siempre viene otro general.

El granadero sonrió sin ganas.

—Éste es San Martín.

El hombre de la venda tardó un instante.

—El de San Lorenzo.

—Sí.

—Duró poco esa batalla.

El granadero lo miró.

—Bastante.

El otro entendió algo en la respuesta y dejó de preguntar.

Pasaron varios minutos sin hablar.

Después el veterano señaló el camino oscuro que llevaba al norte.

—Si vas para allá, no creas mucho en los mapas.

—¿Por qué?

—Porque los caminos se mueven.

El granadero pensó que era una estupidez.

Meses después recordaría la frase.

* * *

En otra parte del camino, un correo llevó a Belgrano una nueva carta.

El general la leyó sentado.

No sonrió, pero la tensión de la mandíbula cedió un poco.

San Martín estaba cerca.

Belgrano dobló la hoja con cuidado.

Había hombres que llegaban para quitarle a uno el mando.

Había otros que llegaban para quitarle un peso.

Todavía no sabía cuál de las dos cosas ocurriría.

Por primera vez en semanas, deseó que fuera la segunda.

# XIX

## De silla a silla

*Norte de Tucumán, enero de 1814*

No hubo música.

No hubo una formación perfecta esperando a un costado del camino ni soldados alineados para recordar la escena muchos años después.

Hubo caballos cansados, polvo suspendido y hombres que llevaban varios días durmiendo mal.

El lugar exacto terminaría discutiéndose con el tiempo. Postas distintas reclamarían el encuentro. Los papeles servirían para sostener una versión y luego otra. Años después habría quien pudiera describir hasta el árbol bajo cuya sombra se abrazaron sin haber estado allí.

Lo cierto era más sencillo.

Se encontraron en el Norte.

Y durante un rato cabalgaron juntos.

* * *

Belgrano vio primero el uniforme.

Después al hombre.

San Martín parecía más ancho de lo que imaginaba. No por gordura. Por presencia. Tenía esa forma de sentarse sobre el caballo que hacía pensar que el animal y él habían discutido el asunto y llegado a un acuerdo.

Belgrano desmontó.

San Martín hizo lo mismo.

Se abrazaron sin ceremonia.

Un oficial que esperaba algo memorable sintió una pequeña decepción.

—General.

—Coronel.

Eso fue todo al principio.

Después hablaron de caballos.

De agua.

De cuánto faltaba para Tucumán.

Las cosas importantes suelen empezar escondidas detrás de conversaciones insignificantes.

* * *

Cuando volvieron a montar, Belgrano señaló hacia el norte.

No había una batalla a la vista. Sólo camino.

Empezó a explicar.

No defendió sus derrotas.

Eso sorprendió a San Martín.

Le habló de Vilcapugio y Ayohuma como se habla de una enfermedad que uno ya sufrió y que puede volver. Le explicó dónde había faltado disciplina, dónde la información había llegado tarde, dónde una orden había sido interpretada de dos maneras y dónde el terreno había hecho inútil una decisión correcta.

También habló de la gente.

De Jujuy vacía.

De Tucumán negándose a seguir retrocediendo.

De Salta.

De lo que significaba avanzar por el Alto Perú con una línea de abastecimiento que se volvía más frágil a cada legua.

San Martín escuchaba.

Preguntaba poco.

Cuando lo hacía, las preguntas eran incómodamente precisas.

¿Cuánto tardaba una orden en llegar desde la retaguardia?

¿Cuántas mulas se perdían por semana?

¿Cuánto forraje podía conseguirse sin enemistar a toda una población?

¿Qué pasaba cuando el ejército ganaba una batalla pero no podía reponer pólvora?

Belgrano respondió hasta donde sabía.

Cuando no sabía, lo dijo.

Eso también sorprendió a San Martín.

Había conocido muchos jefes que preferían una mentira completa a una duda honesta.

* * *

A media tarde descansaron junto a un curso de agua estrecho.

Los soldados se dispersaron buscando sombra.

Belgrano se quitó el sombrero y se mojó la nuca.

San Martín observó el agua bajar entre piedras.

—Buenos Aires quiere resultados.

Belgrano soltó una risa breve.

—Buenos Aires siempre quiere resultados.

—También quiere explicaciones.

—Ésos son más fáciles. Se pueden escribir.

San Martín lo miró.

Belgrano estaba cansado. No de una manera teatral. No tenía los hombros vencidos ni la voz rota. Era peor: parecía haber aprendido a convivir con el cansancio como con una

prenda incómoda que ya no se intenta acomodar.

—No vine a juzgarlo

—dijo San Martín.

Belgrano bebió un poco de agua antes de responder.

—Eso ya lo hicieron.

No había resentimiento en la frase.

Sólo una constatación.

San Martín desvió la vista hacia los hombres.

Un granadero dormía con la espalda contra una piedra. Otro reparaba una cincha. Más lejos, un soldado del Norte miraba los uniformes nuevos con la mezcla de curiosidad y desconfianza que producen siempre los refuerzos.

—¿Qué necesita este ejército?

—preguntó.

Belgrano tardó.

Podía haber dicho municiones.

Caballos.

Dinero.

Oficiales.

Todo era cierto.

—Tiempo.

San Martín asintió.

Los dos sabían que era precisamente lo que menos tenían.

* * *

Siguieron el camino cuando el calor cedió un poco.

Hablaron de disciplina. De las tropas. De oficiales a quienes San Martín conocía y otros que Belgrano consideraba indispensables. Hablaron de Güemes.

Ahí la conversación se volvió más lenta.

Belgrano no ocultó las dificultades que había tenido con el salteño. San Martín no fingió que no las conocía.

—Sabe pelear en esos caminos

—dijo Belgrano.

—Eso me importa.

—No siempre sabe obedecerlos.

San Martín miró hacia el norte.

—Eso también puede importarme.

Belgrano sonrió por primera vez.

No era una solución. Era apenas la intuición de que el hombre a su lado entendía que la guerra del Norte no podía hacerse sólo con reglamentos escritos lejos de los cerros.

* * *

Esa noche durmieron en el mismo lugar y casi no hablaron.

No hacía falta.

Belgrano permaneció despierto más de lo habitual, escuchando los ruidos del campamento: una tos, un caballo, una olla movida de sitio, un centinela que cambiaba el peso de una pierna a la otra.

Durante meses había sentido que todas las decisiones terminaban en él.

Incluso las decisiones tomadas por otros.

Ahora, a pocos pasos, dormía el hombre que venía a compartir primero ese peso y a quitárselo después.

La idea debería haberlo humillado.

No lo hizo.

Le dio sueño.

Y por primera vez en mucho tiempo, Belgrano durmió varias horas seguidas.

# XX

## El relevo

*Tucumán, enero de 1814*

La orden llegó con la limpieza cruel de los documentos oficiales.

Un nombre reemplazaba a otro.

Una firma.

Una fecha.

El Estado tenía esa capacidad extraordinaria para reducir meses de hambre, marchas, victorias, errores y muertos a un cambio de encabezado.

El 29 de enero, San Martín fue reconocido como jefe del Ejército del Norte.

Belgrano dejó de serlo.

Los soldados recibieron la noticia sin saber del todo qué se suponía que debían sentir.

Algunos conocían al nuevo jefe sólo por San Lorenzo. Otros habían oído que había servido en Europa. Unos cuantos desconfiaban de cualquiera que llegara desde Buenos Aires con uniforme limpio.

Los más viejos no opinaron.

Ya habían visto demasiados jefes pasar.

* * *

Belgrano entregó papeles durante horas.

No había nada solemne en el procedimiento.

Listas.

Estados de fuerza.

Existencias de munición.

Deudas.

Animales.

Hospitales.

Nombres de oficiales confiables y nombres de oficiales que convenía vigilar.

San Martín preguntaba y anotaba.

En un momento levantó un informe.

—¿Esto está actualizado?

Belgrano lo miró.

—Si tiene más de tres días, no.

San Martín dejó el papel a un lado.

El ejército cambiaba más rápido que sus registros.

Esa frase no quedó escrita en ninguna parte.

* * *

Afuera, los hombres de la Ciudadela continuaban con sus tareas.

La revolución no se detenía para que dos generales intercambiaran responsabilidades.

Un herrero golpeaba una herradura deformada.

En el hospital, una mujer cambiaba el vendaje de un soldado cuya pierna no mejoraba.

Un chico llevaba agua de un patio a otro a cambio de una ración.

Dos oficiales discutían por un caballo.

Nadie sabía que, en una habitación cercana, Belgrano acababa de entregar el mando de todo aquello.

Tal vez era mejor así.

* * *

Cuando quedaron solos, San Martín cerró la carpeta que tenía delante.

—Quiero que se quede.

Belgrano entendió enseguida.

No necesitó preguntar para qué.

—No depende de mí.

—Puede depender un poco.

Belgrano negó con la cabeza.

Buenos Aires había ordenado su regreso. Debía dar explicaciones por la campaña. Las victorias parecían tener poca memoria cuando llegaban las derrotas.

San Martín apretó los labios.

—Este ejército lo conoce.

—Por eso mismo quizá sea bueno que conozca a otro.

—No estoy hablando de orgullo.

—Yo tampoco.

La respuesta quedó entre ambos.

Belgrano miró por la ventana.

No quería irse.

Y, al mismo tiempo, una parte de él quería alejarse de allí con una intensidad que le daba vergüenza.

Había pasado demasiado tiempo siendo el hombre al que todos miraban cuando faltaba comida, cuando llegaba una derrota, cuando un soldado desertaba, cuando Buenos Aires quería una explicación que cupiera en una hoja.

Estaba cansado de ser la última puerta.

—Haga algo por mí

—dijo.

San Martín esperó.

—No desperdicie a estos hombres intentando demostrar que las derrotas anteriores no importan.

—Importan.

—Ya sé. Por eso se lo digo.

* * *

Esa tarde Belgrano recorrió la Ciudadela sin escolta.

No fue una despedida oficial.

Se detuvo junto a un grupo de soldados que limpiaban armas. Reconoció a uno de Tucumán. A otro de Salta. No recordaba sus nombres.

Eso le dolió más que muchas acusaciones.

Había hombres que habían cruzado medio territorio bajo sus órdenes y de los cuales sólo conservaba una cara, una venda, una forma de caminar.

Uno lo vio.

Se puso de pie.

Los demás hicieron lo mismo.

Belgrano levantó una mano.

—Sigan.

El primero dudó.

—Mi general.

Belgrano estuvo a punto de corregirlo.

Ya no.

No lo hizo.

Siguió caminando.

* * *

En Buenos Aires, la noticia del relevo llegó a manos de Jacinta antes de que algunas personas que debían conocerla oficialmente.

Eso ya no la sorprendía.

Lo que la sorprendió fue una segunda hoja.

No llevaba firma.

Tampoco instrucciones explícitas.

Una lista de nombres y observaciones breves.

Belgrano: agotado.

San Martín: observar.

Güemes: útil mientras dependa.

Jacinta leyó dos veces la última frase.

Julián estaba junto a la puerta.

—¿Qué?

Ella le mostró el papel.

—No sé quiénes son.

—¿Los nombres?

—Los que escriben sobre ellos como si fueran herramientas.

Julián no respondió.

En una esquina del pliego había una mancha mínima de cera verde.

No era una firma.

Era peor.

Era una costumbre.

* * *

Belgrano permaneció todavía un tiempo en el Ejército, ya sin el mando en jefe. San Martín intentó conservarlo a su lado; desde Buenos Aires insistieron en apartarlo. A comienzos de marzo, la orden terminó imponiéndose.

Cuando salió de Tucumán rumbo primero a Santiago del Estero, no hubo una multitud despidiéndolo.

Algunos soldados lo saludaron. Un oficial caminó junto a su caballo hasta el final del camino. Una mujer del hospital le entregó un pequeño envoltorio con comida para la marcha y no quiso aceptar dinero.

Belgrano montó despacio.

Antes de partir miró hacia la Ciudadela.

San Martín ya estaba trabajando.

Sintió algo que no esperaba.

Alivio.

No orgullo herido.

No amargura.

Alivio.

El peso seguía existiendo.

Sólo que ahora estaba sobre otros hombros.

# XXI

## La Ciudadela

*Tucumán, febrero de 1814*

San Martín empezó por los zapatos.

Algunos oficiales esperaban discursos sobre disciplina, maniobras o estrategia.

Él preguntó cuántos hombres podían marchar dos jornadas seguidas sin que el cuero les abriera los pies.

La respuesta fue mala.

Después preguntó por las mulas.

Peor.

Por la pólvora.

Peor todavía.

La guerra continental, descubrió más de uno, empezaba por cosas demasiado pequeñas para aparecer en los cuadros de honor.

San Martín reorganizó guardias, entrenamientos, depósitos y horarios. Hizo repetir movimientos hasta que los hombres dejaron de pensar en ellos. Revisó hospitales. Preguntó por raciones. Insistió con la limpieza. Reprendió a oficiales que llegaban tarde y a soldados que creían que la pobreza del ejército justificaba cualquier desorden.

No quería un ejército elegante.

Quería uno que siguiera existiendo después de una batalla.

* * *

La Ciudadela cambió de ritmo.

Al principio los hombres lo odiaron un poco.

Era una forma de respeto que San Martín conocía bien.

El toque de diana parecía llegar antes. Los ejercicios duraban más. Las armas se revisaban una vez adicional. El caballo mal ensillado dejaba de ser un detalle y se convertía en motivo de castigo.

Pero también empezó a ocurrir otra cosa.

Las órdenes se entendían.

El soldado sabía quién debía reemplazarlo en una guardia. El sargento sabía dónde buscar munición. El hospital sabía cuántos

enfermos iba a recibir de una compañía antes de que aparecieran todos juntos en la puerta.

El orden no curaba el hambre.

Pero evitaba que el hambre tuviera que pelear además contra el caos.

* * *

San Martín estudiaba mapas por la noche.

Ahí empezó el problema.

Sobre el papel, el camino al Alto Perú era una dirección.

En la realidad era distancia, altura, quebradas, falta de animales, pueblos agotados, comunicaciones interminables y un enemigo cuya base quedaba más cerca de sus recursos que la propia.

Había leído los partes de Belgrano.

Ahora caminaba por las mismas habitaciones donde se habían redactado y veía lo que los números no decían.

Un ejército podía ganar Tucumán.

Podía ganar Salta.

Podía avanzar.

Y aun así ir deshaciéndose a medida que avanzaba.

La idea empezó como una incomodidad.

Después se volvió una certeza.

El problema no era solamente cómo llegar a Lima.

Era por dónde.

* * *

Una noche pidió otro mapa.

El oficial que lo asistía pensó que quería uno más detallado del Alto Perú.

San Martín negó.

—Chile.

El hombre buscó entre los rollos.

Encontró una hoja gastada, con la cordillera marcada como una barrera ancha y casi vacía.

La extendieron sobre la mesa.

San Martín apoyó las dos manos a los lados.

Mendoza aparecía pequeña.

Santiago, al otro lado.

Más allá, el Pacífico.

El oficial esperó una explicación.

No llegó.

San Martín siguió mirando.

Todavía no era un plan completo.

Era apenas un camino que empezaba a existir porque el anterior había demostrado demasiadas veces sus límites.

* * *

La salud empezó a quebrarse antes de que pudiera convertir esa intuición en otra cosa.

Primero fueron molestias que ignoró.

Después jornadas enteras sostenidas por voluntad y mala cara. Durante semanas siguió trabajando. El cuerpo protestaba; él negociaba con él como con un subordinado difícil.

Con la llegada del frío, la negociación terminó.

Los hombres que habían soportado marchas, hambre y balas solían encontrar humillante que una fiebre o un dolor interno los obligara a detenerse.

San Martín no fue una excepción.

Pidió licencia con fastidio y terminó alejándose de Tucumán para recuperarse, primero en el ámbito rural y después en Córdoba.

Antes de apartarse dejó órdenes precisas.

Entre ellas había una que miraba hacia el norte.

Güemes.

* * *

El 20 de febrero, Martín Miguel de Güemes recibió el mando de las avanzadas sobre el río Pasaje.

El papel era breve.

El territorio no.

Allí la guerra no tenía frente claro. Tenía sendas, vados, cerros, montes, estancias, familias que avisaban movimientos y jinetes que podían desaparecer detrás de una loma antes de que una patrulla terminara de contar cuántos eran.

San Martín había entendido algo que desde Buenos Aires seguía pareciendo desorden.

No hacía falta convertir a aquellos hombres en otra cosa.

Había que conseguir que su manera de pelear tuviera dirección.

* * *

Antes de partir, San Martín habló con Güemes.

La conversación duró menos de lo que ambos habrían querido y más de lo que algunos oficiales consideraban prudente.

Güemes escuchó las instrucciones con una quietud engañosa.

—Necesito saber qué hacen antes de que lo hagan

—dijo San Martín.

—Entonces no necesita soldados.

—Necesito soldados que sepan preguntar sin preguntar.

Güemes sonrió.

—Eso ya tenemos.

San Martín pensó en las partidas, en los arrieros, en las mujeres que llevaban mensajes, en los hombres que conocían una quebrada mejor que cualquier mapa.

—Y necesito que vuelvan.

La sonrisa de Güemes desapareció.

Eso era más difícil.

* * *

Cuando San Martín dejó Tucumán rumbo a Córdoba para recuperar la salud, algunos creyeron que el Norte perdía otro jefe.

No entendían todavía.

Algo había cambiado.

Por primera vez desde que empezó aquella guerra, la posibilidad de no insistir eternamente por el mismo camino había entrado en la cabeza de uno de los hombres capaces de convertir una idea en ejército.

El mapa de Chile quedó enrollado.

No olvidado.

# XXII

## Los que no se fueron

*Salta y Alto Perú, 1814*

Güemes regresó al Norte y descubrió que nadie lo había estado esperando.

Era una buena noticia.

Los caminos ya tenían ojos.

Las quebradas ya tenían mensajeros.

En algunas estancias había caballos preparados para hombres que oficialmente no existían. En ciertos ranchos se cocinaba siempre una olla de más. Los chicos sabían qué uniforme debía hacerlos correr hacia el monte y cuál permitía acercarse lo suficiente para contar caballos.

Fermín fue uno de los primeros en encontrarlo.

No llevaba uniforme.

Llevaba barro hasta las rodillas y una noticia.

—Hay movimiento al norte de Jujuy.

Güemes desmontó.

—¿Cuántos?

—Los suficientes para que convenga saber más.

Rosa apareció detrás de él.

Tenía el pelo recogido y una bolsa de tela cruzada sobre el pecho.

—En dos días sabemos cuántos.

Güemes la miró.

—¿Dos?

—Si quiere una mentira, ahora mismo.

Fermín bajó la vista para esconder una sonrisa.

Güemes no.

—Dos días.

Rosa asintió.

El mando empezó así.

No con una arenga.

Con un plazo.

* * *

Más al norte, donde Buenos Aires se volvía una palabra lejana, una columna pequeña avanzaba entre cerros.

Mateo Quispe la vio antes de saber quién la mandaba.

Había aprendido a desconfiar de las columnas.

Las columnas traían banderas, requisiciones y hombres convencidos de que el maíz de los demás pertenecía a la causa correcta.

Se escondió detrás de unas piedras y esperó.

No vio uniformes iguales.

Vio jinetes con prendas distintas, hombres con fusiles viejos, otros con lanzas y algunas mujeres a caballo.

Una de ellas se movía de un grupo a otro sin pedir permiso para ocupar el centro.

No gritaba.

Eso fue lo primero que Mateo notó.

Daba una orden en castellano y otra en quechua. Preguntaba por el agua. Hacía revisar una carga. Se detenía junto a un caballo lastimado. Escuchaba a un hombre que señalaba un paso entre los cerros.

Un niño pequeño apareció desde atrás de una mula.

La mujer lo apartó del camino con una mano sin dejar de hablar.

Mateo salió de su escondite cuando decidió que, si querían matarlo, ya habían tenido tiempo suficiente.

Dos jinetes lo rodearon.

—¿Quién sos?

—Nadie.

La mujer giró la cabeza.

Lo estudió unos segundos.

—Nadie camina solo por acá.

Mateo pensó que era exactamente lo que diría alguien que no pensaba dejarlo ir.

—Arriero.

Ella miró sus manos.

—Eso sí.

Sabía reconocerlas.

Las manos de un arriero tenían heridas donde otros hombres tenían piel.

—¿Conocés el paso hacia Tarabuco?

Mateo dudó.

—Conozco uno.

—¿Bueno?

—No.

—Mejor.

La respuesta lo desconcertó.

La mujer señaló el caballo que llevaba de tiro.

—Dale agua antes de que se caiga.

Mateo obedeció sin saber todavía su nombre.

Lo escuchó más tarde, cuando uno de los hombres se acercó.

—Juana.

Ella se dio vuelta.

Azurduy.

El apellido circuló entre los hombres como circulaban otros nombres en aquella guerra: no porque estuviera escrito en un parte, sino porque alguien necesitaba encontrarla antes del anochecer.

A pocos metros, Manuel Padilla discutía una ruta con dos jinetes.

No parecían un ejército.

A esas alturas, Mateo había aprendido que eso podía ser una ventaja.

* * *

Después de Huaqui, de Vilcapugio y de Ayohuma, muchos en Buenos Aires hablaban del Alto Perú como de un territorio que se perdía cada vez que el Ejército Auxiliar retrocedía.

Allí arriba, la idea resultaba extraña.

La gente seguía viviendo.

Y algunos seguían peleando.

Padilla y Azurduy no tenían una línea de abastecimiento digna de ese nombre. No tenían depósitos suficientes, ni uniformes iguales, ni la seguridad de cobrar algo por arriesgar la vida.

Tenían conocimiento del terreno.

Tenían vínculos.

Tenían memoria.

Y tenían enemigos demasiado cerca.

A veces eso alcanzaba para sostener una guerra.

No para ganarla.

Para impedir que terminara.

* * *

Mateo permaneció con ellos más tiempo del que había pensado.

No se enroló.

La palabra le parecía demasiado grande.

Simplemente empezó a llevar cosas.

Primero agua.

Después una carga.

Luego un mensaje.

Una tarde Azurduy le preguntó cuánto quería por cruzar dos mulas hasta una quebrada.

Mateo dijo una cifra absurda.

Ella lo miró.

—Eso es robo.

—La guerra subió los precios.

Juana soltó una carcajada.

Mateo bajó la cifra.

No mucho.

A la mañana siguiente salió con las mulas.

Así se construían algunas lealtades.

Sin juramentos.

* * *

En Salta, Rosa recibió una información antes del amanecer.

La escuchó sin interrumpir.

Después despertó a Fermín.

—Se mueven.

Él abrió los ojos.

—¿Quiénes?

—Todos.

No era una exageración.

Había patrullas realistas avanzando. Familias moviéndose antes de quedar atrapadas. Partidas locales buscando animales. Correos intentando llegar a Jujuy. Hombres de Güemes desplegándose en lugares donde un ejército regular habría necesitado una orden escrita para saber que debía estar.

Fermín se sentó.

—¿Dormiste?

—Después.

—Siempre decís después.

Rosa ya estaba ajustándose la bolsa.

—Algún día va a ser verdad.

Fermín la tomó del brazo antes de que saliera.

No fue un gesto heroico.

Fue miedo.

El miedo de que alguna de aquellas despedidas rápidas terminara siendo la última.

Rosa lo entendió.

Apoyó la frente contra la suya un instante.

Después se fue.

La guerra no respetaba escenas largas.

* * *

Güemes empezó a recibir informes que no parecían informes.

Una mujer había vendido menos pan en cierto pueblo porque habían llegado soldados.

Un chico había contado diecisiete caballos atados detrás de una iglesia.

Un arriero había visto huellas recientes donde no debía haber tránsito.

Un cura sabía que tres oficiales habían pedido comida para cuarenta.

Información pequeña.

Suficiente.

San Martín había pedido saber qué hacía el enemigo antes de que lo hiciera.

El Norte empezó a contestar.

* * *

Una de esas respuestas llegó pocos días después.

Una patrulla realista bajó confiada por un camino que parecía vacío. No lo estaba.

Fermín había dejado dos hombres visibles a propósito. Los españoles los vieron retirarse y apuraron el paso. Fue exactamente lo que Rosa había calculado.

Más adelante, la senda se estrechaba entre monte bajo y una barranca. El primer disparo no buscó matar a nadie. Buscó al caballo delantero.

El animal cayó atravesado.

La columna se comprimió detrás.

Entonces llegaron los otros tiros.

Pocos. Separados. Desde lugares distintos.

Los realistas intentaron desplegarse y no encontraron dónde. Cuando consiguieron sacar hombres hacia un costado, ya no había nadie allí.

—Atrás

—ordenó un oficial.

Fue lo que Fermín quería.

Los patriotas no persiguieron. No tenían hombres para una batalla ni munición para una demostración de valentía. Habían conseguido otra cosa: obligar a la patrulla a retroceder y a informar que aquel camino, que la víspera parecía libre, ya no lo estaba.

Rosa apareció cuando terminó el ruido.

—¿Cuántos?

—Uno seguro. Dos caballos.

Ella miró hacia el lugar donde los realistas se retiraban.

—Mejor los caballos.

Fermín soltó aire por la nariz.

La guerra de recursos tenía un sentido del humor desagradable.

Nadie celebró.

Recogieron dos cartucheras, sacaron una montura útil y desaparecieron antes de que regresara una fuerza mayor.

Cuando Güemes recibió el parte oral, no preguntó quién había disparado primero.

Preguntó cuánto tardaría el enemigo en buscar otro camino.

* * *

Lejos de allí, San Martín se recuperaba lentamente.

La fiebre cedía.

La idea no.

Chile.

Cada noticia del Norte parecía confirmarla.

Güemes podía contener.

Las partidas del Alto Perú podían obligar al enemigo a gastar hombres, tiempo y miedo.

El Ejército del Norte podía sostener una frontera.

Pero si la revolución quería romper el centro del poder realista, quizá debía dejar de golpear siempre la misma puerta.

Había otra.

Estaba detrás de una cordillera.

# XXIII

## Hacia el oeste

*Córdoba, Buenos Aires, Mendoza y Tucumán, 1814*

El invierno encontró a San Martín más flaco y menos enfermo.

No era lo mismo que estar sano.

Había aprendido a aceptar esa diferencia.

En Córdoba, durante la convalecencia, caminaba despacio y pensaba demasiado. La distancia del ejército le daba una perspectiva que no había conseguido dentro de la Ciudadela.

Las noticias seguían llegando.

Güemes sostenía las avanzadas.

El Norte resistía.

El Alto Perú seguía produciendo partidas, caudillos, derrotas pequeñas y victorias que a veces no llegaban a Buenos Aires hasta semanas después.

Y desde Chile llegaban señales cada vez más inquietantes.

San Martín pidió Cuyo.

No porque fuera un destino tranquilo.

Precisamente por lo contrario.

* * *

En Buenos Aires, la solicitud produjo preguntas.

¿Por qué Mendoza?

¿Por qué alejarse del Ejército del Norte?

¿Por qué un militar con su experiencia quería una gobernación en el borde occidental de las Provincias Unidas?

Las respuestas oficiales podían redactarse.

Salud.

Servicio.

Necesidades de la frontera.

La respuesta verdadera ocupaba un mapa.

El 10 de agosto fue nombrado gobernador intendente de Cuyo.

Jacinta leyó la disposición en una oficina donde el aire olía a tinta, cera y humedad.

Julián estaba frente a ella.

—Mendoza.

—Sí.

—¿Eso es alejarlo?

Jacinta miró el papel.

Recordó las anotaciones sin firma.

San Martín: observar.

—No sé.

León, ya más alto que cuando había empezado a moverse entre imprentas y oficinas, dejó un paquete sobre la mesa.

—Mi padre decía que cuando un hombre se va muy lejos deja de molestar.

Jacinta levantó la vista.

—A veces.

—¿Y otras?

Ella dobló la disposición.

—A veces encuentra espacio.

* * *

En Tucumán, un muchacho de quince años aprendía a usar el cuerpo como una herramienta.

Se llamaba Benjamín Taboada.

Nadie lo llamaba por el apellido.

En el obraje era Benja cuando alguien necesitaba que corriera y muchacho cuando alguien necesitaba culparlo.

Dormía con otros chicos y hombres en un espacio donde el olor a sudor, madera húmeda y ropa sin secar parecía haberse metido en las paredes.

Había llegado allí porque comer todos los días era una forma convincente de contrato.

Después descubrió que algunas promesas tenían letra pequeña aunque nadie supiera leerlas.

Cargaba.

Ataba.

Limpiaba.

Aprendía.

Sobre todo aprendía.

Qué capataz pegaba por enojo y cuál pegaba por costumbre.

Qué caballo mordía.

Dónde guardaban el pan.

Qué nudo podía aflojarse con una mano si la otra estaba ocupada.

Y cuánto tardaba un hombre adulto en darse cuenta de que faltaba algo.

* * *

Una tarde lo mandaron con dos mulas hasta un galpón apartado.

La primera obedecía.

La segunda había decidido que el mundo terminaba veinte pasos antes de la puerta.

Benjamín tiró de la rienda.

Nada.

Empujó.

Nada.

Insultó al animal con palabras que probablemente no conocía completas.

La mula movió una oreja.

Un hombre mayor que trabajaba cerca se rió.

—Seguí tirando. Seguro que en algún momento entiende castellano.

Benjamín soltó la rienda.

Se acercó al animal por el costado y le habló bajo.

No palabras útiles.

Sólo sonido.

Después apoyó una mano en el cuello y empezó a caminar sin mirar atrás.

La mula lo siguió.

El hombre dejó de reírse.

—¿Dónde aprendiste?

Benjamín se encogió de hombros.

—Ahora.

Años después daría casi la misma respuesta con menos paciencia.

* * *

San Martín emprendió el viaje hacia Mendoza cuando el invierno empezaba a aflojar.

El camino a Cuyo era diferente del Norte.

El aire se volvía más seco. Las distancias recuperaban otra forma. Las postas parecían separadas por extensiones que obligaban a medir el agua con más cuidado.

A medida que avanzaba hacia el oeste, la cordillera empezaba a existir antes de verse.

Aparecía en las conversaciones.

En el clima.

En la dirección de los arrieros.

En la manera en que ciertos hombres hablaban de Chile como de un lugar cercano a pesar de que entre ambos hubiera una pared de piedra.

San Martín escuchaba.

Preguntaba por pasos.

Por nieve.

Por épocas del año.

Por mulas.

Siempre por mulas.

Los grandes planes tenían una tendencia irritante a depender de animales que podían negarse a caminar.

* * *

En Tucumán, Benjamín robó un pedazo de pan.

No por hambre extrema.

Por cálculo.

Había aprendido que era mejor guardar comida antes de necesitarla.

Lo escondió debajo de la camisa y salió hacia el corral.

Allí encontró un caballo joven atado a un poste.

No debía tocarlo.

Lo sabía porque se lo habían dicho dos veces.

El muchacho se acercó de todos modos.

El animal retrocedió.

Benjamín no.

Pasó varios minutos cerca sin intentar montarlo. Después tocó el hocico. Luego el cuello.

Cuando el caballo dejó de tensarse, Benjamín sonrió.

No tenía muchas cosas que fueran sólo suyas.

Aquella pequeña capacidad empezaba a ser una.

Desde el camino llegó una carreta.

Dos hombres hablaban de noticias del oeste.

—Nombraron a San Martín en Mendoza.

Benjamín oyó el nombre y siguió con el caballo.

No significaba nada para él.

Había demasiados nombres importantes en el mundo y ninguno servía para abrir el candado del almacén.

* * *

El 7 de septiembre, San Martín llegó a Mendoza.

La ciudad no tenía nada de grandiosa.

Calles de tierra. Acequias. Casas bajas. Carretas. Polvo. El movimiento de una población que todavía no sabía que durante los años siguientes iba a tener que entregar animales, hierro, tela, comida, hijos y paciencia a una idea que parecía imposible.

San Martín entró sin espectáculo.

Observó.

Eso hacía siempre al llegar a un lugar nuevo.

Miró el agua corriendo junto a las calles.

Los talleres.

Los patios.

Los hombres a caballo.

Las mujeres comprando y cargando.

Los cerros lejanos.

Y detrás de todo, la cordillera.

No parecía un camino.

Parecía exactamente lo contrario.

* * *

Esa noche le llevaron papeles de la gobernación.

San Martín revisó algunos.

Dejó otros para la mañana.

Pidió un mapa.

La habitación era sencilla. Una vela deformaba las sombras sobre la pared. Afuera todavía se escuchaban ruedas y voces que se apagaban de a poco.

Extendió el mapa sobre la mesa.

Mendoza.

La cordillera.

Chile.

Más allá, el mar.

Durante años la guerra había empujado hombres hacia el norte y los había devuelto rotos por el mismo camino.

San Martín apoyó un dedo sobre Mendoza.

Después lo movió hacia el oeste.

No había ejército para hacerlo.

No había recursos suficientes.

No había seguridad de que Chile pudiera ser recuperado ni de que, aun recuperándolo, fuera posible llegar a Perú.

Había una dirección.

A veces era lo primero.

* * *

En Tucumán, Benjamín dormía con el pedazo de pan todavía escondido bajo la camisa.

Había decidido no comerlo.

Todavía.

Afuera, el caballo joven golpeó una vez el suelo con el casco.

El muchacho abrió los ojos y volvió a cerrarlos.

En Mendoza, San Martín siguió inclinado sobre el mapa.

Entre ambos había cientos de leguas, años de guerra y una cordillera que uno de los dos todavía no había visto.

Ninguno sabía nada del otro.

No hacía falta.

Los caminos podían empezar mucho antes de que alguien supiera adónde llevaban.

Y por primera vez en mucho tiempo, uno de ellos no apuntaba hacia atrás.

# PARTE III

# LOS DÍAS DEL FUEGO

# I

## La noche rota

*Cancha Rayada, 19 de marzo de 1818*

Benjamín Taboada estaba aprendiendo a dormir sentado cuando Marcos le pegó con dos dedos en la frente.

No fue fuerte. Apenas lo suficiente para sacarlo de ese lugar intermedio donde el cuerpo todavía oye las voces pero ya dejó de obedecerlas.

—Comé.

Benjamín abrió un ojo.

Marcos le alcanzaba un pedazo de charqui que parecía una suela vieja.

—No tengo hambre.

—No te pregunté.

Benjamín aceptó la carne y empezó a masticarla sin ganas. Tenía la mandíbula cansada, las piernas pesadas y una capa de polvo pegada en el cuello que ya formaba parte de él. A unos metros, varios hombres terminaban de acomodarse alrededor de un fogón bajo. Otros aflojaban cinchas. Otros buscaban un lugar donde apoyar la cabeza sin quedar debajo de una rueda, una mula o un compañero que roncara demasiado.

La noche había caído sobre Cancha Rayada con una rapidez incómoda.

Durante el día el terreno había parecido abierto y fácil de comprender: campos secos, algunas ondulaciones, Talca relativamente cerca, caminos marcados por carretas y huellas de animales. Con oscuridad, todo se había reducido a fogones dispersos y sombras. Los cerrillos desaparecían. Los caminos se volvían franjas apenas más pálidas. Los hombres dejaban de ser cuerpos y pasaban a ser voces.

El ejército se estaba moviendo.

Eso era lo que Benjamín sabía.

Mañana habría batalla.

Eso era lo que todos creían.

San Martín había ordenado cambios de posición. Algunas divisiones ya marchaban hacia nuevos lugares de despliegue; otras esperaban órdenes; otras, como la de Benjamín, parecían haberse quedado a medio

camino entre descansar y volver a formar. Había carros todavía sin acomodar, piezas de artillería que no habían recibido toda su munición y cocinas que nadie sabía si desarmar o dejar encendidas.

Delaunay caminaba cerca de las piezas con el mal humor de quien había encontrado demasiadas cosas fuera de lugar al mismo tiempo.

No gritaba.

Cuando estaba realmente furioso, hablaba bajo.

—Esto es una porquería.

Beltrán, agachado junto a una cureña, levantó la vista.

—Es un cañón.

—Esta noche, es una porquería con ruedas.

—Mañana vas a decir que ganó la batalla.

—Si llega a mañana.

Benjamín sonrió mientras mascaba el charqui.

Marcos lo vio.

—¿Qué te causa gracia?

—El francés.

—Entonces estás muy cansado.

Marcos se sentó a su lado, apoyando la espalda contra una caja de municiones vacía. Tenía la barba más larga que en Mendoza y algunas canas que Benjamín no recordaba haber visto antes. La guerra no envejecía a todos de la misma manera. A algunos les hundía los ojos. A otros les afinaba la cara. En Marcos parecía haberse instalado en los hombros: siempre los llevaba un poco más abajo que antes, como si cargara algo que los demás no podían ver.

Benjamín terminó el pedazo de carne.

—¿Contento?

—Profundamente.

—¿Puedo dormir ahora?

—Con las botas puestas.

—Hace calor.

—Con las botas puestas.

Benjamín bufó.

—Mañana peleamos, no esta noche.

Marcos lo miró durante un segundo.

—Las guerras tienen la mala costumbre de no pedirte permiso para empezar.

No había gravedad en la frase. La dijo mientras buscaba tabaco en un bolsillo y descubría que no le quedaba. Después revisó otro, como si el tabaco pudiera haber cambiado de lugar por cansancio.

Benjamín se acomodó contra la misma caja.

—Si me despertás antes del amanecer, te mato.

—Si te despertás antes del amanecer, probablemente tengamos problemas más importantes.

—Siempre tenés que decir la última palabra.

—No.

Benjamín esperó.

Marcos sonrió.

—A veces digo las dos últimas.

Benjamín quiso insultarlo, pero ya estaba demasiado cansado.

Cerró los ojos.

Durante unos minutos oyó el campamento trabajar alrededor. Una mula golpeó el suelo con un casco. Alguien pidió agua. Un sargento pasó ordenando que bajaran un fogón. Más

lejos sonó un martillo contra metal, tres golpes regulares, y luego silencio. Un grupo comenzó a moverse hacia el norte; se escucharon correajes, ruedas y órdenes dichas sin fuerza para no despertar a quienes todavía podían dormir.

Marcos seguía a su lado.

Eso bastaba.

Benjamín no supo cuándo se quedó dormido.

Tampoco supo cuánto tiempo pasó.

Lo despertó una explosión.

No entendió qué era.

Abrió los ojos y vio el cielo negro, el borde de una rueda y un hombre que corría sin sombrero.

Después llegó el segundo disparo.

Después veinte.

Después todos.

El campamento dejó de existir.

En su lugar apareció un ruido enorme.

—¡Arriba!

La voz de Marcos lo alcanzó antes que la mano.

Benjamín se incorporó y alguien chocó contra él. Cayó de rodillas. Una mula pasó tirando de una soga rota, con los ojos blancos y la boca llena de espuma. Benjamín sintió el golpe de un casco a menos de un palmo de la mano y la retiró sin pensar.

—¿Qué pasa?

Marcos ya tenía el fusil.

—¡Arriba, Taboada!

No respondió la pregunta.

Nadie podía.

Los disparos venían del sur.

No.

Del oeste.

No.

De todas partes.

En la oscuridad, cada fogón parecía una posición enemiga y cada grupo de hombres que corría podía ser propio o realista hasta que estaba demasiado cerca.

Un oficial gritó que formaran.

Otro gritó que se retiraran.

Alguien gritó que la caballería española había entrado por la izquierda.

Otro juró que era la propia.

Benjamín buscó su cartuchera.

No la encontró.

La tenía puesta.

Eso le dio más miedo que no encontrarla.

Marcos lo tomó del cuello de la chaqueta.

—Conmigo.

—¿Dónde está Delaunay?

—Conmigo.

—¿Y Eusebia?

—¡Conmigo, carajo!

Corrieron.

Un fogonazo apareció a treinta pasos y un hombre cayó delante de ellos. Benjamín no supo de qué lado era. Marcos lo saltó. Él también.

Había imaginado ataques nocturnos muchas veces desde que era soldado. En todos, alguien sabía dónde estaba el enemigo.

Esa noche nadie sabía nada.

Una descarga atravesó la oscuridad.

Benjamín se tiró al suelo.

La tierra le entró en la boca.

Escuchó gritos a la derecha y vio sombras avanzando entre los fogones. Levantó el fusil.

Marcos le bajó el cañón de un golpe.

—¡No!

—¡Vienen!

—¡Son nuestros!

Benjamín alcanzó a distinguir una voz conocida entre los hombres que corrían.

Había estado a punto de dispararles.

Más atrás, otros ya lo habían hecho.

La noche se llenó de balas sin dueño.

* * *

Delaunay comprendió que el ataque era serio cuando vio correr a los artilleros sin las piezas.

Un hombre puede abandonar una chaqueta.

Puede abandonar una mochila.

Puede abandonar comida, una manta, incluso un fusil si cree que así correrá más rápido.

Un artillero no abandona un cañón mientras todavía cree que existe una línea detrás de él.

Aquellos hombres corrían sin mirar atrás.

—Mon Dieu.

Beltrán apareció entre el humo.

—Nos entraron.

—Eso lo veo.

—¿Qué hacemos?

Delaunay miró las piezas.

La munición estaba dispersa. Algunas cajas aún seguían en los carros. Las mulas que debían mover dos cañones habían roto los tiros. Una de ellas corría en círculos arrastrando una vara que golpeaba contra todo lo que encontraba.

No había tiempo para convertir aquello en una batería.

Tampoco había oscuridad suficiente para ocultarla.

Los fogones que habían quedado encendidos marcaban el campamento como si alguien hubiera dibujado puntos sobre un mapa para facilitar el ataque.

—Lo que podamos.

Beltrán entendió.

No preguntó qué significaba.

Dos hombres lograron girar una pieza. Delaunay calculó una dirección usando sonidos, no figuras. Ordenó cargar metralla. El primer disparo iluminó durante un instante el terreno delante de ellos.

Vio hombres.

Demasiados.

La oscuridad regresó antes de que pudiera saber cuántos.

—Otra.

Cargaron.

La segunda descarga fue respondida casi inmediatamente.

Una bala golpeó la cureña.

Otra pasó donde había estado la cabeza de Beltrán.

El tercero de los sirvientes se dobló sin hacer ruido.

Delaunay lo miró caer.

No tenía tiempo para comprobar si estaba vivo.

Eso era lo peor de las derrotas: obligaban a dejar preguntas en el suelo.

* * *

Eusebia estaba limpiando una herida que no existía cinco minutos antes.

El muchacho no debía tener más de diecisiete años. Una esquirla le había abierto el hombro. Sangraba mucho, pero la herida no parecía mortal.

Eso pensó antes de que llegaran otros cuatro.

Después otros siete.

Después dejó de pensar en números.

La enfermería de campaña había sido organizada para una batalla que debía ocurrir al día siguiente. Había vendas, agua, instrumentos y espacio. En menos de diez minutos, el

espacio dejó de existir.

Los heridos entraban caminando, cargados, arrastrándose.

Algunos ni siquiera sabían dónde estaban heridos.

Un hombre llegó con sangre en toda la cara y resultó no tener ninguna lesión: era sangre de otro.

—Sentate.

—No puedo.

—Entonces caete acá.

Lo empujó contra una manta.

Un disparo sonó demasiado cerca.

Uno de los asistentes levantó la cabeza.

—¿Están acá?

Eusebia no respondió.

La pregunta no servía.

Afuera comenzaron a correr animales.

Primero caballos.

Después mulas.

Después bueyes.

El ruido de los carros descontrolados llegó junto con gritos de hombres intentando detenerlos. Eusebia oyó madera partirse. Algo pesado volcó. Alguien pidió ayuda.

La enfermería dejó de ser retaguardia.

—Tenemos que moverlos.

El asistente la miró como si hubiera propuesto cargar un edificio.

—¿Adónde?

Eusebia apretó una venda contra el hombro del muchacho.

No sabía.

Esa noche nadie sabía adónde.

* * *

Benjamín perdió a Marcos durante siete segundos.

Después recordaría exactamente siete.

Tal vez habían sido tres.

Tal vez veinte.

Pero para él siempre fueron siete.

Un grupo de caballos atravesó entre ambos. Benjamín retrocedió para no ser derribado y cuando volvió a mirar, Marcos ya no estaba.

El mundo cambió.

Hasta ese momento había tenido miedo de morir.

En ese instante tuvo miedo de estar solo.

—¡Marcos!

Nadie respondió.

—¡Marcos!

Alguien lo empujó.

—¡Formá, carajo!

Benjamín no sabía con quién.

Vio hombres corriendo hacia una elevación. Otros bajaban. Una bandera apareció entre el humo y desapareció. A la izquierda, una descarga iluminó caras que no reconoció.

—¡Marcos!

Una mano lo agarró de la nuca.

Benjamín giró con el fusil levantado.

—¿Qué mierda hacés?

Marcos.

Benjamín sintió algo tan parecido al alivio que se volvió rabia.

—¿Dónde estabas?

—Buscándote.

—Yo te estaba buscando a vos.

—Entonces uno de los dos está haciendo mal su trabajo.

Una bala pasó cerca y los dos se agacharon.

Marcos le dio un golpe en el hombro.

—No te me pierdas.

No dijo otra cosa.

No hacía falta.

Benjamín se pegó a él.

La noche siguió ardiendo.

# II

## Donde nadie sabía quién disparaba

*Cancha Rayada, la misma noche*

La derrota no tuvo un momento preciso.

No hubo una orden que la declarara.

No hubo un instante en que todos comprendieran al mismo tiempo que habían perdido.

Para algunos comenzó con los primeros disparos.

Para otros cuando vieron correr a la caballería.

Para los artilleros, cuando comprendieron que no podrían llevarse las piezas.

Para Benjamín, la derrota empezó cuando un hombre le preguntó dónde estaba su batallón y él descubrió que no sabía responder.

El hombre llevaba la chaqueta abierta y una herida pequeña en la frente.

—¿El once?

Benjamín negó.

—¿El ocho?

Volvió a negar.

—¿Entonces quién mierda sos?

Benjamín abrió la boca.

Marcos respondió por él.

—Uno que todavía está vivo. Seguí.

El hombre siguió.

Esa era toda la organización que quedaba en algunos sectores del campo.

Vivos que encontraban a otros vivos y avanzaban juntos hasta que algo volvía a separarlos.

Una voz corrió por la oscuridad: O'Higgins estaba herido.

Otra: San Martín había muerto.

Otra: San Martín estaba retirándose.

Otra: los españoles habían tomado toda la artillería.

Otra: Las Heras resistía.

Otra: Las Heras había sido rodeado.

Los rumores se movían más rápido que los hombres.

Benjamín aprendió esa noche que una mentira dicha con seguridad podía atravesar un ejército entero antes que una orden verdadera.

—No escuches nada

—dijo Marcos.

—¿Cómo hago?

—Escuchame a mí.

—Eso es peor.

Marcos lo miró.

Por un segundo, en medio de la pólvora, Benjamín vio que estaba sonriendo.

—Bien. Seguís siendo vos.

El comentario fue absurdo.

Por eso funcionó.

Benjamín respiró.

Después volvieron a correr.

* * *

En el centro del desastre, San Martín intentaba comprender un campo que ya no existía como campo.

Las noticias llegaban rotas.

La división de O'Higgins se desordenaba bajo el ataque. La artillería se perdía. La caballería había sufrido el golpe de la sorpresa. Algunos cuerpos se retiraban sin saber hacia dónde. Otros todavía sostenían posiciones que quizá ya no importaban.

Una bala mató a un ayudante cerca del cuartel general.

Por un momento, quienes lo rodeaban vieron en San Martín algo que rara vez mostraba: furia sin cálculo.

Quiso acercarse al combate.

Tuvo que aceptar que ya no había un combate único al cual acercarse.

Había decenas.

Pequeños combates separados por oscuridad, humo, animales sueltos y hombres que disparaban a cualquier sombra que avanzara demasiado rápido.

La orden que importaba ya no era vencer.

Era salvar lo que quedara.

* * *

Marcos y Benjamín llegaron a una línea que todavía existía.

No supieron de quién era hasta que un suboficial los reconoció.

—¡Acá! ¡A la derecha!

Había menos de cien hombres formando detrás de una elevación baja. Algunos pertenecían a unidades distintas. Un oficial intentaba darles forma a gritos.

—Dos filas. Dos filas, carajo. El que no tenga jefe, me tiene a mí.

Benjamín se ubicó.

Marcos quedó a su izquierda.

Por primera vez desde que había comenzado el ataque, había otros hombros a ambos lados.

Eso cambió el miedo.

No lo redujo.

Le dio dirección.

Esperaron.

No veían al enemigo.

Oían avanzar gente.

El oficial levantó una mano.

Benjamín apoyó el fusil.

Su respiración golpeaba la culata.

Marcos murmuró:

—Esperá.

Las sombras se acercaron.

—Esperá.

Benjamín sintió que el dedo se le endurecía sobre el gatillo.

Entonces una voz gritó desde adelante:

—¡No tiren! ¡Somos del siete!

El oficial bajó la mano.

Los hombres dejaron pasar a una columna desordenada de patriotas.

Algunos venían sin armas.

Uno llevaba un tambor colgado pero había perdido los palillos.

Otro cargaba a un compañero sobre los hombros.

Cuando terminaron de pasar, volvieron a oír movimiento.

Esta vez nadie gritó.

El oficial levantó la mano.

Marcos no dijo nada.

Los fogonazos aparecieron primero.

—¡Fuego!

La línea descargó.

La noche se volvió blanca durante un instante.

Benjamín vio casacas, bayonetas, caras.

Después nada.

Cargaron de nuevo.

El hombre a su derecha tardaba demasiado. Le temblaban las manos.

Benjamín quiso ayudarlo, pero Marcos lo empujó hacia su propio fusil.

—El tuyo.

Cargó.

Disparó.

Cargó.

Disparó.

No supo cuánto duró.

Tal vez minutos.

Cuando llegó la orden de retroceder, Benjamín tenía la boca seca, los dedos negros y una quemadura pequeña en la mano izquierda. El hombre que había estado a su derecha ya no estaba. Miró al suelo por reflejo.

Marcos le tomó la cara con una mano y se la giró.

—No.

—Quiero ver si...

—Después.

—Puede estar vivo.

—Después, Benjamín.

Fue la primera vez que escuchó su nombre en toda la noche.

No Taboada.

No pibe.

Benjamín.

Obedeció.

Retrocedieron con los demás.

La línea no se deshizo de una sola vez. Se fue doblando sobre sí misma, perdiendo hombres y recogiendo otros, como una tela que alguien arruga en la oscuridad. Unos caminaban de espaldas y disparaban. Otros cargaban heridos. Otros ya habían dejado de mirar hacia el enemigo y sólo buscaban un camino por donde salir.

Benjamín había dado quizá treinta pasos cuando algo le pegó en la pierna.

No oyó la bala.

Sintió primero un golpe seco en la parte alta del muslo izquierdo, como si alguien lo hubiera pateado con toda la fuerza. Después llegó el calor.

Dio un paso más.

La pierna cedió.

Cayó sobre una rodilla.

—¡Arriba!

—gritó Marcos.

Benjamín intentó obedecer.

El segundo intento fue peor. Apenas apoyó el pie, una línea de dolor le subió desde el muslo hasta el vientre. Se sentó de golpe en la tierra.

—No puedo.

Marcos volvió sobre él.

Alrededor seguían pasando hombres.

Uno saltó por encima de las piernas de Benjamín sin verlo. Otro tropezó con su fusil y casi cayó. Una descarga iluminó la pendiente durante un instante. El enemigo estaba demasiado cerca.

Marcos se arrodilló.

—Mostrame.

—No es nada.

—Claro. Por eso estás sentado.

Le apartó la mano.

La tela del pantalón estaba abierta en la cara externa del muslo. La sangre había empapado la tela desde la cadera hasta la rodilla.

Benjamín la vio y se mareó.

—Mierda.

Marcos metió dos dedos por el desgarrón de la tela, palpó rápido y retiró la mano cubierta de sangre.

—La bala se fue.

—¿Cómo sabés?

—Porque no la tengo que buscar.

—Marcos.

—Callate.

Rasgó una tira de su propia camisa y apretó el muslo por encima de la herida.

Benjamín soltó un grito.

—Eso está bien

—dijo Marcos.

—¿Qué cosa?

—Que putees. Los muertos son más educados.

Otra descarga.

Esta vez más cerca.

Marcos miró hacia atrás.

La columna seguía alejándose.

Del otro lado, sombras avanzaban entre el humo.

Benjamín también las vio.

Entendió antes que Marcos dijera nada.

—Andate.

Marcos volvió la cabeza.

—¿Qué?

—Andate.

—No digas pelotudeces.

—No puedo caminar.

—Ya me di cuenta.

—Te van a alcanzar.

Marcos guardó el fusil de Benjamín dentro de su propia correa, se agachó y le pasó un brazo por debajo de las axilas.

—Ponete de pie.

—No puedo.

—Entonces hacé de cuenta.

Lo levantó.

Benjamín gritó otra vez.

La pierna no sostenía nada. Marcos recibió todo su peso, lo acomodó contra el cuerpo y empezó a avanzar.

—Dejame, Marcos.

—Cerrá el culo.

—Te digo en serio.

—Yo también.

Caminaron así unos metros.

No alcanzaba.

Benjamín lo supo por la respiración de Marcos. No por el cansancio: por la velocidad con que los disparos parecían acercarse.

—Soltame.

—No.

—Marcos.

—Una vez más y te dejo para que dejes de romperme las bolas.

Benjamín quiso reírse.

No pudo.

Marcos lo hizo bajar un instante, se agachó delante de él y le tomó las muñecas.

—Arriba.

—¿Qué hacés?

—Te llevo.

—Pesás más vos.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Estoy perdiendo sangre.

—También el juicio, parece.

Lo cargó sobre la espalda.

Benjamín sintió el hombro de Marcos contra el estómago, la correa del fusil clavándosele en el pecho, el movimiento brutal de cada paso. La cara le quedó pegada al cuello del hombre.

Olía a cuero húmedo, sudor, humo y caballo.

Un olor ordinario. El olor del campamento. El olor de cientos de días caminando juntos.

Benjamín cerró los ojos.

Por primera vez desde que había empezado el ataque, dejó de buscar dónde poner los pies.

Marcos los ponía por los dos.

* * *

Delaunay abandonó un cañón por segunda vez en su vida.

La primera había sido muchos años antes, en otro continente, bajo una nieve que parecía no terminar nunca.

Había creído que nunca volvería a sentir aquella vergüenza particular: dejar una pieza detrás, sabiendo que el enemigo la tocaría, la mediría, quizá la usaría contra hombres que habían servido junto a ella.

Descubrió que la vergüenza envejecía mejor que los hombres.

Seguía intacta.

—Vamos

—dijo Beltrán.

Delaunay no se movió.

Miró el cañón.

Habían logrado inutilizar parte del mecanismo de una pieza. No había tiempo para más.

—Jean.

Delaunay odiaba que Beltrán usara su nombre cuando quería obligarlo a comportarse como una persona razonable.

—La recuperaremos.

—Claro.

—No te creo.

—Yo tampoco.

Se alejaron.

Detrás, los disparos crecieron.

Delaunay no volvió la cabeza.

* * *

Eusebia estaba subiendo heridos a un carro cuando vio aparecer a Marcos.

Tardó en reconocerlo.

No por la oscuridad.

Porque venía doblado bajo el peso de otro hombre.

—¡Acá!

Marcos no contestó.

Llegó hasta el carro y casi dejó caer a Benjamín sobre una manta.

Eusebia vio la sangre.

—¿Dónde?

—Muslo. Entró o rozó, no sé. No quedó adentro.

—Eso lo decido yo.

Benjamín abrió los ojos.

—Hola.

Eusebia le cortó el pantalón alrededor de la herida.

—No hables.

—Todos me dicen lo mismo.

—Por algo será.

La luz de una lámpara temblaba sobre la piel. Eusebia limpió con agua. Benjamín apretó los dientes hasta sentir dolor en la mandíbula.

La bala había abierto un canal en la parte externa del muslo. Había arrancado carne y tela, pero no había atravesado el centro de la pierna.

Eusebia palpó alrededor.

—¿Sentís esto?

—Sí.

—¿Esto?

—Sí.

—Mové el pie.

Benjamín lo movió.

Eusebia respiró.

—Tuviste suerte.

—No parece.

—Cuando veas al que no la tuvo, vas a cambiar de opinión.

Marcos seguía de pie junto al carro.

Tenía sangre de Benjamín en la camisa, en las manos y hasta en un lado de la cara.

Eusebia levantó la vista.

—Tenés que irte.

—Me quedo.

—No.

—Eusebia.

—No puedo cuidar a dos idiotas si te agarran también a vos. Andá con los tuyos. Yo lo saco.

Marcos miró a Benjamín.

Benjamín ya estaba pálido.

—Andate

—dijo.

Esta vez no había heroísmo en la palabra.

Sólo cansancio.

Marcos apoyó una mano en su nuca.

—No te me mueras.

—No pensaba hacerlo.

—Nunca pensás mucho.

Benjamín sonrió apenas.

Marcos retiró la mano.

El carro arrancó antes de que pudiera decir algo más.
Benjamín lo vio quedarse atrás entre hombres que corrían y fogones que se apagaban.
Después una curva se lo llevó.

# III

## Los que salieron de la noche

*Camino de San Fernando, 20 de marzo de 1818*

El amanecer no mejoró nada.

La oscuridad al menos había ocultado el tamaño de la derrota.

Con la primera luz aparecieron los huecos.

Hombres sin compañía.

Compañías sin oficiales.

Caballos sin jinetes.

Jinetes sin caballos.

Carros abandonados al costado del camino. Fusiles partidos. Mochilas abiertas. Sombreros que nadie recogía porque todos los que pasaban ya tenían uno o habían dejado de preocuparse por tenerlo.

Benjamín vio el desastre acostado.

Eso lo hacía peor.

Desde el fondo del carro, el mundo aparecía cortado por los tablones: piernas, ruedas, vientres de caballos, trozos de cielo. Cuando el camino bajaba, podía ver por encima del borde una columna interminable avanzando hacia el norte. Cuando subía, sólo veía polvo.

Cada pozo le metía la herida más adentro del cuerpo.

A su lado viajaban otros cinco hombres.

Uno gemía con los ojos cerrados.

Otro tenía el brazo sujeto contra el pecho por una tabla.

El más joven miraba fijamente hacia arriba y repetía un nombre.

—Tomás.

Nadie contestaba.

—Tomás.

Eusebia caminaba junto al carro cuando podía. A veces desaparecía para atender a alguien y volvía una hora después. Su vestido estaba endurecido por sangre seca.

Benjamín preguntó por Marcos cuatro veces.

Las primeras tres, Eusebia contestó que no sabía.

La cuarta se enojó.

—Está vivo.

—¿Cómo sabés?

—No sé.

—Entonces...

—Entonces necesito que dejes de preguntarme cada diez minutos porque no puedo ir a buscarlo para darte el gusto.

Benjamín cerró la boca.

Cinco minutos después preguntó:

—¿Y Delaunay?

Eusebia lo miró.

—Te voy a sedar a trompadas.

Benjamín sonrió.

El carro siguió avanzando.

* * *

La columna de Las Heras no se había deshecho.

Benjamín no podía verla completa desde el carro, pero podía sentirla en la regularidad que poco a poco aparecía alrededor. Las órdenes volvían a tener destinatario. Los hombres comenzaban a agruparse por cuerpos. Oficiales a caballo pasaban contando, preguntando, anotando.

En medio del desastre, aquello se sentía casi como una victoria.

Escuchó dos mil.

Después tres mil.

Después alguien dijo tres mil quinientos.

El número cambiaba, pero la sensación era la misma: Cancha Rayada no se había tragado a todos.

Él seguía buscando una figura entre las piernas que caminaban al costado del carro.

Barba.

Sombrero viejo.

Hombros caídos.

Cada vez que creía verlo, era otro hombre.

La fiebre empezó al mediodía.

No muy alta.

Suficiente para que el cielo pareciera demasiado blanco.

Eusebia cambió la venda.

—Está limpia.

—¿Cuándo camino?

—Cuando dejes de preguntar.

—Entonces nunca.

—Exactamente.

Benjamín apoyó la cabeza contra un saco.

Cerró los ojos.

Lo último que sintió antes de dormirse fue el olor de la manta debajo de la cara.

No era el mismo.

Le molestó no saber por qué.

* * *

En San Fernando, la derrota empezó a convertirse en números.

Eso la volvió más comprensible y más terrible.

Se contaron cuerpos que habían llegado.

Se contaron fusiles.

Se contaron caballos.

Se intentó contar a los que faltaban.

Ese número era el peor porque cambiaba cada hora.

Un hombre que figuraba como perdido aparecía con veinte compañeros.

Otro que había sido visto retirándose no llegaba.

Un oficial anotaba un nombre y otro venía a decirle que lo borrara porque estaba vivo.

Después llegaba un tercero y decía que no, que había muerto.

Benjamín observó aquella mesa desde el carro mientras esperaban lugar para los heridos.

Los nombres entraban y salían de la muerte según quién trajera la última noticia.

Pensó en el hombre de la montaña.

El de la piedra.

Aquel cuyo nombre nadie había podido decir con seguridad.

La guerra seguía haciendo lo mismo.

Primero quitaba a los hombres.

Después confundía sus nombres.

* * *

San Martín llegó con el rostro cerrado.

Benjamín lo vio de lejos.

No parecía derrotado.

Tampoco parecía el hombre que había entrado en Santiago después de Chacabuco.

Era otra cosa.

Un hombre calculando cuánto quedaba.

Se reunió con oficiales. Recibió partes. Preguntó por Las Heras. Preguntó por la artillería. Preguntó por O'Higgins.

La noticia sobre el chileno se confirmó: estaba herido en un brazo, pero vivo.

La noticia sobre San Martín también se confirmó, de un modo bastante evidente: no estaba muerto.

Benjamín descubrió que eso solo levantó el ánimo de algunos hombres más que cualquier discurso.

Pero él seguía esperando otra noticia.

Cuando Eusebia volvió hacia el carro, Benjamín la vio antes de que ella hablara.

—¿Qué?

—Encontraron gente de tu unidad.

Benjamín se incorporó demasiado rápido.

El muslo le ardió.

—¿Marcos?

—No sé.

Volvió a recostarse.

Eusebia le acomodó la manta con una delicadeza que inmediatamente disimuló tirándole de un borde con brusquedad.

—Si ese hombre cargó con vos media noche, va a tener la decencia de aparecer.

Benjamín miró el camino.

—No fue media noche.

—¿Cuánto?

Benjamín pensó.

No sabía.

Recordaba pasos.

El hombro de Marcos.

La respiración.

Y aquel olor a cuero, humo, sudor y caballo.

—No sé.

* * *

Delaunay apareció al día siguiente.

Venía caminando con Beltrán y otros artilleros.

No traían cañón.

Benjamín comprendió antes de preguntar.

El francés parecía diez años más viejo.

—Petit soldat.

Benjamín levantó una mano desde el jergón donde lo habían instalado.

—Capitán.

Delaunay miró la pierna vendada.

—Siempre busca maneras vulgares de llamar la atención.

—Aprendí de usted.

El francés resopló.

Benjamín miró detrás de él.

Delaunay comprendió.

—No lo vi.

La respuesta llegó demasiado rápido.

Benjamín bajó la mirada.

Delaunay permaneció a su lado unos segundos más.

Después sacó una pequeña petaca.

Eusebia apareció de ninguna parte y se la quitó.

—No.

—Es medicinal.

—Para usted.

—Exactamente.

—Entonces úsela lejos.

Delaunay miró a Benjamín.

—La tiranía adopta muchas formas.

Por primera vez desde Cancha Rayada, Benjamín se rió de verdad.

Le dolió el muslo.

Valió la pena.

# IV

## Diecisiete días

*Entre San Fernando y Santiago, marzo de 1818*

Las derrotas tienen una velocidad propia.

La noticia de Cancha Rayada llegó a Santiago antes que muchos de los hombres que habían escapado de ella.

Llegó deformada.

El ejército había sido destruido.

San Martín estaba muerto.

O'Higgins estaba muerto.

Los realistas marchaban sobre la capital.

Había que huir.

Había que esconder las armas.

Había que preparar las casas.

Había que quemar papeles.

Había que esperar.

Nadie sabía qué había que hacer.

Durante horas, la ciudad vivió dentro de versiones.

Algunas familias comenzaron a preparar carros. Otras cerraron puertas. Hubo quienes escondieron objetos comprometidos con la causa patriota y quienes volvieron a sacar antiguas insignias realistas que habían jurado no poseer.

La derrota todavía no había llegado y ya estaba cambiando lealtades.

Benjamín entró en Santiago acostado en un carro.

No hubo flores.

No hubo campanas.

La gente miraba.

Eso era peor.

Miraban los uniformes sucios, los vendajes, las armas incompletas, las caras. Buscaban respuestas en hombres que tampoco las tenían.

Un niño se acercó a la columna y preguntó:

—¿Vienen atrás?

Nadie le contestó.

Benjamín supo que se refería a los realistas.

Quiso decirle que no.

No sabía si era verdad.

* * *

La casa de los Araya tenía un patio pequeño, una parra cansada y tres habitaciones que habían dejado de pertenecer a la familia desde que empezaron a llegar heridos.

No era un hospital.

Precisamente por eso terminó siéndolo.

Habían corrido una mesa contra la pared. Los colchones estaban en el suelo. Una puerta arrancada de sus goznes servía de camilla. Sobre una silla había vendas hervidas dentro de una olla que también había servido para hacer sopa dos días antes.

Eusebia dejó a Benjamín allí porque no quedaba lugar donde ella trabajaba y porque la herida ya no necesitaba un cirujano: necesitaba limpieza, reposo y alguien que impidiera que el paciente hiciera estupideces.

—Eso último va a ser lo difícil

—dijo.

La muchacha que estaba cambiando el agua de una palangana levantó la vista.

Tenía el pelo oscuro recogido de cualquier manera y las mangas arremangadas hasta los codos.

—¿Qué hizo?

—Nació

—dijo Eusebia.

Benjamín la miró ofendido.

—Estoy acá.

—Ese es el problema.

La muchacha sonrió apenas.

No a Benjamín.

A Eusebia.

Eso le molestó más de lo razonable.

—Inés

—dijo una mujer mayor desde la otra habitación—. Necesito agua.

—Voy.

La muchacha dejó la palangana.

Benjamín la siguió con la mirada.

Eusebia lo vio.

—Ni se te ocurra.

—¿Qué?

—Lo que sea que estás pensando.

—No estaba pensando nada.

—Entonces estás peor de lo que creía.

* * *

Inés Araya tenía la misma edad aproximada que Benjamín y una paciencia considerablemente menor.

Él lo descubrió al día siguiente.

—Necesito levantarme.

—No.

—Sólo hasta la puerta.

—No.

—Eusebia dijo que tengo que mover la pierna.

—Dijo que mueva el pie.

—Es parte de la pierna.

—Entonces mueva el pie.

Benjamín la miró.

Inés siguió doblando vendas.

—¿Siempre sos así?

—¿Así cómo?

—Mandona.

—Solamente con hombres que sangran sobre nuestro piso y después quieren irse caminando.

—Ya no sangro.

Inés señaló la venda.

Había una mancha roja nueva.

Benjamín la miró.

—Eso estaba antes.

—Claro.

Ella se acercó.

—Acuéstese.

—No me trates de usted.

—Acuéstese.

Benjamín obedeció.

Le molestó descubrir que le divertía hacerlo.

* * *

San Martín llegó a la capital el 25 de marzo.

Para entonces ya había empezado a ocurrir algo extraño.

El ejército que todos creían destruido estaba reapareciendo.

No de una sola vez.

Por caminos.

En grupos.

De a veinte.

De a cincuenta.

De a cientos.

Hombres que habían pasado la noche escondidos en zanjas. Unidades que habían retrocedido ordenadamente. Jinetes que habían perdido contacto y regresaban guiados por rumores. La división de Las Heras, entera en una proporción que parecía imposible después de lo ocurrido, se convirtió en el hueso alrededor del cual todo empezaba a reconstruirse.

Cada hombre que llegaba desmentía un poco la derrota.

No la borraba.

La hacía incompleta.

Benjamín escuchaba las noticias desde el patio de los Araya.

Primero sentado.

Después de pie, apoyado contra una pared.

Después dando cinco pasos.

Inés contaba los pasos sin que él se lo pidiera.

—Cuatro.

—Fueron cinco.

—El último fue una caída con dignidad.

—Fue un paso.

—Fue una negociación con el suelo.

Benjamín volvió al banco.

—Mañana hago diez.

—Mañana hace seis.

—Diez.

—Cinco, si sigue discutiendo.

Él sonrió.

Inés no.

Pero cuando se dio vuelta, Benjamín creyó verla sonreír a ella también.

* * *

Los días adquirieron una medida nueva.

No amanecer y noche.

Distancia.

La puerta.

El patio.

La parra.

La pared del fondo.

Benjamín avanzaba hacia su ejército por metros.

Cada mañana preguntaba por Marcos.

Cada mañana la respuesta era incompleta.

Habían visto hombres de su compañía.

Había listas nuevas.

No figuraba entre los muertos.

Tampoco había ido a buscarlo.

Benjamín sabía que eso era razonable.

Marcos estaba reuniéndose con la unidad. Había un ejército que reconstruir. Había una batalla que preparar.

La razón no servía de mucho cuando caía la noche.

Entonces recordaba Cancha Rayada.

No los disparos.

No la sangre.

La espalda de Marcos bajo su pecho.

El peso de sus pasos.

A veces se despertaba creyendo que volvía a oler cuero y humo.

Inés lo encontró una madrugada sentado en el borde del colchón.

—¿La pierna?

Benjamín negó.

—Entonces acuéstese.

—No tengo sueño.

—Mentira.

La palabra lo hizo mirarla.

Marcos la usaba igual.

Inés no pudo saberlo.

Se sentó en una silla frente a él.

No preguntó qué había visto.

Eso fue lo que más agradeció Benjamín.

Se quedaron en silencio hasta que el patio empezó a aclararse.

* * *

Delaunay pasó a verlo dos veces.

La primera llevó noticias de la artillería.

La segunda llevó un libro que Benjamín no pidió.

—¿Qué hago con esto?

—Leerlo.

—Eso ya lo supuse.

—Progreso extraordinario.

Era un volumen viejo, pequeño, con varias páginas dobladas.

Benjamín leyó tres hojas y se durmió con el libro sobre el pecho.

Inés lo encontró así.

—¿Era bueno?

—Terrible.

—¿Por qué lo lee?

—Porque me lo dio un francés que se ofende si uno no sufre con él.

Inés tomó el libro y leyó el título.

—Está en castellano.

—El francés encuentra maneras nuevas de molestar.

Ella se lo devolvió.

—¿Y el hombre que lo trajo en Cancha Rayada?

Benjamín levantó la vista.

—Marcos.

Era la primera vez que decía su nombre delante de ella.

—¿Es su oficial?

Benjamín pensó.

—Más o menos.

—¿Su pariente?

—No.

Inés esperó.

Benjamín no encontró una palabra mejor.

—Es Marcos.

Ella entendió que no debía preguntar más.

* * *

El ejército comenzó a reaparecer también en los sonidos de la ciudad.

Tambores.

Caballos.

Herreros trabajando hasta tarde.

Carros llevando munición.

Órdenes en las plazas.

La derrota se convirtió en trabajo.

Y el trabajo, poco a poco, empezó a parecerse a un ejército.

Osorio no había destruido al Ejército Unido, pero había ganado tiempo, material y confianza. Los realistas sabían que los patriotas estaban heridos. Sabían también que Santiago había sentido miedo.

San Martín trabajaba contra dos relojes.

Uno era militar.

El otro era moral.

Había que reunir hombres antes de que el enemigo avanzara.

Había que convencer a la ciudad de que existía un ejército antes de que la ciudad decidiera comportarse como si ya no existiera.

Benjamín veía pasar partes de ese ejército desde la puerta de la casa.

Al décimo día pudo llegar hasta allí sin apoyarse en la pared.

Al undécimo llegó a la esquina.

Inés lo siguió a cinco pasos de distancia.

—No necesito que me cuides.

—No lo estoy cuidando.

—Me estás siguiendo.

—Quiero ver hasta dónde llega antes de caerse.

Benjamín hizo otros diez pasos sólo para fastidiarla.

Cuando regresó estaba empapado de sudor.

Inés no dijo nada.

Le alcanzó agua.

Él bebió.

Sus dedos se rozaron alrededor del vaso.

Fue un contacto breve.

Los dos retiraron la mano demasiado rápido.

Benjamín miró el agua.

Inés miró hacia el patio.

Ninguno dijo nada.

Eso alcanzaba.

* * *

El cuatro de abril, Benjamín tenía el fusil limpio, la mochila preparada y una discusión pendiente con todo aquel que intentara impedirle irse.

Eusebia había pasado temprano.

Le revisó la herida.

—Va a doler.

—Ya duele.

—Mañana más.

—Entonces mañana me quejo.

—No. Mañana peleás. Quejarte lo hacés hoy.

Le apretó la venda una última vez.

—No corras si no hace falta.

—En una batalla suele hacer falta.

—Entonces corré bien.

Benjamín sonrió.

Eusebia no.

Antes de irse le tocó la mejilla.

Fue tan rápido que casi pareció un error.

—Volvé.

Benjamín quiso hacer una broma.

No encontró ninguna que sirviera.

—Sí.

Eusebia se fue.

Inés estaba lavando una palangana en el patio.

No habían hablado de la batalla.

Tampoco de que Benjamín se iría.

Él había pensado varias veces en decirle algo.

Todo sonaba estúpido antes de pronunciarlo.

Entonces alguien golpeó la puerta.

Inés fue a abrir.

Benjamín escuchó una voz.

No necesitó distinguir las palabras.

Se puso de pie tan rápido que la pierna le recordó su existencia.

Marcos entró al patio.

Tenía la barba más larga, la chaqueta sucia y una tira nueva de cuero sujetando la vaina del cuchillo. Parecía exactamente el mismo hombre que Benjamín había visto desaparecer detrás del carro y, al mismo tiempo, alguien a quien no veía desde hacía años.

Se quedaron mirándose.

Marcos bajó los ojos hasta la pierna.

Después volvió a mirarlo.

—Caminás como un viejo.

Benjamín sintió que se le cerraba la garganta.

—Andate a la mierda.

Marcos sonrió.

Benjamín también quiso hacerlo.

No pudo.

Dio un paso.

Marcos avanzó al mismo tiempo.

Se abrazaron.

No fue una palmada entre compañeros.

No fue un gesto breve para terminar rápido con la incomodidad.

Marcos lo apretó contra el pecho con una mano detrás de la nuca y la otra alrededor de la espalda. Benjamín se aferró a él con una fuerza que le dolió en la pierna y no le importó.

Durante unos segundos ninguno hizo el menor esfuerzo por separarse.

Benjamín volvió a sentirlo.

Cuero.

Sudor.

Humo viejo prendido a la ropa.

Caballo.

El mismo olor de Cancha Rayada.

El olor de Marcos.

Por alguna razón, mientras lo abrazaba, Benjamín pensó que eso era lo que olía estar a salvo.

Marcos le apretó la nuca una vez más.

Después se separó.

Los dos miraron hacia cualquier parte menos al otro.

—Bueno

—dijo Marcos—. Tampoco te moriste.

Benjamín se pasó una mano por la cara.

—Por culpa tuya.

—De nada.

Esta vez sí se rieron.

Inés seguía junto a la puerta.

Benjamín se había olvidado de ella.

Cuando la vio, tuvo una vergüenza absurda.

No porque hubiera presenciado el abrazo.

Porque comprendió que ahora ella sabía algo de él que nunca habría sabido explicar.

Marcos siguió su mirada.

Miró a Inés.

Después a Benjamín.

Después otra vez a Inés.

Benjamín levantó un dedo.

—Ni se te ocurra.

Marcos adoptó una expresión inocente que no le quedaba bien.

—No dije nada.

—Lo estás pensando.

—Eso no está prohibido todavía.

Inés bajó la cabeza para esconder una sonrisa.

Benjamín quiso matarlo.

El deseo le hizo bien.

* * *

Se fueron una hora después.

Benjamín llevaba el fusil, la mochila y una renguera que intentaba disimular cuando Marcos miraba.

En la puerta se volvió.

No para mirar la casa.

Buscó a Inés.

Ella estaba debajo de la parra.

No se acercó.

—No se abra la herida

—dijo.

Benjamín sonrió.

—Voy a tratar.

Era una frase estúpida.

Era lo único que encontraron.

Marcos ya caminaba por la calle.

—Taboada.

Benjamín siguió mirando a Inés un segundo más.

Ella levantó apenas una mano.

Él hizo lo mismo.

Después salió.

Al alcanzar a Marcos, éste no preguntó nada.

Eso fue peor.

Caminaron en silencio varias cuadras.

Finalmente Benjamín dijo:

—Si abrís la boca, te pego.

—Con esa pierna no me alcanzás.

Benjamín lo insultó.

Marcos se rió.

La ciudad alrededor estaba llena de hombres que volvían a formar.

Habían pasado diecisiete días desde la noche en que todo pareció terminarse.

Benjamín había entrado en Santiago acostado en un carro.

Salía caminando hacia otra batalla.

A su lado iba Marcos.

Detrás quedaba una muchacha cuyo nombre, hacía dos semanas, no conocía.

Al amanecer empezarían de nuevo.

# V

## Rojo punzó

*Jujuy, enero de 1817*

El primer caballo regresó sin jinete.

Eso fue lo que hizo callar a la columna.

Venía desde una curva baja del camino con espuma blanca en el bocado y una mancha oscura extendiéndose por la montura. El animal había corrido hasta vaciarse. Traía los ijares cubiertos de sudor, las crines pegadas al cuello y los ojos demasiado abiertos. Avanzó todavía unos metros por costumbre, tropezó, recuperó el paso y siguió hasta que un soldado realista consiguió tomarlo de las riendas.

La mañana era luminosa y sofocante. Enero había llenado de agua las laderas orientales, pero allí, donde la quebrada se abría entre piedra y cardón, el sol ya empezaba a arrancarle vapor a la tierra. Olía a caballo, a cuero húmedo, a bosta fresca y a ese polvo mineral que se pega al paladar después de varias horas de marcha.

Nadie preguntó dónde estaba el hombre que había montado aquel caballo.

Todos miraron la curva.

No se veía nada.

El camino seguía vacío entre monte bajo y piedra caliente. Más arriba, las paredes del cerro devolvían una luz blanca que obligaba a entornar los ojos. En los recodos donde el agua de las últimas tormentas había mordido la tierra quedaban pequeños barrancos, raíces expuestas, manchas oscuras de vegetación y sombras suficientes para ocultar a un hombre echado boca abajo.

Los oficiales hicieron formar a la columna. Las órdenes viajaron de boca en boca sin necesidad de gritos. Fusiles hacia los bordes. Caballería cerrando los costados.

Los artilleros junto a las piezas. Algún caballo resopló. Una cincha crujió. En el aire vibraban insectos que nadie veía.

El silencio duró demasiado.

Después sonó un disparo.

No desde la quebrada.

Desde atrás.

Un soldado se llevó las manos al cuello y cayó de rodillas.

La columna giró como un animal mordido. Llegaron otros tres tiros, separados, desde lugares distintos. Uno levantó una nube de tierra junto a una rueda. Otro hizo brincar a un caballo. El último no pareció golpear nada.

Ninguno alcanzó a convertirse en una descarga. Ninguno ofreció un blanco.

Y después volvió el silencio.

Esta vez era distinto. Ya no era el silencio de un paisaje vacío.

Era el de alguien que estaba mirando.

* * *

Fermín Aráoz ya estaba lejos cuando los realistas encontraron al jinete muerto.

Cabalgaba inclinado sobre el cuello del caballo, con barro seco en las botas y un gusto metálico en la boca. Había aprendido que el cuerpo confundía a veces el miedo con alegría: después de salir vivo de una emboscada le daban ganas de reír, de insultar, de besar a alguien o de comer hasta enfermarse. La sensación duraba poco.

En esa guerra, sobrevivir sólo significaba tener tiempo para preparar la siguiente.

Dos hombres se separaron de él y descendieron por un cauce que las lluvias habían abierto entre los matorrales. Otros tomaron una senda tan estrecha que desde el Camino Real parecía terminar contra una pared de vegetación. Cien pasos después ya no se oían sus cascos. El monte los había absorbido.

Fermín siguió hacia una zona más húmeda. Allí cambiaba incluso el olor del país. La piedra caliente cedía a tierra negra y hojas fermentadas. Tipas y cebiles cerraban parte del cielo; lianas y enredaderas colgaban de las ramas y el agua permanecía escondida en zanjas, raíces y troncos caídos. La humedad de la noche todavía no se había ido y cada hoja que rozaba la manga le dejaba una raya oscura.

Rosa Medina esperaba bajo un árbol enorme, fuera del camino.

No estaba sola. Había tres caballos ensillados, dos hombres echados sobre la hojarasca y un muchacho que apartaba mosquitos de la cara sin dejar de mirar hacia el norte.

Fermín desmontó.

Rosa no necesitó un parte. Vio la espuma del caballo, el polvo rojo en la camisa, una raspadura nueva en la mano de Fermín y la manera en que él escuchaba incluso mientras bebía.

Venían tropas de línea. Caballería. Artillería. Carros. Una columna detrás de otra.

No una incursión.

Un ejército.

José de la Serna bajaba desde el Alto Perú con hombres que conocían el oficio de la guerra y con la intención de abrirse paso hacia el sur.

En Buenos Aires podían describir aquello con papeles, sellos y palabras largas.

Allí bastaba una.

Volvían.

* * *

Güemes recibió la noticia junto a una zanja donde tres paisanos intentaban liberar una rueda hundida hasta el eje.

Había llovido durante la madrugada y el barro conservaba el olor espeso de la tierra removida. A pocos metros hervía un cuero con charqui y maíz; el humo se quedaba bajo, atrapado por el aire húmedo, y hacía llorar los ojos de quienes se acercaban. Los hombres llevaban horas despiertos. Algunos dormían sentados contra los aperos. Otros reparaban riendas con dedos hinchados por el agua.

Güemes escuchó cómo marchaba el enemigo.

Le interesaron las distancias entre la vanguardia y los carros, el lugar de los cañones, las partidas que protegían los flancos, la rapidez con que la columna conseguía cerrarse cuando recibía fuego. Mientras Fermín hablaba, Güemes dibujaba con la punta de una rama sobre el barro: una línea, otra, un círculo alrededor de un paso angosto.

Dos muertos no detenían una invasión.

Un camino que dejara de ser confiable podía empezar a hacerlo.

Antes de que la rueda saliera de la zanja ya se habían repartido las primeras instrucciones. El ganado debía desaparecer de las estancias visibles. Los caballos útiles tenían que alejarse del Camino Real. El grano iría a depósitos pequeños, dispersos, escondidos. Los vigías debían mirar desde las alturas y dormir abajo, para no regalar siluetas contra el cielo. Ninguna partida debía quedarse demasiado tiempo después de atacar.

No iban a impedir que el ejército entrara.

Iban a obligarlo a pagar por cada legua.

* * *

Benicio Lamas vio a los hombres de rojo ese mismo mes.

Tenía dieciocho años, quizá diecinueve. En su casa nadie recordaba con certeza el año en que había nacido. Había llegado con una lanza propia, un caballo prestado y una camisa tan remendada que casi no conservaba la tela original.

Después de dos días de marcha llevaba la espalda quemada por el sol y las plantas de los pies en carne viva dentro de las botas.

Esperaba encontrar gauchos como él.

Encontró también otra cosa.

La División Infernal de Gauchos de Línea pasó frente al puesto al caer la tarde. El rojo punzó de las chaquetas estaba manchado de barro, sudor y polvo; no había nada de desfile en aquellos hombres. Las monturas eran desiguales, las barbas largas, las botas gastadas. Pero formaban con rapidez. Sabían dónde dejar los caballos, cómo cuidar las armas de la humedad, quién debía dormir y quién debía vigilar.

No todos los hombres de Güemes vestían así. La mayor parte de la guerra la

sostenían milicianos, baqueanos, arrieros, peones y propietarios que aparecían con sus propios animales y con lo que tuvieran para pelear. Pero aquellos jinetes tenían

jerarquías, rutina, castigos, oficiales.

Una obstinación organizada.

Benicio los siguió con los ojos hasta que uno de ellos se lo hizo notar.

—Mirá para adelante, muchacho.

Obedeció.

Le gustaron de inmediato.

* * *

El ejército realista avanzó porque estaba hecho para avanzar.

Sus hombres sabían empujar cañones por pendientes imposibles, dormir con

lluvia, levantar un campamento y desarmarlo antes del amanecer. Algunos habían

peleado en Europa. Habían visto campos convertidos en barro por miles de botas y sabían seguir formando aunque un compañero cayera a un paso.

Pero estaban acostumbrados a que un ejército necesitara cosas que pudieran encontrarse.

Agua.

Comida.

Forraje.

Animales de recambio.

Guías.

Gente dispuesta a responder una pregunta.

El Norte empezó a negarles todo eso.

La primera estancia prevista para abastecerlos estaba vacía. Las puertas golpeaban con el viento y en la cocina sólo quedaban cenizas frías.

La segunda tenía tres vacas flacas, un perro que no dejaba de ladrar y un anciano sentado bajo un alero. Juró haber sido pobre desde antes de la Revolución.

Lo dijo con tanta serenidad que el oficial encargado de requisar terminó creyéndole o cansándose de no hacerlo.

La tercera ardió durante la noche.

El propietario había prendido fuego a su propio forraje antes de que llegara la vanguardia. Desde un bajo, junto a su mujer y dos hijos, vio cómo las llamas

tomaban el galpón. El aire olía a paja quemada, pelo chamuscado y madera resinosa. Cuando el techo cedió, el resplandor iluminó los rostros de la familia

como si estuvieran demasiado cerca de un amanecer equivocado.

El hombre se sentó en el suelo.

Lloró sin ruido.

Nadie le explicó que aquello era heroico.

Había perdido casi todo lo que poseía.

La guerra no volvía menos dolorosa una pérdida por ponerle una causa encima.

* * *

Rosa pasó dos días moviéndose entre puestos, capillas, corrales y casas que desde el camino parecían abandonadas.

La información tenía olor y textura antes de convertirse en dato.

Una mujer había visto cambiar de rumbo a la vanguardia porque, desde su

patio, observó levantarse el polvo hacia el este. Un chico recordó los carros de

munición porque los contó mientras arreaba cabras. Un cura sabía que los

herradores habían trabajado hasta entrada la noche: durante horas había

escuchado martillos contra hierro desde la capilla. Una lavandera habló de camisas empapadas, vendas y botas cubiertas de un barro distinto al de la ciudad.

Rosa no escribió nada.

Guardó cada detalle.

Cuando regresó, dejó ante Güemes una imagen más útil que una suma de

soldados: el ejército seguía siendo fuerte, pero cada día tenía que abrir más los brazos para encontrar lo que necesitaba.

El terreno empezaba a estirarlo.

Y cuando un ejército se estira demasiado, alguna parte queda sola.

* * *

Esa noche Fermín encontró a Rosa dormida contra el tronco de un cebil.

El monte respiraba alrededor de ella. Había llovido lejos y el olor húmedo llegaba con ráfagas desde las laderas. Entre las hojas sonaban gotas atrasadas,

insectos, algún animal pequeño removiendo la hojarasca. A lo lejos, por encima de una elevación, se alcanzaba a ver el resplandor naranja de fogatas realistas.

Rosa dormía con la cabeza vencida sobre un hombro y una mano alrededor de la correa de su bolsa. Tenía barro seco hasta las rodillas.

Fermín se agachó sin tocarla.

Ella abrió los ojos igual.

—Dormías con la boca abierta.

—Mentiroso.

Era cierto, pero sólo un poco.

Antes de que él volviera a montar, Rosa le acomodó el cuello de la camisa. El

gesto duró apenas un instante, pero pertenecía a un mundo completamente distinto: una casa, una puerta cerrada, una mesa, dos personas que supieran dónde

iban a dormir esa noche.

—No te hagas matar.

Fermín sonrió.

—Tengo otros planes.

Se besaron una vez.

Después él desapareció entre los árboles.

Rosa volvió a apoyar la espalda contra el tronco. El calor de su cuerpo había dejado una mancha más oscura en la corteza.

Al norte seguían ardiendo las fogatas.

Parecían muchas.

Bajo los árboles, en cambio, no se veía a nadie.

Eso era exactamente lo que Güemes necesitaba.

# VI

## La ciudad ocupada

*Salta, abril de 1817*

Los realistas entraron en Salta con música.

Eso fue lo que más irritó a Macacha Güemes.

No los uniformes cubiertos de polvo, ni las bayonetas, ni los caballos cansados dejando bostas frescas sobre calles que conocía desde niña.

La música.

Abril había traído mañanas más frescas al valle. Después de las lluvias del verano, los patios todavía conservaban humedad en las paredes de adobe y las acequias corrían con un murmullo constante. Desde algunas casas llegaba olor a leña, grasa caliente y pan. Desde la plaza, en cambio, empezaban a imponerse otros olores: cuero mojado, sudor de tropa, animales encerrados y pólvora vieja.

Macacha escuchó acercarse tambores y metales desde una habitación en penumbra.

Sonaban con la seguridad de quien cree que entrar en una plaza equivale a poseerla.

A su lado, una mujer joven apartó apenas la cortina.

Macacha le bajó la mano.

No hacía falta verlos.

Se los oía ocupar la ciudad.

* * *

La Serna tenía Salta.

Había guardias en las esquinas, patrullas en las calles, órdenes clavadas en paredes y oficiales instalados en casas ajenas. Los cascos marcaban un ritmo nuevo sobre la tierra endurecida. Las cocinas de las familias debían compartir leña con los ranchos militares. Los pozos tenían cola. En las mañanas, las voces de mando llegaban hasta patios donde las mujeres molían maíz o sacudían mantas como lo habían hecho siempre.

La vida no se detenía porque una ciudad estuviera ocupada.

Se volvía más estrecha.

La gente aprendía a hablar detrás de las puertas, a reconocer por el paso qué patrulla venía, a esconder una bolsa de harina detrás de una pared falsa y a no mirar demasiado tiempo a los hombres armados.

Pero el dominio realista terminaba muy pronto en los bordes.

Más allá de las últimas casas, la noche volvía a pertenecer al monte. Los caminos se bifurcaban entre cercos, bajos y laderas; los ríos y arroyos borraban huellas; las quebradas permitían a diez jinetes desaparecer donde cincuenta

soldados de línea necesitaban formar.

Y dentro de la propia ciudad había ojos.

Macacha era uno de ellos.

No necesitaba uniforme rojo. Le servía mucho más que ciertos hombres hablaran delante de ella como si una mujer bien vestida sólo pudiera interesarse

por visitas, bautismos o telas.

La ocupación hablaba sin darse cuenta.

Un comerciante furioso por una requisa revelaba qué unidad buscaba animales.

Una criada sabía cuántos platos salían de una cocina. Una panadera podía

reconocer un aumento de tropas por la cantidad de harina que desaparecía antes

del amanecer. Una mujer que lavaba ropa distinguía una semana tranquila de una mala por el color del agua que salía de las vendas.

La información viajaba luego de maneras pequeñas: una frase memorizada, una

nota escondida bajo una costura, una palabra dicha mientras se entregaba una cesta.

La guerra de Güemes se sostenía muchas veces sobre cosas que no parecían guerra.

* * *

Rosa entró a Salta con dos gallinas.

Las odiaba.

La mañana estaba fresca, pero bajo el rebozo ya tenía la nuca húmeda. Una gallina aleteó durante casi todo el trayecto y la otra intentó picarle los dedos a través de la cesta. En el puesto de entrada había olor a caballo, cebolla cortada y

vino derramado. Un soldado realista, mal dormido, hundió una mano entre las plumas buscando algo escondido.

La gallina le clavó el pico.

El hombre retiró la mano con una maldición y le hizo un gesto para que pasara.

Rosa siguió sin sonreír hasta doblar la esquina.

La independencia acababa de recibir una colaboración involuntaria.

* * *

Macacha la recibió por una puerta lateral.

El interior de la casa estaba fresco. Las paredes gruesas retenían todavía el frío de la noche y en el patio olía a tierra húmeda y hojas de naranjo. Sobre una mesa

había una jarra, pan, un cuchillo y ninguna clase de mapa.

No lo necesitaban.

Macacha conocía la ciudad por puertas, familias y rumores. Rosa conocía las salidas, los bajos, los senderos donde un caballo podía cruzar sin levantar

demasiado polvo.

Al día siguiente saldrían partidas a buscar forraje. Dos rutas estaban confirmadas. La tercera cambiaba según lo que encontraran. Los realistas habían

empezado además a requisar animales dentro de la ciudad.

Desde el campo, aquello sonaba a debilidad.

Dentro de Salta tenía otro peso.

Cada caballo requisado era una familia sin herramienta de trabajo. Cada saco

de maíz que terminaba en un depósito militar faltaba después en una cocina. Cada puerta rota para buscar armas seguía rota cuando la patrulla se iba.

La guerra podía estar ganándose afuera y perdiéndose dentro de una casa.

Rosa comió un pedazo de pan en silencio.

Después volvió a salir.

* * *

Desde una elevación baja, Güemes veía los techos de Salta bajo una capa delgada

de humo doméstico. Al atardecer, el valle tomaba un color dorado y las montañas

se cerraban alrededor de la ciudad con una serenidad que resultaba casi ofensiva.

Era difícil mirar aquel paisaje y aceptar que dentro había soldados enemigos durmiendo en camas ajenas.

Cuando llegó la información de Macacha, no pensó en atacar todas las partidas de forraje.

No necesitaba hacerlo.

Una encontraría corrales vacíos.

A otra bastaría con dejarla avanzar hasta que el miedo la obligara a regresar.

La tercera debía encontrar exactamente lo que buscaba.

Y creerlo por unos minutos.

* * *

La estancia parecía abandonada por descuido.

Eso era parte de la trampa.

Había animales visibles detrás de un cerco, pasto seco bajo un tinglado y un pozo con agua limpia. Una olla ennegrecida colgaba junto a una pared. Nadie había

intentado esconder demasiado bien nada.

El oficial realista hizo detener a sus hombres antes de entrar.

El aire estaba pesado después del mediodía. En el borde del monte, las últimas

lluvias habían dejado una humedad verdosa que no terminaba de secarse. Se oían insectos, algún pájaro escondido y el golpeteo del balde contra el brocal del pozo

movido por el viento.

No había perros.

Eso debería haberle preocupado más.

La caballería desmontó de a poco. Los caballos bajaron la cabeza hacia el agua. Dos soldados entraron al galpón. Otro cortó un manojo de forraje con el cuchillo.

Pasaron diez minutos.

Después quince.

En el monte, Fermín tenía una hormiga caminándole por la muñeca.

No podía mover la mano.

Estaba echado detrás de un tronco caído, con la mejilla casi contra la tierra negra. El suelo olía a hojas podridas, hongos, raíces rotas y humedad. A su izquierda, Benicio respiraba por la boca para no estornudar; una rama le rozaba la nariz cada vez que el viento movía el follaje.

Habían esperado allí desde antes de que apareciera la patrulla.

El cuerpo empezaba a doler de no moverse.

La camisa de Fermín estaba pegada a la espalda. Un mosquito insistía junto a su oreja. Más allá de las hojas, alcanzaba a ver apenas fragmentos del enemigo: una bota, el lomo de un caballo, el brillo de una hebilla, una mano sosteniendo un fusil.

Los soldados hablaban entre ellos, pero el monte deformaba las voces. Parecían más cerca de lo que estaban.

Un caballo resopló.

Otro golpeó una piedra con el casco.

Benicio tensó los dedos alrededor del arma.

Fermín levantó apenas dos dedos.

Todavía no.

La espera era una parte de la emboscada que nadie contaba después. En los relatos todo empezaba con un disparo. En la realidad empezaba mucho antes, cuando un hombre tenía que quedarse inmóvil mientras el sudor le bajaba por las costillas y treinta enemigos bebían agua a pocos pasos.

El primer tiro llegó desde el extremo opuesto de la estancia.

La patrulla giró hacia allí.

El segundo sonó más cerca.

Después otro.

Los hombres corrieron hacia sus fusiles. Un caballo se soltó. El oficial gritó una orden que se perdió entre los disparos y el relincho de los animales.

Entonces el monte se abrió.

Las chaquetas rojo punzó aparecieron entre troncos y hojas durante apenas unos segundos. No fue una carga larga. Fue una irrupción. Tres jinetes cruzaron por detrás de los corrales, otros golpearon desde un flanco y desaparecieron antes de que la infantería terminara de cerrar una formación.

El aire se llenó de humo de pólvora. En la humedad quedó suspendido entre las ramas, agrio y blanco, mezclándose con el olor del estiércol, la tierra y el agua del pozo.

Fermín disparó una vez.

No esperó a comprobar a quién había alcanzado.

Cuando los realistas pudieron responder con una descarga más ordenada, los

corrales ya estaban abiertos. Los animales corrían hacia el monte levantando barro

y paja. Desde afuera llegaron silbidos y gritos que servían para mover ganado tanto como para confundir soldados.

Una bala arrancó un pedazo del ala del sombrero de Fermín.

Sintió el golpe del aire, no el proyectil.

Cinco minutos después estaba montado y alejándose por un sendero que un hombre de línea habría confundido con una pared de vegetación.

Detrás, los realistas seguían disparando contra hojas que todavía se movían.

* * *

Dentro de Salta, la ocupación empezó a encogerse.

Las patrullas salían con más hombres para regresar con menos cosas. Los carros necesitaban escoltas mayores. Los centinelas dormían peor. La ciudad

aprendió a reconocer el cansancio en la forma en que los soldados golpeaban las puertas.

Una noche uno disparó contra un perro.

El estampido rebotó entre las paredes de adobe y despertó a media cuadra.

Otra noche una compañía entera salió a formar porque alguien creyó escuchar

caballos más allá de las últimas casas.

No había ninguno.

Al día siguiente sí.

El miedo aprendía rápido.

* * *

Rosa dejó la ciudad tres días después.

La gallina que había herido al guardia no volvió con ella.

Fermín reparó en la cesta vacía.

—¿La vendiste?

—Nos dio información y comida.

Él hizo una expresión grave.

—Patriota ejemplar.

Rosa sonrió apenas.

Fue suficiente.

En una guerra donde casi todo olía a humo, cuero, miedo o sangre, una risa breve seguía teniendo algo escandalosamente vivo.

# VII

## Sin frente

*Laderas orientales de Salta, abril de 1817*

El sargento Manuel Cárdenas había peleado en España y creía saber cómo sonaba una guerra.

Cañones. Tambores. Órdenes. Descargas capaces de convertir a cientos de hombres en una sola máquina.

En el Norte descubrió otra cosa.

Una guerra que podía pasar horas sin hacer ningún ruido humano.

Ese silencio empezó a perseguirlo.

La patrulla salió al amanecer hacia una zona donde el valle empezaba a trepar hacia las laderas húmedas. A medida que avanzaban, el paisaje cambiaba. El monte seco se espesaba; aparecían árboles más altos, helechos en los bajos, enredaderas que se agarraban de los troncos. La niebla de primera hora quedaba atrapada entre las ramas y dejaba las hojas brillantes. Los caballos pisaban una tierra blanda que no levantaba polvo.

Olía a verde.

A hojas machacadas.

A barro.

A madera húmeda.

Cárdenas odiaba ese olor porque ocultaba el de los hombres.

En España, una columna dejaba humo, polvo, barro removido. Allí podía haber veinte gauchos a cien pasos y la selva se quedaba con todo: sus pisadas, el vapor de los animales, el ruido de una rama. A veces una bandada levantaba vuelo y él no sabía si la había asustado un puma, un venado o un hombre armado.

Llegaron a una estancia al final de una senda estrecha.

La puerta estaba abierta.

El corral, vacío.

Una olla seguía tibia sobre las brasas.

Cárdenas apoyó dos dedos en el borde de hierro.

El calor le quedó en la yema.

Alguien había estado allí hacía muy poco.

Alguien sabía que venían.

* * *

Rosa estaba a menos de trescientos pasos.

No podía ver toda la estancia. La vegetación se lo impedía. Veía fragmentos a través de un entramado de hojas: un sombrero, un caballo que movía la cola, el

destello opaco de una bayoneta.

Estaba acostada sobre una capa de hojas húmedas y sentía la tierra fría a través

de la falda. El olor de la hojarasca fermentada se mezclaba con el sudor del cuero de los hombres escondidos alrededor. Un insecto le caminó por el cuello. Lo dejó

llegar hasta el pelo antes de aplastarlo despacio con dos dedos.

Benicio Lamas estaba junto a ella.

El muchacho respiraba demasiado rápido.

No era cobardía. Era juventud.

Cada sonido parecía anunciar el momento.

Una gota que caía desde una hoja.

Una rama que se acomodaba bajo el peso de un pájaro.

El chasquido lejano de una cincha.

Los cascos realistas se oían antes de verse. Después aparecieron las voces,

amortiguadas por el follaje. Un soldado tosió. Otro escupió. Uno de los caballos se negó a avanzar y recibió un golpe seco.

Benicio empezó a levantar el fusil.

Rosa le apoyó la mano encima.

No.

Todavía no.

El soldado más cercano pasó tan cerca que Benicio alcanzó a ver una costura descosida en el pantalón.

También pudo olerlo.

Sudor, caballo y tabaco viejo.

Durante un instante tuvo la certeza absurda de que el hombre iba a girar la cabeza y mirarlo directamente a los ojos.

No ocurrió.

La patrulla siguió.

Rosa esperó.

Contó lentamente hasta treinta sin mover los labios.

Después retiró la mano del arma de Benicio.

No habían ido allí para matar a los primeros soldados que aparecieran.

Querían que toda la patrulla entrara en el lugar equivocado.

* * *

El fuego apareció detrás de los realistas.

No un incendio grande. Apenas una línea baja prendida sobre pasto seco en un claro donde el sol había conseguido secar la superficie. El humo empezó a

arrastrarse entre los árboles.

Los caballos lo olieron antes que los hombres.

Levantaron la cabeza, tensaron las riendas y empezaron a moverse de costado.

Entonces llegaron los silbidos desde la loma.

Los primeros jinetes rojo punzó cruzaron una abertura entre los árboles y desaparecieron. Otra partida golpeó por detrás. No había tiempo suficiente para decidir dónde estaba el ataque porque el ataque nunca permanecía en un solo lugar.

La pólvora ardida transformó el aire. El humo blanco quedó retenido bajo la vegetación y se mezcló con la niebla atrasada, hasta que hombres, caballos y troncos fueron sombras que se movían dentro de una misma nube.

Cárdenas consiguió formar una parte de su gente.

Cuando lo logró, ya no tenía enemigo enfrente.

Tenía un soldado muerto, otro herido en un brazo, dos caballos desbocados y ningún animal que requisar.

La estancia seguía vacía.

El camino de regreso empezaba a llenarse de humo.

Entonces entendió algo que no le gustó.

Aquella gente no quería destruir su patrulla.

Quería administrarla.

Decidir cuánto podía avanzar, cuánto debía tardar y cuánto iba a costarle volver.

* * *

Güemes prohibía ciertas valentías.

No perseguir una retirada ordenada. No quedarse disparando porque el enemigo también disparaba. No morir por una loma que podía recuperarse al día siguiente sin regalar veinte hombres.

A Benicio le costaba aceptar una guerra donde a veces la mejor acción consistía en irse.

Había crecido escuchando historias que empezaban cuando alguien cargaba y terminaban cuando otro escapaba. Nadie contaba las horas pegado al barro esperando que pasara una patrulla. Nadie cantaba sobre un jinete que obedecía el silbato y daba media vuelta cuando todavía tenía sangre caliente.

Fermín se lo resumió una tarde mientras limpiaba barro de una hoja.

—La gloria sirve mucho cuando ya estás muerto.

Benicio entendió bastante más semanas después.

* * *

La guerra de Güemes no tenía frente.

Podía haber soldados realistas en la plaza de Salta y un correo atacado una

legua más allá. Diez hombres dejaban de alcanzar para llevar un mensaje; treinta

necesitaban más comida; cien podían recorrer un camino entero sin encontrar a nadie y, aun así, volver convencidos de haber sido observados todo el trayecto.

Cada solución hacía más costoso el problema siguiente.

Los gauchos aparecían junto a un río, detrás de una columna, en un filo de

montaña, debajo de un bosque de ribera. Luego desaparecían durante dos días y el silencio se volvía más inquietante que los disparos.

La Serna tenía soldados suficientes para ganar una gran batalla.

Güemes se negaba a darle una.

* * *

Los hombres del Norte tampoco vivían dentro de una leyenda.

Tenían hambre.

La humedad pudría suelas y correas. Los caballos se lastimaban en senderos de piedra. En las noches de monte, la ropa no terminaba de secarse y uno podía despertarse con la manta mojada por el rocío. En los sectores más bajos los

mosquitos se metían en los ojos; en las alturas, el frío sorprendía después de tardes calientes.

Se discutía por carne, tabaco, yerba, monturas y por la última piedra buena para afilar una hoja.

Algunos se iban.

Uno desapareció porque su mujer estaba por parir. Regresó una semana después con ojeras, la barba crecida y una cinta atada en la muñeca.

Había sido una niña.

Martina.

Dijo el nombre una vez, sonriendo.

Durante esos pocos segundos la guerra quedó muy lejos.

Después volvió a montar.

* * *

Una noche Rosa y Fermín quedaron atrapados entre dos patrullas.

No estaba planeado.

Las mejores historias suelen mentir sobre esa parte.

Habían ido a buscar a una mujer que traía información desde la ciudad. El cielo

estaba cubierto y no había luna. El sendero era apenas una franja algo menos negra

entre la vegetación. El barro del día se había enfriado y cada paso del caballo producía un sonido húmedo.

Oyeron cascos adelante.

Casi al mismo tiempo, otros detrás.

No tuvieron margen para retroceder.

Dejaron las monturas dentro del monte y se metieron a pie entre árboles hasta encontrar una depresión del terreno. Rosa se echó primero. Fermín cayó a su lado. Las hojas estaban frías y olían a lluvia vieja.

Los caballos realistas se acercaron.

Primero fue el ruido de las herraduras.

Después el cuero.

Después voces.

Fermín podía oír la respiración de un animal a pocos pasos. Podía imaginar el vapor saliendo de sus ollares aunque no lo viera. Rosa tenía una mano cerrada sobre su antebrazo, no por cariño sino para impedirle moverse.

Una mosca o algún insecto nocturno le pasó por la cara.

No reaccionó.

El jinete más cercano se detuvo.

El caballo olfateó hacia el monte.

Rosa sintió cómo Fermín contenía el aire.

Durante unos segundos no existió nada más: ni Güemes, ni La Serna, ni Salta, ni una revolución. Sólo un animal que podía decidir, por curiosidad, acercarse dos pasos.

El caballo resopló.

El jinete tiró de la rienda.

Siguieron.

Rosa no soltó a Fermín hasta que el último sonido se perdió completamente.

Esperaron todavía mucho más.

Cuando por fin se incorporaron, él tenía hojas pegadas al pelo y una raya de barro cruzándole la cara.

Rosa lo agarró de la camisa y lo besó.

No fue un beso tranquilo.

Tenía miedo, rabia y alivio mezclados.

Un disparo sonó lejos, quizá a medio camino entre ellos y la ciudad.

Se separaron.

La guerra tenía un sentido del momento espantoso.

* * *

Macacha recibió una nota dentro de un pan.

En otra época se habría reído.

Ahora comprobó primero que el papel no estuviera húmedo.

Güemes necesitaba saber cuántas raciones se distribuían dentro de la ciudad.

No cuántos hombres afirmaba tener La Serna, sino cuántos estaban comiendo realmente.

La respuesta debía salir dos días después.

No salió.

El mensajero era un chico de catorce años.

Lo detuvieron con una cesta cuyo doble fondo no resistió la revisión. Cuando comprendió que habían encontrado el papel, corrió.

El disparo se oyó a lo largo de la calle.

Macacha estaba a dos casas.

La gente se quedó inmóvil dentro de los patios. Un perro empezó a ladrar y alguien lo hizo callar a golpes contra una puerta.

Macacha no se asomó.

No podía permitirse ese gesto.

Esperó hasta la noche para averiguar el nombre.

Tomás.

Nadie supo darle un apellido.

Macacha lo repitió dos veces en voz baja.

Era demasiado poco para devolverle algo a un muerto.

Era lo único que tenía.

* * *

Cuando Rosa recibió la noticia sintió primero una rabia limpia.

Después llegó algo peor.

La necesidad de seguir trabajando.

El muchacho había muerto llevando una cifra.

Durante unos segundos quiso que aquella cifra dejara de importar.

No podía.

Si también se perdía la información, la guerra se quedaría con ambas cosas: con el chico y con aquello por lo que había corrido.

La cifra llegó por otra vía.

Menos raciones. Menos caballos. Patrullas más grandes y más espaciadas. Salidas cada vez más caras.

El ejército realista seguía siendo formidable.

Pero se estaba cansando.

Desde una altura, al final de la tarde, Güemes miró el valle. Salta era una mancha de techos y humo debajo de las montañas. El sol se iba detrás de los cerros

y las sombras empezaban a llenar primero los bajos, después las calles, después todo.

No necesitaba capturar una bandera para entender lo que ocurría.

Cada día que La Serna permanecía allí costaba más que el anterior.

Eso también era ganar.
No se parecía a una victoria.
Por eso funcionaba.

# VIII

## El infierno

*Salta y Jujuy, mayo de 1817*

La retirada empezó sin trompetas.

Durante varios días nadie estuvo seguro de que fuera una retirada.

Mayo había secado buena parte de los caminos. Las mañanas se volvieron más

frías y el aire transparente permitía ver las montañas con una nitidez cruel. El barro del verano se endurecía bajo los cascos y volvía a aparecer el polvo, fino, capaz de entrar por la nariz y quedar entre los dientes.

Primero se movieron algunos carros.

Después enfermos.

Luego piezas de artillería y depósitos enteros empezaron a vaciarse dentro de edificios ocupados durante semanas.

La ciudad olía a una mudanza hecha por soldados: paja removida, cuero, vino

derramado, caballerizas demasiado llenas, ceniza y habitaciones que no habían podido ventilarse en días.

Circularon rumores contradictorios.

Macacha no les prestó atención.

Esperó algo más pequeño.

Una mujer que lavaba ropa para oficiales llegó al atardecer con las manos abiertas por el jabón y el agua fría.

Estaban empacando.

Eso bastó.

* * *

Güemes recibió la confirmación durante la noche.

No celebró.

Un ejército en retirada seguía siendo un ejército, y uno acorralado podía morder con más fuerza que uno que avanzaba.

La orden fue perseguir sin ofrecerse. Golpear costados. Sacar animales. Cortar

rezagados cuando hubiera oportunidad. Obligar a cerrar filas. Desaparecer antes de que una columna pudiera girar toda su fuerza.

No necesitaban convertir la retirada en una gran batalla.

Sólo impedir que fuera cómoda.

* * *

Los Infernales salieron antes del amanecer.

El rojo punzó parecía negro en la primera luz.

El aire tenía ese frío corto de los valles que obliga a encoger los hombros hasta que sale el sol. Los caballos largaban vapor. Las monturas crujían. Nadie hablaba

demasiado porque el sonido viajaba lejos en la mañana quieta.

Benicio cabalgaba con ellos.

Todavía no tenía un uniforme completo. La chaqueta le quedaba grande, con una manga remendada y los puños gastados. Al principio la había tocado muchas veces, como quien comprueba que una cosa deseada sigue allí.

Ya no lo hacía.

Había aprendido que la ropa no lo volvía infernal.

Lo hacía saber esperar.

Lo hacía volver cuando había que volver.

* * *

Aguardaron una retaguardia en un paso donde el camino se estrechaba entre una pared de piedra y un monte espeso.

La posición llevaba horas preparada.

Ramas cortadas habían sido colocadas para ocultar caballos. Los hombres

estaban separados lo suficiente para que una descarga enemiga no encontrara a

todos juntos. En el suelo quedaban hojas húmedas bajo una capa de polvo reciente; cuando alguien apoyaba una rodilla, subía el olor oscuro de la tierra.

El sol todavía no entraba bien entre los árboles.

Fermín estaba oculto detrás de un tronco con la boca seca.

A pocos metros Benicio tenía una mano sobre el cuello de su caballo para

tranquilizarlo. El animal percibía algo. Movía las orejas hacia el camino mucho antes de que ellos escucharan nada.

Después llegó una vibración leve.

No un sonido todavía.

Una sensación en el suelo.

Cascos.

Ruedas.

La columna se acercaba.

Uno por uno aparecieron los ruidos: el chirrido de un eje, una tos, una orden dicha en voz baja, metal golpeando metal. Después llegó el olor de los caballos y del

polvo levantado por decenas de botas.

Benicio sintió que el corazón le golpeaba contra la chaqueta.

No veía a nadie.

Ese era el peor momento.

El enemigo existía entero en los sonidos.

Un pájaro salió de golpe desde una rama y Benicio casi levantó la lanza.

Fermín ni siquiera lo miró.

Esperó.

La vanguardia pasó.

Después varios carros.

Después hombres cansados que caminaban mirando el suelo.

La retaguardia entró finalmente en el paso.

El silbido fue breve.

El monte explotó.

Esta vez no hubo tiros dispersos.

Hubo una carga.

Los cascos golpearon la tierra y el estrecho devolvió el ruido multiplicado. Los hombres rojo punzó aparecieron entre ramas, piedra y humo como si el propio monte los hubiera escupido. Los realistas intentaron girar una pieza ligera, pero no tuvieron espacio suficiente.

Fermín vio una bayoneta pasar junto a sus costillas. Golpeó con la culata sin llegar a ver la cara del hombre. Benicio perdió la lanza cuando otro caballo chocó contra el suyo y terminó con el cuchillo en la mano sin recordar haberlo sacado.

El aire olía a pólvora, sudor, sangre y tierra rota por cascos.

Un hombre cayó debajo de un caballo.

Otro caballo cayó encima.

Un artillero gritó atrapado junto a una rueda.

Durante unos segundos dejó de existir cualquier forma de batalla.

Sólo había cuerpos demasiado cerca.

Entonces sonó el silbato de retirada.

Benicio no reaccionó.

Tenía delante a un realista que retrocedía y todo su cuerpo le exigía seguirlo.

Fermín lo agarró de la chaqueta y tiró con violencia.

—¡Volvé!

Benicio giró lleno de rabia.

Cien pasos después una descarga cerrada golpeó el lugar donde habría estado si seguía avanzando.

Las balas arrancaron corteza de los árboles y levantaron tierra.

Una rama cayó girando lentamente entre el humo.

Benicio miró una vez.

Después siguió cabalgando.

No necesitaba otra explicación.

* * *

Más atrás, Rosa esperaba con caballos frescos y dos heridos.

Habían improvisado el puesto bajo árboles donde corría un poco de aire. Sobre

una manta había vendas, agua en una calabaza, un cuchillo calentado al fuego y un frasco de aguardiente cuyo olor se mezclaba con el de la sangre.

Uno de los heridos tenía una mano destrozada. El otro repetía el nombre de su madre con una voz cada vez más baja.

Rosa trabajó sin levantar la cabeza cuando llegaron los jinetes. Ajustó un vendaje, mandó traer agua y apartó a un hombre que sólo estorbaba.

Entonces vio las botas de Fermín.

Tenía sangre en una manga.

No era suya.

Esta vez Rosa le creyó sin comprobarlo.

La risa que se les escapó a ambos duró apenas un segundo.

No había nada gracioso.

Era simplemente el sonido que hacía el alivio cuando no tenía tiempo para convertirse en otra cosa.

Después volvieron a los heridos.

* * *

La Serna abandonó Salta.

No había perdido allí una gran batalla.

Había perdido algo más difícil de pintar y más difícil todavía de explicar en un

parte: la posibilidad de convertir ocupación en dominio.

Los caminos consumían hombres. Los animales desaparecían. La información

llegaba tarde o no llegaba. Una patrulla necesitaba más escolta para conseguir menos comida. Los soldados podían dormir dentro de la ciudad y aun así

despertarse convencidos de que alguien los observaba desde afuera de la ventana.

El enemigo no necesitaba vencer una vez.

Le bastaba con seguir apareciendo.

* * *

Cuando los primeros vecinos salieron a la plaza después de la partida realista, no hubo una fiesta inmediata.

La ciudad necesitaba primero olerse a sí misma.

Durante semanas había sido cuartel, establo, depósito y hospital. Quedaban

puertas rotas, manchas en paredes, montones de paja, botellas, estiércol seco,

fogones improvisados. En algunas habitaciones el aire era tan pesado que hubo que dejar ventanas abiertas todo el día.

La gente caminaba despacio, reconociendo lo que seguía en su lugar.

Una mujer encontró su arcón abierto y se sentó delante sin tocar nada.

Un hombre entró en un corral vacío y permaneció allí largo rato.

Dos chicos corrieron por la plaza hasta que una madre les gritó que no tocaran un cartucho abandonado junto a una pared.

Macacha cruzó a pie.

Una mujer la abrazó. Otra quiso besarle las manos.

Macacha se apartó con suavidad.

Tenía que encontrar a la madre de Tomás.

La guerra había terminado en la ciudad.

Para algunas casas, no.

* * *

Güemes entró después.

Sin música.

Los Infernales venían mezclados con milicianos que no llevaban chaquetas rojas ni monturas iguales. Había hombres con lanzas caseras, cuchillos, fusiles viejos,

ponchos rotos y caras curtidas por semanas de dormir afuera. Algunos caballos rengueaban. Otros tenían marcas de cincha convertidas en heridas.

Olían a camino.

A humo.

A animal.

A ropa que había conocido demasiadas lluvias y demasiado sol.

Alguien gritó el nombre de Güemes.

Después otro.

La plaza empezó a llenarse.

Él miró a los hombres que habían combatido y a la gente que había hecho

posible que combatieran: mujeres que llevaron mensajes, comerciantes que

escondieron grano, chicos que contaron caballos, viejos que mintieron sobre

sendas, familias que sacaron animales de los corrales para que el invasor tampoco los tuviera.

No hizo un discurso.

El cansancio habría vuelto indecente cualquier grandilocuencia.

Les dijo que descansaran.

Algunos se rieron.

Todos sabían que probablemente significaba una noche.

Los realistas siempre volvían.

* * *

Esa noche Rosa y Fermín caminaron unas cuadras por una ciudad casi oscura.

Sin patrullas realistas, Salta parecía extrañamente grande. Las casas devolvían

sonidos domésticos olvidados: una cuchara contra una olla, una criatura llorando, una puerta cerrándose sin miedo a llamar la atención de un centinela.

En una esquina olía a pan recién hecho.

Fermín se detuvo.

Le tomó la mano.

Durante semanas habían evitado palabras que obligaran a imaginar un futuro.

El futuro era una arrogancia cuando una patrulla podía aparecer detrás de cualquier curva.

—Mañana te busco.

Rosa lo miró.

Mañana seguía siendo una palabra peligrosa.

—Buscame.

No prometió estar.

Pero sonrió.

Eso alcanzó.

* * *

Casi un año después llegó una noticia desde Chile.

Había tardado semanas en cruzar postas, valles, montañas y caminos que para un papel podían resultar tan difíciles como para un ejército.

Cancha Rayada.

Derrota.

El parte hablaba de una sorpresa en plena noche, de formaciones quebradas antes de terminar de acomodarse, de cañones perdidos y hombres dispersos entre Talca y Santiago. Hablaba también de rumores, de unidades que nadie conseguía ubicar y de una capital que volvía a preguntarse cuánto tardarían los realistas en aparecer por el camino del sur.

San Martín estaba vivo.

Eso era casi lo único que el papel conseguía afirmar sin titubear.

Güemes leyó el parte dos veces en una galería de la finca del Carmen, al sur de Salta. La tarde era clara y seca. Cerca había caballos atados bajo la sombra; más lejos, varios hombres practicaban con lanzas sobre una tierra endurecida por el sol. El cuero caliente, el polvo y el sudor de los animales componían un olor conocido, doméstico ya para todos ellos.

Durante meses, la retirada de La Serna había quedado en la memoria como una alegría difícil, conseguida a fuerza de hambre, monte y hombres que aparecían donde el enemigo juraba que no había nadie. Habían obligado a un ejército entero a retroceder. Habían mantenido abierto el Norte. Habían cumplido.

El papel llegado desde Chile no borraba nada de eso.

Pero lo empequeñecía.

La guerra tenía esa crueldad: podía permitir una victoria en un extremo del continente y, antes de que terminara de asentarse en la memoria, abrir un abismo en el otro.

Güemes dobló la hoja con cuidado. No dijo nada.

Desde el patio llegó el golpe seco de una lanza contra un poste. Un caballo sacudió las crines. Más allá de los árboles, los cerros empezaban a ponerse oscuros.

El Norte había aprendido a resistir.

Ahora, del otro lado de los Andes, otros hombres tendrían que aprender a levantarse.

El fuego no se había apagado.

Sólo había cambiado de lugar.

# IX

## La mañana

*Cerrillos del Maipo, 5 de abril de 1818*

La mañana llegó limpia.

Eso fue lo primero que Benjamín encontró injusto.

Después de Cancha Rayada había imaginado que el día de la revancha tendría algún aspecto distinto: nubes bajas, viento, quizá una oscuridad que justificara lo que estaban a punto de hacer. Pero el cielo sobre los cerrillos se abrió sin culpa, de un azul frío y enorme, y el sol empezó a levantar las formas de la tierra como si aquel domingo fuera a servir para cualquier otra cosa.

Durante un rato no hubo disparos.

Había hombres.

Miles.

Desde la posición de Benjamín podían verse líneas enteras ocupando las lomadas, uniformes que a la distancia perdían color, jinetes moviéndose por los flancos y los cañones detenidos como animales oscuros que todavía no habían decidido despertar. Más atrás, carros, municiones, caballos de reserva. Más adelante, el enemigo.

Esta vez podían verlo.

Eso también era distinto.

En Cancha Rayada la noche había convertido la guerra en ruido. Ahora la guerra tenía forma.

Benjamín apoyó el fusil contra el hombro y cambió apenas el peso del cuerpo hacia la pierna sana.

La herida protestó.

No era dolor exactamente. Era una advertencia profunda, un tirón que nacía en la parte alta del muslo y subía hasta la cadera cada vez que daba un paso largo. Inés había dicho que todavía no estaba listo. Eusebia había dicho lo mismo con palabras menos amables. Marcos no había dicho nada cuando lo vio caminar esa mañana.

Sólo había mirado la pierna.

Después la cara.

Después otra vez la pierna.

—Ni empieces

—dijo Benjamín.

Marcos ajustó la correa de su mochila.

—No dije nada.

—Ya sé qué estás pensando.

—Eso te pasa por convivir demasiado conmigo.

No volvieron al asunto.

Marcos sabía que era inútil. Benjamín sabía que Marcos sabía. Entre ellos había empezado a existir esa clase de conversaciones que podían desarrollarse sin palabras y terminar igualmente en desacuerdo.

A unos pasos, un soldado afilaba la punta de la bayoneta con una piedra. Otro revisaba la chimenea del fusil por tercera vez. Un muchacho chileno, demasiado joven incluso para que Benjamín pudiera fingir que no lo notaba, tenía las manos cerradas alrededor de un escapulario.

Nadie hablaba de Cancha Rayada.

No hacía falta.

La derrota estaba allí de todos modos.

Estaba en los cañones que habían tenido que conseguir a las apuradas. En las municiones repartidas durante los días anteriores. En los uniformes incompletos. En hombres que todavía preguntaban por compañeros desaparecidos y ya formaban al lado de otros cuyos nombres apenas conocían.

Estaba en la manera en que cada uno miraba hacia los costados cuando una orden tardaba demasiado en llegar.

Diecisiete días no alcanzaban para olvidar una noche así.

Alcanzaban, apenas, para volver a pararse.

* * *

Delaunay había dormido menos de una hora.

No por nervios.

Por desconfianza.

Había pasado buena parte de la noche recorriendo las piezas, comprobando cureñas, municiones, distancias y hombres. A cada batería le encontraba un defecto distinto y a cada defecto le dedicaba una cantidad de insultos que aumentaba a medida que se acercaba el amanecer.

Ahora estaba junto a una pieza, mirando el terreno con un anteojo.

Beltrán esperaba a su lado.

—¿Y?

—preguntó.

Delaunay no bajó el anteojo.

—Están ahí.

—Eso ya lo sabíamos.

—Entonces no sé para qué pregunta.

Beltrán sonrió.

El francés recorrió la línea realista lentamente. Vio movimiento de infantería. Artillería. Caballería más atrás. Vio también la posición de las divisiones patriotas y la amplitud del campo que separaba unas de otras.

Por primera vez desde Cancha Rayada, el mundo volvía a tener distancias.

Eso le gustaba.

Las distancias podían medirse.

Las noches no.

Bajó el anteojo.

—Hoy sí

—dijo.

—¿Hoy sí qué?

Delaunay apoyó una mano sobre el cañón.

—Hoy va a llegar a mañana.

Beltrán tardó un momento en recordar la conversación de Cancha Rayada.

Después soltó una risa breve.

Delaunay no.

No estaba de humor.

Había visto demasiados ejércitos comenzar una jornada convencidos de que la victoria les pertenecía.

En Rusia los había visto desaparecer bajo la nieve.

En España, detrás de muros miserables.

En Waterloo, dentro de barro suficiente para tragarse un imperio.

Había aprendido que un campo de batalla nunca era lo que parecía antes del primer disparo.

Hasta entonces era sólo paisaje.

Después se convertía en otra cosa.

* * *

San Martín observaba desde una altura.

A Benjamín le resultaba imposible distinguirlo con claridad desde donde estaba. Apenas un grupo de jinetes y oficiales que se movían alrededor de una figura central. Pero la noticia corría por la línea cada vez que el general cambiaba de posición, como si cientos de hombres necesitaran saber que continuaba allí.

Cancha Rayada había provocado algo extraño.

Antes, muchos hablaban de San Martín como si fuera una certeza.

Después de aquella noche habían descubierto que también podía perder.

Y, sin embargo, diecisiete días más tarde estaban de nuevo formados frente al mismo enemigo.

Benjamín no sabía si eso hacía al general más grande o simplemente más humano.

Marcos parecía estar pensando en otra cosa.

—¿Qué mirás?

—Nada.

—Estás mirando algo.

Marcos señaló con la barbilla hacia el frente.

—Cuánto hay hasta allá.

Benjamín calculó sin saber.

—Mucho.

—Siempre parece menos antes de empezar.

El muchacho lo miró.

—¿Tenés miedo?

Marcos tardó en responder.

No se ofendió.

No se rió.

—Sí.

Benjamín no esperaba esa respuesta.

Marcos siguió mirando hacia adelante.

—El que te diga que no tiene miedo antes de esto es un mentiroso o un imbécil. Y de los segundos ya tenemos suficientes.

Benjamín volvió la vista al enemigo.

Sintió su propia boca seca.

—Yo también.

—Mejor.

—¿Mejor?

—El miedo sirve.

—¿Para qué?

—Para agacharte cuando corresponde.

Benjamín sonrió.

Marcos no.

—Te lo digo en serio.

—Ya sé.

—No, no sabés. En la noche te fuiste al suelo y casi te quedás ahí. Hoy, cuando yo te diga que te cubras, te cubrís.

Benjamín quiso responder alguna estupidez.

No encontró ninguna que valiera la pena.

—Está bien.

Marcos lo miró de costado.

—¿Qué?

—Dije que está bien.

—Escuché.

—¿Entonces?

—Nada. Quería recordar el momento. No ocurre seguido.

Benjamín lo mandó al carajo.

Marcos sonrió.

Fue una sonrisa pequeña.

Después acomodó el fusil.

A lo lejos sonó una corneta.

Otra respondió desde un punto distinto.

Las conversaciones se apagaron como si una mano enorme hubiera pasado sobre la línea.

Benjamín tragó saliva.

El muchacho del escapulario besó la tela una vez y la guardó bajo la camisa.

Delaunay levantó un brazo junto a su batería.

El primer cañón habló.

La mañana terminó.

# X

## Maipú

*Mediodía del 5 de abril de 1818*

El sonido tardó más que el fuego.

Benjamín vio primero un fogonazo blanco en la línea de artillería. Después una bocanada de humo. Un instante más tarde llegó el golpe: seco, enorme, capaz de sentirse en el estómago antes que en los oídos.

Otro cañón disparó.

Después otro.

Los realistas respondieron.

Y el campo desapareció.

No de golpe.

Por capas.

Primero el humo tapó las piezas. Después el polvo comenzó a levantarse bajo los cascos y las botas. Después aparecieron pequeñas nubes allí donde los proyectiles golpeaban la tierra. En pocos minutos, la claridad de la mañana quedó atravesada por manchas blancas y pardas que se movían lentamente con el aire.

Benjamín había pensado que esta vez entendería la batalla porque podía verla.

Se equivocó.

Las batallas no estaban hechas para ser entendidas desde adentro.

Estaban hechas para obedecer al hombre que gritaba más cerca.

—¡Adelante!

La orden recorrió la línea.

Marcos empezó a caminar.

Benjamín fue detrás.

El primer paso dolió.

El segundo menos.

Al décimo ya no sintió la herida.

* * *

La división avanzó con una lentitud que a Benjamín le pareció absurda.

Después comprendió que la lentitud era disciplina.

Cada hombre quería correr.

No hacia el enemigo.

Hacia cualquier sitio donde el proyectil que acababa de caer no pudiera encontrarlo.

Pero la línea tenía que seguir siendo una línea.

Eso exigía caminar mientras el cuerpo pedía otra cosa.

Una bala de cañón rebotó delante de ellos.

Benjamín no la vio venir.

Vio tierra saltar a veinte pasos, después a diez, después un hombre girar de una forma imposible y caer sin parte del brazo.

La esfera negra continuó.

Nadie se detuvo.

Benjamín sí.

Apenas medio paso.

Marcos le pegó con el hombro.

—Seguí.

Benjamín siguió.

El hombre sin brazo quedó atrás gritando por su madre.

Durante años, Benjamín recordaría aquel detalle y no el rostro.

No sabía si el hombre tenía veinte años o cuarenta.

No recordaría su uniforme.

Recordaría solamente que, en medio de seis mil hombres, había llamado a su madre.

* * *

Delaunay gritó fuego.

La pieza saltó hacia atrás.

Los artilleros la devolvieron a posición mientras otros cargaban. El procedimiento era conocido hasta convertirse en reflejo: esponja, carga, proyectil, atacador, cebo.

Fuego.

El humo le llenaba la boca de un sabor amargo que conocía desde hacía media vida.

Un oficial chileno señaló una posición realista.

Delaunay calculó.

—Más alto.

Ajustaron.

—Fuego.

El disparo cayó corto.

Delaunay insultó en francés.

Beltrán, a dos piezas de distancia, lo oyó.

—¿Qué dijo?

—Que corrijan dos puntos

—respondió uno de los artilleros.

—Eso no sonó a dos puntos.

—No.

El tercer disparo entró donde Delaunay quería.

Una pieza realista desapareció detrás de tierra y humo.

Delaunay no celebró.

Levantó la mano otra vez.

—Carguen.

Tenía pólvora en las mangas, humo en los ojos y una serenidad que sólo aparecía cuando todo alrededor dejaba de ser razonable.

Para él, la artillería era la parte más honesta de la guerra.

Un cañón no odiaba.

No quería una bandera.

No recordaba una derrota.

Obedecía ángulos, pólvora, metal y distancia.

Los hombres eran el problema.

Siempre lo habían sido.

* * *

Benjamín oyó la primera descarga de fusilería como un desgarrón.

No distinguió tiros individuales. Fue una sola cosa, larga y brutal, que recorrió la línea contraria.

—¡Abajo!

Esta vez obedeció antes de reconocer la voz de Marcos.

La descarga pasó.

Un hombre detrás de ellos cayó sentado.

Otro siguió de pie durante dos pasos y después se dobló sobre sí mismo.

—¡Arriba!

Benjamín se levantó.

Cargar.

Morder cartucho.

Pólvora.

Bala.

Atacar.

Cebar.

Apuntar.

No había tiempo para pensar en la cara del hombre al que disparaba.

En realidad, la mayor parte del tiempo ni siquiera veía una cara.

Veía humo.

Sombras.

Una línea de chaquetas.

Un movimiento.

Disparaba contra eso.

La primera vez que vio caer a un realista después de su propio tiro no supo si lo había matado él.

Quiso saberlo.

Después no quiso.

La línea avanzó otra vez.

Las bayonetas aparecieron delante.

Brillaban por momentos cuando el humo se abría.

Alguien gritó una orden que Benjamín no entendió.

Marcos la entendió.

—Bayoneta.

El metal entró en el extremo del fusil con un sonido pequeño.

Demasiado pequeño para lo que significaba.

Benjamín miró a Marcos.

Marcos ya estaba mirando adelante.

Entonces corrieron.

* * *

La distancia entre dos líneas de infantería podía parecer enorme hasta que ambas corrían.

Después no había distancia.

Había caras.

Benjamín encontró una delante de él: bigote oscuro, ojos abiertos, boca gritando algo que no escuchó.

El hombre tenía una bayoneta.

Benjamín también.

No recordaría quién llegó primero.

Recordaría el golpe en el fusil, el metal desviándose, el hombro de alguien contra el suyo, la pierna herida cediendo un instante y una mano que apareció desde el costado.

Marcos.

No para salvarlo.

Para empujarlo otra vez hacia adelante.

El realista retrocedió.

Otro ocupó su lugar.

La batalla dejó de tener líneas.

Durante unos minutos fue una multitud intentando matarse a una distancia en la que todos podían olerse.

Sudor.

Pólvora.

Cuero mojado.

Sangre.

Benjamín golpeó con la culata.

Sintió que daba en algo blando.

Alguien le agarró la chaqueta y Marcos cortó aquella mano con la bayoneta o con el cañón del fusil; Benjamín nunca supo cuál.

Cayó de rodillas.

Se levantó.

Un caballo sin jinete atravesó el combate con una correa arrastrando.

Un tambor estaba en el suelo.

Alguien lo pisó.

El cuero se rompió con un sonido que Benjamín oyó claramente en medio de todo lo demás.

Y después, de pronto, no hubo nadie delante.

Los realistas retrocedían.

—¡No paren!

La voz de un oficial llegó desde algún lugar.

La línea volvió a existir de a pedazos.

Hombres jadeando.

Hombres heridos.

Hombres que ya no sabían dónde estaba su compañía.

Marcos apareció a dos metros.

Tenía sangre en la manga.

Benjamín sintió el corazón en la garganta.

—¿Es tuya?

Marcos miró la manga.

—No.

—¿Seguro?

—Si fuera mía me estaría quejando.

Benjamín soltó aire.

Marcos lo vio.

No dijo nada.

* * *

En el otro extremo del campo, las cosas iban peor.

Las noticias llegaban rotas.

Alvarado retrocedía.

No.

Alvarado resistía.

Los realistas habían abierto su línea.

No.

Habían empujado una parte.

La reserva se movía.

San Martín había ordenado algo.

Nadie en la compañía de Benjamín sabía exactamente qué.

Lo supieron cuando vieron hombres avanzar en oblicuo detrás del humo hacia el sector donde el frente se doblaba.

Marcos lo miró.

—Ahí está.

—¿Qué?

—Lo que guardó.

Benjamín entendió.

La reserva.

Hombres que hasta entonces habían esperado mientras otros morían.

Entraron.

El efecto no fue inmediato.

Nada importante en una batalla parecía serlo desde cerca.

Primero hubo más humo.

Más disparos.

Más gritos.

Después la línea que había retrocedido dejó de retroceder.

Después avanzó un poco.

Después otro poco.

Y entonces algo cambió en el enemigo.

Benjamín no pudo verlo.

Lo sintió.

Una vacilación.

Una forma distinta de moverse.

Hombres que miraban hacia atrás.

Oficiales que gritaban más.

Una descarga que llegó desordenada.

Marcos también lo sintió.

—Ahora.

No era una orden.

Era una certeza.

* * *

La caballería pasó como una tormenta lateral.

Benjamín vio lanzas, sables, caballos cubiertos de espuma, jinetes inclinados hacia adelante. La tierra tembló debajo de sus botas y el aire se llenó de polvo antes de que pudiera distinguir quién perseguía a quién.

Un realista corrió hacia ellos sin fusil.

Tenía las manos levantadas.

Un soldado quiso atravesarlo con la bayoneta.

Marcos agarró el arma del muchacho.

—Ese no.

—¡Es godo!

—Ese ya terminó.

El hombre se dejó caer de rodillas.

Benjamín lo miró un segundo.

No parecía un enemigo.

Parecía alguien que quería llegar vivo a la noche.

Siguieron.

Más adelante, otro no se rindió.

Disparó desde el suelo y un hombre de la compañía cayó.

Entonces nadie volvió a preguntar.

* * *

La artillería realista comenzó a callar.

Una pieza.

Después otra.

Delaunay lo percibió antes que la infantería.

El intervalo entre los disparos enemigos se hizo más largo. La puntería empeoró. Algunas piezas intentaban retirarse. Otras permanecían abandonadas con caballos muertos alrededor.

—Avancen la batería.

Beltrán lo miró como si hubiera pedido trasladar una iglesia.

—¿Ahora?

—No, mañana. Claro que ahora.

Los artilleros engancharon y empujaron. Hombres reemplazaron caballos donde hizo falta. Las ruedas entraban en pozos y salían cubiertas de barro seco y sangre.

Delaunay caminó junto a una pieza.

Un proyectil enemigo cayó cerca.

La tierra le golpeó la cara.

No se agachó.

Beltrán sí.

—Francés, algún día te va a matar el orgullo.

Delaunay se limpió la mejilla.

—No. El orgullo tiene pésima puntería.

El siguiente disparo propio abrió un hueco en una formación que ya comenzaba a retirarse.

Delaunay vio hombres correr hacia el sur.

Hacia una hacienda.

Bajó el anteojo.

—Todavía no terminó.

* * *

Para muchos, sí.

Eso fue lo peligroso.

El campo estaba cambiando de dueño y algunos hombres empezaron a creer que la batalla había acabado.

Hubo gritos de victoria.

Sombreros levantados.

Alguien lloraba mientras abrazaba a un compañero.

Benjamín sintió una alegría animal subirle por el pecho.

Habían aguantado.

Diecisiete días después de la noche en que todo se había deshecho, el ejército seguía de pie y el enemigo retrocedía.

Buscó a Marcos.

Marcos estaba cerca.

El hombre también sonreía.

No mucho.

Lo suficiente.

Benjamín levantó el fusil.

—¡Te dije!

—¿Qué cosa?

—¡Que iba a llegar a la batalla!

Marcos miró su pierna.

—Todavía caminás como un viejo.

Benjamín se rió.

Por un instante fueron solamente ellos dos en medio de miles.

Entonces llegó una orden.

La persecución continuaba.

Los restos realistas se replegaban hacia Lo Espejo.

Marcos dejó de sonreír.

Miró hacia el sur.

—Guardá aire.

Benjamín bajó el fusil.

—¿No terminó?

Marcos negó una vez.

—Nunca termina cuando uno quiere.

Y echaron a andar otra vez.

# XI

## Lo Espejo

*Tarde del 5 de abril de 1818*

La victoria tenía una estancia delante.

Benjamín la vio aparecer detrás del humo y los árboles como algo que no pertenecía al mismo día: construcciones bajas, tapias, corrales, techos, una extensión de tierra trabajada por gente que antes de la guerra habría discutido por cosechas, animales, cercos y agua.

Ahora había soldados detrás de las paredes.

Los realistas que habían podido retirarse del campo principal se concentraban allí bajo las órdenes de Ordóñez.

No parecían hombres derrotados.

Eso fue lo primero que Benjamín comprendió.

Los derrotados también podían disparar.

* * *

La compañía se detuvo fuera del alcance inmediato de las construcciones.

Hombres de Las Heras se reorganizaban para el ataque final. Algunos llegaban sin sombrero. Otros sin mochilas. Había bayonetas torcidas, fusiles cambiados de mano, cartucheras casi vacías.

La tarde había avanzado.

El sol ya no caía desde arriba. Entraba de costado entre el polvo y convertía el humo en una luz amarillenta que hacía arder los bordes de las cosas.

Benjamín tenía la camisa pegada al cuerpo.

La herida había vuelto a doler.

Esta vez en serio.

Sentía humedad bajo el vendaje.

No quiso mirar.

Marcos sí.

—Te abriste.

—No.

—Sos un idiota incluso cuando sangrás.

—No es nada.

Marcos dio un paso hacia él.

Benjamín levantó una mano.

—No me voy.

Marcos quedó quieto.

Durante un segundo volvió a ser el hombre de Cancha Rayada que podía decidir cargarlo sobre los hombros.

Pero ya no estaban huyendo.

Benjamín estaba de pie.

Tenía el fusil.

Y una mirada que Marcos conocía demasiado bien.

—Si te caés, te dejo

—dijo.

—Mentiroso.

Marcos apretó la boca para no sonreír.

—Sí.

Fue una palabra mínima.

Benjamín la guardó sin saberlo.

* * *

Un ruido de vítores llegó desde atrás.

Al principio nadie entendió por qué.

Después corrió la noticia: O'Higgins había llegado al campo a pesar de la herida que llevaba en el brazo. Alguien dijo que se había encontrado con San Martín. Alguien habló de un abrazo entre los dos generales.

Benjamín alcanzó a ver movimiento de jinetes a la distancia.

Nada más.

La Historia estaba produciendo una escena que otros recordarían durante siglos.

Él tenía enfrente una tapia desde la que acababan de dispararle a un hombre de su compañía.

—¡Atención!

La orden borró el resto.

Las Heras preparaba el asalto.

Marcos se acomodó al lado de Benjamín.

—Ahora sí.

—¿Ahora sí qué?

—Agachate cuando te diga.

Benjamín le dio un pequeño golpe con el hombro.

—Dejá de romper las pelotas.

Marcos hizo lo mismo.

* * *

El ataque empezó con disparos contra las posiciones de la estancia.

Las paredes devolvían el sonido.

Cada descarga parecía multiplicarse entre construcciones, corrales y patios. El campo abierto de Maipú había sido brutal, pero al menos el enemigo estaba delante. En Lo Espejo podía estar detrás de una ventana, una tapia, una puerta entreabierta, un árbol.

Benjamín corrió inclinado.

La pierna ardía.

A su derecha cayó un hombre.

No miró.

Marcos avanzaba unos pasos por delante.

Disparó hacia una abertura.

Recargó caminando.

Los hombres alcanzaron una primera tapia y se pegaron a ella.

Alguien gritó que había una entrada más adelante.

Otro gritó que no.

Un oficial señaló hacia un portón.

La descarga que salió desde allí lo hizo desaparecer de la vista.

—¡Atrás!

Se aplastaron contra el muro.

Benjamín respiraba con la boca abierta.

Marcos estaba a menos de un brazo.

Tenía pólvora en la cara.

—¿Todo bien?

Durante un segundo quedaron hombro contra hombro, esperando la orden.

—Perfecto.

—Qué cara rara tenés cuando estás perfecto.

Benjamín quiso responder.

Una bala golpeó la tapia sobre ellos y arrancó pedazos de barro seco.

Marcos se agachó.

* * *

Entraron por un costado.

No como una línea.

Como agua encontrando una grieta.

Primero diez hombres. Después veinte. Después una masa que atravesó un cerco roto y se metió entre árboles, animales sueltos y construcciones.

El combate volvió a cerrarse.

Bayonetas.

Culatas.

Disparos a pocos pasos.

Un realista salió de detrás de un carro y Benjamín disparó sin apuntar. El hombre cayó contra una rueda. Otro apareció detrás. Marcos lo derribó con el fusil antes de que pudiera disparar.

Benjamín vio a Marcos reír por algo.

No escuchó qué.

Después vieron hombres retirándose hacia el edificio principal.

Los siguieron.

—¡No se separen!

Benjamín no sabía quién había dado la orden.

Marcos estaba cinco pasos adelante.

Un soldado chileno corría entre ambos.

Hubo una descarga desde una pared lateral.

El chileno cayó.

Benjamín se tiró detrás de un bebedero de piedra.

Marcos alcanzó una esquina.

Se volvió.

Lo vio demasiado expuesto.

—¡Taboada! ¡Cubrite, carajo!

Benjamín obedeció.

Bajó la cabeza.

El disparo que siguió fue uno entre muchos.

Nada lo distinguió.

Ni más fuerte.

Ni más cerca.

Ni más limpio.

Benjamín esperó un instante.

Levantó la cabeza.

—¡Marcos!

Marcos estaba en el suelo.

* * *

Al principio Benjamín creyó que se había cubierto.

La idea duró menos de un segundo.

Después vio la posición del cuerpo.

Una pierna doblada debajo.

El fusil a un costado.

La cara apoyada parcialmente sobre la tierra.

—Marcos.

No hubo respuesta.

Benjamín salió de detrás del bebedero.

Alguien le gritó que volviera.

No escuchó.

Llegó hasta él y se arrodilló.

Puso una mano en el hombro.

—Marcos.

El cuerpo se movió apenas por el empujón.

Nada más.

Benjamín lo giró lo suficiente para verle la cara.

No había expresión.

Eso fue lo peor.

No parecía sufrir.

No parecía tranquilo.

No parecía nada.

La vida se había retirado de él con una rapidez obscena y había dejado atrás los mismos ojos, la misma barba, la misma cicatriz pequeña cerca de la ceja que Benjamín había visto cientos de veces.

Pero ya no era Marcos.

Y al mismo tiempo era solamente Marcos.

—No.

La palabra salió baja.

No como un grito.

Como una corrección.

Benjamín puso dos dedos en el cuello.

No supo qué esperaba encontrar.

Nada.

—No.

Alrededor, el combate continuaba.

Un hombre corrió junto a ellos.

Otro disparó desde una ventana.

Una bayoneta chocó contra un fusil a pocos pasos.

Alguien gritó por munición.

Las Heras seguía empujando hombres hacia el interior de la estancia.

La guerra no había notado que Marcos Albarracín acababa de morir.

Benjamín sí.

Para él dejó de avanzar el tiempo.

* * *

Vio polvo en la barba.

Una costura rota en el hombro de la chaqueta.

El borde gastado del cinturón.

Una mancha oscura que empezaba a extenderse cerca del cuello y que Benjamín decidió no mirar.

Vio la mano.

Esa mano lo había agarrado de la nuca en Mendoza.

Le había quitado una botella.

Le había señalado una montaña.

Lo había levantado del suelo.

Lo había arrastrado en Cancha Rayada.

Lo había abrazado en Santiago.

Benjamín tomó esa mano.

Todavía estaba tibia.

Y entonces lo recordó.

No una frase.

No una batalla.

El olor.

Cuero.

Sudor.

Humo.

Caballo.

El olor del abrazo.

Durante la recuperación había creído, por un instante, que eso era estar a salvo.

Ahora el mismo olor estaba allí.

Pegado a la ropa de un muerto.

Algo dentro de Benjamín cedió.

No lloró.

Todavía no.

Se quedó respirando demasiado despacio mientras todo alrededor ocurría a una velocidad que ya no le pertenecía.

Un disparo hizo saltar tierra junto a la bota de Marcos.

Benjamín no se movió.

—¡Taboada!

Una mano lo agarró por la espalda de la chaqueta.

Benjamín se resistió.

—¡Soltame!

—¡Nos van a matar a los dos!

No reconoció al hombre.

Quizá era de su compañía.

Quizá no.

Benjamín se aferró al brazo de Marcos.

—¡Soltame!

El otro tiró más fuerte.

—¡Está muerto!

Benjamín lo golpeó.

No supo dónde.

El hombre volvió a agarrarlo y esta vez otro ayudó.

Entre ambos lo arrastraron detrás de una pared.

Benjamín siguió mirando el cuerpo.

Quedó a seis pasos.

Después a diez.

Después el humo pasó entre ellos.

Durante un instante desapareció.

Benjamín quiso volver.

No lo dejaron.

—¡Está muerto, muchacho!

La frase era cierta.

Por eso resultaba insoportable.

* * *

Delaunay encontró a Benjamín varios minutos después.

Nunca supo cuánto había pasado.

El francés había avanzado con parte de la artillería y buscaba una posición desde donde batir los últimos puntos de resistencia. Vio al muchacho sentado contra una pared, el fusil todavía en la mano, mirando un punto fijo.

Al principio creyó que estaba herido.

—Petit soldat.

Benjamín no reaccionó.

Delaunay se agachó.

—¿Dónde está herido?

Benjamín levantó los ojos.

Tardó en reconocerlo.

Después señaló.

No hacia sí mismo.

Hacia atrás.

Delaunay siguió la dirección.

Vio el cuerpo.

No necesitó preguntar.

Permaneció inmóvil unos segundos.

El combate rugía detrás de las construcciones.

Delaunay había visto miles de muertos.

Algunos queridos.

Algunos odiados.

La experiencia no servía para nada.

—Marcos

—dijo Benjamín.

Delaunay asintió.

—Sí.

—Me estaba hablando.

El francés lo miró.

—Ya sé.

—Me estaba hablando.

Esta vez la voz se quebró.

Delaunay se sentó junto a él durante un segundo imposible, en medio de una batalla que todavía exigía que ambos estuvieran en otro sitio.

—Escúcheme.

Benjamín negó con la cabeza.

—No.

—Escúcheme.

Delaunay le tomó la cara con una mano sucia de pólvora.

—No puede quedarse acá.

—No lo voy a dejar.

—No lo está dejando.

—Sí.

—No.

Delaunay miró el cuerpo de Marcos.

Después volvió a Benjamín.

—Él ya no puede quedarse ni irse. Usted sí.

Benjamín respiró por la boca.

No quería entender.

Delaunay se puso de pie y le tendió la mano.

—Vamos.

Benjamín no la tomó.

Delaunay esperó.

Una bala golpeó la pared a dos metros.

—Petit soldat.

Benjamín cerró los ojos.

Vio el abrazo.

Sintió otra vez aquel olor.

Abrió los ojos.

Tomó la mano.

Se levantó.

* * *

Lo Espejo cayó al final de la tarde.

Benjamín participó en los últimos minutos sin recordar después qué hizo.

Disparó.

Recargó.

Avanzó cuando avanzaron los demás.

Vio hombres rendirse.

Vio otros pelear hasta que no pudieron.

Vio oficiales entregar armas.

Vio soldados dejarse caer en el suelo como si alguien hubiera cortado de repente los hilos que los mantenían erguidos.

Pero todo eso ocurrió detrás de una capa espesa.

No era humo.

Era otra cosa.

Cuando por fin dejaron de disparar, Benjamín no sintió alivio.

Sintió silencio.

Aunque alrededor todavía hubiera miles de voces.

Volvió a buscar a Marcos.

Esta vez nadie intentó impedirlo.

El cuerpo seguía donde había caído.

Benjamín se arrodilló otra vez.

Le cerró los ojos.

No dijo nada.

No había nada que decir.

La batalla de Maipú había terminado.

Chile estaba a salvo.

Marcos Albarracín estaba muerto.

Las dos cosas eran ciertas.

Benjamín descubrió que una verdad podía no servir para consolar la otra.

# XII

## Después del ruido

*Santiago, abril de 1818*

La ciudad celebró antes de que llegaran todos los muertos.

Las campanas comenzaron a sonar cuando todavía había hombres tendidos en Lo Espejo.

Corrieron noticias por las calles. Victoria. Maipú. Osorio derrotado. El ejército realista destruido. La independencia asegurada.

La gente salió de las casas.

Hubo abrazos.

Hubo vino.

Hubo mujeres que lloraron sin saber todavía si lloraban de alegría o porque faltaba alguien.

En algunas ventanas aparecieron telas y banderas.

En otras no se abrió ninguna puerta.

La victoria avanzó hacia Santiago más rápido que las listas de bajas.

* * *

Benjamín regresó dos días después.

No recordaría el camino.

Recordaría un carro.

Recordaría una rueda que chirriaba.

Recordaría la manta sobre el cuerpo de Marcos.

Habían conseguido traerlo.

Eso había importado de una manera irracional.

Mientras el cadáver estuvo allí, Benjamín tuvo una tarea.

No perderlo.

Después lo enterraron.

Y la tarea terminó.

Entonces empezó lo difícil.

* * *

Eusebia estuvo en el entierro.

No lloró delante de Benjamín.

Le acomodó el cuello de la chaqueta, le quitó barro de una manga y permaneció a su lado mientras otros hombres echaban tierra.

Delaunay estaba más atrás.

Beltrán también.

Nadie hizo un discurso.

A Benjamín le habría parecido una ofensa.

Marcos no necesitaba que nadie explicara quién había sido.

Benjamín lo sabía.

Eso alcanzaba.

Cuando cayó la primera palada sobre la tierra, cerró los ojos.

El sonido fue mucho más pequeño que un disparo.

Le dolió más.

* * *

Volvió a la casa de los Araya al atardecer.

No había planeado hacerlo.

Sus piernas lo llevaron.

La herida había vuelto a abrirse durante la batalla y ahora caminaba peor que antes. Pero no fue por eso.

Llegó a la puerta y se quedó quieto.

No golpeó.

Inés apareció desde el patio con un cuenco entre las manos.

Lo vio.

Sonrió durante menos de un segundo.

Después miró detrás de él.

Buscó a Marcos.

Benjamín vio el momento exacto en que comprendió.

Inés dejó el cuenco sobre una mesa.

Se acercó.

—¿Dónde está?

Benjamín abrió la boca.

No salió nada.

Inés no volvió a preguntar.

Le tomó la mano.

Eso fue suficiente.

Benjamín entró.

* * *

Durante horas no habló de Maipú.

Inés tampoco.

Le limpió la herida de la pierna porque el vendaje estaba manchado y porque hacer algo con las manos era más sencillo que decidir qué decirle a un hombre que acababa de volver sin la persona que lo había salvado.

Benjamín dejó que trabajara.

La observó doblar una tela.

Mojarla.

Escurrirla.

Tenía una pequeña mancha de harina cerca de la muñeca.

Ese detalle lo destruyó más que el entierro.

La normalidad.

La existencia absurda de harina, agua, patios, ropa tendida y platos mientras Marcos estaba bajo tierra.

—Ganamos

—dijo de pronto.

Inés levantó los ojos.

Benjamín se rió una vez.

No había humor.

—Ganamos.

La palabra se quebró.

Inés dejó la venda.

Benjamín miró sus propias manos.

—Todos están diciendo eso.

Ella se sentó frente a él.

—Sí.

—Entonces tendría que estar contento.

Inés no respondió.

—¿No?

—No sé.

Benjamín la miró.

Esperaba que dijera algo correcto.

Algo sobre sacrificios.

Sobre la patria.

Sobre Marcos muriendo por una causa grande.

Inés no lo hizo.

—Lo extrañás

—dijo.

Y Benjamín empezó a llorar.

* * *

No lloró como había imaginado que lloraban los hombres cuando moría alguien.

No hubo dignidad.

No hubo silencio.

Se dobló hacia adelante con las manos sobre la cara y durante varios minutos no pudo respirar bien.

Inés se acercó.

Benjamín intentó apartarse.

Ella no lo dejó.

Lo sostuvo.

Nada más.

Él apoyó la frente contra su hombro.

El olor era diferente.

Jabón.

Humo de cocina.

Tela limpia.

Piel.

No era Marcos.

Por primera vez desde Lo Espejo, Benjamín permitió que algo no fuera Marcos.

* * *

La noche cayó sobre Santiago mientras las campanas seguían sonando de vez en cuando.

Había gente bebiendo en las calles.

Alguien cantaba lejos.

Desde otra casa llegó una risa demasiado fuerte.

Benjamín e Inés permanecieron en el patio.

Hablaron poco.

Él contó una historia de Marcos en Mendoza.

No la importante.

Una estúpida.

Marcos intentando cocinar algo y arruinándolo.

Inés se rió.

Benjamín también.

Después sintió culpa por reírse.

Inés lo advirtió.

—Podés hacerlo.

—¿Qué?

—Reírte.

Benjamín miró el suelo.

—No parece.

—Él se reía.

Benjamín pensó en Marcos burlándose de su renguera.

—Demasiado.

Inés sonrió.

Esta vez Benjamín no sintió culpa.

* * *

Más tarde, cuando la casa quedó en silencio, Inés le mostró dónde podía dormir.

Era el mismo cuarto en el que había pasado parte de la recuperación.

Benjamín se sentó en el borde del jergón.

Ella quedó en la puerta.

—¿Necesitás algo?

Benjamín negó.

Inés dio un paso para irse.

—Inés.

Se volvió.

Benjamín no sabía qué quería decir.

Gracias era demasiado poco.

Quedate era demasiado.

No me dejes solo era verdad y por eso no pudo pronunciarlo.

Inés lo miró durante unos segundos.

Después cerró la puerta detrás de sí.

Del lado de adentro.

* * *

Se besaron con torpeza.

No hubo nada perfecto en aquella noche.

Benjamín tenía una pierna herida y se movía con cuidado. Inés tenía miedo de hacerle daño y él fingía que nada dolía hasta que ella lo descubría por la forma en que apretaba los dientes.

Se rieron una vez.

Después dejaron de reírse.

Había algo desesperado en buscarse y algo profundamente calmo en encontrarse.

Benjamín había pasado el día viendo cuerpos caer.

Necesitaba tocar a alguien que estuviera vivo.

Sentir respiración.

Calor.

Una mano que respondiera cuando él la tomaba.

Inés no intentó salvarlo de la tristeza.

No podía.

Lo dejó llevarla con él por un rato sin pedirle que fuera otra cosa.

La guerra quedó afuera de la habitación.

No desapareció.

Esperó.

Durante unas horas tuvo que esperar.

* * *

Después permanecieron juntos en la oscuridad.

Benjamín tenía la cabeza apoyada cerca del hombro de Inés.

Ella trazaba con un dedo una cicatriz vieja de su brazo.

—¿Esta?

—Caballo.

—¿Te pateó?

—Me caí.

—Eso es menos heroico.

—Por eso dije caballo.

Inés sonrió.

Siguió con otra marca.

—¿Y esta?

—No sé.

—Tenés demasiadas.

Benjamín miró el techo.

—Voy juntando.

Inés dejó la mano quieta sobre su pecho.

Después preguntó:

—¿Cuándo te vas?

Benjamín sintió que la guerra acababa de entrar otra vez en la habitación.

—No sé.

Inés asintió.

No preguntó adónde.

No preguntó cuánto.

No dijo que esperaría.

Benjamín tampoco prometió volver.

Habían visto demasiadas promesas enterradas para fabricar una nueva aquella noche.

Permanecieron callados.

Al rato Inés se durmió.

Benjamín no.

* * *

La miró respirar.

Pensó en Marcos.

La culpa apareció otra vez, pero esta vez Benjamín la dejó pasar.

Marcos había vuelto por él en Cancha Rayada.

Lo había cargado mientras los disparos se acercaban.

Lo había llevado hasta Eusebia.

Eusebia lo había dejado en aquella casa.

Y aquella casa contenía ahora una muchacha dormida a centímetros de él.

Benjamín no buscó sentido en la cadena.

La guerra enseñaba a desconfiar de los sentidos demasiado perfectos.

Pero por primera vez comprendió que sobrevivir también podía tener consecuencias.

No sólo heridas.

No sólo recuerdos.

A veces, algo más.

* * *

Antes del amanecer se levantó con cuidado.

Inés abrió los ojos.

—¿Te vas?

—Todavía no.

Ella volvió a cerrar los ojos.

Benjamín se acercó a la ventana.

Santiago estaba oscuro.

En algún punto de la ciudad un gallo empezó a cantar demasiado temprano.

El muchacho apoyó una mano sobre la venda de la pierna.

La herida seguía allí.

Marcos también.

De otra manera.

Detrás oyó la respiración de Inés.

Benjamín cerró los ojos.

Durante un instante no vio Lo Espejo.

No vio sangre.

No vio una tumba.

Vio un camino.
No sabía hacia dónde iba.
Todavía no.
Cuando volvió a acostarse, Inés buscó su mano sin despertarse del todo.
Benjamín la dejó allí.
Afuera empezaba otro día.
El fuego había pasado por ellos.
No se había llevado todo.

# XIII

## Delante, el mar

*Valparaíso, 20 de agosto de 1820*

El principio del final olía a brea.

A brea caliente, a sal, a algas abiertas por la marea y a madera húmeda. Olía también a caballo, a pólvora, a cuero mojado, a sudor de hombres que llevaban horas cargando bultos y a ese fondo agrio de los puertos donde el pescado, el barro y los desperdicios terminaban formando un solo olor.

Valparaíso amaneció frío.

El sol estaba allí, limpio sobre los cerros, pero no calentaba demasiado. El viento bajaba por las calles y se metía entre las chaquetas, hacía chasquear las lonas, sacudía las banderas y llenaba la bahía de pequeñas líneas blancas. Las gaviotas gritaban sobre los techos y las embarcaciones como si todo aquel movimiento les perteneciera.

Desde el amanecer del día anterior habían embarcado hombres.

Batallones enteros llegaban formados hasta las planchadas, rompían allí la formación y descendían hacia botes y lanchas con una torpeza que ningún instructor había previsto. Un soldado capaz de caminar veinte leguas con el fusil al hombro podía convertirse en un niño cuando la tabla bajo sus botas empezaba a moverse.

Más de uno descubrió el mar de la peor manera.

Vomitando.

Los marineros se reían poco.

Tenían demasiado trabajo.

Barriles de agua.

Cajones de cartuchos.

Herramientas.

Medicamentos.

Repuestos.

Sacos de harina.

Carne salada.

Piezas de artillería que había que izar sin partir una polea ni aplastar a nadie.

Los caballos habían comenzado a subir días antes. Algunos aceptaron la operación con una dignidad que sorprendió a sus jinetes. Otros entendieron inmediatamente que aquello era una conspiración de la especie humana y se defendieron con los dientes, las patas y toda la fuerza que les quedaba.

Un animal se negó durante veinte minutos a avanzar sobre una planchada.

Seis hombres tiraron de él.

Tres empujaron.

Un oficial gritó.

El caballo continuó inmóvil.

Al final subió cuando un muchacho dejó de tirar, se acercó a su cabeza y le habló al oído.

Nadie escuchó qué le dijo.

Tampoco importaba.

El caballo dio un paso.

Después otro.

Y terminó embarcado.

Así empezaban las grandes expediciones.

No con discursos.

Con un caballo que no quería subir a un barco.

* * *

San Martín observó la bahía desde una elevación cercana al puerto.

Había visto ejércitos prepararse para marchar muchas veces.

En España había visto columnas desaparecer por caminos secos bajo el sol. En Mendoza había visto un ejército internarse en una cordillera que parecía construida para impedir el paso. En Chile había visto hombres reorganizarse después de una derrota que durante una noche había parecido definitiva.

Aquello era distinto.

Un ejército en tierra siempre conservaba la posibilidad de detenerse.

Un ejército sobre el mar entregaba esa decisión al viento.

Delante de él, las naves ocupaban la bahía en distintos planos. Los buques de guerra, más altos y oscuros, parecían edificios arrancados de una ciudad y dejados flotando sobre el agua. Más allá estaban los transportes, cada uno cargado con hombres, animales, armas, alimentos y una parte del futuro que nadie podía pesar.

Sobre las cubiertas se movían figuras diminutas.

A esa distancia era imposible distinguir un coronel de un soldado.

Eso le gustó.

Los uniformes, los grados y las medallas servían en tierra porque los hombres necesitaban saber a quién obedecer.

Vistos desde lejos, todos medían lo mismo.

El viento hizo llegar hasta él un grito desde la bahía.

Después otro.

Una orden repetida de barco en barco.

San Martín miró hacia el norte.

Perú no se veía.

Por supuesto que no.

Pero había ocupado mapas durante tantos años que a veces parecía más próximo sobre el papel que desde aquella costa.

Durante las campañas del Norte había comprendido que un ejército podía ganar batallas y aun así perderse en el camino. Las distancias, las montañas, el hambre y la capacidad del enemigo para retroceder hacia sus recursos convertían cada avance en una herida.

Por eso había mirado hacia Chile.

Después hacia el mar.

La idea había empezado mucho antes de que existieran aquellos barcos.

Ahora flotaba delante de él.

* * *

Benjamín Taboada vio el Pacífico desde una cubierta que se movía demasiado.

No le gustó.

Decidió eso antes de que el bote que lo había llevado desde el muelle terminara de alejarse.

La cubierta subía.

Bajaba.

Subía otra vez.

Benjamín clavó las botas y miró un punto fijo en la costa.

Había aprendido a sostenerse sobre caballos asustados, mulas testarudas, pendientes de hielo y carretas que parecían construidas para romper huesos.

Nada de eso lo había preparado para un piso que respiraba.

Delaunay apareció a su lado con una pequeña bolsa bajo el brazo.

El francés miró su cara.

—No me diga que va a empezar ahora.

—¿Qué cosa?

—A ponerse verde.

Benjamín tragó saliva.

—Estoy bien.

Delaunay observó el horizonte.

—Naturalmente.

—He cruzado los Andes.

—La montaña tiene la cortesía de quedarse quieta.

Benjamín estuvo a punto de contestar.

El barco bajó otra vez.

Cerró la boca.

Delaunay sonrió.

—Si va a vomitar, petit soldat, procure hacerlo hacia afuera.

Benjamín levantó un dedo sin mirarlo.

—Una palabra más y lo hago sobre sus botas.

—Eso sería una declaración de guerra a Francia.

Benjamín consiguió reírse.

Poco.

Pero lo hizo.

Después volvió a mirar la costa.

Los cerros de Valparaíso estaban cubiertos de casas que desde allí parecían colocadas unas encima de otras. Entre ellas subían caminos estrechos. Más atrás se extendía Chile.

Y en algún lugar mucho más lejos, detrás de caminos que no podía ver, estaba Santiago.

Estaba una casa con un patio.

Una parra.

Un jergón junto a una pared.

Una muchacha que había cerrado una puerta del lado de adentro.

Benjamín no le había prometido volver.

Inés tampoco había prometido esperarlo.

Eso hacía que pensar en ella doliera menos y más al mismo tiempo.

Apoyó las manos sobre la borda.

El frío le entró por las mangas.

La cicatriz de Cancha Rayada tiró levemente bajo la ropa.

Durante un instante pensó en Marcos.

No en Lo Espejo.

No en la sangre.

En Marcos insultando a un barco.

La idea apareció completa, con voz y todo.

Habría dicho que ninguna cosa decente necesitaba tantas sogas para no caerse.

Benjamín sonrió.

Esta vez Delaunay no preguntó por qué.

* * *

En tierra, nadie podía ver la expedición completa.

Un hombre veía los cajones que tenía que contar.

Otro veía una compañía a la que le faltaban dos soldados.

Una mujer veía al hijo que estaba subiendo a un bote.

Un comerciante veía barriles que todavía no le habían pagado.

Un marinero veía una vela mal ajustada.

Un artillero veía una cureña.

Un médico veía las cajas de vendas y calculaba cuánto tardarían en acabarse.

Un cocinero veía legumbres.

Un sacerdote veía hombres que fingían no tener miedo.

Nadie veía una operación continental.

Eso era una idea demasiado grande para los ojos.

Había que construirla con cosas pequeñas.

Años antes había ocurrido lo mismo en Mendoza.

Un herrero había fabricado un perno.

Una mujer había cosido una chaqueta.

Un arriero había elegido una mula.

Un muchacho había robado pan.

Un hombre cuyo nombre nadie recordaba había dejado algo de sí mismo en una montaña.

Ahora otros hombres continuaban el trabajo.

Muchos no habían cruzado los Andes.

Otros sí.

Algunos habían peleado en Chacabuco.

Algunos en Cancha Rayada.

Algunos en Maipú.

Otros todavía no habían disparado contra nadie.

Había argentinos.

Chilenos.

Negros libertos y esclavizados incorporados a ejércitos que hablaban de libertad mientras el mundo tardaba demasiado en alcanzarla.

Campesinos.

Artesanos.

Marineros de lugares que ninguno de sus compañeros sabía señalar en un mapa.

Hombres que habían llegado por convicción.

Hombres que habían llegado por paga.

Hombres que habían llegado porque alguien los había reclutado.

Hombres que ya no recordaban por qué habían llegado.

Todos iban al Perú.

La Historia, algún día, reduciría aquella mañana a una fecha.

20 de agosto de 1820.

Una línea.

Zarpó de Valparaíso la Expedición Libertadora del Perú.

La línea sería verdadera.

También insuficiente.

* * *

O'Higgins llegó al puerto entre oficiales, ayudantes y hombres que llevaban papeles.

La formalidad sobrevivía incluso a las expediciones imposibles.

Había despachos que entregar.

Instrucciones.

Firmas.

Jerarquías que debían quedar claras antes de que el continente desapareciera detrás del horizonte.

San Martín recibió documentos que lo confirmaban al frente de las fuerzas expedicionarias.

Los leyó.

Preguntó lo necesario.

Guardó los papeles.

No hubo en su rostro nada que pudiera parecerse a la expresión de un hombre a punto de entrar en los libros.

Había problemas más inmediatos.

Una unidad todavía no había terminado de embarcar.

Faltaba ubicar una parte de la intendencia.

Un transporte había informado una avería menor.

La marea no esperaba homenajes.

O'Higgins miró hacia las naves.

Chile quedaba detrás de ellas y también dentro.

Había costado demasiado llegar hasta ese día.

Rancagua.

Exilio.

Chacabuco.

Cancha Rayada.

Maipú.

Cada nombre contenía muertos.

Los dos hombres permanecieron unos momentos sin hablar.

No porque no hubiera nada que decir.

Porque había demasiado.

Alrededor continuaron pasando soldados.

Uno tropezó con una cuerda.

Otro perdió el sombrero y tuvo que correr tras él mientras el viento lo llevaba hacia el agua.

Un marinero insultó a ambos por bloquear el paso.

El marinero tardó unos segundos en descubrir a quién había insultado.

Palideció.

San Martín se apartó.

—Siga trabajando.

El hombre obedeció con una velocidad admirable.

O'Higgins sonrió.

San Martín también.

La escena duró menos que la guerra.

* * *

A media mañana el puerto empezó a cambiar.

No fue evidente al principio.

Una lancha regresó vacía.

Después otra.

Las planchadas quedaron con menos hombres.

Los gritos desde tierra comenzaron a espaciarse.

Las cubiertas, en cambio, se llenaron.

Sobre algunos barcos los soldados se amontonaban buscando un lugar desde donde mirar. En otros, oficiales recorrían las filas intentando imponer disciplina sobre hombres que no podían dejar de contemplar el océano.

Era la primera vez para muchos.

Un soldado de Córdoba preguntó cuánto faltaba hasta el Perú.

Nadie supo responderle en una medida que le sirviera.

Otro quiso saber si durante la noche podrían ver tierra.

Un marinero se rió.

Después dejó de hacerlo al ver la cara del muchacho.

—No siempre.

El soldado miró el agua.

Aquello pareció preocuparlo más que el enemigo.

En otro transporte un hombre se persignó tres veces antes de que el ancla empezara siquiera a moverse.

Un compañero le preguntó si tenía miedo.

El hombre dijo que no.

Los dos sabían que mentía.

Ninguno insistió.

Habían llegado demasiado lejos para exigir valentía perfecta.

* * *

San Martín subió a una falúa con parte de su estado mayor.

Desde el agua, la expedición cambió nuevamente de tamaño.

Las naves se levantaban sobre él.

Los cascos negros cortaban la luz. Las jarcias dibujaban redes contra el cielo. Hombres asomados a las bordas lo reconocían cuando la embarcación se acercaba y empezaban a gritar.

Los vivas corrían de una cubierta a otra.

No todos gritaban.

Algunos simplemente levantaban el sombrero.

Otros miraban.

San Martín devolvía saludos.

La falúa avanzó entre los buques.

Vio caras.

Muchas.

Demasiadas para recordar.

En una cubierta un soldado negro sostenía un fusil y sonreía con todos los dientes.

En otra, un hombre mayor tenía una mano vendada.

Un muchacho parecía enfermo antes de zarpar.

Un artillero se había sentado sobre una caja y comía pan como si aquella fuera una mañana cualquiera.

San Martín conocía los números.

Estados de fuerza.

Batallones.

Piezas.

Municiones.

Raciones.

Caballos.

Sabía aproximadamente cuántos hombres viajaban en cada transporte.

Pero los números tenían un defecto.

No respiraban.

Aquellos sí.

Y cada uno llevaba consigo una vida que la guerra desconocía.

Madres.

Hijos.

Deudas.

Miedos.

Promesas.

Amores que habían quedado en una habitación, un patio, una estancia o una ciudad.

La expedición podía contarlos.

No podía contenerlos.

* * *

La falúa pasó junto al transporte donde estaba Benjamín.

Delaunay fue el primero en reconocer al general.

Se puso de pie.

Benjamín siguió la dirección de su mirada.

San Martín estaba abajo, mucho más cerca del agua de lo que Benjamín había imaginado que debía estar un general.

Durante un instante recordó El Plumerillo.

El hombre del caballo negro.

Los ojos que habían mirado un mapa falso y comprendido que el verdadero todavía estaba afuera.

Entonces San Martín había sido para él una figura nueva.

Ahora había una cordillera, dos batallas, una herida y una tumba entre aquella mañana y ésta.

Benjamín levantó el sombrero.

San Martín miró hacia la cubierta.

No había razón para que lo reconociera entre tantos hombres.

Quizá no lo hizo.

Quizá sí.

La falúa continuó.

A Benjamín no le importó.

Marcos habría dicho que uno no necesitaba que un general recordara su cara para saber dónde estaba parado.

Volvió a mirar la costa.

Esta vez encontró las montañas detrás de los cerros.

Le parecieron pequeñas.

Eso lo hizo sonreír.

Había una época en que habían ocupado todo el cielo.

* * *

El primer ancla subió cerca del mediodía.

No hubo un instante único en que toda la flota empezara a moverse.

Una nave abrió velas.

Otra corrigió su posición.

Un transporte tardó más de lo previsto.

Un bote cruzó entre dos cascos llevando una última orden.

Los marineros corrieron sobre cubiertas y vergas.

Las lonas se hincharon.

Las cuerdas tensaron.

La madera crujió.

El viento empezó a trabajar.

Desde tierra llegaron gritos.

Desde los barcos respondieron otros.

La bahía se llenó de voces que el aire rompía antes de llevarlas demasiado lejos.

Algunas personas en la costa agitaban pañuelos.

Otras permanecían quietas.

Había madres que intentaban descubrir un rostro entre cientos.

Mujeres que no sabían en qué barco iba el hombre al que habían ido a despedir.

Niños que celebraban el espectáculo sin comprender por qué los adultos lloraban.

Ancianos que habían visto demasiadas banderas cambiar sobre los mismos edificios.

Y gente que simplemente había ido a mirar.

Porque incluso quienes no entendían de estrategia sabían que no se veía todos los días partir un ejército por el océano.

* * *

San Martín subió al navío que lo llevaría hacia el norte.

La cubierta estaba limpia sólo en comparación con un campo de batalla.

Había sogas enrolladas, cajas, hombres cruzándose, órdenes que llegaban desde distintos puntos, marineros que parecían conocer el significado de cada cabo y soldados que procuraban no tocar nada por miedo a descubrir que sostenía una vela importante.

Un oficial se acercó con un parte.

San Martín lo leyó.

Lo devolvió.

Todo estaba listo.

O tan listo como podía estar una empresa construida durante años con países que todavía estaban aprendiendo a existir.

Se dirigió hacia la borda.

Valparaíso se alejaba despacio.

Durante un tiempo todavía pudo distinguir personas.

Después sólo grupos.

Después colores.

Finalmente la costa empezó a convertirse en una línea.

Detrás de ella estaba Chile.

Más atrás, los Andes.

Más atrás todavía, Mendoza.

Y mucho más lejos, del otro lado del continente, Buenos Aires.

San Martín pensó brevemente en todas esas distancias.

No con nostalgia.

Con cálculo.

Había pasado casi una década desde que había regresado a América.

Entonces el continente había sido una suma de rebeliones, ejércitos improvisados, gobiernos que duraban poco y caminos que parecían terminar siempre frente a otro ejército español.

Ahora estaba sobre un barco rumbo al Perú.

No era el final.

Pero el final de la guerra no podía empezar sin llegar allí.

Lima seguía siendo el gran centro del poder realista en Sudamérica.

Mientras ese centro permaneciera intacto, las victorias podían ser enormes y seguir siendo provisionales.

Chile lo había demostrado.

El Norte lo había demostrado.

La guerra podía volver.

Siempre volvía.

Había que llevarla al lugar desde donde volvía.

* * *

El océano se abrió delante de la flota.

Al principio todavía había aves siguiendo los barcos.

Después quedaron menos.

La costa comenzó a perder detalles.

El viento era más frío lejos de tierra.

San Martín apoyó una mano sobre la borda.

La madera estaba áspera bajo la palma.

No sabía qué ocurriría al llegar.

Nadie lo sabía.

Tenían planes.

Proclamas.

Mapas.

Informes de las fuerzas del virrey.

Cálculos sobre puertos, desembarcos, caminos y pueblos.

Todo eso servía.

Nada de eso podía decirle qué haría un país entero cuando viera aparecer la flota en su costa.

La guerra era así.

Uno podía preparar durante años el momento en que todo dejaba de depender de la preparación.

San Martín observó las velas delante.

Ocho buques de guerra protegían una larga sucesión de transportes. Más de cuatro mil hombres viajaban hacia un territorio donde el enemigo podía reunir muchos más.

No parecía suficiente.

Casi nada de lo que había hecho había parecido suficiente antes de hacerse.

Mendoza no tenía suficientes armas.

La cordillera no tenía suficientes caminos.

Después de Cancha Rayada no parecía haber suficiente ejército.

Ahora tampoco parecía haber suficientes hombres para arrancarle al rey el centro de su poder americano.

San Martín conocía esa sensación.

No era esperanza.

La esperanza servía cuando uno podía permitirse esperar.

Aquello era decisión.

* * *

En uno de los transportes, Benjamín perdió finalmente su batalla contra el océano. Había aguantado en silencio desde que dejaron la bahía, con las botas separadas y las rodillas apenas flexionadas, como si el barco fuera un caballo particularmente estúpido al que todavía pudiera convencer con las piernas. No sirvió. Cuando terminó de vomitar por la borda se quedó unos segundos inclinado, respirando sal, viento y vergüenza.

Delaunay tuvo la delicadeza de mirar hacia otro lado. Sólo cuando Benjamín volvió a enderezarse le alcanzó un paño.

—Una palabra y lo tiro al agua.

El francés levantó las manos. Por una vez decidió conservar la palabra.

Benjamín se limpió la boca y miró hacia cubierta. Descubrió entonces que no era el único vencido. Cerca del palo mayor, un soldado estaba sentado contra unos barriles con la cara del color de la cera; otro permanecía de rodillas junto a un balde y juraba entre arcadas que en cuanto el mar se aquietara iba a estar perfectamente bien. El mar no parecía dispuesto a colaborar.

Eusebia estaba agachada frente al más joven. Le sostenía la frente con una mano y con la otra apartaba de su cara el cabello empapado de sudor. Un poco más allá, otras mujeres iban y venían entre los descompuestos con paños, agua y mantas. Una limpiaba la cubierta antes de que alguien resbalara. Otra ayudaba a un artillero a acostarse. Una mujer mayor le humedecía los labios a un hombre que insistía en que no necesitaba nada mientras se aferraba a una soga con las dos manos.

Nadie las miraba demasiado. Nadie daba órdenes en su nombre ni llevaba cuenta de cuántas veces habían sostenido una cabeza, lavado una herida o acercado agua desde

Mendoza hasta aquella cubierta. No llevaban galones. Probablemente ninguna aparecería en el parte de esa jornada.

Eusebia levantó la vista y encontró a Benjamín mirándola. Le hizo un gesto breve con la mano: dejá de perder el tiempo y ocupate de vos. Era exactamente el mismo gesto que había usado años atrás junto a un fuentón de ropa, cuando él todavía robaba pan y creía que la cordillera era apenas una pared blanca detrás de los techos de Mendoza.

Benjamín sonrió. Después volvió hacia la costa.

Santiago ya no podía verse. Inés tampoco. No necesitaba verla para saber que existía. Esa certeza era nueva. Durante años había vivido pensando que todo lo que quedaba atrás desaparecía: el obraje, Tucumán, los hombres que morían, Marcos. La guerra le había enseñado a perder. Inés le había enseñado, sin proponérselo, algo más difícil: una cosa podía quedar atrás sin estar perdida.

Benjamín siguió mirando hasta que la tierra fue apenas una línea

oscura.

* * *

San Martín permanecía junto a la borda del navío. La costa de Chile se borraba detrás mientras delante el Pacífico ocupaba todo el horizonte. Perú no se veía. Había vivido tantos años con ese territorio extendido sobre mapas que por momentos resultaba absurdo que no apareciera en alguna parte del agua.

No sabía qué encontrarían cuando llegaran. Tenía informes, proclamas, cálculos de hombres, puertos y caminos; sabía cuánto podían transportar, cuánto podían perder y durante cuánto tiempo podían sostener un ejército lejos de sus depósitos. Ningún papel podía decirle qué harían las ciudades cuando vieran aparecer la flota, qué hombres decidirían pelear ni cuáles cambiarían de bando cuando comprendieran que el dominio español también podía retroceder.

Tampoco podía saber qué haría el futuro con su propio nombre. No sabía que entraría en Lima ni que algún día plazas, calles, escuelas y monumentos intentarían convertir en bronce al hombre que en ese momento sólo calculaba distancias sobre agua. Mucho menos podía saber cuánto faltaba todavía para el final de una guerra que ya había consumido una década y que seguiría pidiendo vidas después de él.

El viento hinchó las velas. Una orden corrió por la cubierta y, más adelante, otro barco respondió. La flota tomó rumbo al norte.

San Martín miró el océano. Durante unos segundos vio solamente agua.

Después vio un camino.

* * *

En otro barco, Benjamín miraba la estela.

La nave abría una larga herida blanca sobre el Pacífico y el mar se encargaba de cerrarla casi inmediatamente. La espuma se formaba, brillaba un instante y desaparecía detrás, sin dejar una marca capaz de decir por dónde habían pasado.

Entonces empezaron a volver.

Primero fue el muchacho de Chacabuco. No un compañero. Un enemigo. Benjamín recordó el polvo, los dos cuerpos rodando entre piedras, el miedo en los ojos del realista mientras buscaba un cuchillo. Recordó haber encontrado primero el suyo. Después el cuerpo dejó de moverse y, cuando volvió a verlo terminado el combate, la cara parecía más joven sin miedo.

Nunca había sabido su nombre.

Vinieron otros. El soldado que encontraron sentado contra una pared de roca en los Andes, como si se hubiera quedado dormido, y al que

cubrieron con piedras porque no había tierra donde cavar. Los hombres que resbalaron, enfermaron o sencillamente no pudieron dar otro paso. Un compañero que desapareció detrás del humo en Chacabuco. El hombre que, después de que una bala de cañón le arrancara un brazo, gritó por su madre en medio de seis mil soldados. Los que Cancha Rayada convirtió durante días en nombres tachados, restituidos y vueltos a tachar sobre una hoja. El chileno que corrió entre Marcos y él en Lo Espejo y cayó antes de que Benjamín llegara siquiera a preguntarle cómo se llamaba.

Algunos habían sido amigos. Otros apenas rostros compartidos durante una marcha. Uno había intentado matarlo. La muerte no había preguntado de qué lado estaban antes de llevárselos.

Benjamín apoyó los antebrazos sobre la borda. El viento olía a sal y lona húmeda. Muy abajo, el agua golpeaba contra el casco con una regularidad que por momentos parecía respiración.

Antes de Marcos volvió el hombre de la montaña.

Benjamín metió la mano dentro de la chaqueta. Sus dedos encontraron primero la cinta azul, gastada ya en los bordes, y después la piedrita blanca. La sacó y la sostuvo en la palma. Seguía siendo pequeña, lisa, casi redonda. Una piedra cualquiera para todo el mundo salvo para un chico de cuatro años que había corrido a entregársela a su padre como si hubiera encontrado un tesoro.

La cinta se la había dado el mayor. Siete años. La piedra, el menor. Cuatro. Era para que no se olvidara de volver.

Benjamín cerró los dedos alrededor de ambas cosas. Recordó al hombre leyendo la nieve, tocando las rocas, escuchando el viento antes que los demás. Recordó que había dicho que la montaña no tenía nada contra ellos y que eso era precisamente lo peor: no le importaban. Recordó también su última decisión, la cuerda, la cornisa que se quebró y aquellos dedos que Benjamín alcanzó a tocar antes de perderlos.

Había querido volver a su casa. No volvió. Y ninguno de ellos había sabido decir su nombre con seguridad.

Benjamín sintió otra vez la voz de Marcos junto al precipicio.

Entonces acordate.

Lo había hecho.

Guardó la piedra y la cinta en la palma sin devolverlas todavía al bolsillo. Quedaba uno.

Marcos Albarracín.

Ese nombre sí lo sabía. Lo sabía entero.

No llegó primero la muerte. Llegó un caballo que Benjamín había intentado robar en Mendoza. Llegó una mano quitándole una botella, una voz diciéndole que dejara de hacer boludeces, una espalda

cargándolo en Cancha Rayada mientras él dejaba sangre sobre el camino. Llegaron discusiones, insultos, silencios en los que Marcos había sabido quedarse sin preguntar, y una cantidad absurda de pequeñas cosas que en el momento no parecían merecer recuerdo.

Después llegó el abrazo.

Cuero, sudor, humo viejo prendido a la ropa, caballo. El olor de Marcos. El olor de estar a salvo.

Había sido su amigo. Su maestro. El hombre que lo había encontrado robando comida y, sin proponérselo, le había dado un lugar entre otros hombres. Y aunque ninguno de los dos hubiera sabido decirlo sin sentirse ridículo, había sido lo más parecido a un padre que Benjamín tuvo alguna vez.

Por último llegó Lo Espejo. Un disparo indistinguible entre cientos. Marcos gritándole que se cubriera. Benjamín bajando la cabeza. Después el cuerpo en la tierra, la mano todavía tibia y aquella certeza imposible de aceptar: la batalla podía continuar aunque para una persona el mundo acabara de detenerse.

El viento le humedeció los ojos. O quizá no fue el viento.

Una lágrima cayó desde su cara y desapareció entre la espuma. El océano no cambió. No quedó marca alguna del lugar donde había caído.

Benjamín miró hacia cubierta otra vez. Eusebia seguía trabajando. Una de las mujeres acababa de conseguir que el artillero mareado bebiera un poco de agua; otra recogía un paño sucio y se levantaba para ir hacia el siguiente hombre. Nadie celebraba aquello. Había cosas que se hacían porque alguien tenía que hacerlas.

Pensó que quizá el tiempo funcionara como el mar.

Algún día otros contarían aquella guerra. Recordarían las batallas, los generales, las fechas y las victorias. Dibujarían flechas sobre mapas y discutirían quién había dado una orden primero, quién había llegado tarde, quién había vencido a quién.

Pero muchos de aquellos hombres y mujeres terminarían perdiéndose.

Los que pelearon y los que cargaron. Los que cocinaron, curaron, lavaron la sangre, llevaron mensajes, guiaron mulas, cosieron uniformes, repararon ruedas, enterraron a otros y después siguieron caminando. Los que habían querido volver a una casa. Los que esperaron en esa casa. Los que murieron con un nombre que nadie alcanzó a preguntar y los que conservaron uno durante unos años antes de que también se borrara.

Primero se perderían en los papeles. Después en la memoria. Finalmente en el tiempo.

Como lágrimas en el mar.

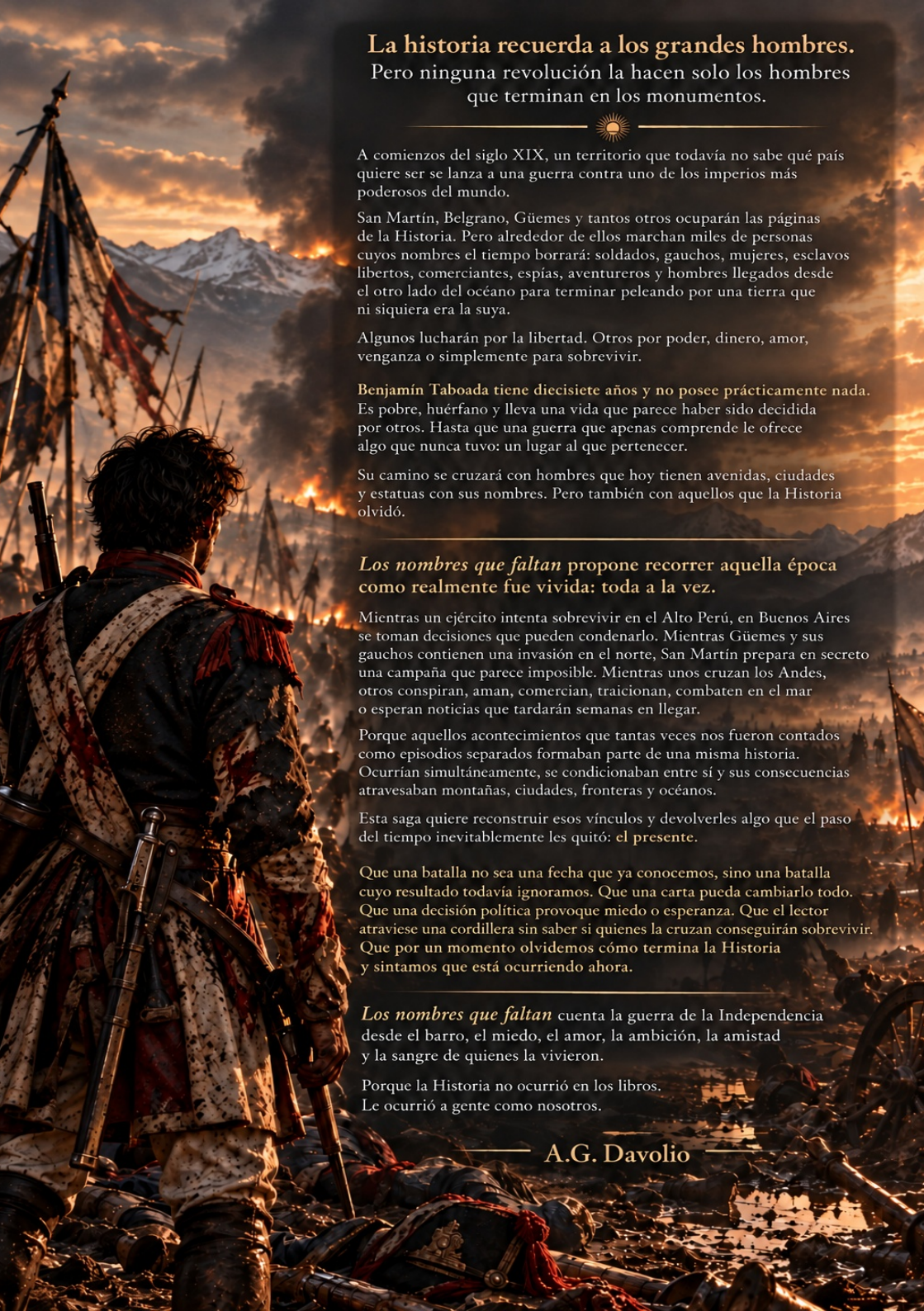
Benjamín apretó la piedra y la cinta dentro del puño. No podía impedir que el tiempo hiciera su trabajo. Tampoco podía devolver a ninguno de ellos.

Pero podía recordarlos.

El barco siguió rumbo al norte. Detrás, la espuma se cerró hasta que ya no quedó ninguna señal del lugar por donde habían pasado.

Benjamín no apartó los ojos.

Pensó en todos los rostros que nunca nadie conocerá, en cuántos momentos de gran virtud el lento paso del tiempo desgastará hasta hacerlos desaparecer. En todas las voces que nadie escuchará. En las miradas que se perdieron detrás de ojos cerrados.
Pensó en todos ellos.
En los nombres que faltan.



## La historia recuerda a los grandes hombres.

Pero ninguna revolución la hacen solo los hombres que terminan en los monumentos.

A comienzos del siglo XIX, un territorio que todavía no sabe qué país quiere ser se lanza a una guerra contra uno de los imperios más poderosos del mundo.

San Martín, Belgrano, Güemes y tantos otros ocuparán las páginas de la Historia. Pero alrededor de ellos marchan miles de personas cuyos nombres el tiempo borrará: soldados, gauchos, mujeres, esclavos libertos, comerciantes, espías, aventureros y hombres llegados desde el otro lado del océano para terminar peleando por una tierra que ni siquiera era la suya.

Algunos lucharán por la libertad. Otros por poder, dinero, amor, venganza o simplemente para sobrevivir.

**Benjamín Taboada tiene diecisiete años y no posee prácticamente nada.** Es pobre, huérfano y lleva una vida que parece haber sido decidida por otros. Hasta que una guerra que apenas comprende le ofrece algo que nunca tuvo: un lugar al que pertenecer.

Su camino se cruzará con hombres que hoy tienen avenidas, ciudades y estatuas con sus nombres. Pero también con aquellos que la Historia olvidó.

***Los nombres que faltan* propone recorrer aquella época como realmente fue vivida: toda a la vez.**

Mientras un ejército intenta sobrevivir en el Alto Perú, en Buenos Aires se toman decisiones que pueden condenarlo. Mientras Güemes y sus gauchos contienen una invasión en el norte, San Martín prepara en secreto una campaña que parece imposible. Mientras unos cruzan los Andes, otros conspiran, aman, comercian, traicionan, combaten en el mar o esperan noticias que tardarán semanas en llegar.

Porque aquellos acontecimientos que tantas veces nos fueron contados como episodios separados formaban parte de una misma historia. Ocurrían simultáneamente, se condicionaban entre sí y sus consecuencias atravesaban montañas, ciudades, fronteras y océanos.

Esta saga quiere reconstruir esos vínculos y devolverles algo que el paso del tiempo inevitablemente les quitó: **el presente.**

**Que una batalla no sea una fecha que ya conocemos, sino una batalla cuyo resultado todavía ignoramos. Que una carta pueda cambiarlo todo. Que una decisión política provoque miedo o esperanza. Que el lector atraviese una cordillera sin saber si quienes la cruzan conseguirán sobrevivir. Que por un momento olvidemos cómo termina la Historia y sintamos que está ocurriendo ahora.**

***Los nombres que faltan*** cuenta la guerra de la Independencia desde el barro, el miedo, el amor, la ambición, la amistad y la sangre de quienes la vivieron.

Porque la Historia no ocurrió en los libros.
Le ocurrió a gente como nosotros.

A.G. Davolio